

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/290394866>

“Las venas abiertas de América Latina: emblema del discurso antiimperialista”

Chapter · October 2015

CITATION

1

READS

145,735

1 author:



Ana María Vara

National University of General San Martín

49 PUBLICATIONS 224 CITATIONS

SEE PROFILE



El imaginario antiimperialista en América Latina



Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni
(coordinadores)

Ediciones del CCC



centro cultural
de la cooperación
FLOREAL GORINI



CLACSO

El imaginario antiimperialista en América Latina

Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni
(coordinadores)

**Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales**



**Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais**

Secretario Ejecutivo: **Pablo Gentili**
Directora Académica: **Fernanda Saforcada**

Programa Grupos de Trabajo
Coordinador: **Pablo Vommaro**
Asistentes: **Lluvia Medina, Valentina Vélez Pachón, Rodolfo Gómez y Giovanny Daza**

Área de Acceso Abierto al Conocimiento y Difusión

Coordinador Editorial: **Lucas Sablich**
Coordinador de Arte: **Marcelo Giardino**

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
EEUU 1168| C1101 AAx Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875| e-mail clacso@clacso.edu.ar | web
www.clacso.org

CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO



Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C.L.
Avda. Corrientes 1543 (C1042AAB) Tel: (54 - 011) 5077-8080 - Buenos Aires - Argentina
www.centrocultural.coop
www.imfc.coop/compraenlinea

Director del CCC: **Juan Carlos Junio**
Secretario de Ediciones del CCC: **Javier Marín**
Diseño: **Clara Batista**
Ilustraciones: **Ema Liria Chomsky Fernández**

El imaginario antiimperialista en América Latina

Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni
(coordinadores)

Ediciones del CCC



Título: **El imaginario antiimperialista en América Latina**

Coordinadores: **Andrés Kozel, Florencia Grossi, Delfina Moroni**

© de los autores

© Ediciones del CCC - Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini

Todos los derechos reservados.

Esta publicación puede ser reproducida gráficamente hasta 1000 palabras, citando la fuente. No puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo escrito de la editorial y/o autor, autores, derechohabientes, según el caso.

Hecho el depósito Ley 11.723

I.S.B.N: 978-987-3920-13-4

Kozel, Andrés

El imaginario antiimperialista en América Latina / Andrés Kozel ; René Villaboy Zaldívar ; Juan Francisco Martínez Pería ; coordinación general de Andrés Kozel ; Florencia Grossi ; Delfina Moroni ; ilustrado por Ema Liria Chomsky Fernández. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del CCC Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2015.

420 p. : il. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-3920-13-4

1. Ciencia Política. I. Kozel, Andrés, coord. II. Grossi, Florencia , coord. III. Moroni, Delfina, coord. IV. Chomsky Fernández, Ema Liria, ilus.

CDD 320

índice

INTRODUCCIÓN	7
PRIMERA PARTE Panoramas	22
ANDRÉS KOZEL	
Estaciones del antiimperialismo rioplatense	25
RENÉ VILLABOY ZALDÍVAR	
La Clío cubana versus el Tío Sam: imperialismo y antiimperialismo en la historiografía cubana del siglo XX	53
JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ PERIA	
Antiimperialismo y negritud en el Caribe	73
ANA MARÍA VARA	
<i>Las venas abiertas de América Latina</i> : emblema del discurso antiimperialista	89
GUILLERMO FERNÁNDEZ AMPIÉ	
Sandino en el arte: el recorrido del patriota hasta el altar de los héroes nacionales	107
SEGUNDA PARTE De una guerra a una intervención (1898-1954)	122
JOSÉ JULIÁN LLAGUNO THOMAS	
Las voces olvidadas del antiimperialismo: el anarquismo frente al avance de Estados Unidos en América Central y el Caribe	125
ALEJANDRA G. GALICIA MARTÍNEZ	
Sandino en <i>Ariel</i> : representaciones del héroe en una revista antiimperialista	141
JAIME ANDRÉS CASTRO SERRANO	
Retratos del antiimperialismo en Colombia: la separación panameña en el cine y el teatro	157
ROBERTO GARCÍA FERREIRA	
El tiburón y las sardinas: apuntes en torno a la <i>Fábula</i> de Juan José Arévalo	171
ANA LAURA RAMOS SASLAVSKY	
<i>Sandino, general de hombres libres</i> : biografía del primer libro de Gregorio Selser	189
TERCERA PARTE De las revoluciones a la incertidumbre (1959-1990)	204
EURÍDICE GONZÁLEZ NAVARRETE Y KATIUSKA GARCÍA ALONSO	
La Revolución Cubana y el imaginario antiimperialista en los libros de texto y el humor gráfico	207

BLANCA MAR LEÓN ROSABAL	
El espacio de la utopía: los unamitas y la Revolución Cubana	221
FLORENCIA GROSSI	
Joaquín Murieta, infinita saga antiimperialista	235
DELFINA MORONI	
Una cruzada contra el imperialismo dibujado. Ariel Dorfman versus Supermán y sus amigos del alma	251
LUCRECIA MOLINARI Y CARMEN ELENA VILLACORTA ZULUAGA	
El antiimperialismo en el último Dalton	267
ALEJANDRA GONZÁLEZ BAZÚA	
En busca del tiempo encontrado: representaciones del sandinismo en <i>Casa de las Américas</i>	289
MARCELO J. GONZÁLEZ	
Miguel D'Escoto Brockmann y la insurrección evangélica en Nicaragua. Cristianismo, antiimperialismo y noviolencia	305
CUARTA PARTE De Chávez a nuestros días	322
KRISTINA PIRKER	
Antiimperialismo y movilización social en Centroamérica después de la Guerra Fría	325
LUIS WAINER	
Posneoliberalismo y antiimperialismo en la primera etapa del proceso chavista	343
GUILLERMINA L. GENOVESE	
El antíimperialismo como componente discursivo del movimiento cocalero en Bolivia	361
OMAR NÚÑEZ RODRÍGUEZ Y FERNANDO SINHUÉ DÍAZ	
Desacartonar el antiimperialismo. Discurso e imaginario geopolítico en Hugo Chávez Frías	375
MARÍA LUISA ESCHENHAGEN	
Imaginarios antiimperialistas, imaginarios de la naturaleza. Algunas reflexiones desde el pensamiento ambiental	399
SOBRE LAS ILUSTRACIONES	417

Introducción

Este volumen tiene su origen en las discusiones sostenidas durante sucesivas actividades realizadas por el GT-CLAC-SO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”, que funciona desde 2013 bajo la coordinación de Andrés Kozel (Argentina) y está conformado por 25 investigadores de siete países y diez centros miembro.

La mayor parte de los autores aquí reunidos forman parte del GT. En los restantes casos, se trata de colegas cuyas áreas de especialidad entroncan con la problemática y cuyo aporte consideramos valioso.

Una categoría revitalizada y recentrada

Dimensión nodal de la cultura latinoamericana, el antiimperialismo se ha visto sensiblemente revitalizado en los últimos lustros. Parte importante de dicha revitalización ha tenido relación directa con la dinámica política. En particular, con el ingreso a una etapa que algunos actores y analistas han designado como posneoliberal y con el resurgimiento del impulso integracionista a ella asociado; más concretamente, con la prédica de Hugo Chávez, presidente de Venezuela entre 1999 y 2013. Ha habido quienes asociaron el momento latinoamericano de los últimos lustros con las fulguraciones latinoamericanistas de las décadas de 1920 y 1960, cuando también habían

sido activadas, con las variantes del caso, la retórica, la simbología y la galería de gestos asociados a la disposición antiimperialista. Sin embargo, lo sucedido contemporáneamente en la región presenta algunos rasgos inéditos. Por ejemplo, en los últimos años hemos asistido a la singular experiencia de ver a varios de los primeros mandatarios realizando declaraciones y desplegando gestos antiimperialistas, o promoviendo, con mediaciones más o menos importantes pero con indiscutible claridad, dicha disposición. No se trata de uno o de dos jefes de Estado, sino de varios, que además han intervenido en forma relativamente concertada e, incluso, brindándose apoyo mutuo. Asimismo, diversos movimientos y organizaciones sociales se han apropiado de zonas del acervo antiimperialista, con la novedad de que por momentos articulan con posiciones de signo ambientalista. No es mera imputación de analista sostener que el antiimperialismo de nuestros días ha actualizado y enriquecido una tradición ideológico-cultural preexistente; han sido los propios actores quienes movilizaron explícitas remisiones a un acervo de referencias que a estas alturas es considerablemente rico y denso (Kozel, 2014).

Entre las esferas en las que se ha expresado la revitalización de la disposición antiimperialista figura el ámbito académico. Los estudios sobre imperialismo y antiimperialismo han experimentado un notorio recentramiento en los últimos años. Aun cuando hay razones intradisciplinares a las que sería preciso atender para comprender los pormenores de esta dinámica, es indudable que se trata de un fenómeno que debe enmarcarse dentro del contexto político más amplio al que se hizo referencia hace un momento. El recentramiento de este tipo de estudios se ha hecho sentir sobre al menos tres cauces: la historia intelectual y cultural, los estudios sobre injerencia y los abordajes asociados a la economía política y a la geopolítica.

En lo que respecta a la historia intelectual y cultural, los recientes estudios de temática antiimperialista han tenido distintos efectos. En primer lugar, han contribuido a consolidar y a ampliar el canon, llamando la atención sobre figuras y/o experiencias (semi)olvidadas; en algunos casos, han acompañado procesos de edición y reedición de obras fundamentales a las que, hasta hace poco, era difícil acceder. Mencionemos algunos ejemplos. El Centro Académico de la

Memoria de Nuestra América de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (CAMENA-UACM) –donde se encuentra el Archivo Gregorio y Marta Selser, íntegramente disponible en línea– (re) editó la *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, de Gregorio Selser, hito capital de los estudios de injerencia. Es muy importante también la labor realizada por el Seminario de Historia Intelectual de América Latina de El Colegio de México, dirigido por Carlos Marichal y Alexandra Pita, en cuyo sitio web se ha puesto a disposición del público interesado una serie de textos antiimperialistas clásicos. En Costa Rica se ha dado a conocer una antología de textos antiimperialistas de Octavio Jiménez (Quesada Monge y Oliva, 2008); más recientemente, se ha publicado un conjunto de obras de Vicente Sáenz, en varios volúmenes, precedidos por un tomo que reúne estudios alusivos (Lopes, 2013). En la última década, aparecieron en Argentina obras y estudios sobre figuras que hasta no hace mucho permanecían en relativa penumbra.

En segundo lugar, estos estudios han ayudado a conocer más rigurosa y profundamente corpus, itinerarios y redes intelectuales que permanecían como territorios inexplorados. A modo de ilustración cabe mencionar las investigaciones de Daniel Kersfeld (2012) sobre la Liga Antiimperialista de las Américas, de Alexandra Pita (2009) sobre la Unión Latinoamericana y de Ricardo Melgar Bao (2010; 2005) y Martín Bergel (2012; 2009) sobre las redes apristas. Sin duda, estas aproximaciones han Enriquecido y renovado nuestros conocimientos sobre ese período crucial que fueron los años veinte y treinta. De la mano de una renovación historiográfica que rebasa la temática antiimperialista, los nuevos abordajes han puesto el acento sobre aspectos tales como las redes intelectuales, los soportes materiales de la producción ideológica, los procesos de recepción.

En tercer lugar, estos estudios han avanzado en la dirección de historizar más adecuadamente el antiimperialismo latinoamericano, analizando con creciente refinamiento las articulaciones y las filiaciones semánticas, conceptuales y simbólicas. El texto introductorio y los diversos estudios que componen el volumen colectivo coordinado por Alexandra Pita y Carlos Marichal ilustran bien el punto (Pita y Marichal, 2012). También lo hace un libro reciente de Ana María

Vara (2013), el cual, en su empeño por comprender la genealogía –en particular la genealogía literaria– del modo de narrar la historia latinoamericana patente en protestas ambientales de estricta actualidad, revisita *Las venas abiertas de América Latina*, para adentrarse luego en la revisión de la producción de Rafael Barrett, pasando por algunos cuentos de Horacio Quiroga, por *El tungsteno*, de César Vallejo, y por *Huasipungo*, de Jorge Icaza.

Por su parte, los recientes estudios sobre injerencia estadounidense en América Latina muestran claramente que la temática de la injerencia es de innegable actualidad. Un libro como *La telaraña imperial. Enciclopedia de injerencia y subversión* se sitúa claramente en el surco cultivado por Selser, ofreciendo información acerca de la densa trama injerencista, en la que convergen los niveles político y militar, la esfera corporativa y una amplia y variada gama de entidades supuestamente independientes (Golinger y Migus, 2008). Es interesante puntualizar que en una línea emparentada con los estudios de injerencia han visto la luz estudios de historia de las relaciones internacionales, como son, por ejemplo, los aportes de Leandro Morgenfeld (2012, 2011) y Silvina Romano (2013). En análoga dirección vale la pena mencionar, en un lugar capital, la aparición en portugués y la difusión que adquirieron recientemente en castellano los magníficos estudios de Luiz Alberto Moniz Bandeira (2011, 2010, 2007). Aun cuando pueda debatirse si Moniz es o no un autor antiimperialista en sentido estricto, sus obras perfectamente se prestan a ser leídas desde esa clave. Cabe mencionar asimismo el ambicioso volumen dado a conocer por Rodrigo Quesada Monge (2012), en el cual se propone un recorrido por la historia latinoamericana, centrando el foco en el fenómeno del imperialismo –el “histórico” (siglo XIX) y el “permanente” (de 1898 a nuestros días), distinguiendo, en cada caso, subperiodos–.

Finalmente, los abordajes y teorizaciones asociados a la economía política y la geopolítica también han revelado su vitalidad en los últimos años. Tras el colapso de la Unión Soviética, la literatura teórico-crítica había tematizado la vigencia del imperialismo –fenómeno y concepto– en el nuevo contexto. La aparición, en el año 2000, del libro *Imperio*, de Michael Hardt y Antonio Negri, reavivó y renovó los términos del debate. Las tesis de *Imperio* fueron discutidas desde

América Latina por Atilio Borón, un autor clave en la materia –tanto en lo que concierne a la puesta de relieve de la injerencia como en lo que respecta a los esfuerzos por conceptualizar el fenómeno imperial y sus mutaciones–. Este debate y otros conexos se adentran en cuestiones tanto económicas –cómo ha de caracterizarse la crisis global– como geopolíticas –en qué sentido y hasta qué punto cabe hablar de decadencia estadounidense; en qué medida puede mentirse el policentrismo o la multipolaridad; cuáles son los horizontes que se abren con la emergencia y consolidación de los colosos asiáticos; qué papel pueden tener los bloques regionales–. En esta línea vale la pena consultar los estudios que componen el volumen colectivo preparado por Julián Kan y Rodrigo Pascual (2013), en particular el ensayo de Pablo Míguez. También, en otro registro, la aproximación de Raúl Zibechi (2013) al caso de Brasil, sobre todo a su condición de (nueva) potencia imperialista en la región. Zibechi actualiza y somete a debate la tesis clásica de Ruy Mauro Marini sobre el subimperialismo; hay que decir que lo hizo antes de que el coloso sudamericano ingresara en el laberinto de dificultades económicas y políticas en que todavía se encuentra. Los estudios de injerencia y de economía política y geopolítica llevados adelante desde esta clave son, más que estudios sobre el antiimperialismo, abordajes críticos del fenómeno imperial/imperialista. En otras palabras, son estudios antiimperialistas del imperialismo. En tanto tales, seguramente serán objeto de interés para los futuros historiadores del antiimperialismo. Dado que participan de la dinámica de revitalización/recentramiento aludida, no se los puede dejar fuera de consideración.

En buena medida gracias al creciente refinamiento de las aproximaciones disponibles, hoy sabemos que, lejos de presentarse como una superficie plana y asociada a significaciones unívocas, la trama antiimperialista se caracteriza por una notoria heterogeneidad doctrinaria, conceptual, expresiva e instrumental. Cabe preguntarse si acentuar este hecho implica admitir la ausencia de denominadores comunes de peso y, más allá y derivadamente, la imposibilidad de que los estudios sobre el antiimperialismo puedan ofrecer, en una suerte de “naufragio ideográfico”, algo más que descripciones de figuras, obras y configuraciones particulares.

Un imaginario escindido

Pero, ¿qué es, estrictamente hablando, el antiimperialismo? Una primera idea que es preciso introducir es que no todo o, más bien, casi nada, es evidente aquí. Interesa, entonces, tratar de avanzar en el esclarecimiento de algunos aspectos ligados a esa “no evidencia”. En principio, el antiimperialismo podría definirse como una modalidad de la resistencia política y cultural que involucra aspectos diversos, entre los que cabe mencionar un tipo de discurso, una retórica, una simbología, una serie de gestos dotados de rasgos específicos. Por esta vía es posible avanzar en la formalización de matrices discursivas y en la identificación de procedimientos formales típicos. La caracterización que ofrece Ana María Vara de la matriz narrativa sobre la que se apoya lo que designa el “contra-discurso neocolonial de los recursos naturales” y el intento de Andrés Kozel de inventariar una serie de rasgos del “ensayo histórico antiimperialista”, son esfuerzos que, aunque no necesariamente sumables, se orientan en esa dirección (Vara, 2013; Kozel, 2012; 2010). Sin embargo, y aun cuando constituye un buen punto de partida, una definición así dista de resolver todos los problemas implicados. Una cuestión medular tiene que ver con cómo pensar la localización del antiimperialismo en el campo ideológico. Plantearla adecuadamente supone la forja de herramientas analíticas apropiadas para pensar las relaciones entre lo particular y lo general; se trata, en definitiva, de enfrentar algunos temas clásicos asociados a la teoría de conjuntos, pero también de otras cosas, para lo cual nos basaremos principalmente en los aportes de Cornelius Castoriadis (2013) y Pierre Ansart (1983).

Para comenzar, parece conveniente hacer a un lado las definiciones del antiimperialismo que lo conceptúan como un cuerpo doctrinario o sistema ideológico *particular*. Por esta vía, el antiimperialismo aparecería como *una ideología entre otras*, a las cuales se contrapondría en la disputa en torno a la verdad acerca de lo social. Ocurre que, si se mira con detenimiento, el antiimperialismo no parece ser un fenómeno de ese tipo. En efecto, no sería difícil mostrar que el antiimperialismo se hace presente en más de una doctrina o ideología particular. Habría, de hecho, dosis importantes de verdad histórica y de justicia

hermenéutica en admitir que, en América Latina, el antiimperialismo no ha sido antes ni es hoy de alguien en particular. Siendo de nadie y, potencialmente, de todos, el antiimperialismo no parece ser exactamente un cuerpo doctrinario o un sistema ideológico, como sí lo serían, al menos en principio, el anarquismo, el socialismo, el liberalismo, el conservadurismo.

Pero entonces, ¿de qué estamos hablando? Una posibilidad sería argumentar que el antiimperialismo es un elemento, algo así como un ornamento o voluta, que aparece integrando y eventualmente enriqueciendo y/o complicando algunos cuerpos doctrinarios o sistemas ideológicos particulares. De seguirse esta vía, se abren enseguida nuevas preguntas, relativas a los grados de afinidad entre cada uno de los distintos cuerpos doctrinarios y el componente antiimperialista, al peso relativo que éste puede adquirir dentro de los cuerpos permeables a su incidencia, a los eventuales efectos del componente –catalizadores, distorsivos, decorativos, etc.– sobre los equilibrios internos de los cuerpos. Ninguno de los derroteros de investigación insinuados por estas preguntas carece en principio de interés. Sin embargo, cuestiones muy importantes siguen quedando pendientes de resolución. Porque, ¿qué significa que en una determinada cultura política se den las condiciones para que un elemento como el antiimperialismo flote allí, en el campo ideológico, como a la espera de ser convocado por esos *bricoleurs* productores de ideología que son los intelectuales, o por los actores políticos y sociales? ¿Es ésa una imagen adecuada para comprender la compleja dinámica ideológico-cultural?

Sucede que si el componente antiimperialista aparece y reaparece con tanta insistencia, articulándose con distintos cuerpos doctrinarios y sistemas ideológicos particulares, es porque posee aptitudes que le permiten cumplir con determinadas funciones y también, y más fundamentalmente, porque remite a disposiciones situadas en otros niveles. Avanzar en esta línea de reflexión abre la posibilidad de pensar al antiimperialismo como una sensibilidad subyacente o como un gran telón de fondo inescapable, sino para todas, al menos para algunas familias doctrinarias e ideológicas. Este modo de enfocar el tema habilitaría a pensar el antiimperialismo como un imaginario particular e, incluso, más ampliamente, como una de las dimensiones

del imaginario social, colocándolo en relación estrecha con núcleos de significaciones socialmente decisivas.

En pocas palabras, así entendido, el antiimperialismo sería un componente activable desde distintas posiciones ideológicas, dado su enraizamiento en disposiciones ubicadas en capas “más profundas” de significación. El antiimperialismo puede así ser voluta u ornamento –con distintos grados de funcionalidad o disfuncionalidad– pero puede ser también más cosas, dependiendo del caso. Mencionar la ubicuidad relativa y el profundo anclaje del antiimperialismo no equivale a mentar su omnipresencia ni tampoco la adhesión generalizada a los núcleos de significados que porta. Nuestras sociedades se caracterizan, entre otras muchas cosas, por el carácter constante de las disputas por el sentido y la verdad acerca de lo social; franjas enteras de los sistemas ideológicos particulares pueden rechazar el componente antiimperialista, o ser relativamente indiferentes a él. Aun cuando nada está completamente predeterminado en la esfera de las significaciones, el papel de las tradiciones y las sagas simbólicas es de la mayor importancia aquí. Podría sostenerse que, así como habría tradiciones sensibles, permeables, afines, a la disposición antiimperialista, habría otras inmunes, impermeables, ajena. De hecho, en la mayor parte de América Latina, el antiimperialismo no es una disposición compartida por la totalidad de la población. Por medio de un índice construido con base en los resultados de distintos sondeos de opinión, se intentó calibrar recientemente el “antiamericanismo” –que no es, en rigor, equivalente a antiimperialismo– en dieciocho países de América Latina. El ejercicio reveló que hablar de antiamericanismo en América Latina sería exagerado. La excepción a la regla sería la Argentina, país donde la disposición antiamericana aparece como llamativamente elevada, incluso más que en países como Ecuador, Bolivia y Venezuela (Merke y Pauselli, 2014). Es importante consignar que las encuestas analizadas se habían realizado con anterioridad a julio de 2014, de tal manera que no cabe atribuir los resultados al clímax de la disputa con los fondos buitre.

De lo que se trata, entonces, es de visualizar la capacidad del antiimperialismo para conectar con, y eventualmente ser funcional a, distintos cuerpos doctrinarios, cada uno de ellos sostenido, a su vez,

sobre tradiciones y sagas específicas. Se trata también de apreciar su enraizamiento en niveles decisivos de significación. Si se acepta lo anterior, surgen nuevos interrogantes. Uno tiene que ver con establecer cuáles serían esas capas de significación en las que en principio enraíza la disposición antiimperialista. No pretendemos aquí caracterizar el imaginario social latinoamericano, para pasar a determinar luego la localización precisa del antiimperialismo en su seno. Nos limitamos a plantear, a modo de cascada interrogativa, lo siguiente: ¿será excesivo sostener que el imaginario social latinoamericano es un imaginario que, cimentado sobre una experiencia primordial de diferencialidad con respecto al curso dominante de la modernidad –y a los Estados Unidos, su cristalización emblemática–, se presenta como radicalmente escindido en lo que respecta a cómo relacionarse con esa experiencia primordial? ¿Qué hay detrás de expresiones como “yanquis go home”, “AL-Carajo”, “fuera buitres” y tantas otras, sino la intuición esperanzada según la cual, librados estos países de la opresión, y eventualmente confederados, algo distinto –distinto a lo actualmente existente, pero también distinto a aquel otro curso, el dominante– y valioso –valioso justamente con base en su diferencialidad– podría (re) surgir, para dar lugar a un futuro mejor, quizá más próspero, seguramente más digno? ¿Qué hay detrás de las expresiones que plantean que es preferible morir de pie a vivir de rodillas, sino la exploración del *pathos* trágico asociado a la defensa de las dignidades últimas del ser humano? Simétricamente, ¿qué hay detrás de los cuestionamientos que, en nombre del realismo, llaman la atención sobre la irresponsabilidad flagrante de las decisiones y rumbos que se derivan de aquella intuición esperanzada, sino el hondo y primordial temor a quedarse solos, aislados y miserables en el mundo? ¿Qué hay allí sino la convicción, marcada ante todo por la prudencia, de que es preciso aceptar la dominancia del dominante y moverse dentro de sus límites...?

Si, de acuerdo con lo anterior, se acepta que el imaginario escindido tiene dos zonas, una afín a la disposición antiimperialista y la otra contrapuesta a ella, y se focaliza la atención en la primera, podemos pensar en un cuadro de doble entrada que ayude a representar las distintas modulaciones del antiimperialismo. Este hipotético cuadro se vertebraría en torno a dos ejes: uno remitiría a la relación que se

establece entre la disposición antiimperialista y la aceptación o no del sistema capitalista; el otro aludiría a las formas de expresión (cultural, social, política) que la disposición antiimperialista adopta. De esta manera, podrían visualizarse las diferentes combinaciones posibles para luego ponerlas en relación, por un lado, con los sistemas ideológicos particulares y, por otro, con los distintos ámbitos geográficos.

El segundo eje, las formas de expresión adoptadas, permite atender no solamente a lo que sucede en el nivel de la discursividad política y, dentro de ella, en la prédica oficial, sino además al hecho de que también hay un antiimperialismo más social y cultural, cuyos impulsos se expresan en un amplio registro de manifestaciones: literatura, cine, música, plástica, etc.

Aunque puedan identificarse convergencias relativamente duraderas entre estas esferas, lo cierto es que visualizar estas distinciones abre la posibilidad de debatir, entre otras cosas, “qué gana” y “qué pierde” el antiimperialismo cuando es prédica oficial y cuando no lo es. También, desde luego, cuando preserva un horizonte anti/poscapitalista y cuando no lo hace.

Por supuesto, no debe llevarse demasiado lejos este bosquejo. La dinámica simbólica es más compleja. Entre otras cosas, habría que considerar cada una de estas modulaciones, y de sus entrecruzamientos y anclajes, atendiendo a su espesor histórico. En este punto, las nociones de sagas simbólicas y tradiciones ideológico-culturales pueden ser productivas para densificar la mirada.

Interesa concluir señalando que con la introducción tentativa de la hipótesis de un imaginario social cimentado sobre la experiencia escindida de una diferencialidad primordial no nos proponemos reavivar maniqueísmos elementales –no es así como funcionan las dimensiones simbólica e imaginaria, cargadas de historia y pletóricas de combinaciones, torsiones y deslizamientos más o menos imprevisibles–, sino aportar elementos para continuar reflexionando sobre la localización y el significado de un hecho social complejo, de hondo arraigo y plenas vigencias. Pensamos que la lectura de los estudios que integran este volumen, centrados precisamente en la dimensión simbólica del antiimperialismo latinoamericano, puede ayudar a enriquecer este tipo de debates.

Sobre este libro

Este volumen cuenta con cuatro secciones. La primera reúne una serie de textos panorámicos mientras que las tres siguientes están integradas por estudios sobre temáticas puntuales, dispuestos según un ordenamiento cronológico. Aunque guardan relación con una serie de supuestos debatidos por la mayor parte de los colaboradores, los hitos seleccionados para oficiar de parte aguas no buscan tanto perfilar una tesis fuerte en cuanto a la periodización del antiimperialismo en la región –en todo caso, hay más elementos orientados a ello en el interior de la obra–, sino que responden mayormente a la necesidad de disponer los aportes de una manera equilibrada. En todas las partes el lector encontrará aproximaciones no sólo a la discursividad política –vista desde un ángulo que prioriza la dimensión simbólica–, sino que también accederá a miradas sobre la música, la plástica, el teatro, el cine, la caricatura.

Como ya dijimos, este libro forma parte de las actividades del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”. Buena parte de los materiales que lo integran fueron presentados y debatidos en el Coloquio Internacional *El antiimperialismo latinoamericano: discursos y prácticas. Homenaje Augusto C. Sandino*, realizado en Managua durante el mes de junio de 2014 y coorganizado por el GT, el Centro de Estudios de Historia y Culturas de América Central y el Caribe de la Universidad Católica Redemptoris Mater de Nicaragua (CIHCAC-UNICA) y el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín (CEL-UNSAM, Argentina). Gracias a la generosidad de CLACSO, pudieron asistir al coloquio varios integrantes del GT, provenientes de distintos países.

Es de la mayor importancia manifestar nuestro agradecimiento a un conjunto de personas que contribuyeron a que las actividades del GT y, en particular, la concreción de este volumen multiautoral resultasen posibles. En primer lugar, Guillermo Fernández Ampié, con quien gestamos toda esta idea; Noam Chomsky, quien impartió la videoconferencia de apertura del Coloquio de Managua; Ema Chomsky Fernández, quien realizó especialmente las ilustraciones de

este libro; Miguel Ayerdis, miembro del comité organizador del Colloquio de Managua; Beatriz Torres Abelaira, responsable del Centro de Estudios de la Memoria de Nuestra América de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (CAMENA-UACM); Susana Cella, coordinadora del Departamento de Literatura y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (CCC, Argentina); Jorge Bocanera, reconocido poeta argentino; Ana María Vara, investigadora de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM, Argentina); Juan Francisco Martínez Peria, coordinador del Departamento de Historia del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini (CCC, Argentina); Laura dos Santos y Alejandra Harracá del área de comunicación la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM, Argentina).

Mención aparte para Pablo Vommaro, coordinador del Área de Grupos de Trabajo de CLACSO, Horacio López, subdirector del CCC Floreal Gorini, y a todo el personal de ambas instituciones, quienes apoyaron las actividades realizadas y, en particular, la publicación de este libro.

Bibliografía

- Ansart, Pierre 1983 *Ideología, conflictos y poder* (Puebla: Premiá).
- Bergel, Martín 2012 “Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia, de Manuel Seoane. Viaje y deriva latinoamericana en la génesis del antiimperialismo aprista” en Pita González, Alexandra y Marichal, Carlos (comps.) *Pensar el antiimperialismo*.
- Bergel, Martín 2009 “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv) Vol. 20, N° 1, enero-junio.
- Borón, Atilio 2012 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Luxemburg).
- Borón, Atilio 2005 *Imperio e Imperialismo: una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Castoriadis, Cornelius 2013 (1975). *La institución imaginaria de la sociedad* (Buenos Aires: Tusquets).
- Golinger, Eva y Miguélez, Romain 2008 *La telaraña imperial. Enciclopedia de injerencia y subversión* (Caracas: Centro Internacional Miranda).

- Kan, Julián y Pascual, Rodrigo (comps.) 2013 *Integrados (?). Debates sobre las relaciones internacionales y la integración regional latinoamericana y europea* (Buenos Aires: Imago Mundi).
- Kerssfield, Daniel 2012 *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas* (México: Siglo Veintiuno).
- Kozel, A. 2014 “Vigencias del antiimperialismo latinoamericano” en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO) N° 16.
- Kozel, Andrés 2012 “Carlos Pereyra y *El mito de Monroe*”, en Pita González, Alexandra y Marichal, Carlos (comps.) *El antiimperialismo latinoamericano*.
- Kozel, Andrés 2010 “Prólogo” en Selser, Gregorio *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina* (México: UACM/UNAM), Tomo III (1899-1945).
- Lopes, Gilberto (ed.) 2013 *Tras las huellas de Vicente Sáenz. A los 50 años de su muerte* (Costa Rica: EDUPUC).
- Melgar Bao, Ricardo 2010 “Huellas, redes y prácticas del exilio intelectual aprista en Chile” en Altamirano, Carlos (dir.) *Historia de los intelectuales latinoamericanos. Tomo II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX* (Buenos Aires: Katz).
- Melgar Bao, Ricardo 2005 “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México, 1923-1924” en VVAA, *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940* (Madrid: UAM).
- Merke, Federico y Pauselli, Gino 2014 “EE.UU., en la mirada de América Latina: de la condena al ejemplo” en *La Nación* (Buenos Aires), suplemento “Enfoques”, 29 de junio.
- Míguez, Pablo 2013 “El estado capitalista, la crisis financiera y el debate imperio-imperialismo” en Kan, Julián y Pascual, Rodrigo *Integrados (?)*.
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto 2011 *Fórmula para el caos: la caída de Salvador Allende: 1970-1973* (Buenos Aires: Corregidor).
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto 2010 *Presencia de Estados Unidos en Brasil: dos siglos de historia* (Buenos Aires: Corregidor).
- Moniz Bandeira, Luiz Alberto 2007 *La formación del imperio americano. De la guerra contra España a la guerra en Irak* (Buenos Aires: Norma).
- Morgenfeld, Leandro 2012 “La apuesta latinoamericana” en *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos* (Buenos Aires: Capital Intelectual).
- Morgenfeld, Leandro 2011 *Véscos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1995)* (Buenos Aires: Continente).
- Pita González, Alexandra 2009 *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes de intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).
- Pita González, Alexandra y Marichal Salinas, Carlos (coords.) 2013 *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).

- Quesada Monge, Rodrigo 2012 *América Latina 1810-2010: el legado de los imperios* (San José de Costa Rica: EUNED).
- Quesada Monge, Rodrigo y Oliva Medina, Mario 2008 *El pensamiento anti-imperialista de Octavio Jiménez. Antología de Estampas publicadas en Repertorio Americano (1929-1938)* (San José de Costa Rica: EUNED).
- Romano, Silvina 2013 *¿América para los americanos? Integración regional, dependencia y militarización* (La Habana: Ruth).
- Said, Edward 1996 *Cultura e imperialismo* (Barcelona: Anagrama).
- Vara, Ana María 2013 *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina* (Sevilla: CSIC).
- Zibechi, Raúl 2013 *Brasil, ¿el nuevo imperialismo? Interrogantes y desafíos del nuevo escenario latinoamericano* (Buenos Aires: La Vaca).

Actividades realizadas por el GT

2013

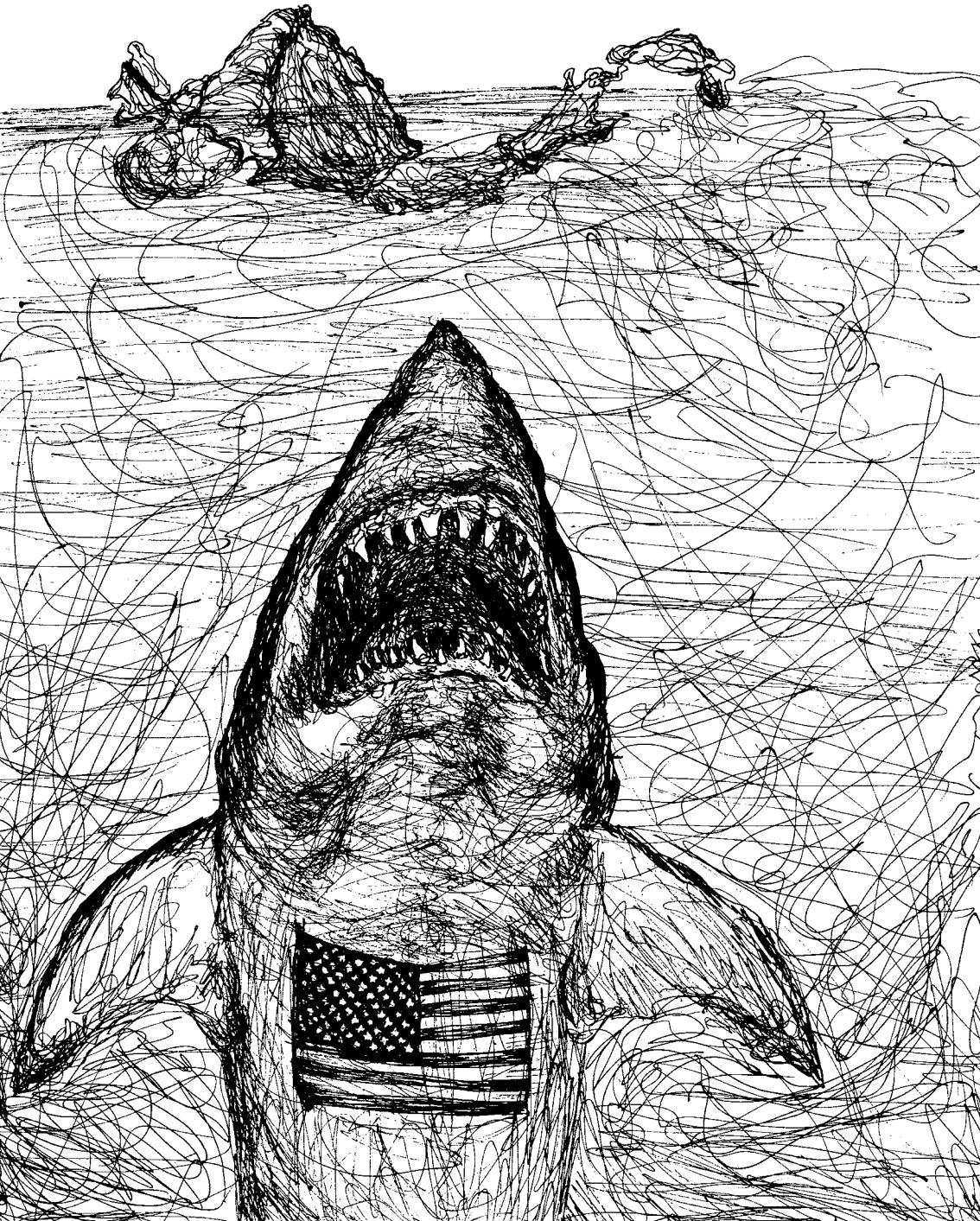
- Jornada *Chile frente al imperio. A 40 años del golpe.*
9 de septiembre. CCC Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina.
Participaciones especiales: Beatriz Torres Abelaira, Susana Cella, Jorge Bocanera y Lior Zylberman.
- Conferencia de la Mtra. Beatriz Torres Abelaira (CAMENA-UACM): “El poder de la palabra. La radio como vehículo para la revitalización del pensamiento social latinoamericano”.
6 de septiembre. Sede CLACSO, Buenos Aires, Argentina.
Organizada conjuntamente con los GT-CLACSO “Violencia y política. Un análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina” e “Ideas intelectuales y cambio social en América Latina. Del pensamiento social crítico a los desafíos actuales”.
- Conferencia del Mg. René Villaboy Zaldívar (Departamento de Historia, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana): “Tendencias actuales de la historiografía en Cuba. Con una apostilla sobre el antiimperialismo”.
3 de diciembre. CCC Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina.
- Conferencia de la Dra. Ana María Vara (UNSAM): “*Las venas abiertas de América Latina. Un ensayo con genealogía literaria*”.
4 de diciembre. UNSAM, Buenos Aires, Argentina.
- Videoconferencia del Dr. Ricardo Sánchez Ángel (Universidad Nacional de Colombia): “Respuestas de la cultura colombiana a la secesión de Panamá”.
5 de diciembre. Sede CLACSO, Buenos Aires, Argentina.

2014

- Presentación del libro: *Rethinking Anti-Americanism*. A cargo del autor, PhD Max Friedman (American University), con presentación de Leandro Morgenfeld.
5 de junio. CCC Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina.
Organizada conjuntamente con el GT-CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”.
- Coloquio Internacional *El antiimperialismo latinoamericano. Discursos y Prácticas. Homenaje a Augusto C. Sandino*.
17 al 21 de junio. UNICA, Managua, Nicaragua.
Organizado conjuntamente con el CEHCAC-UNICA y CEL-UNSAM.
Participaciones especiales: Noam Chomsky y Miguel d'Escoto.
- Presentación del libro: *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina*. A cargo de la autora, Dra. Ana María Vara, con presentación de Élida Lois y Andrés Kozel.
15 de agosto. Hotel Bauen, Buenos Aires, Argentina.
Organizada conjuntamente con la Licenciatura en Comunicación Audiovisual de la UNSAM.
- *Jornada Internacional de Estudios sobre antiimperialismo, nación y nacionalismos: Colombia y Argentina*.
2 de septiembre. Universidad de Cartagena, Colombia.
Dos conferencistas miembros del GT.
- *I Congreso Internacional de Movimientos Sociales en América Latina*.
5 de septiembre. Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia.
Dos ponentes miembros del GT.
- Mesa “Imágenes y discursos del antiimperialismo latinoamericano”.
Coordinada por integrantes del GT. VII Seminario Internacional Políticas de la Memoria.
8 de octubre, Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, Buenos Aires, Argentina.
- Seminario de posgrado *El antiimperialismo latinoamericano. Discursos, prácticas, imaginarios*.
Segundo semestre. CEL-UNSAM, Buenos Aires, Argentina.

2015

- Homenaje *Galeano, voz antiimperialista de América Latina. In Memoriam*.
13 de mayo. CCC Floreal Gorini, Buenos Aires, Argentina.
Participaciones especiales: Susana Cella y Ana María Vara.



El tiburón contra las sardinas

PRIMERA PARTE
Panoramas

ANDRÉS KOZEL*

Estaciones del antiimperialismo rioplatense

*"Mire amigo no venga con que los gringos son gente dada;
Yo lo vi a Míster Coso tomando whisky con los del clú;
Pero nunca lo vide tomando mate con la peonada.
No dirá que chupaban y que brindaban a mi salú."*

Alfredo Zitarrosa

Trenes, rieles, pasajeros

Este ensayo busca ofrecer una suerte de panorama del antiimperialismo rioplatense, con acento en la dimensión simbólica. El desafío no es sencillo; lo que se perfila es un ejercicio de alcances limitados. Desde el propio título se acude, por estimarla productiva, a la imagen de las estaciones. La palabra estación tiene varias acepciones. Una alude al tiempo cíclico de la naturaleza, con su plétora de connotaciones. Otra se refiere a los sitios donde se detienen los autobuses y los trenes. Es sobre todo el segundo sentido, en particular, el ferroviario, el que se recupera aquí. No se piensa en cualquier estación de ferrocarril, sino en uno de esos grandes nodos donde se entrecruzan trenes y pasajeros que, con sus ritmos, provienen de y se dirigen a distintos sitios. En lugares así, acontecen encuentros, separaciones, reencuentros, cambios de rumbo, miradas retrospectivas hechas de recuerdos y olvidos, presencias más o menos obsesivas, ausencias.

* Argentino. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigador del CONICET y del Instituto de Prospectiva del INTA. Profesor de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Coordinador del GT-CLACSO “El antiimperialismo latinoamericano. Discursos, prácticas, imaginarios”.

Tratar de pensar el antiimperialismo acudiendo a esta imagen –y a otras igualmente flexibles, como sagas simbólicas, filiaciones, gestos– supone disponerse a entender la cuestión con base en un abordaje procesual-relacional, problematizador y sensible a los matices. No se trata tanto de “hacer teoría” a partir de estas consideraciones como de reconocer que ellas pueden ayudar a visualizar mejor algunos de los problemas que aparecen cuando se encara el estudio de estos temas. Se procura, en la medida de lo posible, eludir las propensiones a reducir a conveniencia repertorios simbólicos heterogéneos y que dialogan entre sí, a esencializar ecuaciones intelectuales tensionadas y dinámicas, a interpretar en clave teleológica dinámicas sinuosas. Destinadas fundamentalmente a interesados no especializados, las páginas que siguen no proporcionan la lista completa de los temas, figuras y títulos del antiimperialismo rioplatense; tampoco introducen hipótesis definitivas. Menos pretenciosamente, buscan iluminar algunos anudamientos clave, invitando a profundizar su análisis.

El 98 rioplatense

Entre los emergentes más destacados de este anudamiento figuran “El triunfo de Calibán”, de Rubén Darío, intervención que en su origen fue una conferencia pronunciada en un teatro de Buenos Aires; el *Ariel* de José Enrique Rodó –ensayo y autor cuyo antiimperialismo han sido materia de debate–; un opúsculo de Roque Sáenz Peña sobre la doctrina Monroe y las primeras textualizaciones de Manuel Ugarte: “El peligro yanqui” y “La defensa latina”.

Cabe puntualizar antecedencias y resonancias. Entre las primeras, el artículo “La política americana y las tendencias yankees”, publicado en 1887 por Ernesto Quesada. Hijo del entonces embajador argentino en Estados Unidos, Quesada leyó bien el momento, advirtiendo contra los verdaderos propósitos de la inminente conferencia continental (Buchbinder, 2012). En julio de 1888, el embajador Vicente Quesada le escribió al canciller Quirno Costa que la concreción de la unión aduanera “sería el pacto del lobo con el

cordero”, metáfora zoomorfa que no era nueva entonces y que resultó perdurable después (Morgenfeld, 2011). Mientras se realizaba la conferencia, Ernesto Quesada destacó la actitud de los delegados argentinos, Roque Sáenz Peña y Manuel Quintana (ambos futuros presidentes del país), quienes tendieron a obstaculizar los proyectos de Washington. El desempeño de los delegados argentinos también fue elogiado por José Martí, quien escribía en ese tiempo para el diario *La Nación* de Buenos Aires. Todas estas figuras veían con claridad la articulación entre proteccionismo, expansionismo y panamericanismo. Hubo en las élites rioplatenses de esos años figuras capaces de cuestionar a los Estados Unidos; no necesariamente conviene caracterizar sus prevenciones ni su antiyanquismo –ambos enraizados en las certezas que ofrecía la pujanza de las relaciones comerciales y financieras con Gran Bretaña– como antiimperialismo, siendo quizás más adecuado hablar de proto-antiimperialismo.

Otro riel de antecedencias está ligado a la primera expresión de la saga de *La tempestad* de Shakespeare en América Latina, muy vinculada a la caracterización de los Estados Unidos y a la fijación de una simbólica antiestadounidense. A comienzos de la década del noventa, Paul Groussac, intelectual francés afincado en la Argentina que estuvo en Chicago en 1893, contribuyó al bestiario al asociar abiertamente a Estados Unidos con una criatura enorme y primitiva como el mamut (Bruno, 2012). Hacia 1894, Rubén Darío, animador del medio cultural porteño, se refirió, en un ensayo sobre Poe, a Estados Unidos como el país de Calibán. Según nos deja saber el propio Darío (1994: 53), el parangón había sido introducido poco antes por Joséphin Peladan, “el raro Sar”, decadentista francés, ocultista, fundador del Salón de la Rosa Cruz. Para el poeta nicaragüense, Calibán es el rey de aquel país, allí ha establecido el imperio de la materia desde su estado misterioso (Edison) hasta la apoteosis del puerco (Chicago); saturado de whisky, sin un Próspero que lo esclavice ni un Ariel que lo martirice, engorda y se multiplica, haciéndose legión.

El 2 de mayo de 1898 Groussac y Sáenz Peña hablaron en el Teatro Victoria acerca de la guerra que Estados Unidos le había declarado a España. Sus palabras, en particular las de Sáenz Peña,

estimularon a Darío a elaborar “El triunfo de Calibán” (Jáuregui, 1998). La intervención de Darío, tributaria de su ensayo sobre Poe recién citado, fijó un lenguaje y unas imágenes de notoria perdurabilidad. El propio poeta volvió a desplegarlos en intervenciones ulteriores, ya no tan ligadas al ámbito rioplatense, como “Oda a Roosevelt” y “Los cisnes”. No es posible desconocer la desconcertante volubilidad del nicaragüense, también autor de una “Salutación al águila”, con motivo de la Tercera Conferencia Panamericana de 1906.

Con su *Ariel*, de 1900, Rodó también participó de la saga de *La tempestad*. Deliberadamente lo hizo con mayor moderación que Darío, sin calibanizar a los Estados Unidos; sin embargo, acudió a la imagen del ciclope, y no hay razones para dudar de que fue justamente ese ensayo el que terminó por consagrar la contraposición espíritu/materia para pensar la relación entre las dos Américas.

La vía diplomática y la vía shakespereana convergieron en la estación 1898. Apenas iniciado el siglo, Sáenz Peña publicó una lúcida crítica a la doctrina Monroe, hoy poco recordada: *Los Estados Unidos en Sud-América. La doctrina de Monroe y su evolución* (recogido en Sáenz Peña, 1914-1915). Tras asumir como presidente en 1910, Sáenz Peña dictó un decreto por el cual se creó la “Dirección General de Explotación de Petróleo en Comodoro Rivadavia”, base de lo que sería más tarde Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), instrumento clave de una política petrolera con sentido nacional, de gran relevancia en la historia del antiimperialismo. En cuanto a los Quesada, su antiyanquismo se acentuó después de 1898 (Buchbinder, 2012).

Entre las consecuencias del 98 rioplatense hay que contar también, según se señaló, las primeras textualizaciones antiimperialistas de Manuel Ugarte, sin olvidar que, de acuerdo con su propio testimonio, el origen de sus convicciones no remite tanto a la guerra hispanoestadounidense como a un viaje suyo a Nueva York que tuvo lugar en 1900. A Ugarte lo enorgulleció el elogio dispensado por Rubén Darío a *El porvenir de América Latina*, su primer libro. Es difícil recorrer la prosa de aquel Ugarte sin detectar resonancias rubendarianas. Inevitablemente se piensa en la novena estrofa de “Los cisnes” al releer la siguiente cascada de interrogaciones: “¿Acaso

esconde [el yanqui] la esperanza de extender su dominación como un océano? ¿Cerraremos los ojos para no ver el porvenir? ¿Acurrucados en vanidades pueriles, nos abandonaremos a la melancolía de ver subir la marea que debe sumergirnos? [...] ¿Sólo despertaremos al peligro cuando éste nos haya aplastado?” (Ugarte, 1978: 18). Como puede notarse, en Ugarte, la amenaza yanqui es una avalancha, un mar, un océano, un huracán, a la que hay oponerle barreras, diques de contención. A sus ojos, la amenaza se sentía más en México, en Centroamérica, en el Caribe, en tanto que veía a los países rioplatenses como casi “fuera de peligro” y/o como los “miembros sanos” de un “cuerpo paralítico”. Es difícil no pensar en el *Ariel* cuando, en una retrospectiva de 1923, titulada “El lobo y los corderos”, Ugarte se preguntó si, para obtener la ayuda “económica y técnica” de los Estados Unidos, América Latina debía renunciar a sus “posibilidades especiales de desarrollo, a su personalidad claramente definida, a sus antecedentes imborrables, a su facultad de disponer de sí misma” (Ugarte, 1978: 98).

De los años inmediatamente subsiguientes provienen, también, las aportaciones más recordadas del escritor español Rafael Barrett, radicado en el ámbito rioplatense durante la primera década del siglo. Ana María Vara sitúa, con razón, al autor de *Lo que son los yerbales paraguayos* y *El dolor paraguayo* en un lugar destacado de la historia del antiimperialismo latinoamericano; algunos artículos de este anarquista fueron elogiados por Rodó (Vara, 2013: 49 ss).

Vale la pena referir un entrecruzamiento singular. En 1911, José Ingenieros, que no era entonces pasajero de ninguno de los trenes que surcaban la estación antiimperialista, sino que navegaba en las aguas de un determinismo sociológico bio-economicista y eurocéntrico, se fue del país, enojado porque el presidente de la república no había avalado su designación como profesor titular de Medicina Legal en la Universidad. El presidente era Roque Sáenz Peña. Injusticia o rareza histórica, la ira de Ingenieros, futuro ícono del antiimperialismo rioplatense, fue tal que, para descargarse, escribió *El hombre mediocre*; en buena medida, el hombre mediocre era Sáenz Peña (Terán, 1979: 68ss). Hacia 1915, Carlos Pereyra, historiador mexicano recientemente afincado en Madrid, dedicaba

El mito de Monroe, jalón clásico del antiimperialismo continental, a la memoria de Simón Bolívar y de Roque Sáenz Peña, que había fallecido en 1914.

Los años veinte

En esta estación convergieron varios procesos transformadores, los asociados a la Revolución Mexicana, a la Gran Guerra, a la Revolución Rusa, a la Reforma Universitaria. Una de las figuras centrales de esta estación fue precisamente José Ingenieros, quien ya había atravesado su camino de Damasco, dejando atrás la tributación al determinismo positivista y eurocéntrico. El discurso que pronunció en octubre de 1922, en ocasión del banquete ofrecido en Buenos Aires a José Vasconcelos, entonces Secretario de Educación de la triunfante Revolución Mexicana, fue calificado por el dirigente socialista Alfredo Palacios como el “evangelio del antiimperialismo”. José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Seoane, peruano aprista exiliado en Buenos Aires, fueron los principales animadores de la Unión Latinoamericana (ULA), fundada en 1925, de la que también participaron Manuel Ugarte y, desde Córdoba, Deodoro Roca, referente de la Reforma Universitaria cuya predica ha de integrarse también al corpus antiimperialista (Biagini, 2006).

La historia de la ULA, uno de los foros antiimperialistas más importantes de aquella etapa, fue estudiada en detalle por Alexandra Pita (2009). Tras la muerte de Ingenieros en 1925, la presidencia de la ULA quedó en manos de Palacios. Un libro de época en el que puede apreciarse de manera directa el universo de significados movilizado es *Nuestra América y el imperialismo yanqui*, colección de documentos y pronunciamientos mayormente firmados por Palacios, con prólogo de Seoane (Palacios, 1930). La ULA fue principalmente antiyanqui; como en Ugarte, los Estados Unidos eran vistos como la amenaza mayor para Nuestra América, más real en los casos de México, Centroamérica y el Caribe; más lejana en el del Río de la Plata. En el volumen citado se acude a un recurso que ya había sido empleado por Ugarte: la carta abierta; hay una a Hoover, otra

a las juventudes continentales. Se afirma que, tras haber “vendido su alma” a la riqueza y el poder, Estados Unidos degeneró en una plutocracia.

Como muestra el estudio de Pita (2009: 175ss), la red vinculada a la ULA sufrió un desmembramiento importante. El secretario general Arturo Orzábal Quintana se alejó para conformar la Alianza Continental (AC). La ULA quedó eventualmente más conectada a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Entre los motivos de la división se cuenta la relación de la ULA con la izquierda doctrinal, que tendía a situar la problemática del imperialismo en un registro más clasista y más vinculado al horizonte de superación del capitalismo. Para la AC, la ULA y el APRA aparecían como demasiado doctrinales y poco realistas.

El universo comunista fue un cauce clave de la estación de los años veinte y seguiría siéndolo después, en modulaciones de señalada riqueza. En principio y en parte, el cauce conectó con el de la ULA. La revista *La Correspondencia Sudamericana* fue un órgano de difusión clave en esa etapa. De los numerosos aportes dedicados al tema, destaca el artículo “La penetración del imperialismo en la América del Sud”, de Victorio Codovilla (1926). En ese aporte pionero se pone de relieve la disputa entre el imperialismo británico y el estadounidense en la región: en Chile, Perú y Bolivia (en relación al conflicto por Tacna y Arica), en Brasil, en Argentina. Asimismo, se subraya la codicia estadounidense por el petróleo, así como el hecho de que la incipiente industria argentina, financiada por Estados Unidos, no tenía de argentina más que el nombre. En Codovilla, la Liga Antiimperialista será el dique capaz de detener la progresión del imperialismo colonizador.

Como explica Pita (2009: 209ss.), en Argentina hubo dos ligas antiimperialistas comunistas, la “chispista” y la “sección argentina”. La “chispista” se creó a partir de una disidencia con la dirigencia del PC y, también, ante la imposibilidad de incorporación a la ULA en 1925. La adecuada consideración de ese momento exige prestar atención, como lo hace Patricia Funes (2006), tanto al Congreso contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, realizado en Bruselas en 1927 por iniciativa de la Internacional

Comunista (IC), como a la 1^a Conferencia Comunista Latinoamericana, reunida en Buenos Aires en 1929. Señala Funes que a partir de 1928 se produjo lo que los comunistas llamaron “el descubrimiento de América”; indica también que, no sin paroja, después de la Conferencia de 1929 se aceleró la sujeción de los PC a los dictados de la IC.

En el tramo final de la década, la ULA, la AC, los comunistas y el propio presidente Hipólito Yrigoyen, de la Unión Cívica Radical (UCR), respaldaron la gesta sandinista. Por intermedio de Froylán Turcios, la ULA le hizo llegar un mensaje a Sandino, fechado en marzo de 1928. En diciembre de ese mismo año, el recientemente electo Herbert Hoover, recibido en el puerto de Buenos Aires al grito de “¡Nicaragua! ¡Nicaragua!”, sostuvo una entrevista personal con Yrigoyen. El presidente argentino le planteó la necesidad de respetar la soberanía de los países latinoamericanos, en referencia directa a la intervención en Nicaragua. Interesa recordar que, a principios de 1920, durante el primer gobierno de Yrigoyen, el crucero argentino “9 de julio”, al pasar cerca de República Dominicana, entonces intervenida, había saludado la bandera dominicana, negándose a hacer lo propio con el pabellón estadounidense. Estos gestos del presidente Yrigoyen alcanzaron estatura mítica en la literatura antiimperialista ulterior.

A lo largo de la década del veinte, y más en particular en su último tramo, se instaló en el centro de la agenda el tema del petróleo. Para numerosos analistas, la tensión entre el presidente Yrigoyen y las compañías extranjeras, fundamentalmente la Standard Oil, de origen estadounidense, fue una de las causas del golpe de Estado de 1930 (Mayo *et al.*, 1976). En 1927 el radicalismo yrigoyenista había logrado la aprobación de un proyecto de nacionalización y monopolio estatal en la Cámara de Diputados; el Senado no llegó a considerarlo. Con sus especificidades, las redes antiimperialistas participaron activamente de estos debates. Las intervenciones de la AC, próxima a la prédica de los generales Baldrich y Mosconi, se reprodujeron en grandes diarios como *La Prensa* y alcanzaron a tener repercusiones en Uruguay, orientando el proyecto de creación de una refinería estatal (Pita, 2009: 201ss).

Todavía en relación con la gesta de Sandino, corresponde recordar que en esos años un joven uruguayo, Carlos Quijano, publicó en París *Nicaragua, un ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos*. En Montevideo, Quijano fundó, en el seno del Partido Nacional, la Agrupación Democrática y Social Nacionalista (ADSN), el diario *Nacional* y, más tarde, en 1939, el semanario *Marcha*, al cual dirigió hasta su clausura por los militares en 1974. Arturo Ardao señaló que el nacionalismo democrático, social y antiimperialista de Quijano ya estaba constituido al fundar ambos la ADSN en 1928 (en Vior, 2003). Los años juveniles de Quijano fueron estudiados por Caetano y Rilla (1986).

De acuerdo con varios autores, en los años veinte fue quedando relativamente atrás el lenguaje modernista; la retórica se hizo menos espiritualista, volviéndose más social, más económica (Devés Valdés, 2000). Sin duda, en dicho proceso jugó un papel la asimilación del marxismo –en particular, del célebre libro de Lenin– por apristas y comunistas. En *La Correspondencia Sudamericana*, por ejemplo, se aprecia un nutrido campo semántico asociado al antiimperialismo: intrusión, agentes, dependencia, rivalidades, objetivos estratégicos y, sobre todo, interés, son expresiones frecuentes.

Efectos de la crisis

Muy notoriamente en el caso argentino, el desacomodamiento producido por la crisis de 1929-1932 llevó a varios intelectuales a cuestionar el rumbo seguido hasta entonces. En ese contexto vieron la luz dos obras clave: *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, y *Política británica en el Río de la Plata*, de Raúl Scalabrini Ortiz. Ambas pusieron de relieve algo no demasiado tematizado hasta entonces: la incidencia británica en el país. Ambas abrieron paso a una profunda revisión histórica que, a su vez, se bifurcó en varios cauces y acabó por implicar la inversión de los signos valorativos habitualmente asociados a las principales figuras, etapas y procesos de la historia del país y la región, entre ellos la Guerra Grande rioplatense y la Guerra de

la Triple Alianza o del Paraguay (Buchrucker, 1987; Quattrochi-Woissen, 1998).

El libro de los Irazusta fue escrito para cuestionar la actuación de la diplomacia argentina en el famoso acuerdo Roca-Runciman. Sus páginas ofrecen una interpretación de la historia argentina novedosa para la época, basada, entre otras cosas pero muy fundamentalmente, en una carta de Vicente F. López al Gral. San Martín. La carta, fechada en 1831, bosquejaba una interpretación de las primeras décadas de vida independiente con base en la dicotomía entre el partido de la revolución –centrado en el patriotismo– y el partido de la contrarrevolución –que perseguía la riqueza y el progreso material– (Irazusta, 1982). De acuerdo con los hermanos Irazusta, el problema del país residía en que, a lo largo del siglo XIX, el segundo se había impuesto al primero. En una medida importante, la ulterior reivindicación de la figura de Rosas, de la cual Julio Irazusta fue animador mayor, se basó en esa interpretación, robustecida por la puesta de relieve del hecho de que, desde su exilio en Francia, el padre de la patria apoyó la política de Rosas ante los bloqueos de las potencias europeas, legándole luego, por disposición testamentaria, su sable. Toda esta operación reinterpretativa, en la que los hermanos Irazusta no estuvieron solos, de alguna manera acabó por colocar a Rosas entre los precursores del antiimperialismo rioplatense. En cuanto al itinerario de los Irazusta, interesa notar que, en los treinta, dejado atrás su juvenil antirrigoyenismo, devinieron yrigoyenistas post factum; en la década siguiente, cuestionaron a Perón, pasando a figurar entre los representantes más conspicuos y lúcidos del nacionalismo de derecha no peronista, vertiente ideológica minoritaria aunque de cierta significación. Vuelto “historiador a la fuerza”, según su propia expresión, Julio Irazusta conocía bien la obra del mexicano Carlos Pereyra. No fue el antiyanquismo de Pereyra lo que más atrajo su atención, sino parte de sus consideraciones sobre la historia rioplatense del siglo XIX, su hispanismo y aspectos de su mirada sobre la política internacional.

Adelantada en intervenciones asociadas al ámbito de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA), la obra de Scalabrini se publicó en 1938. Sus páginas tematizan la presencia

de una voluntad poderosa –la británica– desgranada en miles de voluntades minuciosas –en las que se incluyen las inclinaciones y preferencias de la oligarquía vernácula–, ejerciendo así un complejo y fino juego de dominación, que resulta imperioso develar. Scalabriní revisa tres procesos que tuvieron lugar en la década de 1820, en los cuales la diplomacia británica desempeñó un papel determinante: la creación del Banco de Buenos Aires, enseguida refundido en el Banco Nacional; el empréstito ficticio contraído con la Baring Brothers en 1824; el desmembramiento de Uruguay. Scalabriní emplea recursos retóricos novedosos, y muy eficaces, que conciernen, por ejemplo, a la tematización de lo contrafáctico, aquello que podría haber sucedido si se hubiera hecho tal o cual cosa... Pero también acude a información estadística trabajosamente recopilada, con base en la cual cultiva lo que él mismo llama “la elocuencia del número”. De manera constante se refiere al prevaricato de los dirigentes, a la práctica del soborno, aspectos éstos que, aunque obvios, sólo se pueden deducir, porque normalmente no quedan evidenciados en la documentación. Para Scalabriní: “Así ha obrado siempre Inglaterra dentro de nuestro país y en todas las actividades: lo que no corrompe, lo destruye” (Scalabriní Ortiz, 2001: 105).

Con estos y otros libros el antiimperialismo incorporó el antibritanismo. En la estación poscrisis, el antiimperialismo ya no se refirió tanto a unas realidades lejanas y potencialmente amenazadoras como a una historia concreta, y muy real, de penetración y abyección. Así, algo que se había insinuado en la estación previa con Codovilla, se volvía más elocuente y generalizado. La revelación dio lugar a múltiples deslizamientos, reacomodos y entrecruzamientos. Distintamente a los casos de Alfredo Palacios y de los hermanos Irazusta, Scalabriní llegaría al peronismo; también lo haría Manuel Ugarte, cuya relación con el Partido Socialista fuera problemática. En los lustros siguientes, los libros de Scalabriní se volvieron referencias fundantes para la tradición del peronismo de izquierda y de la izquierda nacional. Esto no sólo en el plano historiográfico, sino también en el del lenguaje, las estrategias discursivas, las imágenes.

Para enriquecer la caracterización de esta estación quizá convenga recordar la figura de Liborio Justo, hijo rebelde de Agustín P.

Justo, militar conservador que ejerció la presidencia de Argentina entre 1932 y 1938. Liborio fue protagonista de un gesto significativo que narra en su precoz autobiografía, publicada en 1940. En 1936 se realizó en Buenos Aires la Conferencia Internacional de Consolidación de la Paz; entre los asistentes figuró el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt. En palabras de Liborio: “Nunca se había hecho una reunión más importante y espectacular en América Latina y nadie se levantaba para poner en descubierto esa tremenda confabulación que tenía por fin aherrojar a nuestros pueblos”. Continúa: “Mi bárbaro orgullo no podía soportar la afrenta permaneciendo en silencio. Cuando llegó el momento, mi voz condenatoria resonó diciendo: ‘Abajo el imperialismo’” (Justo, 1956: 190ss). Por esa intervención, que se oyó por radio en muchas partes, siendo luego reproducida en medios gráficos, Liborio fue detenido y llevado a una estancia perdida en el extremo territorio de La Pampa, cerca del río Colorado. No lo olvidemos: era hijo del presidente en ejercicio. Figura singular y solitaria, Liborio no tenía en gran aprecio a Ugarte ni a Ingenieros; menos a Palacios. Conoció al pintor Siqueiros, mexicano y comunista, a quien también despreció. Acerca de los comunistas (“miseros liliputienses”), tempranamente pensaba que sus juicios cambiaban según “los intereses momentáneos de la pandilla burocrática del Kremlin” (Justo, 1956: 192n). Liborio fue uno de los primeros trotskistas argentinos; cerca de él se formó doctrinariamente el joven Jorge Abelardo Ramos, más tarde protagonista central de un cauce importante, el de la izquierda nacional, en el cual no sería sencillo incluir a su maestro, eventualmente inclasificable. Durante una estancia en Montevideo en los años treinta, Liborio conoció la obra de Luis Alberto de Herrera, caudillo del Partido Nacional, quien venía repensando la historia rioplatense con un criterio antimitrista y antiunitario, en lo cual empalmó con los afanes del revisionismo argentino. En algún lugar del espectro del revisionismo argentino hay que incluir *Nuestra patria vasalla*, obra ulterior de Liborio Justo, no demasiado recordada aunque importante, y donde Scalabrini Ortiz es reivindicado como “patriota sin tacha” (Justo, 1968).

Braden o Perón

A partir de su llegada al país a mediados de 1945, el embajador estadounidense Spruille Braden se determinó a participar activamente de la política argentina, jugando un papel destacado en la organización de la oposición contra el presidente Edelmiro Farrell y contra el vicepresidente Juan Domingo Perón. A principios de 1946, poco antes de que tuviera lugar la elección presidencial, el Departamento de Estado de Estados Unidos presentó el libro *Consultas entre las repúblicas americanas sobre la situación de la Argentina*, enseguida conocido como *Libro Azul*. En febrero, la gran prensa argentina comenzó a reproducirlo. El propósito del *Libro Azul* era “probar” el filo nazi fascismo del gobierno argentino y, en particular, de Perón. Puesto frente a esa circunstancia, Perón supo utilizarla a su favor. En su discurso del 12 de febrero, jornada en que se proclamó su candidatura presidencial, sostuvo:

“En nombre del señor Braden, alguien suficientemente autorizado expresó que yo jamás sería presidente de los argentinos y que aquí, en nuestra patria, no podría existir ningún gobierno que se opusiese a las ideas de los Estados Unidos [...] En consecuencia, sepan quienes voten el 24 por la fórmula del contubernio oligárquico-comunista que, con este acto, entregan sencillamente su voto al señor Braden. La disyuntiva, en esta hora trascendental, es ésta: Braden o Perón. Por eso, glosando la inmortal frase de Roque Sáenz Peña, digo: Sepa el pueblo votar [...] ¡Denuncio al pueblo de mi patria que el señor Braden es el inspirador, creador, organizador y jefe verdadero de la Unión Democrática!” (en Galasso, 2011: I, 402).

La disyuntiva polarizó todavía más a una sociedad ya dividida. Faltando pocos días para las elecciones, y mientras la Unión Democrática (UD) –coalición integrada por conservadores, parte de la UCR, socialistas y comunistas– asumía plenamente las denuncias del *Libro Azul*, obreros peronistas pintaban las paredes con los nombres que sintetizaban la encrucijada: “Braden o Perón” (Galasso, 2011: I, 393-409). En esos días también apareció la respuesta escrita de Perón a Braden, titulada *Libro Azul y Blanco*. Desde el punto de

vista de la línea argumental que venimos delineando, el Libro Azul y Blanco constituye un hito mayor. A punto de convertirse en presidente, Perón denunció abiertamente en ese libro-collage la intervención estadounidense en Argentina y Latinoamérica. Sostuvo que la fuente principal de las denuncias de Braden había sido la prensa comunista de Buenos Aires y Montevideo. Mencionó a los dirigentes Rodolfo Ghioldi y Victorio Codovilla y a los periódicos *Orientación* y *La Hora*, los cuales habían hecho, antes de la invasión nazi a la Unión Soviética y del consecuente giro de la política exterior de ésta, afirmaciones antiimperialistas y antiyanquis. Objeto asimismo el papel de la gran prensa, introduciendo una imagen eficaz –el “círculo Braden”– y ligando todos esos elementos a la conformación y suerte de la UD. Finalmente, en el apéndice destacó incidentes acontecidos en otros países latinoamericanos (Cuba, Bolivia), donde también había estado involucrado Braden. Dada la gravedad de los hechos en cuestión, la denuncia de Perón habría sido significativa en cualquier circunstancia; su peso específico se volvió mayor, y eventualmente incommensurable, al convertirse Perón en la figura más popular de la vida política argentina de las siguientes décadas.

La política del primer gobierno peronista tuvo una orientación estado-intervencionista, nacionalizadora y redistributiva. En política exterior buscó salir de la situación de aislamiento y reinsertar al país en la comunidad internacional. Esto provocó un raro entrecruzamiento de imputaciones, por el cual el gobierno fue acusado de claudicación. En el esfuerzo de reinserción jugó un papel destacado la formulación de la “Tercera Posición”, variante específicamente peronista del tercerismo, política social-internacional de orientación cristiana, distante de los imperialismos con sede en Washington y Moscú (Paradiso, 2002; Morgenfeld, 2011).

La contraposición Braden/Perón, a las que pronto se sumaron otras intervenciones, como las asociadas a las nacionalizaciones, solicitan ubicar al peronismo clásico –cuyo arsenal simbólico se vio enriquecido por los aportes de antiguos forjistas y de revisionistas peronizados– en un lugar clave de la historia del antiimperialismo rioplatense. Un gesto recordado lo protagonizó el antiguo radical Diego Luis Molinari, que representó al país en la Conferencia de

las Naciones Unidas sobre Comercio y Ocupación en La Habana (1947). Molinari denunció la política comercial de Estados Unidos, que impedía la industrialización en América Latina, calificando al capitalismo de ese país de “telaraña de Shylocks apretando el corazón de las multitudes hambrientas” (en Galasso, 2011: I, 524). En 1948, el canciller Atilio Bramuglia tuvo una destacada participación, una vez más desafiante de las posiciones estadounidenses, en la IX Conferencia Interamericana reunida en Bogotá. En aquella ocasión, Molinari sostuvo un intercambio con estudiantes cubanos, entre los que estaba Fidel Castro (Galasso, 2011: I, 525). Movimiento heterogéneo y surcado por contradicciones, el peronismo hizo suya, desde 1945, la bandera antiimperialista, disputándosele a otras tradiciones ideológico-culturales, como la socialista y la comunista.

En 1947 Codovilla publicó el opúsculo *¿Será la América Latina colonia yanqui?*, seguido por el libro *¿Resistirá la Argentina al imperialismo yanqui?*, que incorpora el escrito anterior. En la solapa se lee: “Codovilla desnuda los planes agresivos del imperialismo yanqui, levantando con apasionado patriotismo la bandera de las relaciones con la URSS. La Argentina puede seguir su propio camino prescindiendo de los dólares norteamericanos” (Codovilla, 1948).

En Uruguay, los años cuarenta son los primeros de *Marcha* (1939-1974), el semanario dirigido por Carlos Quijano, antes mencionado. Tanto Quijano como Ardao se pronunciaron desde el inicio de la empresa en contra del imperialismo y del panamericanismo y a favor de una búsqueda “propia”, distante de “exóticas ideologías” y de “mundialismos”. Colaborador permanente del semanario, Ardao fue una figura clave en la consolidación tanto de la noción de América Latina como del latinoamericanismo en tanto proyecto contrapuesto al panamericanismo. En toda aquella etapa, *Marcha* preconizó un nacionalismo antiimperialista democrático (y, desde 1947, también tercerista), distante del socialismo y del comunismo. En sus números de ese tiempo hay muy escasas referencias al peronismo; si las hay, son ajenas y críticas. Estas disposiciones se modificarían en la siguiente estación (Conteris, 2003; Vior, 2003).

La hora incandescente

Desde principios de los años cincuenta el campo ideológico-cultural rioplatense debió procesar una serie de acontecimientos internacionales, continentales y locales de enorme relevancia: la muerte de Stalin y la posterior desestalinización, el golpe de Estado en Guatemala, el golpe de Estado que en 1955 depuso a Perón, la emergencia del Tercer Mundo, la traición del presidente Arturo Frondizi, la tensión sino-soviética, la Revolución Cubana, su giro comunista, sus múltiples consecuencias. En ese complejísimo anudamiento el campo político se volvió polifónico hasta la estridencia; previsiblemente, se multiplicaron los cauces de la discursividad antiimperialista –pasajeros, trenes, rieles, entrecruzamientos–.

Para no perder la orientación conviene tener presente que uno de los rasgos centrales del anudamiento tiene que ver con la renovación de las izquierdas, proceso que se desarrolló al compás tanto de la desestalinización y de la aparición de las alternativas china, cubana y otras, como de la voluntad de zonas importantes de esa tradición de comprender el fenómeno del peronismo desde claves distintas a la desplegada en 1945, misma que había tendido a parangonarlo con los fascismos europeos. Al abordar esta estación no puede decirse la renovación de las izquierdas sin decir al mismo tiempo su fragmentación, que alcanzó niveles importantes; en esto reside una de las dificultades mayores aquí, dado que en esos años no hubo facción o desprendimiento de izquierda que no hiciera suya la disposición antiimperialista: de Jorge Abelardo Ramos a Mario Roberto Santucho, pasando por John William Cooke y Fernando Solanas; desde Alberto Methol Ferré a Rodney Arizmendi, pasando por Víctor Trías y Eduardo Galeano. Otro de los rasgos principales de este anudamiento tiene que ver con el largo exilio de Perón y con la proscripción y la resistencia del movimiento. En un proceso oscilante y no exento de ambigüedades y contradicciones, las intervenciones discursivas de Perón alcanzaron, por momentos, niveles inusitados de radicalidad política en general y de vibración antiimperialista en particular. La figura del Che Guevara –su derrotero singular, su meteórica fulguración– presidió buena parte de lo que se pensó, se

hizo o se intentó hacer en esta estación (Sigal, 1991; Terán, 1993; Tarcus, 1996; Altamirano, 2001; Galasso, 2011, tomo II).

Un primer hito es *Petróleo y política*, el voluminoso libro de Arturo Frondizi (1954), político de la UCR. El subtítulo de la obra, así como el de su introducción, luego publicada como separata, son reveladores del tono y la orientación: imperialismo y antiimperialismo aparecen enunciados de manera abierta. *Petróleo y política* apareció justo cuando varios sectores objetaban la política petrolera de Perón, cuyo gobierno enfrentaba problemas en materia de abastecimiento energético. Libro clásico, es uno de los espacios textuales donde más claramente se entrelazan la disposición antiimperialista y el afán de impulsar el desarrollo nacional en clave latinoamericana. Lo que complejiza su justipreciación es la deriva política de su autor, entre desconcertante y trágica: tras el golpe de Estado que depuso a Perón, Frondizi acordó con todos los sectores (también con Perón), resultó electo presidente y llevó adelante una política que contradijo la predica del libro; en 1962 fue depuesto por otro golpe militar.

Las implicaciones de lo antedicho sobre el campo ideológico-cultural pueden seguirse, por ejemplo, en la revista *Contorno* (1953-1959), espacio capital de la renovación de las izquierdas. Tras la caída de Perón, los contornistas vieron en Frondizi la posibilidad de avanzar en una salida de izquierda no peronista que contara con el apoyo de las masas; en abril de 1959 el desengaño era patente. En su novela *Dar la cara*, de 1962, David Viñas elaboró artísticamente el proceso. Antes, los contornistas debatieron con Jorge Abelardo Ramos sobre literatura nacional e imperialismo, destacando en este sentido un aporte de Ramón Alcalde (1955).

Otro hito tiene que ver con la impugnación al diagnóstico sobre el estado de la economía del país formulado por Raúl Prebisch tras la caída de Perón. Convocado por el presidente Lonardi, Prebisch presentó en octubre de 1955 un informe de tintes catastróficos. Varios ensayistas vinculados al peronismo respondieron, entre ellos Scalabrini Ortiz y Arturo Jauretche. La figura de Prebisch quedó asociada a la oligarquía, el colonaje y el imperialismo (Jauretche, 1969; Galasso, 2011: II, 787).

Un tercer hito es el libro *Sandino, general de hombres libres*, publicado por Gregorio Selser. Discípulo de Alfredo Palacios, Selser encontró en Sandino un símbolo de la resistencia. A lo largo de más de tres décadas, Selser daría forma a una vasta obra antiimperialista coronada con la *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, verdadero monumento del género publicado en México, donde Selser se había exiliado, en torno a 1990 y recientemente reeditado (Selser, 2010). En el Prólogo de esa obra aparece mencionado, en un lugar muy destacado, Roque Sáenz Peña.

La zona del campo ideológico-cultural a la que le cabe el nombre de izquierda nacional produjo diversas expresiones que interesan a este panorama. Son varias las figuras importantes que se agregan a las ya mencionadas: Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui. En 1957 Hernández Arregui publicó *Imperialismo y cultura*, donde presentó una propuesta sobre cómo pensar una cultura latinoamericana, proponiendo como modelos a Diego Rivera y Oswaldo Guayasamín (Hernández Arregui, 2005). Aparecidos hacia 1960, los manifiestos y ensayos del grupo Espartaco, en particular, de Ricardo Carpani, se inspiraron directamente en el planteo de Hernández Arregui. Espartaco planteó un arte al servicio de la liberación, tan distante del realismo socialista como de las vanguardias y del realismo commiservativo. Se trataba de elaborar artísticamente las ofensivas y victorias de la clase obrera; el impulso antiimperialista se contaba entre los componentes principales de la propuesta. En términos formales Espartaco apostó por el mural, el afiche, la articulación con espacios sindicales (Carpani, 2011).

Un quinto hito es el libro *Imperialismo y desarrollo económico*, de Juan Carlos Esteban, publicado en la colección Agramante, dirigida por Selser. De filiación comunista, Esteban (“joven sociólogo y economista”) puso en cuestión las seudo-doctrinas del desarrollo asociadas a los planes de estabilización preconizados entonces. Paralelamente, avanzó en el reconocimiento del significado histórico del peronismo, destacando las nacionalizaciones, base de una capitalización nacional: “El camino hacia el pueblo pasa inexorablemente por la valoración crítica y autocrítica del peronismo. Nadie al margen de él, nadie que todavía hoy se sienta hijo legítimo de la ‘Unión

Democrática' podrá aspirar a la vanguardia" (Esteban, 1961: 76). Esteban cuestionó el plan petrolero de Frondizi, acentuador, en su opinión, de la dependencia. La propuesta de Esteban apuntaba a restaurar un verdadero programa de liberación nacional centrado en el desarrollo de la industria de máquinas.

Un sexto hito es *Marcha*, el semanario dirigido por Quijano. Los especialistas coinciden en destacar la progresiva radicalización de la publicación en los años que siguieron a la Revolución Cubana (Conteris, 2003; Vior, 2003; Piñeyrúa, 2010). Interesa destacar, con Vior, la polémica sobre el tercerismo, registrada en 1965-1966, de la que tomaron parte Carlos Real de Azúa y Arturo Ardao, a propósito de un libro de Aldo Solari. Sostiene Vior que la intensidad de la confrontación estuvo ligada al hecho de que se competía por el sentido del nacionalismo antiimperialista y, en el caso de Solari, del desarrollismo. *Marcha* jugó un papel crucial en muchos sentidos. Por ejemplo, fue en sus páginas donde resonó una intervención tan importante del Che Guevara como "El socialismo y el hombre en Cuba", de 1965 (en forma de carta a Quijano). Muchas figuras claves del antiimperialismo uruguayo pasaron por la publicación: Alfredo Zitarrosa, Mario Benedetti, Eduardo Galeano. Con motivo del primer regreso de Perón a la Argentina a fines de 1972, Quijano se refirió al peronismo en términos distintos a los que había empleado dos décadas atrás, puntualizando la necesidad de avanzar en la adecuada comprensión del movimiento y resaltando su carácter nacional, popular y antiimperialista.

El Che Guevara, rioplatense a fin de cuentas, fue una de las figuras mayores de esta estación. En su calidad de revolucionario protagonista de un proceso victorioso, el Che intervino directa o indirectamente en la mayor parte de los debates sobre el (sub)desarrollo, la dependencia, la liberación y la revolución, que tuvieron lugar entre el triunfo de la Revolución Cubana y su asesinato en Bolivia en 1967, e incluso de manera póstuma. Su "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental" (1967) es una referencia imprescindible para quien se proponga estudiar más profundamente esta estación. Desde luego, es una intervención que rebasa, con mucho, el ámbito rioplatense.

No hay que perder de vista que una de las voces más activas en esta estación fue la del propio Perón en su largo exilio. Por momentos, Perón buscó desplazar hacia la izquierda “el péndulo” de la política y, en particular, de su movimiento (la imagen es de Gallardo, 2011: *passim*). A partir de mediados de la década del sesenta, fue altamente significativa su insistencia en motivos terciermundistas radicales, ostensible en su Carta al Movimiento Peronista con motivo del asesinato del Che Guevara –“El Che es uno de los nuestros, quizás el mejor”– y en *La hora de los pueblos* (de 1967 y 1968, respectivamente). Este entrecruzamiento fue producto de una configuración específica y plasmó en uno de los monumentos simbólicos más importantes del antiimperialismo rioplatense, el film documental *La hora de los hornos*, realizado por Fernando Solanas y Octavio Getino en esos años y que pudo exhibirse en Argentina recién en 1973.

Otro hito, ciertamente mayor, es el libro *Las venas abiertas de América Latina*, dado a conocer por Eduardo Galeano en 1971. Por la proyección que alcanzó, es uno de los puntos culminantes del antiimperialismo latinoamericano. Tras el golpe de Estado que tuvo lugar en Uruguay en 1973, Galeano se estableció por un tiempo en Buenos Aires, donde dirigió la revista *Crisis*, importante caja de resonancia de buena parte de los temas referidos hasta aquí. Vale la pena llamar la atención sobre la producción de Vivian Trías, escritor socialista a quien Galeano consideraba su maestro. Entre las obras de Trías, que tuvo a su cargo algunos de los cuadernos publicados por *Crisis*, destaca *Historia del imperio norteamericano*, publicada en Buenos Aires por Peña Lillo, a fines de 1975. A su regreso a Uruguay en los ochenta, Galeano participaría de la creación de la Fundación Vivian Trías, colaboraría con la comisión parlamentaria encargada de publicar sus obras y redactaría el Prólogo de *La crisis del imperio* (1970) (Casal Beck, 2015).

El grupo reunido en torno a la revista *Pasado y Presente*, desprendimiento del comunismo, también jugó un papel en esta historia, en particular en lo que respecta a la renovación del marxismo y a la reconsideración del peronismo. Muchos de los casi cien Cuadernos de *Pasado y Presente*, colección publicada a partir de 1968 bajo la

dirección de José Aricó, se refieren de manera directa a los temas del imperialismo, el colonialismo y la cuestión nacional, testimoniando en forma elocuente la voluntad de actualizar esa corriente de pensamiento. Años después, en el exilio mexicano, Juan Carlos Portantiero, Oscar Terán y el propio Aricó publicaron estudios de temática antiimperialista. Cabe destacar, en particular, *Marx y América Latina*, logrado intento por repensar su desencuentro, tan medular en el caso argentino (Aricó, 1980).

El último hito que se recoge aquí no es un libro ni una publicación, sino un gesto, un hecho político que tuvo lugar en 1973, ya definido el retorno de Perón. Se trata del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, de la ruptura del bloqueo por parte de Argentina, de las declaraciones del ministro Gelbard ante las quejas de las empresas y del Departamento de Estado –“Si ustedes prohíben la venta, yo les expropio toda la producción de automóviles”–, de la gratitud y el entusiasmo expresados por Fidel Castro: “Deseo reiterarle una vez más lo mucho que valoramos los cubanos el gesto argentino de reanudar las relaciones diplomáticas y económicas con nuestro país [...] un paso inteligente en lo económico y valeroso en lo político frente al imperialismo que con brutal saña se empeña inútilmente en estrangular el desarrollo de Cuba” y, años después: “Nosotros siempre hemos sido amigos de los peronistas [...] Perón la hirió gravemente a la culebra, aunque no llegó a matarla” (en Galasso, 2011: II, 1278-1283 y 1287-1290).

Nuestros días

Es evidentemente arbitrario desplazarse de 1974 a nuestros días sin registrar nada de lo que sucedió entremedio. Por ejemplo, la fugaz, paradójica e intensa fulguración antiimperialista asociada a la guerra de Malvinas en 1982. El reclamo argentino es de larga data y es justo, por lo que la causa contaba y cuenta con un grado importante de apoyo popular; ésa es la razón por la que la mayor parte de la izquierda argentina secundó la invasión, destacando en ello, aunque sin ser la única, la figura de Jorge Abelardo Ramos; natural-

mente, respaldar una guerra contra una potencia iniciada por una dictadura represiva y genocida suscitó serios dilemas (Tarcus, 2007).

En algún momento de la transición hacia la estación sexta Benedetti escribió el poema “El Sur también existe”, grabado por Joan Manuel Serrat en el disco del mismo nombre. El poema es importante; aunque no menciona la palabra imperialismo, el contraste de imágenes que propone actualiza varios de los elementos vistos aquí. Una idea del abismo que separa la quinta estación del quasi-desierto de los ochenta-noventa puede darla la filmografía de Francisco Solanas; en películas como *Sur* (1988) o *El viaje* (1992), la temática aparece, pero traspuesta en otra clave, como de lamento y nostalgia después de la cruenta represión y ya bajo el sofocamiento del neoliberalismo en ciernes. Un personaje como Américo Inconcluso resulta emblemático en este sentido.

En 2003 se abrió una etapa nueva, coincidente con procesos que tenían lugar en otros países latinoamericanos. Eso generó una serie de condiciones que permitieron la reinstalación de las disposiciones antiimperialistas en lugares centrales de la dinámica ideológico-cultural. La Cumbre de las Américas de Mar del Plata de 2005 y la cancelación anticipada de la deuda con el Fondo Monetario Internacional en ese mismo año fueron acontecimientos de alta carga simbólica. Algo análogo puede decirse sobre el recentramiento del reclamo, esta vez pacífico, por las Islas Malvinas y espacios circundantes, sobre la reestatización parcial de YPF en 2012, sobre el modo en que el gobierno de Cristina Fernández encaró la presión ejercida por los fondos buitre a lo largo de 2014. En el momento más álgido de este conflicto, aparecieron en varios lugares del país pintadas y afiches con remisiones explícitas a la contraposición Braden/Perón, estableciéndose una equivalencia entre el histórico líder y la mandataria. Sin duda, durante la última década larga el kirchnerismo realizó una contribución a la vigorización del antiimperialismo latinoamericano. Sin embargo, el antiimperialismo no es patrimonio exclusivo de una única corriente ideológico-cultural. Motivos clásicos de la tradición antiimperialista, como el del cultivo de un horizonte poscapitalista, siguen vigentes en la actualidad, traspuestos a una clave distinta a la de los años veinte o sesenta,

como es el caso de la ambiental, registro desde donde se cuestiona la orientación del gobierno argentino, rotulado de (neo)extractivista. En materia de lenguaje, imágenes, símbolos y gestos esta sensibilidad no es ajena a la tradición antiimperialista. En diversos sitios, como por ejemplo en uno tan importante como lo es la fachada del Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, se aprecian pintadas contrarias a la empresa Monsanto. El lector interesado en este cauce puede consultar una amplia bibliografía (por ejemplo, en registros distintos, Vara, 2013; Svampa y Viale, 2014; también, la filmografía reciente de Solanas). En relación con estos temas, vale la pena tomar en consideración el discurso ofrecido por José Pepe Mujica, entonces presidente de Uruguay, en la Asamblea de Naciones Unidas en 2013.

No sería justo concluir sin mencionar algunos otros hitos de distinto orden que corresponden a esta estación, todos sumamente valiosos. Uno es el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CEDINCI), espacio nucleado en torno a un acervo insoslayable para todo estudioso de estos temas, y que no se limita al ámbito rioplatense. Aun si el CEDINCI existe desde fines de los años noventa, no es excesivo sostener que el interés en las temáticas que cultiva se intensificó sensiblemente por las razones antedichas. Otro es la serie de biografías sobre figuras de la izquierda nacional que viene dando a conocer Norberto Galasso. Un panorama de nuestros días sería más insatisfactorio que éste si no aludiera a los estudios de Atilio Borón –su crítica a Hardt y Negri, sus ensayos sobre geopolítica (2003 y 2014)–. En otro orden de cosas, cabe referir la novela *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina*, de Fernando Braga Menéndez (2013). Neoscalabriniana, si cupiera tal expresión, a la vez que actualísima, en la novela de Braga convergen temas caros a la tradición y motivos asociados a las miradas más recientes sobre la injerencia.

Bibliografía

- Alcalde, Ramón 1955 “Imperialismo, cultura y literatura nacional” en *Contorno* (Buenos Aires), N° 5/6, septiembre.
- Altamirano, Carlos 2001 *Bajo el signo de las masas (1943-1973)* (Buenos Aires: Ariel).
- Arda, Arturo 1970 *Rodó. Su americanismo* (Montevideo: Marcha).
- Aricó, José 1980 Marx y América Latina (México: Alianza).
- Arizmendi, Rodney 1979 (1973) “Para una síntesis teórica de la experiencia revolucionaria continental” en *Uruguay y América Latina en los años setenta* (México: Ediciones de Cultura Popular).
- Biagini, Hugo 2006 “Deodoro Roca: reformismo y antiimperialismo” en Roca, Deodoro *Reformismo y antiimperialismo* (Buenos Aires: GEU).
- Borón, Atilio 2003 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: Clacso).
- Borón, Atilio 2014 *América Latina en la geopolítica del imperialismo* (Buenos Aires: Luxemburg).
- Braga Menéndez, Fernando 2013 *La libreta negra. El imperio contra la integración de América Latina*. Novela (Buenos Aires: Amerian).
- Bruno, Paula 2012 “Mamuts vs. hidalgos. Lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España en el fin-de-siglo” en Marichal, Carlos y Pita, Alexandra *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).
- Buchbinder, Pablo 2012 *Los Quesada: letras, ciencia y política en la Argentina, 1850-1934* (Buenos Aires: Edhsa).
- Buchrucker, Cristian 1987 *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis económica mundial (1927-1955)* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Caetano, Gerardo y Rilla, José 1986 *El joven Quijano (1900-1933). Izquierda nacional y conciencia crítica* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).
- Carpani, Ricardo 2011 (1960) *Arte y revolución en América Latina* (Buenos Aires: Continente).
- Casal Beck, Luis 2015 “Galeano: las raíces de su pensamiento” en La Repùblica, 19 de abril. En <<http://www.republica.com.uy/galeano-las-raices-de-su-pensamiento/512510/>>
- Codovilla, Victorio 1926 “La penetración del imperialismo en la América del Sud” en *La Correspondencia Sudamericana* (Buenos Aires) Año 1, N° 18, 31 de diciembre.
- Codovilla, Victorio 1948 *¿Resistirá la Argentina al imperialismo yanqui?* (Buenos Aires: Anteo).
- Conteris, Hiber 2003 “Marcha y el despertar de la conciencia latinoamericana:

- análisis del ideario americanista del semanario en sus primeros veinte años de existencia” en Machín, Horacio y Moraña, Mabel (eds.) *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Universidad de Pittsburg).
- Darío, Rubén 1994 (c1894) “Edgar Allan Poe” en *Los raros* (Buenos Aires: Losada).
- Devés Valdés, Eduardo 2000 *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Buenos Aires: Biblos). Tomo I: Del Ariel de Rodó a la CEPAL.
- Esteban, Juan Carlos 1961 *Imperialismo y desarrollo económico. La Argentina frente a nuevas relaciones de dependencia* (Buenos Aires: Palestra).
- Frondizi, Arturo 1954 *Política y petróleo. Contribución al estudio de la historia económica argentina y de las relaciones entre el imperialismo y la vida política nacional* (Buenos Aires: Raigal).
- Funes, Patricia 2006 “Antíimperialismo, latinoamericanismo y nación” en *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos* (Buenos Aires: Prometeo).
- Galasso, Norberto 2011 *Perón* (Buenos Aires: Colihue). Tomo I: Formación, ascenso y caída. Tomo II: Exilio, resistencia, retorno y muerte.
- González, Horacio 2012 “Fisonomía de Griesa” en *Página 12* (Buenos Aires) 27 de noviembre.
- Hernández Arregui, Juan José 2005 (1957) *Imperialismo y cultura* (Buenos Aires: Continente).
- Irazusta, Rodolfo e Irazusta, Julio 1982 (1934) *La Argentina y el imperialismo británico, los eslabones de una cadena (1806-1933)* (Buenos Aires: Independencia).
- Jáuregui, Carlos 1998 “Calibán: ícono del 98. A propósito de un artículo de Rubén Darío” en *Revista Iberoamericana* (Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh) Vol. LXIV, N° 184-185, julio-diciembre.
- Jauretche, Arturo 1969 *El retorno al coloniaje. La segunda década infame: de Prebisch a Krieger Vasena* (Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce).
- Justo, Liborio 1956 (1940) *Prontuario. Una autobiografía* (Buenos Aires: Gure).
- Justo, Liborio 1968 *Nuestra patria vasalla. Historia del coloniaje argentino* (Buenos Aires: Schapire) [cuatro tomos, publicados a partir de la fecha indicada].
- Mayo, C. A.; Andino, O. R. y García Molina, F. (1976) *La diplomacia del petróleo (1916-1930)* (Buenos Aires: CEAL).
- Methol Ferré, Alberto 1959 *La crisis del Uruguay y el imperio británico* (Buenos Aires: Peña Lillo).
- Morgenfeld, Leandro 2011 *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas (1880-1995)* (Buenos Aires: Continente).
- Palacios, Alfredo 1930 *Nuestra América y el imperialismo yanqui* (Madrid: Historia Nueva).

- Paradiso, José 2002 “Vicisitudes de una política exterior independiente” en Suriano, Juan (coord. gral.) *Nueva Historia Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana). Tomo 8 (Dir. Juan Carlos Torre): Los años peronistas (1943-1955).
- Piñeyrúa, Pilar 2010 “‘La imaginación tituladora’: América Latina y el latinoamericanismo en los titulares y tapas del semanario *Marcha*” en Crespo, Regina (coord.) *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales*, México, CIALC-UNAM/Eón.
- Pita, Alexandra 2009 *La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920* (México: El Colegio de México/Universidad de Colima).
- Quattrochi-Woissen, Diana 1998 *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina* (Buenos Aires: Emecé).
- Ramos, Jorge Abelardo 1968 *Historia de la nación latinoamericana* (Buenos Aires: Peña Lillo).
- Ramos, Jorge Abelardo 1954 *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (Buenos Aires: Indoamérica).
- Sáenz Peña, Roque 1914-1915 *Escritos y discursos* (Buenos Aires: Peuser). Dos tomos.
- Scalabrini Ortiz, Raúl 2001 (1938) *Política británica en el Río de la Plata* (Buenos Aires: Plus Ultra).
- Selser, Gregorio 2010 *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina* (México DF: UACM/UNAM). Cuatro tomos.
- Sigal, Silvia 1991 *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (Buenos Aires: Puntosur).
- Svampa, Maristella y Viale, Enrique 2014 *Maledesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo* (Buenos Aires: Katz).
- Tarcus, Horacio 2007 “Los dilemas de la izquierda en la Guerra de Malvinas” en *Página 12* (Buenos Aires) 2 de abril.
- Tarcus, Horacio 1996 *El marxismo olvidado en la Argentina: Sílvio Frondizi y Milcíades Peña* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- Terán, Oscar 1993 *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966* (Buenos Aires: El cielo por asalto).
- Terán, Oscar 1979 “José Ingenieros o la voluntad de saber” en Ingenieros, José *Antiimperialismo y nación* (México: Siglo Veintiuno).
- Trías, Vivian 1975 *Historia del imperialismo norteamericano* (Buenos Aires: Peña Lillo). Tres tomos.
- Trías, Vivian 1972 *Imperialismo y geopolítica en América Latina* (Buenos Aires: Ci-marrón).
- Ugarte, Manuel 1978 *La nación latinoamericana* (Caracas: Ayacucho).

- Vara, Ana María 2013 *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina* (Sevilla: CSIC).
- Vior, Eduardo 2003 “‘Perder los amigos, pero no la conducta.’ Tercerismo, nacionalismo y antímpperialismo: *Marcha* entre la revolución y la contrarrevolución (1958-74)” en Machín, Horacio y Moraña, Mabel (eds.) *Marcha y América Latina* (Pittsburg: Universidad de Pittsburg).
- Viñas, Ismael 1972 *Capitalismo, monopolios y dependencia* (Buenos Aires: CEAL).

RENÉ VILLABOY ZALDÍVAR*

La Clío cubana versus el Tío Sam: imperialismo y antiimperialismo en la historiografía cubana del siglo XX

Introducción

Sería difícil y descuidadamente pretencioso realizar en pocas páginas un profundo y meticuloso análisis sobre la construcción y evolución del antiimperialismo cubano tal como se expresó en la creación histórica durante el pasado siglo XX. En primer lugar, porque la definición del antiimperialismo va mucho más allá de los matices y las posturas políticas, manifestándose, en cambio y más ampliamente, en la lexicología, en la simbología, en las representaciones y en la recreación ideológica y cultural en general. En segundo lugar, porque, en el caso cubano, dicho término y sus acepciones están asociados al tardío nacimiento y la compleja evolución del país como Estado independiente y soberano, y luego, a la porfía en construir y sostener un proyecto de sociedad equitativa y socialista frente a las constantes hostilidades foráneas, en especial estadounidenses. Por último, porque es también complejo hablar

* Cubano. Magíster en Historia Contemporánea –mención Estudios Latinoamericanos– por la Universidad de La Habana, Cuba. Profesor de Historia e Historiografía de América en el Departamento de Historia de la Universidad de La Habana. Premio de Crítica Historiográfica “Enrique Gay Calbó” 2014, Academia de la Historia de Cuba. Integrante del GT-CLACSO: “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

de historiografía cubana sólo teniendo en cuenta la producción histórica generada por los círculos académicos y profesionales de la Isla: desde la diáspora en el exterior se han desarrollado importantes contribuciones a la historia de la nación, siendo igualmente significativas las obras creadas por los “cubanólogos” no cubanos regados por el todo el mundo.

Frente a las anteriores circunstancias, resulta conveniente precisar desde esta breve Introducción que el lector encontrará en el presente estudio un esbozo y una primera propuesta de ordenamiento de títulos, autores y obras que, de disímiles maneras, han representado y conceptualizado al imperialismo y a su contraparte antagónica, el antiimperialismo, en los discursos historiográficos de Cuba durante el siglo XX. En términos generales, esta producción historiográfica se ha centrado en forma directa en tres procesos históricos vividos por el país: en primer lugar, la construcción y consolidación del Estado-nacional, que se desarrolló desde fines del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX; en segundo, la lucha por la soberanía y la reconstrucción de un modelo de república ideado por el Héroe Nacional, José Martí, que se extendió desde los años veinte hasta el fin del Estado burgués en 1958, y por último, la instauración y el afianzamiento del socialismo mediante el triunfo de una revolución abiertamente antiimperialista.

Una nación creándose a sí misma: Cuba, los imperios y el antiimperialismo

El primer proceso histórico que fijamos como punto de partida para nuestro esquema temático es la forja y construcción de la nación y el Estado en Cuba. Se trata de una problemática compleja, que en principio abarcó opciones de reforma o reacomodo dentro del sistema imperial español, hasta el estallido de las Guerras de Independencia en 1868, iniciativa sin dudas más radical para la solución de la cuestión colonial cubana. Durante diez años, una parte de los habitantes de la isla se enfrentó a España para arrebatarle la libertad, a contrapelo de todo tipo de carencias. No obstante, para

1878, determinados factores internos y externos habían mellado la primera gesta libertaria, aunque no las ansias independentistas, las cuales habían calado irreversiblemente en buena parte del pueblo cubano.

En los años que siguieron a la finalización de los combates iniciados en octubre de 1868 surgieron varios intentos por revivir la lucha emancipadora. Entre ellos, uno ganó mayor importancia, dado su nivel de organización política y militar y dada, también, la singularidad intelectual que reunía su mentor y guía: el proyecto de José Martí (1853-1895). La propuesta martiana para una nueva revolución de independencia partió de la experiencia continental y de la relación del proceso de la isla con su entorno más cercano. Más aún, fundó dentro del independentismo cubano una visión sobre un fenómeno en pleno desarrollo, el cual sería definido luego como imperialismo. Martí fue el iniciador de la línea antiimperialista en el proceso de pensamiento y acción de los cubanos. Su experiencia de vida en los Estados Unidos, donde residió como exiliado por largos años, lo llevó no sólo a percibir los rasgos económicos referidos a la concentración productiva y del capital y al predominio de un grupo económico minoritario que ejercía el control político, sino también a prevenir las nefastas consecuencias de la expansión del gigante del Norte sobre el resto del continente americano. En numerosos ensayos, artículos y cartas, el Apóstol desplegó sus concepciones analíticas sobre el estadio superior al que arribaban las sociedades capitalistas más desarrolladas, en dicho caso los Estados Unidos y algunos países europeos. Su descripción y representación discursiva del fenómeno no se limitó a los elementos económicos y políticos propios de esta fase del perfeccionamiento capitalista. Para Martí, el imperialismo poseía también amplias dosis de dominación cultural e ideológica contra las cuales debía dirigirse la “batalla de las ideas” de fines del siglo XIX.

La contienda de liberación nacional cubana se reinició el 24 de febrero de 1895. Pero el 19 de mayo de ese mismo año el líder de la revolución necesaria cayó prematuramente en un combate contra las tropas españolas. Un día antes de perecer en la lucha había sentenciado en su conocida carta-testamento político dirigida al mexi-

cano Manuel Mercado: “Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América” (Martí, 2007: 612).

Con la desaparición física del prócer se interrumpió no sólo el agudo estudio que venía desarrollando sobre el nuevo orden socio-económico desatado con fuerza en las grandes potencias de la época, sino además la aprehensión por parte de la mayoría de los patriotas de la Isla de su programa revolucionario y de la visión sobre los auténticos propósitos de Washington con relación a su patria. Finalmente, cuando la guerra anticolonial llegó a su punto más álgido, extendido el teatro de operaciones militares hasta el extremo occidental del archipiélago, el gobierno estadounidense intervino con sus tropas para salvaguardar sus propiedades y ciudadanos y, de paso también, para “auxiliar” a los mambises en su lucha independentista. Se iniciaba con ello la Guerra hispano-estadounidense, un conflicto abiertamente inter-imperialista en medio de una heroica contienda de liberación nacional.

A diferencia de lo ocurrido en la mayoría de las antiguas colonias hispanoamericanas, la corona española no claudicó frente a los aguerridos mambises que habían luchado por la libertad durante treinta años. Frente a la intromisión de los Estados Unidos en el conflicto anticolonial, la monarquía de Madrid prefirió rendirse ante un enemigo mayor. Así, el 10 de diciembre de 1898, el gobierno español, sentado en París junto a los representantes de Washington, puso fin a la Guerra hispano-estadounidense y, por tanto, a su dominio sobre la mayor de las Antillas, Puerto Rico, Filipinas y la isla Guam.

El inicio de la intervención militar norteamericana en 1899, marcó la arrancada del sinuoso camino que condujo al establecimiento de un Estado soberano en Cuba. Durante los tres años de ocupación, las fuerzas defensoras de la anhelada república se enfrentaron a los latentes sentimientos anexionistas, en absoluto infrecuentes entre los sectores más conservadores y reaccionarios. Tras establecer las bases de un dominio subterráneo pero efectivo, y tras

difuminar a las instituciones revolucionarias que representaban el sentir de la manigua mambisa, los Estados Unidos viabilizaron los mecanismos para que se cumpliera el deseo de la mayoría de los habitantes de su inminente neo-colonia.

Dentro de la constitución cubana de 1901 la administración de William McKinley impuso un infamante apéndice, aprobado antes por el congreso de su país, y que acabó por ser conocido bajo el nombre de Enmienda Platt, permaneciendo vigente hasta mayo de 1934. Dicha legislación otorgó al vecino del Norte el derecho de intervenir militarmente en la Isla, de inmiscuirse en las relaciones exteriores de Cuba y de retener bajo su control segmentos del espacio nacional para establecer bases militares. De tal manera nació la república, el 20 de mayo de 1902. Con ello se abrió paso al proceso de sometimiento a los intereses de los capitalistas estadounidenses, rasgo que definiría la historia cubana durante más de cincuenta años.

En tan complejo escenario inaugural fue que dio sus primeros pasos la historiografía cubana del siglo XX. Por dos décadas, esta ciencia estuvo marcada por dos grandes tendencias, las cuales interpretaron de maneras opuestas el surgimiento y la evolución de la nación, así como el papel de los Estados Unidos en dicho proceso. De una parte, se desarrolló la vertiente anexionista y antinacional, que fundamentaba desde la historia la “incapacidad” de los cubanos para el autogobierno y la necesidad de ampararse en una potencia extranjera para alcanzar la modernidad, el orden y el progreso. Esta posición insistió sobre la idea de la supuesta gratitud que debían los cubanos al gobierno de Estados Unidos por la independencia. En este perfil se insertaron autores enemigos de la emancipación o vinculados por vías diversas a los modos de vivir y pensar estadounidenses. Entre las obras más representativas deben destacarse: *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América* (1900), de José Ignacio Rodríguez, y *Cuba y su evolución colonial* (1907), de Francisco Figueras.

De otra parte, se desplegó en forma paralela una corriente históriográfica patriótica y nacionalista. En primera instancia, esta vertiente defendía la idea de una república cubana soberana, cimentada

en las tradiciones y la cultura que se habían forjado al calor de la lucha contra el dominio colonial español. Dentro de tal tendencia encontraron espacio las ideas del rechazo al dominio extranjero y a la pérdida de la identidad nacional, así como la denuncia de las intenciones reales de los Estados Unidos. Este conjunto de disposiciones se encuentran muy vinculadas a representaciones y expresiones propias de un primigenio sentido del antiimperialismo en la escritura de la historia. Dos son los autores que deben destacarse como pioneros de lo que puede ser nombrado como primera historiografía antiimperialista cubana, la cual –como ya se decía antes– tenía sus antecedentes en la predica martiana de finales del siglo anterior. El primero de ellos es Enrique Collazo, general de las Guerras de Independencia y autor de *Cuba Independiente* (1900), *Los americanos en Cuba* (1905) y *Cuba Intervenida* (1910). Especialmente en la segunda de las obras citadas Collazo se interesó por esclarecer el verdadero papel de los Estados Unidos en el desenlace de la guerra que los cubanos libraban contra España desde 1895. Apoyándose en variadas fuentes, entre ellas su experiencia de vida, Collazo puso de relieve los intereses expansionistas, intervencionistas y abiertamente detractores de la libertad cubana puestos de manifiesto desde tiempos precedentes por el gobierno estadounidense. El antiimperialismo de Collazo partía de su rechazo a la protección interesada y coercitiva que los Estados Unidos ofrecían a los cubanos. De ahí que *Los Americanos en Cuba* pretendió ser una alerta para los habitantes de la isla:

“El gobierno americano ha sido siempre enemigo de la independencia cubana, su política ha sido siempre hostil a los cubanos es más, en momentos precisos que su indiferencia sólo hubiera sido necesaria para desarrollar en Cuba el espíritu de independencia, fue agente poderoso que mató esos intentos en provecho del gobierno español” (Collazo, 1972: 6).

El segundo de los exponentes más distintivos de esta línea nacionalista-antiimperialista fue Julio César Gendarilla, reconocido periodista y activo militante de la Comisión abolicionista de la Enmienda Platt o Liga Antiplattista, que puso su pluma al servicio de la defensa de la soberanía y de la libertad absolutas del pueblo

cubano. De su autoría es uno de los textos más críticos contra los sentimientos anexionistas y de gratitud indebida que albergaban no pocos cubanos hacia los Estados Unidos. Se trata de *Contra el Yanqui* (1913), obra en la que incluyó varios artículos periodísticos publicados en medios de prensa de la isla y otros trabajos inéditos hasta la fecha. En esos escritos, Gendarilla revaloriza la historia de Cuba y la acción de los cubanos en ella. Al igual que Collazo, trabaja el tema del verdadero papel de los poderosos vecinos del norte en el logro de la independencia nacional, concluyendo: “Por lo tanto, si disfrutamos siquiera de una mezquina libertad, la debemos a los mártires del 68 y del 95; no a los norteamericanos [...] los yanquis lucharon breves días, cuando ya los cubanos habían hecho todo el trabajo” (Gendarilla, 1973: 145-146).

A los dos casos más relevantes de esta precursora historiografía antiimperialista hay que añadir con toda justicia los trabajos del eminentе pensador y pedagogo Enrique José Varona, quien fue una figura clave en la conceptualización científica del fenómeno imperialista durante aquellos años. En particular debemos citar “El imperialismo a la luz de la sociología”, conferencia pronunciada en la Universidad de La Habana en el mes de enero de 1905. En su ensayo Varona define al imperialismo, analiza su evolución histórica y presenta soluciones para que Cuba se libre de sus efectos. Aunque su razonamiento es tributario de una interpretación positivista-biologicista, y sólo incluye los rasgos expansionista y de dominación política –más bien propios del neocolonialismo–, la importancia de la intervención reside en que constituye uno de los primeros intentos de ofrecer un abordaje riguroso y científico sobre esta fase del capitalismo dentro de la literatura y la producción académica cubana y latinoamericana de principios de siglo (Meza y Rodríguez, 1999: 110).

Rompiendo y refundando: el antiimperialismo y la crisis de la república

El segundo proceso que nos ocupa en este estudio se inicia en los años veinte de la pasada centuria. En esos años, Cuba entró en un complejo período de cambios que finalmente desembocó en la revolución popular y antiimperialista de agosto de 1933. A lo largo del proceso emergieron nuevos actores, organizaciones, ideas y movimientos populares que articularon discursos y prácticas en contra del modelo vigente de dominación neocolonial. El régimen mono-productor azucarero, la impetuosa y creciente presencia de capitales y manufacturas norteamericanas, la decadencia social de un país minado por la corrupción, los vicios, la desigualdad social, la pobreza y otros males, condujeron a la crisis del Estado-nación constituido en 1902 y aparentemente solidificado.

Todos estos problemas, y algunos más, fueron centro de la reflexión y los debates en los círculos intelectuales de la época. Desde diversas posiciones ideológicas y distintas ramas de las ciencias y las artes humanas se abrió un profundo análisis de la realidad imperante. En general, se buscaba ofrecer explicaciones de la crisis general de la República y, de paso, plantear elementos orientados a su posible solución. En consecuencia, los temas referidos a la dependencia externa y la creciente presencia de las inversiones norteamericanas posesionadas en la Isla, volvieron a ponerse en boga. El antiimperialismo de las décadas del veinte y del treinta se manifestó en el discurso historiográfico cubano mediante una abierta crítica al modelo neocolonial y a la injerencia extranjera. De igual manera se fustigaron las implicaciones del fenómeno para el funcionamiento de la economía y la vida político y social del país. En algunos casos, tal postura se evidenció en la formulación de una alternativa de liberación soberana y revolucionaria, influida ya por una rudimentaria asimilación de la teoría marxista.

Es importante señalar que dentro de esta regeneración de los años veinte tuvo lugar una importante renovación de los estudios históricos cubanos, hasta entonces monopolizados casi por completo por las eruditas directrices de la historia oficial emanada de la

Academia de la Historia de Cuba (1910). En el nuevo escenario, fueron notables los aportes de Ramiro Guerra, Fernando Ortiz y Emilio Roig de Leuchsenring, destacando especialmente este último por su contribución a la consolidación de la noción clara, definida y abiertamente antiimperialista en la historiografía de la Isla.

Desde su posición de abogado y especialista en derecho internacional, Roig de Leuchsenring (1889-1964) manifestó muy tempranamente su interés por el fenómeno imperialista en Cuba y, más en general, en todo el ámbito del Caribe. Las primeras denuncias del mencionado historiador sobre el creciente poderío estadounidense datan de su memorable discurso “La ocupación de la República Dominicana por los Estados Unidos y el derecho de las pequeñas nacionalidades de América”, pronunciado ante la Sociedad Cubana de Derecho Internacional en el año 1919. A esta primera imputación siguió un conjunto de obras en las cuales el antiimperialismo quedaba fijado como centro de atención desde el propio título. En ellas se situaban la intromisión y la dominación estadounidense en los asuntos internos de la Isla como los fenómenos históricos más relevantes de su conformación y evolución. Entre los textos de Roig que siguen esta línea pueden citarse, por su notoriedad, los siguientes: *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana* (1935); *El internacionalismo antiimperialista en la obra política político-revolucionaria de José Martí* (1936) y *Martí antiimperialista* (1953).

El también Historiador de la Ciudad de La Habana influyó decisivamente en la resolución definitiva del mito en torno a la gratitud que los cubanos supuestamente debían a los Estados Unidos por el logro de la independencia de la Isla. Con la realización de los Congresos Nacionales de Historia –el primero de los cuales se realizó en 1940, auspiciado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, encabezada por el propio Roig– se logró debatir los problemas historiográficos más importantes del momento, con un tono evidente de nacionalismo y, en el caso de algunos participantes, de claro antiimperialismo. En la novena edición de este evento, tras ser evaluada la formidable ponencia de Roig titulada “Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos” (1950), se acordó recomendar al Ministerio de Educación la revisión de los

textos y programas de enseñanza a fin de corregir este lamentable error historiográfico.

En aquellos años aparecieron algunas obras de autores que –sin manifestar necesariamente una militancia política de izquierda o un abierto compromiso con la transformación radical del sistema de relaciones entre Estados Unidos y Cuba– se dispusieron, en forma moderada, a describir y analizar las implicaciones del imperialismo, entendido por ellos como una política expansionista y agresiva. Es el caso de Enrique Gay Calvó, historiador con profundas convicciones nacionalistas que abordó el fenómeno y sus implicaciones en Nuestra América en su notable *La América Indefensa: la intromisión norteamericana en Centro América* (1925). En este grupo se incluye el ya mencionado Ramiro Guerra, intelectual que al tiempo que lideró la renovación de los estudios históricos ocupó un cargo público de importancia en el deplorable régimen de Gerardo Machado. Guerra publicó dos textos que sin duda contribuyeron al conocimiento del fenómeno del imperialismo y de sus conexiones con la historia cubana y latinoamericana en varias de sus dimensiones: *En el camino de la independencia. Estudio histórico sobre la rivalidad de Estados Unidos y Gran Bretaña en sus relaciones con la independencia de Cuba, con un apéndice titulado “De Monroe a Platt”* y *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos* (1935).

Otras manifestaciones discursivas antiimperialistas pueden encontrarse dentro la producción intelectual de disímiles figuras de la lucha política y revolucionaria de aquellos años. Aunque por lo general estos ensayos y artículos no pueden considerarse propiamente como obras históricas, deben mencionarse aquí en virtud de que contienen razonamientos significativos en torno al devenir de la nación y, también, de que han sido innegables instancias de formación de conciencia sobre el fenómeno que estudiamos. Entre estas elaboraciones destacan varios de los escritos del joven líder estudiantil y comunista Julio Antonio Mella, así como también del intelectual revolucionario, también marxista, Rubén Martínez Villena.

Julio Antonio Mella fue fundador de la Federación de Estudiantes Universitarios (1922), del Partido Comunista de Cuba (1925), y de otras organizaciones que protagonizaron la oposición a la dictadura

dura de Machado. Igualmente, estuvo vinculado a figuras claves del movimiento revolucionario que estremeció a Latinoamérica en los años treinta del siglo pasado. Antiimperialista confeso y militante de las causas más progresistas de su tiempo, Mella escribió varios textos dirigidos a crear conciencia en torno al papel del imperialismo en la deformación de la situación socioeconómica de Cuba y a la necesidad de una revolución en contra del dominio yanqui, sobresaliendo entre ellas *Cuba un pueblo que nunca ha sido libre* (1925).

Por su parte, Rubén Martínez Villena, vinculado al sector obrero y a su organización más representativa de entonces –la Confederación Nacional de Obreros de Cuba (CNOC)–, también participó enérgicamente en los acontecimientos revolucionarios de los años treinta. En relación con los intereses del presente estudio, Martínez Villena sobresale con *Cuba: factoría yanqui* (1927) y *Las contradicciones internas del Imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario* (1933). En tales trabajos analiza, desde una evidente óptica marxista y apoyándose en cifras obtenidas de diversas fuentes, los alcances de la dominación del capital estadounidense sobre las dependientes economía y realidad política cubanas. Al igual que los de Mella, los aportes de Martínez Villena buscaron concientizar a los sectores más explotados de la sociedad, creando en ellos una actitud antiimperialista frente a la paralela y eficaz imposición del modelo cultural estadounidense.

Finalizada y fracasada la época revolucionaria de los años treinta, los gobiernos que siguieron dieron continuidad al modelo neocolonial y dependiente que tanto se había cuestionado en el seno de la historiografía nacional. Si bien la derogación de la nefasta Enmienda Platt –que tuvo lugar en 1934– fue presentada como una consecuencia de la “buena vecindad” de los Estados Unidos, los inicios de la Guerra Fría y la instauración de una nueva dictadura, encabezada por Fulgencio Batista, mostraron que se había tratado de un mero espejismo: el anhelo de concreción de la república martiana ideada a fines del siglo XIX quedó una vez más lejos de las realidades concretas.

En lo que concierne al desarrollo de las ciencias históricas cubanas, los años cuarenta y cincuenta fueron un nuevo campo de

batalla para criterios y modelos teórico-metodológicos antagónicos. Nuevamente se definieron dos líneas interpretativas sobre el pasado y la realidad presente de Cuba. En parte, y como había sucedido antes, esto era resultado de la polarización de la sociedad. Una de estas tendencias se puede fijar como conservadora, atendiendo a su interés en mantener los valores de la democracia burguesa y del capitalismo en sentido general. Los historiadores de dicho estilo seguían los cánones positivistas procedentes de la Academia de la Historia, manteniéndose distantes de la renovación iniciada en los años veinte. Entre los autores de esta tendencia se hacen notar Edilberto Marbán, Emeterio Santovenia y Herminio Portell Vilá. Entre ellos resulta interesante el caso de este último. Eminentemente catedrático de la Universidad de La Habana, muy relacionado con el mundo académico y político de los Estados Unidos y con inocultables posiciones ideológicas de derecha, Portell Vilá no pudo evitar abordar el tema del imperialismo y sus consecuencias para Cuba y América Latina –aun sin declararlo explícitamente–. Así, Portell Vilá legó una obra imprescindible, su *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España* (1938-1942). En ella, a contrapelo de sus criterios políticos y sin dejar de tributar a su método positivista, no pudo evitar sintetizar en unas moderadas conclusiones el papel de la injerencia extranjera en la evolución de la nación cubana y en la deformación estructural todavía prevaleciente.

La otra tendencia es la abiertamente progresista, que asumía elementos teóricos y metodológicos del revisionismo y del marxismo. Sobresalen dentro de ella un número importante de autores y obras, que de diversas formas dieron continuidad a la representación y estudio del imperialismo y del antiimperialismo, su contraparte. Al ya citado Emilio Roig se unieron Elías Entralgo y José Luciano Franco. En el grupo cabe incluir también a varios exponentes de las primeras interpretaciones materialistas de la historia de Cuba: Sergio Aguirre, Carlos Rafael Rodríguez, Blas Roca Calderío y Julio Le Riverend.

En la década de los cincuenta, y a pesar de determinados niveles de consumo que se mostraban como indicativos del supuesto éxito del modelo, la crisis del Estado burgués, dependiente y defor-

mado se hizo insostenible, generándose una nueva situación revolucionaria. La propuesta transformadora quedó esta vez nucleada en torno a un nuevo grupo, el Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel Castro su líder descollante. Fidel Castro llevó la lucha armada desde el macizo montañoso de la Sierra Maestra, en el extremo oriental, hasta la propia capital del país, derrotando así a las fuerzas de la tiranía batistiana. En junio de 1958 –momento definitorio de la lucha– Fidel hizo saber la nueva dimensión que tomaría el antiimperialismo cubano en el seno de la inminente revolución:

“Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta que ése va a ser mi destino verdadero” (López, Mencia y Álvarez, 2012: 352).

Revolución quiere decir socialismo y antiimperialismo

El tercer y último de los momentos que marcan la escritura y problematización de la historia en Cuba se inició el 1º de enero de 1959. Aquel día la isla caribeña amaneció con la noticia de la huída del tirano Fulgencio Batista, al tiempo que el país se declaraba como prácticamente controlado por el Ejército Rebelde dirigido por el Comandante Fidel Castro. Se inició así un profundo y complejo proceso de transformaciones que culminó en el establecimiento del primer Estado socialista en el hemisferio occidental, tan solo a noventa millas de los Estados Unidos.

En lo esencial, los cambios que se operaron en Cuba a partir de aquel momento quedaron dirigidos a devolver al país la soberanía y la independencia nacional, y a eliminar la enraizada explotación capitalista. Desde los primeros días del triunfo, la Revolución implementó un grupo de medidas de beneficio popular que fueron distanciando al joven gobierno insular de los intereses de sus vecinos del norte. A la par de las transformaciones económicas y socio-políticas se dieron importantes pasos de avance en la esfera cultural e intelectual.

La historia en particular cobró desde entonces una función robustecedora y legitimadora de la eterna lucha de los cubanos por la autodeterminación nacional y, sobre todo, de la tradicional postura antiimperialista frente a la injerencia externa. Favorecida por un amplio proceso de institucionalización que incluyó la creación de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana y de un Instituto de Historia de Cuba –ambos en 1962–. Paralelamente, el Archivo Nacional y la Oficina del Historiador de la Ciudad recibieron mayor respaldo e impulso oficiales.

El nuevo escenario marcó la diferencia de la historiografía revolucionaria con sus predecesoras. La declaración del socialismo, el acercamiento a la Unión Soviética, la creciente hostilidad de los círculos políticos norteamericanos –con actos de guerra incluidos– y otros elementos más dieron a la interpretación y a la escritura de la historia un nuevo asidero. Así, junto al nacionalismo, el antiimperialismo pasó a ser uno de los rasgos por antonomasia de los discursos históricos de la Isla. De tal modo, a partir de 1959, ningún texto sobre la historia nacional –escrito dentro de Cuba– prescindió de una militante y abierta posición antiimperialista, que desde entonces quedó claramente definida como el rechazo a toda intromisión de los Estados Unidos y sus aliados en la realidad política, económica y social que los cubanos habían definido desde aquel momento.

Como muestra de todo ello, en los primeros años del proceso revolucionario se publicaron y/o reeditaron algunas de las obras de Emilio Roig, sin dudas el más importante historiador antiimperialista de los años correspondientes a la república neocolonial. Entre ellas deben citarse las siguientes: *El antiimperialismo de Francisco Henríquez y Carvajal* (1959); *Los Estados Unidos contra Cuba libre* (1959) y *Tradición Antiimperialista de Nuestra Historia*, (1962). Paralelamente, también eran reimpressos textos de Mella, Martínez Villena, Carlos Rafael Rodríguez y Blas Roca, todos dedicados a sedimentar la conciencia de rechazo popular al fenómeno.

La idea de romper totalmente con todos los males del *antiguo régimen* buqué y capitalista caló con fuerza en la historiografía de los años sesenta y setenta. En este marco, la creación histórica quedó centrada en una serie de temáticas básicas para el surgimiento de

la nueva sociedad. Los tópicos que proliferaron en tales décadas se concentraron esencialmente en la dependencia económica del país, la historia del movimiento obrero, la esclavitud negra –en principio, considerada como fenómeno económico– y, principalmente, los efectos de la dominación imperialista y de todas las lacras de la fase anterior. Todo ello a través de una interpretación emanada de la simbiosis del tradicional nacionalismo, el materialismo histórico y de diversas tendencias historiográficas mundiales como la Escuela de Annales, los marxistas británicos y franceses y de la obra de Antonio Gramsci.

De esta época fueron representativos algunos textos donde el antiimperialismo se manifestó claramente en el tratamiento de distintos problemas y etapas de la historia nacional. Las obras pueden diferenciarse por su acento en lo económico, lo político y, en menor medida, en lo sociocultural. Sin embargo, todas convergieron en la frontal denuncia de las implicaciones del imperialismo en la historia y el presente de Cuba, América Latina y el mundo subdesarrollado. Destaca muy especialmente *El imperialismo norteamericano en la economía cubana* (1960), de Oscar Pino Santos, considerada una de las primeras obras de historia económica que fundamentó la necesidad de un cambio en las relaciones de producción y en las formas de propiedad en Cuba. En sus páginas Pino Santos explica el papel de los Estados Unidos en la deformación y la crisis del modelo precedente. También sobresalen: *Cuba. Capitalismo dependiente y subdesarrollo, 1510-1959* (1972), de Francisco López Segrera; *Monopolios norteamericanos en Cuba. Contribución al estudio de la penetración imperialista* (1973), de Gloria García y otros; *United Fruit Co. Un caso del dominio imperialista en Cuba* (1976), de Oscar Zanetti y Alejandro García, y *El monopolio del jabón y el perfume en Cuba* (1977), de Jesús Chía.

Por otro lado, figuran los trabajos de historia política y las síntesis generales. En ellos, por norma, se manifestó un posicionamiento contrario al imperialismo no sólo en la esfera productivo-comercial sino también en lo que respecta a la intromisión en –y deformación del– sistema político cubano previo a 1959, así como a la imposición de valores socioculturales foráneos. En este sentido vale la pena mencionar, por su difusión e importancia en aquellos años, *Historia*

de Cuba (1964), de Jorge Ibarra, manual publicado para la enseñanza en el Ministerio de las Fuerzas Armadas, y *La república: dependencia y revolución* (1969), de Julio Le Riverend.

A toda esta tradicional visión nacionalista y antiimperialista de la historiografía cubana se le añadiría un impactante fenómeno que no sólo involucró a la historia sino a todas las ciencias sociales en general. Nos referimos a la imposición del marxismo dogmático y fosilizado que ya regía como política de Estado en la Unión Soviética y los países de Europa del Este. Ello lógicamente llevó a que las prácticas y discursos de la historiografía nacional se identificaran definida y abiertamente como militantes de la causa mundial contra el capitalismo y su fase superior, aun cuando ello implicara valerse de manera mecánica y forzada de esquemas teórico-interpretativos surgidos en realidades bien distintas. Con este nuevo matiz las manifestaciones de antiimperialismo fueron mucho más amplias, teniendo en cuenta que el imperialismo ya no era solamente el estadounidense, sino que también había otros: el inglés, el francés, el portugués y otros más que mantenían un sistema de explotación neocolonial en Asia, África y América Latina.

Luego de la caída del campo socialista la historiografía cubana se enfocó –en cuanto al fenómeno del imperialismo– en el histórico diferendo entre Estados Unidos y Cuba. Así, retornó la pretérita idea según la cual la lucha contra el imperialismo no era un producto de las contradicciones Este-Oeste ni de la Guerra Fría, sino que lo era de la genuina y tradicional lucha cubana por su soberanía e independencia. En este marco proliferaron obras que legitimaban la continuidad del socialismo en Cuba –a pesar de la debacle del comunismo mundial– como forma de contener el poderío imperialista de los vecinos del norte. Los trabajos más significativos dentro de esta línea presentaron un marcado interés por demostrar las intenciones hegemónicas de los círculos de poder estadounidenses a nivel global y regional y, sobre todo, a poner de relieve su anhelo de destruir el sistema político y social instaurado tras el triunfo de la Revolución de 1959. Para cumplimentar su propósito, y apoyándose fundamentalmente en herramientas de la ciencia política y el periodismo, los autores analizan las implicaciones del imperialismo

en disímiles facetas de sus relaciones con Cuba y otras partes del mundo. Entre los ensayistas e historiadores más representativos en esta temática deben mencionarse a Tomás Diez, Nicanor León Cotayo, Néstor García, Luis Suárez Salazar, Esteban Morales, Jorge Hernández, Humberto Vázquez, Fabián Escalante, Pedro Pablo Rodríguez, Jesús Arboleya, Carlos Alzugaray y muchos otros más. A ellos se añade, como representante de una hornada más reciente, Elier Ramírez Cañedo y Alejandro Castro Espín.

Paralelamente, a fines de los años ochenta y principios de los noventa de la pasada centuria, una nueva generación de historiadores cubanos fue dándose a conocer. Dicho grupo optó por buscar nuevas aristas de la investigación histórica, inclinándose hacia los sujetos populares, las mentalidades, la cultura en un sentido más amplio, las representaciones sociales y otros muchos campos re-legados por la historiografía revolucionaria “ortodoxa”. Aunque buscó apoyarse en nuevos paradigmas y enfoques analíticos y metodológicos para orientar un trabajo renovado sobre las fuentes, esta nueva generación no pudo prescindir de la ya arraigada tradición antiimperialista. De modo que, a partir de nuevos campos de investigación lograron seguir tratando el tema del imperialismo y su influencia en el devenir de la Isla desde novedosos enfoques, en ocasiones más ligados a la historia cultural. Entre los autores más representativos del tratamiento del tema imperialismo/anti-imperialismo en el seno de esta tendencia se pueden citar dos casos característicos. El primero es el de Marial Iglesias, con su estudio *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902* (2003). Iglesias realiza un encomiable estudio sobre la simbología y la transición de las mentalidades en torno a la intervención estadounidense y el establecimiento de la República, analizando los antagonismos culturales entre el emergente modelo de dominación estadounidense y el nacionalismo cubano. El segundo es el de Yoel Cordoví, con el estudio *Magisterio y nacionalismo en las escuelas públicas de Cuba 1899-1920* (2012), dedicado al examen de la educación cubana de los primeros años republicanos y de la lucha por reafirmar la identidad nacional frente al impacto cultural del imperialismo estadounidense.

No sería admisible concluir sin hacer referencia a los trabajos históricos centrados en otras realidades. A partir de los fenómenos políticos y socio económicos que se desataron en Cuba a partir de 1959 los estudios sobre la situación pasada y presente de otras regiones y países proliferaron de manera notable. A ellos se aplicó igualmente lo ya dicho previamente en cuanto a una interpretación y narración histórica con una manifiesta y militante disposición antiimperialista. Como muestra de ello pueden citarse algunos títulos donde es evidente la relación entre historia y antiimperialismo desde la visión académica cubana. En cuanto al escenario latinoamericano sobresalen *Colonialismo y subdesarrollo en América Latina* (1967), de Peregrín Torras; *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo* (1977), de Francisco Pividal; *Paraguay, de la independencia a la dominación imperialista* (1984) de Sergio Guerra Vilaboy, y *Crisis burguesa e imperialista en América Latina* (1998) de Alberto Prieto. Por otra parte, sobre Asia y África pueden subrayarse *África, continente que despierta* (1961), de Armando Bayo; *África, biografía del colonialismo* (1964) de José Antonio Benítez; y *El tribalismo: bases reales y manipulación imperialista en África subsahariana* (1983), de María Elena Alvarez.

A modo de conclusión

Como advertíamos desde el comienzo, el antiimperialismo en tanto expresión y manifestación de la conciencia política, ética y cultural ha estado presente en la historia y la historiografía de Cuba desde tiempos pretéritos. Los momentos señalados como jalones de la evolución del Estado y la nación muestran que la presencia o incidencia de imperios acechantes –en particular, y por razones obvias, del estadounidense– ha marcado la dinámica vida de los cubanos en los últimos 150 años. Las condiciones de haber experimentado el régimen colonial, el sistema de dominación neocolonial y el Estado socialista han singularizado el surgimiento, evolución y madurez de posturas abiertamente antiimperialistas en los distintos niveles de expresión de la creación académica y popular del país.

La concepción teórica del imperialismo y su representación

discursiva en el plano historiográfico fue desarrollándose paralelamente al avance de una conciencia masivo-popular abiertamente antiimperialista, todo ello mediado por los vaivenes que caracterizaron las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos a lo largo del siglo XX, en los cuales no es un dato menor la práctica constante de rebeliones y revoluciones frustradas y/o triunfantes en contra de la llamada fase superior del capitalismo moderno y sus formas de dominación. El nacionalismo, como reafirmación de la soberanía y la independencia cubanas, ha sido el hilo conductor del itinerario historiográfico de la Isla en el período que hemos señalado. De modo que tal variable constituye implícita o explícitamente la más constante manifestación de antiimperialismo en las formas de hacer y pensar la historia patria.

El triunfo de la Revolución de 1959 y la instauración del socialismo tornaron la tradicional y arraigada postura nacionalista en un declarado y militante posicionamiento antiimperialista que, en principio, se centró en el imperio más cercano y hostil para luego ir ampliando la condena y el rechazo a este fenómeno en otras partes del planeta. Nación-socialismo-antiimperialismo devienen en tríada básica de la porfía de Cuba y también de su historia más reciente. Bien valdría la pena con más espacio y tiempo volver y profundizar sobre este tema.

Bibliografía

- Aguilera, José María 2008 “La Revolución cubana y la historiografía” en *Anuario de Estudios Hispano-Americanos* (Sevilla) Núm. 65, enero-junio.
- Almodóvar, Carmen Muñoz 1989 *Antología crítica de la historiografía cubana* (La Habana: Editorial Pueblo y Educación).
- Collazo, Enrique 1972 (1905) *Los Americanos en Cuba* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Gandarilla, Julio César 1973 (1913) *Contra el yanqui* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Guerra, Sergio 2010 *Cinco siglos de historiografía latinoamericana* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).

- Martí, José 2007 *Obras Escogidas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales-Centro de Estudios Martianos) Tomo III.
- Meza Josefina y Pedro Pablo Rodríguez (Comps.) 1999 *Enrique José Varona: Política y sociedad* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- López, Francisca, Mario Mencia y Pedro Álvarez-Tabío 2012 *Historia de Cuba 1899-1958 Estado nacional, dependencia y revolución* (La Habana: Editorial Pueblo y Educación).
- Pérez, José Manuel 1962 *Historiografía de Cuba* (México DF: Instituto Panamericano de Geografía e Historia).
- Rensoli, Rolando (Comp.) 2010 *La historiografía en la Revolución cubana. Reflexiones a 50 años* (La Habana: Editora Historia).
- Suárez, Josefina 2014 “Julio César Gendarilla contra el yanqui” en *Temas* (La Habana) No. 78, abril-junio.
- Zanetti, Oscar 2005 *Isla en la Historia. La historiografía de Cuba en el siglo XX* (La Habana: Ediciones Unión).
- Venegas, Hernán 2002 “América en la historiografía cubana” en *Islas* (Santa Clara) Vol. 44, No. 132.

JUAN FRANCISCO MARTÍNEZ PERIA*

Antiimperialismo y negritud en el Caribe

En el Caribe, en los albores del siglo XX, se dio un giro identitario y antiimperialista similar al que sacudió a América Latina. Sin embargo, aún con semejanzas, el giro caribeño tuvo sus propios rasgos, debidos a la historia y al contexto local. Los intelectuales afrocaribeños que lo protagonizaron se focalizaron en criticar el racismo, el colonialismo –no sólo el estadounidense, sino también el europeo– y el legado de la esclavitud. Asimismo, afirmaron la identidad negra, las tradiciones afroamericanas y repensaron la relación con África. Incluso, y quizá paradójicamente, estuvieron influidos por el renacimiento negro de Harlem, un fenómeno cultural de Estados Unidos, debido a los estrechos vínculos que existían entre los afrocaribeños y los afroestadounidenses. El movimiento fue heterogéneo, fruto de la diversidad insular. En este estudio me propongo analizar el tema abordando las obras de Marcus Garvey de Jamaica, Jean Price Mars y Jacques Roumain de Haití, Aimé Césaire de Martinica y Nicolás Guillén de Cuba, poniendo de relieve una serie coincidencias y divergencias.

* Argentino. Doctor y Magíster en Historia por la Universidad Pompeu Fabra (España). Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Docente UBA y CEL-UNSAM. Coordinador del Departamento de Historia del CCC. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

Marcus Garvey: panafricanismo y anticolonialismo

Luego de trabajar en Centroamérica (para la United Fruit Company) y de residir en Londres, donde se formó políticamente y se vinculó con antillanos y africanos, Marcus Garvey (1887-1840) regresó a Jamaica y fundó la Universal Negro Improvement Association (UNIA) en pos de la unión de los afros del mundo y la descolonización de África y el Caribe. En 1917 se estableció en Nueva York y la UNIA se retroalimentó con el renacimiento negro de Harlem, creciendo masivamente hasta tener secciones en Estados Unidos, América Central, el Caribe y África. Empero, al auge le siguió el eclipse. Garvey fue condenado a prisión y la UNIA entró en crisis. Antes de concluir su sentencia, fue deportado a Jamaica, donde reconstruyó la UNIA y fundó el People Political Party y el Jamaican Workers and Labor Association. En los treinta Garvey realizó una gira política por el Caribe y luego viajó a Londres para establecer allí la UNIA. Falleció el 10 de junio de 1940 (Lewis, 1988).

El ideario de Garvey combinaba una apropiación subversiva del cristianismo, la doctrina racial, el nacionalismo y el discurso moderno (Henry, 2000: 205). Apeló a una lectura universalista del cristianismo para desacreditar el racismo, denunciando que éste no era más que una teoría falaz, inventada por los europeos para legitimar la esclavitud y el colonialismo de los no blancos. Consideraba que, por ser hijos de Dios, todos los hombres eran iguales. No obstante, entendía que el concepto de raza (definida tanto biológicamente como culturalmente) era válido y que cada raza tenía rasgos propios. Asimismo, sostenía que la historia era una lucha de razas y que éstas sufrían ciclos de auge y decadencia, lo cual explicaba el apogeo de los blancos frente a las otras razas.

Esta lectura de la cuestión racial es problemática, debido a sus implicancias biologicistas y esencialistas, deudoras de la definición eurocéntrica de la humanidad. Pero Garvey la utilizó en clave libertaria. En primer lugar, debido a que al apelar a la noción de raza negra hermanó, más allá de sus diferencias, a los africanos y a la diáspora. En segundo lugar, dado que al plantear que la decadencia

era histórica también era reversible mediante la auto-afirmación y la lucha antiimperial (Henry, 2000: 206-207).

En cuanto al colonialismo, inicialmente denunció a Inglaterra para luego condenar de manera global al imperialismo europeo y estadounidense, especialmente en África y en el Caribe, impugnando la conquista de Etiopía y la ocupación de Haití. Se focalizó en la faz político-militar-racial de la dominación y sólo parcialmente en la económica y cultural. Aun así, entrevió el imperialismo económico, al denunciar que:

“Las guerras modernas son [...] el resultado de los intereses capitalistas insatisfechos [...] entre pueblos [...] A hombres como Morgan, Rockefeller [...] no debe permitírselle implicar al país en disputas [...] que conducen a la guerra [...] para alcanzar mayor riqueza a expensas de las masas inocentes [...]. Las ‘concesiones’ de petróleo en México o Persia, las [...] de caucho en Liberia, África Occidental, las [...] de azúcar o café en Haití, las Antillas, que serán explotadas para el enriquecimiento egoísta [...] acabarán en el desastre” (Lewis, 1988: 52).

En cuanto a la faz cultural, la asoció con el racismo, pero no reivindicó el legado africano por considerarlo atrasado. Quedó preso del eurocentrismo, planteando que los negros debían renegar de su cultura y mimetizarse con la cultura occidental, promoviendo la edificación de un nuevo negro y de una nueva África: cristiana, moderna y económicamente capitalista, a imagen y semejanza del amo imperial (Henry, 2000: 208).

Empero, aun con ambigüedades, el ideario de Garvey fue revulsivo. Conviene recordar también que, sin ser de izquierda, Garvey apoyó la Revolución Rusa, comprendiendo la importancia de la fraternidad entre la diáspora y los trabajadores (Lewis, 1988: 87-105). Por ello, Garvey y la UNIA fueron pioneros del giro identitario y antiimperialista que estudiamos.

Jean Price Mars y Jacques Roumain: entre el indigenismo y el marxismo

Similar renacimiento afro se dio en Haití, como reacción a la ocupación estadounidense de 1915-1934. La ocupación revivió los horrores del pasado colonial, generando una rebelión popular liderada por Charlemagne Peralte, Saint-Rémy Peralte y Benoit Batraville, misma que fue aplastada en 1920. La rebelión promovió el surgimiento de nuevos periódicos como *Haití Intégrale*, *La Patrie*, etc., y de agrupaciones como la L'Union Patriotique, L'Union Nationaliste, etc., de corte antiimperialista (Nicholls, 1996: 149). Aquel nacionalismo político produjo un giro identitario que se expresó en la corriente intelectual denominada indigenismo. Según Glodiel Mezilas,

“se trata de un movimiento de liberación de la cultura popular [...] que da preeminencia a la voz popular como depositaria de los valores nacionales. Es también la búsqueda afanosa de la identidad cultural haitiana desde la revaloración de las herencias etnoculturales africanas que sobreviven en Haití tras la colonización [...] El nacionalismo haitiano y el indigenismo son dos fenómenos [...] complementarios” (Mezilas, 2011: 139-140).

Por su parte, Michaele Ascencio considera que: “consistió [...] en la valoración de la cultura haitiana como fuerza que pudiera oponerse a [...] el racismo y la humillación de los descendientes de aquellos esclavos que habían creado una nación” (Ascencio, 2004: XI). Si es cierto que el indigenismo fue un fruto de la historia haitiana, también lo es que estuvo signado por el contexto regional y por el renacimiento negro de Harlem.

El precursor de esta corriente fue Jean Price Mars (1876-1969), quien en 1928 publicó su obra *Así hablo el tío*, en la cual denunció el carácter eurocentrico y elitista de la alta cultura haitiana, mostrando que la oligarquía había negado la identidad afro y en un proceso de “bovarismo colectivo”, se había mimetizado con Francia (Price Mars, 1928: 10). Señaló que, para las élites, lo “indígena – lenguaje, costumbres, sentimientos, creencias– se torna sospechoso, manchado de mal gusto” (Price Mars, 1928: 10), en tanto que lo

europeo/francés representaba la civilización. Sobre el blanqueamiento, afirmó: “el hombre más distinguido de este país querría más bien que se le encuentre algún parecido con un esquimal [...] antes que recordarle su ascendencia guineana” (Price Mars, 1928: 10). Con este análisis, Price Mars contribuía a la acuñación de una conceptualización canónica en el discurso antiimperial al plantear que el fenómeno colonial era el resultado de la auto-denigración y del maridaje entre una élite local traicionera del interés nacional y una potencia extranjera. Con base en esta crítica, Price Mars llamó a romper con la mimesis y asumir la cultura indígena. A tal fin, se consagró a realizar una serie de estudios etnográficos, en los cuales analizó las tradiciones populares, como el vodú y el *creole*, postulando que debían ser recuperados para la reconstrucción de un ideario nacionalista, popular y panafricanista que llevaría a Haití a reconquistar su soberanía. De este modo, rebasó el eurocentrismo de Garvey y aportó una perspectiva más compleja del colonialismo mental y de la relevancia del legado africano en el proceso de liberación antiimperial.

En sintonía con estas ideas, Jacques Roumain, Carl Brourad y Antonio Vieux fundaron, en 1927, *La Revue Indigene: Les Arts et la Vie*, en cuyas páginas se promovía una vertiente más radical del indigenismo. Jacques Roumain (1907-1944) fue el más relevante de aquel grupo; entre 1927-1929, también participó de *Le Petit Impartial* y *La Press* y fue presidente de la Liga de la Juventud Patriótica Haitiana. Tiempo después, fundió sus posiciones con las del marxismo, siendo fundador del Partido Comunista Haitiano en 1934. Su interés por reivindicar la cultura afrohaitiana lo llevó a crear, junto al ya mencionado Price Mars, el Museo de Etnología de Haití en 1941. Durante su corta vida, Roumain escribió una valiosa obra donde su vocación descolonizadora se hace patente, tanto por los temas, como por los recursos estilísticos utilizados. En ella, deconstruye el francés a partir de la inclusión de giros en *creole*, creando una lengua hibrida que desestabiliza la tradicional dominación eurocentrica (Ascencio, 2004: XXII). Casi en paralelo, sus colegas Aimé Césaire y Nicolás Guillén realizaron una similar operación político-cultural. En *La Presa y la sombra*, su primer libro, Roumain

denunció las absurdas pretensiones de blanquitud de la élite (Roumain, 2004: 5). En contrapartida, en *La montaña embrujada*, pintó un fresco del mundo campesino, describiendo sus dramas cotidianos y recuperando sus tradiciones. Allí acuñó una metáfora típica del antiimperialismo afrocaribeño, identificando al amo esclavista y colonial del pasado con el nuevo imperialismo estadounidense. Uno de los protagonistas exclama: “Ya en Guinea el negro haitiano penaba y el blanco lo conducía. Hace cien años los habían echado al mar esos hijos de puta de tiros en el culo. Pero volvieron esos blancos americanos hijos de perra” (Roumain, 2004: 41).

Según Ascencio, al comienzo los poemas de Roumain se focalizaron en la experiencia afro; sin embargo, representaron un parcial desplazamiento con respecto al indigenismo, dado que tematizaban la experiencia global de la diáspora africana (Ascencio, 2004: XXVI). La posterior conversión al marxismo generó un viraje en su poesía, la cual se tornó más revolucionaria, clasista e internacionalista, identificando la lucha de los negros con la de los otros oprimidos. Ascencio señala: “África, Madrid, Nuevo Sermón Negro, Madera de ébano, Sucios negros, poemas combativos que rebasan el marco de la negritud y del indigenismo pues se trata [...] de movilizar no sólo a los negros, sino a los árabes, a los indochinos, a todos los condenados de la tierra para que acaben de una vez por todas con la injusticia y la desigualdad”. Roumain toma “la historia del negro esclavo como modelo [...], para ilustrar el sufrimiento de los desposeídos y prometer el mundo nuevo cuando los ‘sucios negros’ se levanten” (Ascencio, 2004: XXVII; itálicas en el original). Por ejemplo, en la poesía “Sucios Negros”, se apropió de aquel agravio racista y lo resignificó en clave revolucionaria, transformándolo en un grito de guerra, a través del cual anuncia la gesta libertaria de los negros y la hermana con la lucha anticolonial, antirracista y anticapitalista, del resto de los otros “sucios” de la tierra. En sus palabras:

“Pues bien he aquí: / Nosotros / [...] / los niggers’ / los sucios negros / vuestros negros / [...] / no aceptamos más / esto os asombra / decir: oui missié / [...] / cosechando para vos / la caña de azúcar / el café / no aceptamos más / [...] / estar en África / en América / el algodón / el cacahuate / en África / en América / como negros buenos / [...] /

y el telégrafo delirará / en nombre de la civilización / en nombre de la religión / en nombre de la latinidad / en nombre de Dios / en nombre de la Trinidad / en nombre de Dios carajo / tropas / aviones / [...] / contra / esos sucios negros / Demasiado tarde / hasta el corazón de las junglas infernales / retumbará precipitado el terrible tartamudeo / telegráfico de los tam-tam repitiendo / incansables / [...] / que los negros / no aceptan más / [...] / demasiado tarde / porque habremos surgido / de las cuevas de ladrones de minas de oro del Congo / y de Sur África / será demasiado tarde / [...] / para impedir en los algodonales de Luisiana / en las centrales azucareras de las Antillas / la cosecha de la venganza / [...] / de los sucios negros / [...] / porque hasta los tam-tam habrán aprendido el lenguaje / de la Internacional / porque habremos escogido nuestro día / el día de los sucios negros / de los sucios indios / de los sucios hindúes / de los sucios indochinos / de los sucios árabes / de los sucios malayos / de los sucios judíos / de los sucios proletarios / Y aquí estamos de pie / todos los condenados de la tierra / [...] / marchando al asalto de sus cuarteles / [...] / como un bosque de antorchas fúnebres / para acabar / de / una / vez / por / todas / con este mundo / de negros / de niggers / de sucios negros” (Roumain, 2004: 111-116).

Este ideario también se encuentra en el documento fundacional del PCH, titulado *Analyse schématique*: 32-34. Roumain plantea allí la importancia de la afirmación nacionalista y afro, pero señalando que la cuestión racial y nacional debía estar estrechamente vinculada con la lucha de los trabajadores. Al igual que Mariátegui o Mella, expresa su desconfianza hacia la burguesía nacional haitiana y propone un programa socialista, antiimperialista y nacionalista capaz de evitar el camino vacilante nacional-populista liderado aquella débil clase dominante (Méndez Moissen, 2010).

Luego de años de dificultades y persecuciones, la situación en Haití mejoró: en 1943 Roumain fue nombrado embajador en México. Allí escribió su obra más influyente, *Gobernadores del rocío*, donde retrata las tradiciones de los sectores campesinos y su lucha contra los grupos oligárquicos. Roumanin murió en 1944, dejando un enorme legado para el pensamiento crítico caribeño y latinoamericano.

Aime Cesaire y la negritud

En el mundo colonial francés el giro que estudiamos asumió el nombre de negritud. El movimiento fue fundado en 1934, en París, por Aimé Césaire (1913-2008), de Martinica, León Damas (1912-1978), de Guayana, y Leopold Senghor (1906-2001), de Senegal. También estuvo influido por el renacimiento de Harlem y, aunque presenta aires de familia con el panafricanismo de Garvey y vínculos con el indigenismo haitiano y la obra de Roumain, reconoce sus propios rasgos, fruto del contexto imperial francés (Fernández Martínez, 2011: 88).

La negritud implicó, por un lado, una afirmación de la identidad negra, una reivindicación de las tradiciones africanas y afroamericanas; por el otro, una crítica a la cultura eurocéntrica/racista/colonial. Fue una respuesta racional, sentimental y poética frente a la política de asimilación que imponía Francia sobre sus colonias. Significó una afirmación de la humanidad del negro como sujeto histórico, político y culturalmente valioso. En su aspecto formal, y al igual que en la obra de Roumain, implicó una usurpación del francés, para expresar, en un nuevo lenguaje sincrético signado por la africanía, la rebelión de los colonizados contra la metrópoli.

Inicialmente la negritud tendía a expresar la existencia de un “alma negra” contrapuesta a la blanca. A pesar de cierta similitud con las ideas de Garvey, esta concepción trascendía la definición biológico y eurocéntrica de lo negro. Por un lado, porque se centraba en lo cultural y, por el otro, porque implicaba una reivindicación de las tradiciones africanas y afroamericanas. Posteriormente, al asumir el marxismo en clave heterodoxa, Césaire se fue abriendo a una perspectiva similar a la de Roumain y Guillén; así, la negritud asumió un carácter más histórico y universal, definiendo a la comunidad negra como un pueblo hermanado por la tradición, el sufrimiento y la rebelión e identificado con el resto de los oprimidos. Por su parte, Leopold Senghor, se abroqueló en una concepción escencialista de la negritud y para peor le restó potencial crítico, acercándose a Francia.

Cuaderno de un retorno al país natal fue la primera obra de Césaire, en la cual acuñó el término negritud. Su estilo, signado por ribetes

surrealistas y por el sincretismo entre el francés y el *creole*, significó una rebelión poética frente a la lengua y la racionalidad del amo. En aquella poesía se entrecruzan su vivencia personal con una fuerte crítica al orden esclavista/colonial y una reivindicación de la cosmovisión y las luchas de los negros. Así, por ejemplo, al tematizar el rol de los esclavos en la construcción de América apela a la imagen de la sangre para denotar la explotación y la represión:

“no hay un trozo de este mundo que no lleve mi huella / digital / y mi calcáneo sobre la espalda de los rascacielos y mi / mugre / en el centelleo de las gemas! / ¿Quién puede jactarse de tener más que yo? / Virginia. Tennessee, Georgia. / Alabama. / Putrefacciones monstruosas de rebeliones / inoperantes, / pantanos de sangres pútridas / [...] / Tierras rojas, tierras sanguíneas, tierras consanguíneas” (Césaire, 1969: 53-55).

Sangre derramada que, según Césaire, seguía pesando en la etapa post-esclavista, debido a que las viejas heridas aún seguían abiertas: “¡Cuanta sangre en mi memoria! En mi memoria son lagunas. Están cubiertas de cabezas de muertos [...] Mi memoria está rodeada de sangre. ¡Mi memoria posee su cinturón de cadáveres!” (Césaire, 1969: 74). Al recrear la prisión de Toussaint Louverture, Césaire resignifica la noción de blancura, asociándola con la muerte (Fernández Martínez, 2011: 88): “es un hombre solo encarcelado / de blanco / es un hombre solo que desafía a los gritos / blancos de la muerte blanca / (TOUSSAINT, TOUSSAINT / LOUVERTURE)” (Césaire, 1969: 74).

Asimismo, denuncia los horrores de la esclavitud y el discurso teológico que la legitimaba.

“y este país gritó durante siglos que somos unos brutos; / que las pulsaciones de la humanidad se detienen / ante las puertas de la negrerie; que somos un estercolero / ambulante horriblemente prometedor de cañas tiernas / y de algodón sedoso y nos marcaban con hierro / candente y dormíamos sobre nuestros excrementos y nos / vendían en las plazas y la vara de paño inglés / [...] / costaban menos que nosotros, y este / país vivía calmado / [...] / diciendo que el espíritu / de Dios estaba en sus actos” (Césaire, 1969: 81).

Frente a la deshumanización de la diáspora africana, plantea el surgimiento de una negritud revolucionaria:

“mi negritud no es una mancha de agua muerta / [...] / se zambulle en la carne roja del suelo / se zambulle en la carne ardiente del cielo / agujerea el agobio opaco de su erguida paciencia. / iEiá para el Kailcedrato real! / Eiá para los que nunca han inventado nada / para los que nunca han explorado nada / para los que nunca han domado nada” (Césaire, 1969: 97).

Finalmente, acudiendo a la metáfora de la rebelión de esclavos en un buque negrero, convoca a una nueva revolución, capaz de retomar y prolongar la gesta libertaria de sus antepasados:

“el negrero cruce por todas partes. / [...] / La horrible tenia de su / cargamento roe los intestinos fétidos del extraño niño / de pecho de los mares. / y ni el júbilo de las velas hinchadas / [...] / ni las juguetes hechas a la / tontería peligrosa de las fragatas policíacas le impiden / oír la amenaza de sus gruñidos intestinos / En vano para olvidarse de ello el capitán cuelga en su / palo mayor al negro más gritón, / [...] / La negrería [...] vuelve a encontrar / en su sangre derramada el sabor amargo de la / libertad / y está de pie la negrería / [...] / de pie en el puente / de pie en el viento / de pie al sol / de pie en la sangre / de pie / y / libre / [...] / y el navío lustral hiende impávido las aguas / desplomadas / ¡y ahora se pudren nuestras bolas de ignominia!” (Césaire, 1969: 122-125).

En las obras posteriores de Césaire la noción de negritud perdió sus aristas más esencialistas. En 1987, en el *Discurso sobre la negritud*, precisó el concepto:

“Es una manera de vivir [...] la historia de una comunidad cuya experiencia se manifiesta [...] singular con [...] sus trasferencias de un continente a otro, los recuerdos de creencias lejanas, sus restos culturales asesinados. [...] Los cromosomas me importan poco. Pero si creo en los arquetipos. Creo en el valor de todo lo que está enterrado en la memoria colectiva [...]. La negritud [...] puede definirse como toma de conciencia de la diferencia, como memoria, como fidelidad y como solidaridad. [...] Es sobresalto [...] de dignidad. Es rechazo [...] de la opresión. Es combate [...] contra la desigualdad.

Es revuelta [...] contra [...] el reduccionismo europeo” (Césaire, 2006: 86-87).

Césaire profundizó en la cuestión colonial en su *Discurso sobre el colonialismo*. No se centró tanto en el imperialismo estadounidense como en el europeo, por ser éste el responsable de la esclavitud, racialización y colonización de los africanos y sus descendientes. Con lucidez desnudó los lazos entre el colonialismo y la civilización europea, mostrando que si ésta reivindicaba la libertad, la igualdad y la fraternidad, en realidad estaba signada por un radical eurocentrismo racista que limitaba la concepción de la humanidad al occidental cosificando al resto de los pueblos. En este sentido, expuso que el colonialismo no era una aventura político militar accesoria a la modernidad, sino algo consustancial a la misma. Césaire denunció también que el colonialismo deshumanizaba a sus victimarios:

“Habría que estudiar [...] como la colonización trabaja para descivilizar al colonizador [...] para [...] despertar sus recónditos instintos en pos [...] del odio racial, el relativismo moral y habría que mostrar [...] que cada vez que en Vietnam se corta una cabeza [...] y en Francia se acepta, [...] se está produciendo una regresión universal y que después [...], de todas estas expediciones punitivas toleradas, [...] después de este orgullo racial estimulado [...], lo que encontramos es [...] el progreso [...] del ensalvajamiento del continente” (Césaire, 2006: 15).

Al naturalizar la muerte del otro, los europeos se habían barbárizado a sí mismos, quedando presos de la cultura de la muerte. A través del nazismo, esta cultura de la muerte se volvió en su propia contra, generando allí un genocidio similar al que habían perpetrado en las colonias. Así, Césaire mostró como entre el colonialismo y el nazismo existía lazos de sangre. Señaló:

“Valdría la pena estudiar [...] las formas de actuar de Hitler [...] revelarle al [...] muy humanista [...] burgués del siglo XX, que [...] Hitler lo habita, [...] que si lo vitupera es por falta de lógica y que en el fondo lo que no le perdoná [...] no es [...] el crimen contra el hombre, sino el crimen contra el hombre blanco [...] y haber aplicado en Europa procedimientos colonialistas que hasta ahora sólo concernían

a los árabes de Argelia, a los coolies de India y a los negros de África” (Césaire, 2006: 15).

En fin, el anticolonialismo y la negritud de Césaire superaron las primeras tesis de Marcus Garvey, al plantear una perspectiva más crítica de la modernidad europea y al trascender las propuestas de mimesis cultural.

Nicolás Guillén: un puente entre dos tradiciones

En Cuba, Nicolás Guillén (1902-1989) fue la figura principal del giro que reseñamos, aunque su obra presenta tanto similitudes como diferencias con las de los autores referidos, debido, entre otras cosas, a las especificidades de la historia de Cuba y a sus vínculos con Hispanoamérica.

En obras como *Songoro Cosongo* o *Motivos del son* Guillén promovió una reivindicación de la tradición afro y una crítica a la esclavitud y el racismo (Guillén, 1997). No obstante, no postuló una poesía puramente negra porque entendía que el Caribe y América se caracterizaban por el mestizaje tanto étnico como espiritual y que la literatura debía expresar aquella diversidad cultural. También pesó la influencia de José Martí, quien había abogado por el fin de los exclusivismos negros y blancos, en pos de la integración. En “Balada de mis dos abuelos”, estas ideas aparecen expresadas con claridad (Guillén, 1997); Guillén las defendió en Haití cuando fue invitado por Roumain a realizar una gira por su país. En su opinión, aun allí, con una población mayoritariamente afrodescendiente, se podía hablar de un mestizaje cultural fruto del colonialismo (Rodríguez, 2011: 88).

Esta tensión entre la reivindicación de lo afro y el reconocimiento de la hibridez también la podemos encontrar en sus usos del castellano y en sus ideas sobre el legado español. Al igual que Césaire y Roumain, a partir de versos como “Songoro Cosongo” y “Canto negro”, Guillén introdujo en su obra el habla popular negra y los africanismos, revolucionando los versos con el ritmo del son

(Guillén, 1997). Así, trastocó la lengua castellana y la lógica poética tradicional y elitista. Empero, desde una perspectiva más ligada a la reivindicación del mestizaje, también asumió el legado hispano, no sólo por su admiración hacia los clásicos españoles, sino sobre todo, porque consideraba que dicha herencia era constitutiva de la región y era también un arma para resistir el imperialismo cultural de los Estados Unidos. Esto aparece, por ejemplo, en su poesía “Tú no sabe inglés” donde afirma irónicamente: “Con tanto inglés que tú sabía, / Vito Manuel, / con tanto inglés, no sabe ahora / decir ye” (Guillén, 1997: 47).

Vinculado con esto, otra diferencia con respecto a Césaire y a Garvey es la centralidad que ocupa el colonialismo estadounidense en la obra de Guillén. Algo que lo acerca, parcialmente, al indigenismo haitiano. Aunque Guillén denuncia la historia colonial española y europea, su principal enemigo eran los Estados Unidos, debido a sus intervenciones en Cuba, el Caribe y América Latina. Asimismo, su abordaje de lo colonial se focalizó tanto en lo cultural y en lo social, como en lo económico. Tempranamente, en su poema “Caña” apeló a la metáfora del drenaje de la sangre para denunciar la explotación de los recursos naturales y los negros por parte de los Estados Unidos: “El negro / Junto al cañaveral / El yanqui / Sobre el cañaveral / La tierra / Bajo el cañaveral / ¡Sangre que se nos va!” (Guillén, 1997: 31).

Según Ana María Vara:

“En este poema [...] un recurso natural, ‘el cañaveral’, es igualado a un recurso humano [...], ‘el negro’, tanto por la frase prepositiva ‘junto a’ como por la metáfora final de la sangre, que representa la riqueza, la vitalidad, [...] que se llevan, en tanto hay un extranjero, ‘el yanqui’, que está ‘sobre’ el cañaveral, [...] que se lo ha apropiado. [...] La exclamación [...] trasunta un sentimiento de dolor e indignación ante la pérdida colectiva” (Vara, 2013: 17-18).

Interesa recordar que la metáfora de la sangre está presente en otros autores para denotar con patetismo los horrores de la esclavitud y su herencia en el siglo XX. “West Indies Ltd.” es otro poema

clave, donde Guillén denuncia la penetración cultural y económica de los Estados Unidos en el Caribe, así como la vocación mimética y traicionera de las élites locales. El poema llama a la rebelión de los trabajadores negros y blancos, hermanados metafóricamente por el látigo de la dominación y las ansias de liberación:

“¡West Indies! ¡West Indies! ¡West Indies! / [...] / Éste es el presidio / donde cada hombre tiene atados los pies. / Ésta es la grotesca sede de companies y trusts. / Aquí están el lago de asfalto, las minas de hierro, / las plantaciones de café, / [...] / Éste es el pueblo del all right, / donde todo se encuentra muy mal; / [...] / Aquí están los servidores de Mr. Babbit. / Los que educan sus hijos en West Point. / [...] / y los veraneantes de Miami y de Palm Beach. / [...] / Aquí está lo mejor de Port-au-Prince, / lo más puro de Kingston, la high life de La Habana... / Pero aquí están también los que reman en lágrimas, / [...] / Aquí están ellos, / los que trabajan con un haz de destellos / la piedra dura donde poco a poco se crispa / el puño de un titán. Los que encienden la chispa / roja, sobre el campo reseco. / Los que gritan: «¡Ya vamos!», y les responde el eco / de otras voces: «¡Ya vamos!» Los que en fiero tumulto / sienten latir la sangre con sílabas de insulto. / [...] / Aquí están los que codo con codo / todo lo arriesgan; / [...] / aquí están los que se sienten hermanos / del negro, / [...] / y del blanco, que sabe que la carne es arcilla / mala cuando la hiere el látigo / [...] / Esos, los iluminados, / los parias desconocidos, / los humillados, / los preteridos, / los olvidados, / los descosidos, / los amarrados, / los ateridos, / los que ante el máuser exclaman: ‘¡Hermanos soldados!', / y ruedan heridos / con un hilo rojo en los labios morados. / (¡Que siga su marcha el tumulto! / ¡Que floten las bárbaras banderas, / y que se enciendan las banderas / sobre el tumulto!)” (Guillén, 1997: 94-97).

Es posible encontrar en Guillén, en obras como *La paloma del vuelo popular*, una prédica latinoamericanista, que no está presente en los demás autores referidos. Esto se debe a que Cuba había integrado el imperio español y, fundamentalmente, a que compartía con el resto de las ex colonias, un similar horizonte cultural y un mismo enemigo: Estados Unidos. Además, debido a su militancia comunista y a la influencia de la revolución cubana, Guillén también asumió una perspectiva clasista y terciermundista, pareciéndose en esto a las de Roumain y Césaire. Por todo ello, puede decirse que, con su

obra, Guillén construyó un puente entre la tradición antiimperialista afrocaribeña y latinoamericana.

Bibliografía

- Ascencio, Michaelle 2004 “Prólogo” en Roumain, Jacques, *Gobernadores del rocío y otros textos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Césaire, Aimé 2006 *Discurso sobre el colonialismo* (Madrid: Akal).
- Césaire, Aimé 1969 *Cuaderno de un retorno al país natal* (México: Era).
- Fernández Martínez, Mirta 2011 *Cantos de negritud* (La Habana: Editorial Arte y Literatura).
- Guillén, Nicolás 1997 *Sóngoro Cosongo* (Buenos Aires: Losada).
- Guillén, Nicolás 2005 *La paloma del vuelo popular - Elegías* (Buenos Aires: Losada).
- Guillén, Nicolás 2005 *El son entero - Cantos para soldados y sones para turistas* (Buenos Aires: Losada).
- Lewis, Rupert 1988 *Marcus Garvey. Paladín anticolonialista* (La Habana: Casa de las Américas).
- Méndez Moissen, Sergio Abraham 2010 “Mirador Haitiano: L’analyse schémantique y el marxismo latinoamericano” en *Pacarina del Sur* (México D.F), Nº 4, en <<http://www.pacarinadelsur.com/home/figuras-e-ideas/114-mirador-haitiano-lanalyse-schematique-y-el-marxismo-latinoamericano>> acceso 10 de abril del 2015.
- Mezilas, Glodel 2011 *Haití más allá del espejo: historia, cultura, subdesarrollo* (México D.F: Editorial Praxis).
- Nicholls, David 1996 *From Dessalines to Duvalier: Race, Colour and National Independence in Haiti* (Nueva Jersey: Rutgers University Press).
- Paget, Henry 2000 *Caliban’s Reason: Introducing Afro-Caribbean Philosophy* (Nueva York: Routledge).
- Price Mars, Jean 1928 *Ainsi parla l’oncle* (Nueva York: Parapsychology Foundation Inc.).
- Rodríguez, Jorge Emilio 2011 *Haití y la transcaribeñidad literaria* (La Habana: Editorial Arte y Literatura).
- Roumain, Jacques 2004 *Gobernadores del rocío y otros textos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Sánchez Sorondo, Gabriel 2008 *Nicolás Guillén. El poeta del son* (Buenos Aires: Capital Intelectual).
- Vara, Ana María 2013 *Sangre que se nos va: Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina* (Sevilla: CSIC).

ANA MARÍA VARA*

Las venas abiertas de América Latina: emblema del discurso antiimperialista

La muerte de Eduardo Galeano en abril de 2015 puso otra vez en primer plano su obra más reconocida, *Las venas abiertas de América Latina*. Publicada en 1971 y reeditada incesantemente desde entonces, *Las venas abiertas* se presenta explícitamente como una contrahistoria de la región y ha llegado a constituirse en un hito cultural, el libro con el que el nombre de Galeano se identificará para siempre, más allá de la amplitud y calidad de sus trabajos posteriores. Ahora bien, ¿qué tiene *Las venas abiertas*, un texto típicamente setentista, que le da valor más allá de esa década y en tantos países de la región? ¿Por qué el presidente venezolano Hugo Chávez la eligió como regalo especialmente significativo cuando se encontró con su par norteamericano Barack Obama en la Cumbre de las Américas en 2009, un momento de posible reconciliación, tras los duros enfrentamientos con George W. Bush? ¿Por qué se encuentran ecos de su visión en consignas y textos vinculados con las protestas ambientales que hoy sacuden la región? ¿Por qué incluso teorizaciones sofisticadas sobre la cuestión de los recursos naturales, el ambiente y el cambio climático parecen evocarla?

* Argentina. PhD University of California, Riverside; MA New York University; Licenciada en Letras, Universidad de Buenos Aires. Investigadora del Centro de Estudios de Historia de la Ciencia José Babini, Escuela de Humanidades, Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

Creemos que el hecho de que *Las venas abiertas* se haya constituido en una obra emblemática, como la visión alternativa de la historia de América Latina, se debe a que su estructura narrativo-argumentativa reedita, explícita, organiza y enriquece un discurso de larga data y amplia difusión en la región, que ya estaba plenamente difundido y establecido en el momento de la publicación de esta obra. Se trata de un discurso construido a comienzos del siglo XX por una generación de intelectuales vinculados con el anarquismo, el socialismo y el comunismo, quienes se propusieron hacer visibles las apetencias imperialistas de Estados Unidos y algunos países de Europa en América Latina a través de obras periodísticas y de ficción. Un discurso –o, mejor dicho, un contra-discurso, por su orientación anti hegemónica– que logró instalarse como marco interpretativo maestro, reapareciendo en los siguientes ciclos de protesta en la región: el de los sesenta-setenta, tras la Revolución Cubana de 1959, y el actual, iniciado como reacción a las reformas neoliberales de la década del noventa y todavía en curso. Sostenemos que *Las venas abiertas* se inscribe en una larga tradición antiimperialista y latinoamericana, que tiene también componentes proto-ambientales; y en ella se constituye como un hito, como un faro, como el texto que representa casi un manual para que una generación le transmita a la siguiente esta visión profundamente arraigada en la historia cultural de la región.

Un joven autor

Hasta la publicación de *Las venas abiertas*, Galeano era un joven periodista, editor de la revista *Marcha*, que había escrito una novela y un libro de cuentos sobre la burguesía rioplatense: *Los días siguientes*, en 1963, y *Los fantasmas del día del león*, en 1967. También había publicado un ensayo político, *Guatemala, clave de Latinoamérica*, a partir de una investigación periodística realizada en ese país a pedido de la revista estadounidense *Rampart*, en 1968. El crítico Gabriel Saad señala que, a partir de esa experiencia, Galeano tuvo la idea de “reunir en un libro de ensayos la historia y el presente del saqueo

a que se ve sometida América Latina desde hace más de cuatro siglos” (1977: 461). Galeano comenzó a investigar para su trabajo en 1968, y viajó por la región con ese fin hasta 1970, cuando comenzó a escribir: “Trabajaba esencialmente de noche, acumulando libros, informes técnicos, balances bancarios y testimonios orales”, según Saad (1977: 461). Escrita en apenas tres meses, *Las venas abiertas* fue completada de manera febril para poder ser presentada al premio Testimonio, de la editorial cubana Casa de las Américas. El primer premio fue para *La guerrilla tupamara*, una serie de reportajes realizada por María Esther Gilio, compañera de Galeano en *Marcha*. Como relata Kovacic en la primera biografía sobre Galeano (2015: 196-197), el jurado estuvo integrado por el argentino Rodolfo Walsh, el mexicano Ricardo Pozas y el cubano Raúl Roa. “Aquel jurado de prestigiosas figuras de la izquierda, según supe después, consideró que el libro no era lo suficientemente serio como para recibir el Premio”, comentaría Galeano tiempo después (citado en Armas, 2012). Parecería que el estilo que conjugaba el ensayo con la narrativa y el tono poético desconcertó al jurado.

El texto, sin embargo, recibió una mención. Ahora bien, aunque el éxito no fue inmediato, en relativamente poco tiempo *Las venas abiertas* devino un libro de lectura obligada para las nuevas generaciones que se acercaban a la política a lo largo y ancho de América Latina. El testimonio de la novelista Isabel Allende, sobrina del presidente chileno derrocado en 1973, deja en evidencia la importancia del libro para la generación de jóvenes de la década del setenta:

“Hace muchos años, cuando era joven y todavía creía que el mundo podía ser moldeado de acuerdo con nuestras mejores intenciones y deseos, alguien me dio un libro con una cubierta amarilla que devoré en dos días con tal emoción que tuve que leerlo un par de veces más para absorber todos sus significados: *Las venas abiertas de América Latina*” (1997: ix).

Si bien no hay una contabilidad clara de las sucesivas ediciones y las respectivas tiradas, Rocha Silva consigna en 2011 (285) que para entonces ya había superado las sesenta ediciones en español y había sido traducida a más de dieciocho idiomas. Kovacic (2015:

191) destaca su extraordinaria vigencia o, más específicamente, su renacimiento, al señalar que, desde 2010, cuando Siglo XXI Editores lanzó la Biblioteca Eduardo Galeano, a 2015, Las venas abiertas contabilizó diecisiete ediciones. Sin dudas, se trata de la obra que contribuyó decisivamente a hacer de Galeano uno de los autores más leídos de la región (Martin, 1992: 150).

Martin considera que *Las venas abiertas* no sólo constituye la obra por la que Galeano será recordado, sino “sin dudas uno de los grandes ensayos del continente” (1992: 150). Diana Palaversich ha vinculado la visión política de Galeano en este libro con la de un autor “dependentista” como André Gunder Frank, en relación con su teoría económica (1991: 135). Ciertamente, el libro menciona a Gunder Frank en los agradecimientos, junto a otros autores, además de citarlo en las notas bibliográficas. Creemos que la aparición *Las venas abiertas* no puede considerarse aislada de la discusión del marco de la teoría de la dependencia que puede vincularse tanto a Gunder Frank como a autores latinoamericanos. Galeano también menciona a ensayistas vinculados a la tradición del revisionismo histórico, como el argentino Raúl Scalabrini Ortiz, entre otras influencias que pueden advertirse. De hecho, Martin ha señalado que *Las venas abiertas* “incluye una defensa revisionista y nacionalista de dictadores del siglo XIX como Rosas de la Argentina, y Francia del Paraguay –utilizando el tipo de argumentos que suelen invocarse para defender al líder populista argentino Juan Domingo Perón” (1992: 150).

Las venas abiertas fue acabadamente descrito por Daniel Fischlin y Martha Nandorfy como “un análisis político y económico de las relaciones de explotación de las culturas europea y norteamericana hacia América Latina” (2002: 2). Por su parte, los editores de la revista de izquierda *Monthly Review* –cuyo sello editorial tuvo a cargo la traducción al inglés de la obra apenas dos años después de la publicación original, y lanzó una edición conmemorativa por su vigésimo quinto aniversario en 1998– lo presentaron como un libro de economía política que marca un hito en los trabajos de la especialidad:

“Desde su debut hace un cuarto de siglo, este brillante texto ha marcado un estándar para la historia académica de América Latina. Es también una destacada economía política, una narrativa social y cul-

tural de la más alta calidad, y quizás, la más perfecta descripción de la acumulación primitiva de capital desde Marx” (s/d).

Las venas abiertas es a la vez una obra argumentativa y narrativa, política y lírica, informativa y emotiva. Mereció reseñas en revistas académicas de ciencias sociales, donde fue presentada mayoritariamente como una obra periodística, con algunos sesgos y distorsiones, aunque representativa de la visión de los intelectuales latinoamericanos sobre la historia de la región. En *Science & Society*, Peter Roman la presentó como un trabajo periodístico y de divulgación, que propone una explicación del subdesarrollo de la región:

“El libro es más un relato periodístico que una contribución significativa a la historia latinoamericana, la economía política o el estudio del imperialismo. Pero es una obra de divulgación honesta, y el lector emerge con una clara comprensión de la relación entre el subdesarrollo latinoamericano y el desarrollo europeo o norteamericano” (1976: 498).

Escribiendo en *Pacific Historical Review*, Ramón Eduardo Ruiz definió a Galeano como “un periodista por oficio, y un socialista por convicción” (1975: 581), e hizo una valoración menos positiva de la obra. Sostiene que *Las venas abiertas* no ofrece información novedosa, y que presenta una visión sesgada de la historia latinoamericana, aunque considera que la misma es representativa de una porción sustantiva de los intelectuales de la región: “pocos negarían que habla en nombre de la mayoría de los intelectuales y académicos de América Latina. En eso radica el valor de este libro” (1975: 582). Por otra parte, *Études Internationales* publicó una reseña en 1982, con motivo de la traducción de la obra al francés el año anterior. También crítico, Jorge Armijo encuadró la obra en la teoría de la dependencia y la consideró un trabajo para un público general y de tipo estrictamente coyuntural, relacionado con la situación de América Latina a comienzos de los setenta (1982: 201).

La crítica literaria se ha referido a *Las venas abiertas*, destacando el papel de lo afectivo en el libro. Ángel Rama lo definió como “un ensayo narrativo o una novela ensayística que definió su nuevo nivel

de conocimiento dentro de un clima emocional” (1975: 24). Su tono, según Martin, es “a la vez austero y apasionado, de una controlada indignación moral” (1992: 150). Caleb Bach la califica de “descarga flamígera; plena de una ira por la que no se disculpa” (1992: 3). Vinculando tono y estilo, sostiene Allende: “Sus argumentos, su ira y su pasión resultarían sobrecogedores si no fueran expresados en tan soberbio estilo, con tal maestría en el manejo del tiempo y del suspense” (1997: xii). En el modo torrencial de acumular información, *Las venas abiertas* transmite cierta ansiedad por persuadir y deja en evidencia que fue pensada como un proyecto totalizador de desmitificación. La obra se propone explícitamente como la “otra” historia de América Latina, como el trabajo que va a descorrer el velo de un engaño: “una suerte de contrahistoria”, en palabras del propio Galeano (1987: 3). Palaversich la considera “la primera versión de divulgación de la historia de América Latina verdaderamente alternativa” (1991: 135). Las oposiciones, paradojas e inversiones de la siguiente cita tomada de sus páginas de apertura dramatizan este gesto develador:

“Para quienes conciben la historia como una competencia, el atraso y la miseria de América Latina no son otra cosa que el resultado de su fracaso. Perdimos; otros ganaron. Pero ocurre que quienes ganaron, ganaron gracias a que nosotros perdimos: la historia del subdesarrollo de América Latina integra, como se ha dicho, la historia del desarrollo del capitalismo mundial. *Nuestra derrota estuvo siempre implícita en la victoria ajena; nuestra riqueza ha generado siempre nuestra pobreza para alimentar la prosperidad de otros: los imperios y sus caporales nativos. En la alquimia colonial y neocolonial, el oro se transfigura en chatarra, y los alimentos se convierten en veneno*” (2003 [1971]: 16-17; énfasis original).

Merecen comentarse ciertos elementos de la segunda parte de la cita: la mención de actores extranjeros y de cómplices locales como responsables y beneficiarios del despojo denunciado: “los imperios y sus caporales nativos”. Asimismo, es de destacar la comprensión de la historia de América Latina como marcada por dos etapas de explotación, en un esquema que ha sido acusado de maniqueísmo. Galeano volvería a acudir a esta visión en obras posteriores. Comen-

ta Palaversich al analizar *Memoria del fuego*, que Galeano “concibe la historia latinoamericana como un círculo vicioso de explotación y confrontación entre los buenos (el pueblo latinoamericano) y los malos (colonizadores, las fuerzas extranjeras y sus aliados domésticos) aparentemente interrumpido por el triunfo de las revoluciones cubana y nicaragüense” (1993: 14).

Ahora bien, las dos etapas de explotación descritas en *Las venas abiertas* están relacionadas a su vez con dos tipos de productos: los metales preciosos vinculados con la primera colonización; los productos de la tierra que caracterizan la era imperialista. La cuestión de los recursos naturales es clave en esta obra; tiene un sentido organizador y explicativo. Como han descrito los editores del *Monthly Review* (s/d), en lugar de apoyarse en la cronología, la geografía o las etapas políticas, Galeano estructura los distintos momentos de la historia de la región, “siguiendo los patrones de cinco siglos de explotación”. En ese sentido, “se ocupa del oro y la plata, del cacao y el algodón, de la goma y el café, de las frutas, de la fibra y la lana, del petróleo, el níquel, el manganeso, el cobre, el mineral de aluminio, los nitratos y el estaño”.

Sobre marcos y teorías

Como adelantamos, nos interesa situar *Las venas abiertas* en una genealogía, que tiene que ver con la literatura –ensayística y de ficción– así como con una historia de protestas sociales en América Latina. Tres nociones nos parecen fundamentales para entender estas cuestiones desde la teoría de los movimientos sociales. En primer lugar, la noción de redes transnacionales de apoyo, definida por Keck y Sikkink (1998: 1-4 y 8-10) como “redes de activistas, que se distinguen ampliamente porque utilizan principios o valores como motivadores centrales de su acción”. El propósito de estas redes es “cambiar la conducta de los Estados y de las organizaciones internacionales”. Estas redes pueden actuar entre los niveles nacionales e internacionales porque suponen “relaciones fluidas y abiertas entre actores comprometidos e informados que trabajan en áreas especia-

lizadas en ciertos temas”. Entre los actores que suelen conformarlas, se cuentan: organizaciones no gubernamentales (ONGs) locales e internacionales; movimientos sociales locales; los medios; iglesias; sindicatos, organizaciones de consumidores; intelectuales; oficinas de organizaciones intergubernamentales regionales o internacionales; sectores del Poder Ejecutivo o Legislativo.

En segundo lugar, la línea de trabajo que tiene que ver con el *framing*, el modo de entender la realidad por parte de los actores sociales. Autores como Snow et al. (1986: 464), citando a Erving Goffman, definen la noción de *framing* como “‘esquemas interpretativos’ que permiten a los individuos ‘localizar, percibir, identificar y dar nombre’ a sucesos de su vida local o del mundo”. Estos marcos interpretativos compartidos o marcos de acción colectiva son fundamentales para que los integrantes de los movimientos sociales puedan responder de manera conjunta a los cambios que amenazan su modo de vida: “Al dar significado a los eventos o sucesos, los marcos interpretativos permiten organizar la experiencia y guían las acciones, tanto individuales como colectivas”.

Finalmente, la noción de ciclos de protesta, definida por Tarrow (1998: 142) como “una fase de conflicto exacerbado a través del sistema social”. Estos ciclos se caracterizan por una rápida difusión de las acciones desde sectores movilizados hacia sectores menos movilizados; cambios en las formas de protesta; la creación y transformación de marcos de acción colectiva; la participación de actores organizados y no organizados; y momentos en que se intensifica la circulación de información entre quienes protestan y las autoridades”. Snow et al. (1986: 477) sostienen que algunos discursos elaborados en un ciclo de protesta pueden ser utilizados en momentos sucesivos, debido a que algunos movimientos “funcionan como progenitores de marcos interpretativos maestros que proveen un anclaje ideacional e interpretativo para movimientos posteriores en el ciclo de protesta”.

En este sentido, en un trabajo previo describimos el “contradicción neocolonial de los recursos naturales” (CNRN) como un marco de acción colectiva surgido en varios países de América Latina durante las primeras décadas del siglo XX, asociado con un ciclo de

protesta motivado por las transformaciones económicas vinculadas a la inserción de la región al mercado mundial, en momentos en que la mayoría de estos países pasaba de la influencia británica a la norteamericana. El mismo tuvo origen en las ciudades transformadas por cambios tecnológicos, demográficos, sociales y culturales; y estuvo vinculado a los movimientos de izquierda –anarquismo, socialismo, comunismo–.

Mostramos oportunamente que este discurso se consolidó en obras periodísticas y literarias como *Lo que son los yerbales paraguayos* (1908), del español Rafael Barrett, una serie de artículos periodísticos publicados en Asunción para denunciar la explotación de los peones encargados de la recolección de la yerba mate en el Paraguay, a cargo de empresas paraguayas, argentinas y brasileñas (Vara, 2013a: cap. 2). También encontramos indicios de este discurso en un *corpus* de cuentos del uruguayo Horacio Quiroga, ambientados en los obrajes madereros de la zona de Misiones y dedicados a describir la vida de sus trabajadores, los mensús (Vara, 2013a: cap. 3). Para mostrar el alcance regional de este discurso, analizamos su presencia en obras situadas en la zona andina: la novela proletario-indigenista *El tungsteno* (1931), del peruano César Vallejo, que narra las disrupciones de la vida indígena motivadas en la instalación de una empresa minera norteamericana en la zona andina del Perú (Vara, 2013a: cap. 4); y la novela indigenista *Huasipungo* (1934), del ecuatoriano Jorge Icaza, que cuenta el despojo que sufren los indígenas de una hacienda debido a las transformaciones sociales motivadas por el interés de una empresa norteamericana por explotar petróleo y maderas duras (Vara, 2013a: cap. 5).

Sostuvimos (Vara, 2013a: cap. 4) que el momento clave del florecimiento de la literatura que consolida el CNRN es la llamada “novela social antiimperialista”, terminología tomada de Beverley (1989). Esta categoría incluye subconjuntos como las novelas de los ingenios, del petróleo, de la selva, etc., que circularon por decenas en las primeras cuatro décadas del siglo XX en América Latina (Sánchez, 1968: 481-494). También puede vincularse con las “novelas de las transnacionales” entendidas como aquellas que “revela[n] una actitud negativa frente a la actividad extranjera” (Ramos-Har-

thun 2001: 202). Asimismo, hemos argumentado que puede incluirse entre las obras representativas del contradiscurso neocolonial de los recursos naturales una parte de la narrativa indigenista, con la que comparte características como la identificación de un grupo social abusado, en relación con la explotación de un recurso natural por parte de actores locales o extranjeros (Vara, 2013a: cap. 5).

El CNRN está conformado por una matriz narrativa que asocia cuatro elementos: un recurso natural presentado como un bien de gran valor, un grupo social explotado, un explotador extranjero y un cómplice local. La historia que vincula a estos actores es de usufructo hasta la extenuación, tanto de los recursos naturales como de los recursos humanos: por lo tanto, no prevé otra salida que la rebelión, que a su vez puede ser reprimida de manera sangrienta. Un ejemplo de este discurso es el poema “Caña”, de Guillén, publicado en 1930 e incluido en *Sóngoro cosongo* (1931), que presenta de manera muy sintética estos elementos: “El negro/ junto al cañaveral. // El yanqui/ sobre el cañaveral. // La tierra/ bajo el cañaveral.// ¡Sangre que se nos va!” (Guillén 1976: 84). En este poema, las preposiciones dan la clave de la relación entre los elementos mencionados: un recurso natural, “el cañaveral”, es igualado a un recurso humano asociado a su producción, “el negro”, tanto por la frase prepositiva “junto a” como por la metáfora final de la sangre –la riqueza, la vitalidad– que se pierde. O, más precisamente, que se llevan, en tanto hay un extranjero, “el yanqui”, que está “sobre” el cañaveral, es decir, que lo domina, que se lo ha apropiado. Hay también una alusión a un colectivo que integran la voz poética y el destinatario del mensaje, presente en el dativo de interés “nos”, que alude a una patria compartida. El tono también es relevante: la exclamación de final trasunta un sentimiento de dolor e indignación ante la pérdida colectiva¹.

Elegimos la denominación “contradiscurso” porque es esencialmente antihegemónico, en la medida en que pone en duda la independencia de las naciones latinoamericanas frente a las fuerzas económicas y políticas europeas y estadounidenses. De este modo, en sus inicios se erige como un cuestionamiento fuerte de los discursos hegemónicos de unidad y progreso de las nuevas naciones, a un siglo de su independencia formal. Al afianzarse, el CNRN se consti-

tuye en una manera alternativa de contar la historia latinoamericana, como marcada por sucesivos episodios de despojo por parte de fuerzas de los países centrales, primero coloniales y luego neocoloniales. Tiene una orientación latinoamericanista, ya que hermana a estos países en un mismo colectivo explotado, sufriente y en estado de potencial rebelión (Vara, 2013a: cap. 1).

En tanto llegó a constituirse como marco interpretativo maestro, trascendiendo el ciclo de protesta en que originalmente surgió, el CNRN ha tenido reapariciones periódicas en ciclos de protesta e insurgencia en la región, a lo largo del siglo XX: notablemente, en el ciclo vinculado a la Revolución Cubana y las rebeliones juveniles de los sesenta, y en el ciclo iniciado al cerrarse la década del noventa, caracterizado por las protestas anti-globalización. Así, lo encontramos asociado a un movimiento de insurgencia como la Revolución Cubana, como queda de manifiesto en otro poema de Guillén, ya convertido en poeta oficial de la revolución. Escrito en 1963 para responder a la iniciativa estadounidense de la Alianza del Progreso, “Crecen altas las flores” resume, en un tramo clave, la historia de América Latina en términos de un reiterado despojo de distintos recursos naturales. Es decir, no habla ya sólo de una única materia prima, un paisaje o un país, sino de la pléthora de recursos de la región, muy valiosos económicamente; refiriéndose a los grupos sociales explotados como indígenas, para evocar el tiempo colonial; e igualando a personas y naturaleza, nuevamente, con la metáfora de la sangre. Otra vez hay un colectivo aludido a través de la primera persona del plural, pero en este caso no es una patria nacional sino regional, marcando un momento de madurez y autoconciencia de este discurso:

“Pero como tenemos bosques y cafetales, / hierro, carbón, petróleo, cobre, cañaverales, / (lo que en dólares quiere decir muchos millones) / no importa que seamos quechuas o motilones. / Vienen pues a ayudarnos para que progresemos / y en pago de su ayuda nuestra sangre les demos” (Guillén 1976: 198).

Aquí, en este segundo ciclo de protesta de los sesenta-setenta, es donde nos interesa situar *Las venas abiertas*. Creemos que el libro de Galeano es otra encarnación del CNRN; sin dudas la más exitosa y

con la que éste gana extraordinaria explicitud y circulación. La clave está en la estructura de la obra, que deja de manifiesto una matriz narrativo-argumentativa basada claramente en este contradisco¹rso, pero que ahora resulta sustancialmente ampliada, complejizada, razonada y actualizada, operaciones todas que potencian su poder persuasivo y que la enriquecen de manera tal que el texto acaba por convertirse en emblema y recordatorio de esta visión sobre la historia de la región tan arraigada en el imaginario.

En este sentido, corresponde recordar que *Las venas abiertas* consta de tres partes. Una Introducción, titulada “Ciento veinte millones de niños en el centro de la tormenta”; una Primera Parte, “La pobreza del hombre como resultado de la riqueza de la tierra” –un título interior que compite en eficacia argumentativa con el principal–; y una Segunda Parte, “El desarrollo es un viaje con más naufragos que navegantes”. En líneas generales, la Primera Parte se concentra en la cuestión de la explotación colonial y neocolonial de los recursos naturales, en tres subsecciones: una dedicada a la explotación de los metales preciosos en la era colonial (“Fiebre del oro, fiebre de la plata”); otra referida a la explotación neocolonial de la agricultura (“El rey azúcar y otros monarcas agrícolas”); y una tercera en relación con la explotación neocolonial de los minerales (“Las fuentes subterráneas del poder”). La Segunda Parte se concentra en las formas financieras de la dependencia, con discusión de las luchas en torno a la imposición del “librecambio” y la historia de los créditos internacionales. Es decir, la obra parte de la dependencia directa de la época colonial, y la explotación del oro y la plata, fuertemente asociados con la codicia en el imaginario occidental. Luego cuenta la misma historia pero en relación con regímenes políticos no tan claramente dependientes, y en relación con productos que, por sí mismos, tienen connotaciones menos materialistas. Al establecer un paralelo tácito con las situaciones y los productos de la subsección anterior, el neocolonialismo se carga de la misma connotación negativa que el imperialismo formal, y el azúcar o el cacao devienen productos tan valiosos y codiciables como el oro o la plata. El tercer movimiento del texto es avanzar hacia formas de explotación relativamente más abstractas, como la imposición del libre comercio. En

su colocación final tras estos dos desarrollos previos, esta fase también se lee claramente como producto de la codicia y el abuso. A lo largo del libro, cada historia de explotación de un recurso natural va acompañada de la explotación paralela de un grupo étnico o social, el que es sometido a condiciones miserables y reprimido de manera sangrienta cada vez que busca responder a la opresión.

Si tenemos en cuenta estas secciones, y los distintos casos específicos de productos y países analizados, *Las venas abiertas* puede ser pensado como un enorme trabajo de recopilación con fines argumentativos: con el propósito final de demostrar que una misma situación de explotación se repite en distintos lugares y momentos de la historia de América Latina, en función de su relación con naciones europeas y los Estados Unidos, sin que esta reiteración se interrumpa tras la independencia de las naciones. La fuerza evocativa del título es otra de las razones del poder persuasivo de la obra: la metáfora de “las venas abiertas”, con su alusión a la sangre, acerca hombres y materias primas, equiparando la doble explotación de naturaleza y personas, del mismo modo que lo hacía el poema “Caña”, de Guillén. Asimismo, el título hermana a todas las naciones de la región en un mismo colectivo despojado y sufriente, como didácticamente resume uno de sus párrafos iniciales:

“Es América Latina, la región de las venas abiertas. Desde el descubrimiento hasta nuestros días, todo se ha transmutado siempre en capital europeo o, más tarde, norteamericano, y como tal se ha acumulado y se acumula en los centros de poder. Todo: la tierra, sus frutos y sus profundidades ricas en minerales, los hombres y su capacidad de trabajo y consumo, los recursos naturales y los recursos humanos” (2003 [1971]: 16).

Un punto más quisieramos agregar en relación con la matriz narrativa de las innumerables historias de despojo que se suceden en *Las venas abiertas*. Al período de explotación del recurso natural en cuestión, que implica un apogeo de la zona explotada, y con posterioridad o simultaneidad a los alzamientos de los oprimidos, sigue inevitablemente, en el relato de Galeano, un período de honda, irredimible depresión económica. La naturaleza y los hombres

resultan agotados, devastados. Es la misma doble devastación que denunciaba Barrett al decir “han saqueado la tierra y han exterminado la raza” en *Lo que son los yerbales*, o que sugiere el lamento final sobre la “sangre que se nos va” del poema de Guillén.

A modo de conclusión: política y teoría

Podemos decir que nuestro estudio previo sobre el surgimiento del CNRN introdujo una hipótesis fuerte que contribuye a explicar el éxito, la difusión y la persistencia de *Las venas abiertas*, más allá de los avatares políticos, sociales y culturales de la región en las cuatro décadas transcurridas desde su publicación. La razón de su vigencia tiene que ver con que representa la condensación y el emblema de un discurso antiimperialista, un modo radicalmente alternativo de pensar la historia de la región, un contradiscocurso que fue construido en las primeras décadas del siglo XX, durante el primer siglo de protesta que puede describirse en América Latina en ese siglo y que, convertido en un marco maestro de acción colectiva, tuvo reapariciones notables en los dos ciclos posteriores: el de los sesenta-setenta, y el del período pos neoliberal, al cierre de los noventa.

Las venas abiertas representa hoy un recordatorio y un manual de historia alternativa para las nuevas generaciones que protestan y reclaman cambios. En este sentido, no es sorprendente que líderes políticos representantes de los nuevos gobiernos progresistas, como Hugo Chávez y Néstor Kirchner, entre otros, hayan citado este libro y apelado a este contradiscocurso en algunas de sus alocuciones (Vara, 2013b). Y que en algunos de los innumerables conflictos ambientales en América Latina se oigan consignas que reclaman: “No al saqueo contaminante”, “El agua vale más que el oro”, “Nos venden espejitos de colores”, “No al saqueo, no a la contaminación, sí a la vida, no al imperialismo”, “Vienen por el oro, vienen por todo”, “Memoria del saqueo”. Son consignas en las protestas y son también títulos de ensayos y films. Estas palabras recuerdan una manera de contar la historia de América Latina como una serie de sucesivos despojos, en tiempos coloniales y después de la Independencia.

dencia. Se trata de un relato tan instalado en la cultura que resulta muy fácil de evocar; alcanza mencionar alguno de los elementos que lo conforman para que inmediatamente puedan reponerse los restantes. Detrás de las consignas puede encontrarse nuevamente la matriz de cuatro elementos: un recurso natural explotado, un grupo social vinculado a esa explotación e igualmente abusado, un explotador extranjero y un cómplice local; vinculados todos por un relato de usufructo hasta la extenuación, debido a la codicia del actor extranjero y la complicidad local, representada por las complacientes e igualmente codiciosas élites locales: la única salida es la rebelión.

Antes de cerrar, quisieramos comentar brevemente dos indicios más de la potencia argumentativa de la matriz narrativa del contradiscurso neocolonial de los recursos naturales. El primero tiene que ver con la noción de “extractivismo” y “neoextractivismo”, sobre la que están trabajando diversos autores de las ciencias sociales, en consonancia con activistas sociales. Por ejemplo, Maristella Svampa (2013: 34) habla de un “estilo de desarrollo neoextractivista”, definido como “aquel patrón de acumulación basado en la sobreexplotación de los recursos naturales, en gran parte no renovables, así como en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados como ‘no productivos’”. En esta definición, se critica un tipo de actividad económica que supone el usufructo excesivo, con la amenaza del agotamiento de la naturaleza, compatible con el CNRN. Previamente, la autora había hablado de “áreas de sacrificio”, lo que acentúa esta mirada. En los desarrollos de Svampa está muy claro el papel del cómplice local en la sobreexplotación. Lo que queda en cierto modo en segundo plano pero puede reponerse es la orientación exportadora –es decir, la presencia del actor extranjero–. Este actor aparece en otros tramos del mismo artículo, vinculado a otra noción clave: la de “Consenso de los *commodities*”, que se caracteriza como “basado en la exportación de bienes primarios en gran escala”. De este modo quedan mencionados y articulados los cuatro elementos básicos del CNRN.

El segundo indicio es más sorprendente, porque se encuentra en el último libro de la autora y activista Naomi Klein, que denuncia la responsabilidad del neoliberalismo en la demora por responder a

la amenaza del cambio climático. La canadiense no sólo habla de “extractivismo” para referirse a ciertas prácticas de explotación de la naturaleza sino que, en consonancia con el CNRN, habla de “zonas de sacrificio” a las que caracteriza como “lugares que, más allá de su utilidad lucrativa, no importan a sus extractores”, idea que considera que ha estado “siempre muy estrechamente ligada al imperialismo y a su obsesión por explotar unas periferias desechables a fin de alimentar la fastuosidad de las metrópolis” (Klein, 2015: 215). Previamente, se había referido a la situación de explotación a la que se somete a los seres humanos en esas áreas, al sostener que el extractivismo los reduce “a mera mano de obra de la que también hay que extraer todo cuanto se pueda, más allá de cualquier límite razonable” (214). Significativamente, Klein vincula de manera explícita esta explotación con los tiempos coloniales, poniendo en primer plano componentes antiimperialistas. En su opinión, la forma de irresponsabilidad supuesta por el extractivismo está asociada a una manera de relacionarse con el mundo como si éste fuera una frontera a conquistar y no un hogar.

No resulta para nada sorprendente que el capítulo de Klein donde se trabajan estas nociones ostente el siguiente epígrafe: “Las venas abiertas de América Latina siguen desangrándose”, dice Nida Rojas Huanca, líder indígena de Bolivia. En síntesis, puede decirse que la tradición de la que *Las venas abiertas* forma parte y en la que representa un hito privilegiado no sólo tiene raíces profundas en ciclos de protesta anteriores sino que, como una corriente subterránea, reemerge periódicamente de manera renovada para dar cuenta y llamar a la acción en función de situaciones nuevas que parecen repetir, de manera incesante, viejos desafíos que América Latina debe seguir enfrentando.

Notas

¹ Hemos analizado la presencia del CNRN y su vinculación con cuestiones raciales y de género en la poesía temprana de Nicolás Guillén (véase: Vara, 2011).

Bibliografía

- Allende, Isabel 1997 “Foreword.” En Galeano, Eduardo *Open Veins of Latin America. Five Centuries of the Pillage of a Continent* (New York: Monthly Review Press).
- Armas, Paquita 2012 “La Mafalda de Eduardo Galeano” en *La Jiribilla*, N° 559, enero, <http://www.lajiribilla.co.cu/2012/n559_01/559_14.html>, acceso 19 de abril de 2015.
- Armijo, Jorge 1982 “Les veines ouvertes de l’Amérique latine: Une contre-histoire” en *Études Internationales* XIII.1, marzo.
- Bach, Caleb 1992 “Eduardo Galeano: In celebration of contradiction” en *Americas*, Vol. 44.5.
- Beverley, John 1989 “El Tunsgeno de Vallejo: Hacia una reivindicación de la ‘novela social’” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 15, 29.
- Fischlin, Daniel y Martha Nandorfy 2002 *Eduardo Galeano. Through the Looking Glass* (Montreal: Black Rose Books).
- Galeano, Eduardo 1987 *De Las venas abiertas de América Latina a Memoria del fuego* (Montevideo: Universidad de la República).
- Galeano, Eduardo 2003. *Las venas abiertas de América Latina* (Madrid: Siglo XXI).
- Guillén, Nicolás 1976 *Summa poética* (Madrid: Ediciones Cátedra).
- Keck, Margaret E. y Sikkink, Kathryn 1998 *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics* (Ithaca: Cornell University Press).
- Klein, Naomi 2015 *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima* (Buenos Aires: Paidós).
- Kovacic, Fabián 2015 *Galeano. Apuntes para una biografía* (Buenos Aires: Ediciones B Argentina).
- Martin, Gerald 1992 “Hope Springs Eternal: Eduardo Galeano and the History of Latin America” en *History Workshop Journal* 34.
- Monthly Review Press s/d “Open Veins of Latin America.” En <<http://www.monthlyreview.org/books/openveinslatinamerica.php>>, acceso 12 de mayo de 2015.
- Palaversich, Diana 1991 “Eduardo Galeano’s *Memoria del Fuego* as Alternative History” en *Antípodas* 3.
- Palaversich, Diana 1993 “Eduardo Galeano: entre el posmodernismo y el postcolonialismo” en *Indiana Journal of Hispanic Literatures* 1.1.
- Rama, Ángel 1975 “Galeano en busca del hombre nuevo” en *Camp del’Arpa* (Barcelona) N° 25-27, oct-dic.
- Ramos-Harthun, Jessica 2001 “La novela de las trasnacionales: hacia una nueva clasificación”, Tesis doctoral, The University of Alabama.

- Rocha Silva, Lindinei 2011 “Figurações do intelectual latino-americano en Las venas abiertas de América Latina, de Eduardo Galeano”, Tesis doctoral, Universidade Federal de Rio de Janeiro.
- Roman, Peter 1976 “Review of Open Veins of Latin America” en *Science & Society* 39.4.
- Ruiz, Ramón Eduardo 1975 “Review of *Open Veins of Latin America*” en *Pacific Historical Review* XLIV 4, noviembre.
- Saad, Gabriel 1977 “Eduardo Galeano: la literatura como una pasión latinoamericana” en *Cuadernos Hispanoamericanos* 324.
- Sánchez, Luis Alberto 1968 *Proceso y contenido de la novela Hispano-Americana* (Madrid: Editorial Gredos).
- Snow, David A. et al. 1986 “Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation” en *American Sociological Review* 54.4.
- Svampa, Maristella 2013 “‘Consenso de los Commodities’ y lenguajes de valoración en América Latina” en *Nueva Sociedad* N° 244, marzo-abril.
- Tarrow, Sidney 1998 *Power in Movement. Social Movements and Contentious Politics* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Vara, Ana María 2011 “Recursos naturales y recursos humanos: raza, género y rebelión en la poesía de Nicolás Guillén”, en Bidaseca, Karina y Vázquez Lara, Vanesa *Feminismos y Poscolonialidad. Descolonizando el Feminismo Occidental desde y en América Latina* (Buenos Aires: Ediciones Godot).
- Vara, Ana María 2013a *Sangre que se nos va. Naturaleza, literatura y protesta social en América Latina* (Sevilla: Editorial CSIC).
- Vara, Ana María 2013b “Un discurso latinoamericano y latinoamericanista sobre los recursos naturales en el ‘caso papeleras’” en *Revista Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, año 13 (segunda época), N° 52, diciembre.

GUILLERMO FERNÁNDEZ AMPIÉ*

Sandino en el arte: el recorrido del patriota hasta el altar de los héroes nacionales

En el presente estudio se argumenta que diversas expresiones artísticas –poesía, música, pintura, graffiti y artes gráficas, entre otras– fueron tan o quizá más esenciales que el rescate histórico institucional-estatal realizado por el gobierno revolucionario, en la década de los años ochenta, para que Augusto C. Sandino fuera reconocido y aceptado como el principal héroe nacional de Nicaragua. Este recorrido por el arte resultó ser un complemento crucial de su trayectoria vital, por el cual Sandino realizó el *viaje iniciático* que autores como Joseph Campbell (1972: 27) y Vladimir Propp (2006: 48-53) han establecido que efectúan los héroes en el proceso previo a su consagración como tales.

En este recorrido, que llevó a que Sandino fuera asumido como héroe nacional por todos los sectores la sociedad nicaragüense, pueden distinguirse tres etapas. La primera iniciaría en los propios años de la gesta nacionalista de Sandino y de su asesinato a traición, y concluiría a inicios de la década de los años sesenta del siglo XX, cuando surgieron el Frente Revolucionario Sandino y el Frente Sandinista de

* Nicaragüense residente en México. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

Liberación Nacional. La segunda iniciaría a mediados de los años sesenta, cuando se consolidó el FSLN, y concluiría en 1979, año del triunfo revolucionario. La tercera incluiría los años de la revolución y del primer gobierno sandinista, y llegaría hasta nuestros días. Su punto culminante sería el año 2012, momento en el cual el parlamento nicaragüense, con el voto unánime de todos los diputados, declaró a Sandino *Héroe Nacional de Nicaragua*. En el transcurso de esas tres etapas, después de haber sido condenado al ostracismo por quien ordenó su asesinato y sus herederos, Sandino se tornó poco a poco una figura cada vez más presente, especialmente en el arte, hasta que llegó a ocupar un lugar central en los más diversos ámbitos de la vida nicaragüense.

Tras el asesinato del patriota el 21 de febrero de 1934, el autor intelectual del crimen, Anastasio Somoza García, quiso también eliminar todo recuerdo positivo de Sandino. Se propuso que lo único que subsistiera del héroe de Las Segovias fuera una imagen distorsionada, pintada con los tintes más tenebrosos. Así lo demuestra el análisis del voluminoso libelo que Somoza publicó con el título de *El verdadero Sandino o El calvario de Las Segovias*. En ese mamotretto, el futuro dictador seleccionó, ordenó y comentó comunicados, partes militares, manifiestos y cartas escritas por Sandino, con el propósito evidente de mancillar su figura y justificar el crimen. Publicado en 1936, y devenido hasta 1979 relato hegemónico sobre la guerra anti-intervencionista y antiimperialista de Sandino, el libro de Somoza presenta al General de Hombres Libres como “un instrumento de mezquinas ambiciones, un jefe de pandilleros sin ley y sin verdaderos ideales (...) un librado que hablaba de su misión y la de sus compañeros como sólo un loco podría hacerlo” (Somoza, 1976: 3). El fundador de la dinastía que detentó el poder en el país centroamericano por más de cuatro décadas y que traicionó a Sandino después de haberle abrazado, también acusa a Sandino de traición. Según Somoza, Sandino habría traicionado al Partido Liberal, a José María Moncada –jefe militar del Ejército Constitucionalista que negoció con Henry L. Stimson el destino del país a cambio de la silla presidencial–, y a toda Nicaragua, en la medida que es hallado responsable de haber contribuido a prolongar

la ocupación militar estadounidense con su negativa a deponer las armas (Somoza, 1976: 37). La edición de 1976 contiene un Prólogo firmado por Francisco A. Mendieta, también oficial, al parecer, de la Guardia Nacional; allí se describe la personalidad de Sandino con estas palabras: “(...) encontramos en él a un sicópata. Megalomanía claramente pronunciada. Sadismo declarado. Esquizofrenia definida: alucinación napoleónica, vivencia delirante en la cual él creíase predestinado a vencer al ejército más potente del mundo, sojuzgar a Nicaragua y revisar la idea de la vida, de los valores y del cosmos” (Somoza, 1976: I).

Sin embargo, contra toda esa propaganda sucia, y a pesar de ella, subsistió una versión alterna, subterránea y subversiva de la vida y la gesta del heroico guerrillero antiimperialista. Es de la mayor importancia poner de relieve que esa versión alterna se transmitió sobre todo por la vía del arte, principalmente a través de la música.

Sandino durante su campaña y al caer la noche del somocismo

Las primeras manifestaciones artísticas nicaragüenses que hacen referencia a Sandino y su gesta surgieron en los mismos días en que enfrentaba, con más coraje que armas, a los *marines* estadounidenses. Son múltiples los testimonios en los que se cuenta de canciones, poemas y coplas que narran el valor y el patriotismo del general rebelde y sus tropas. Uno de los principales es el que brinda el periodista vasco Ramón de Belausteguiotia, quien publicó en 1933 un texto titulado *Con Sandino en Nicaragua*. El poeta Ernesto Mejía Sánchez extrajo de ese volumen un par de cantos a Sandino para incluirlos en su antología de romances y corridos nicaragüenses publicada en 1976. Mejía Sánchez asegura que en los años cuarenta del siglo XX, es decir, cuando el régimen del primer Somoza se había consolidado, en el norte nicaragüense aún se entonaban esas canciones guerrilleras (Mejía Sánchez, 1976: 24). En uno de los cantos más reconocidos se refiere con humor la determinación de Sandino de enfrentar a los *marines* y se exhibe la cobardía de reconocidos políticos nicaragüenses de la época:

“Que se derramen las copas/apuremos más el vino / Y brindemos porque viva/ese valiente Sandino. / Sandino se ha defendido/con un puñado de gente / Y dicen que él morirá / pero que nunca se vende. / Sacasa dijo a Sandino / yo me voy ya retirar / A los Estados Unidos / no vamos a ganar. / Dijo Sandino una vez / apretándose las manos / A diez centavos les vendo / cabezas de americanos. / Viva la patria señores / vivan todos los valientes / Que han derramado su sangre / por hacerse independientes” (Mejía Sánchez, 1976: 118).

Carlos Mejía Godoy, el extraordinario cantautor y folklorista nicaragüense que –al decir de un periodista– compuso “la banda sonora” de la revolución sandinista, interpretó una versión del canto, ahora la más conocida, contribuyendo así a su rescate y difusión.

Otro corrido que sobrevivió clandestinamente al somocismo es el que se considera fue el himno del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, que de la campaña de guerra habría pasado al folcloré campesino. De este canto, también divulgado por Mejía Godoy, existen por lo menos tres versiones, con variantes mínimas, que en esencia rezan: “Somos los libertadores / que con sangre y no con flores / Venimos a conquistar / la segunda independencia / Que traidores sin conciencia / han querido profanar. / En la selva y la montaña / por la fuerza o por la maña / Nos daremos libertad / y al yanque sacaremos / O si no lo colgaremos / de un alto guaya-cán” (Mejía Sánchez, 1976: 188-119).

En el libro-reportaje *Maldito país*, escrito tras la visita realizada al campamento de Sandino después de la firma de los acuerdos de paz, el periodista y escritor José Román cita un canto que escuchó en aquellos días. Compuesto por Pedro Cabrera, “Cabrerita”, suerte de trovero político y a la vez trompeta del ejército sandinista, una de sus estrofas dice: “Ruge un tigre en el boscaje/se asusta la cocinera / Y aprestando la escopeta/rompe el lomo a la fiera / Que brama, ruge y se muere/y sobre el paisaje andino / Retumba mi grito salvaje:/ ¡Que viva el General Sandino” (Román, 2007: 68).

Tanto “Cabrerita” como Tranquilino Jarquín –otro cantor popular integrante de las tropas de Sandino– creaban sus propias coplas y versos o modificaban la letra y adaptaban la música de canciones y corridos mexicanos para relatar algunos de los combates

en los que habían participado las tropas de Sandino o para rendir tributo a destacados jefes sandinistas, como Miguel Angel Ortez o Pedro Altamirano.

Lejos de los escenarios de la guerra, Pablo Antonio Cuadra publicó en Chile, en 1934, versos inspirados en la lucha nacionalista de Sandino, si bien no menciona en ellos, de manera explícita, al héroe. Años más tarde, Cuadra calificaría sus versos no como poemas de resistencia, sino de “una poesía de reafirmación de nuestra identidad, de nuestra identidad como hombres y, sobre todo, de nuestra identidad nacional”¹. En la década de los setenta, Cuadra retomó nuevamente el tema de la lucha de Sandino y publicó un cuento titulado “Eleuterio Real”, aunque siempre sin mencionar al héroe, por lo que también podría afirmarse que más que Sandino, el tema en que se inspira es propiamente la ocupación militar de Nicaragua por las tropas estadounidenses.

En los años sesenta, cuando el poder de los herederos de Somoza García se había consolidado y Sandino había sido desterrado tanto de los textos de historia nacional de Nicaragua como de los manuales escolares con los que se enseñaba esa materia, surgió un movimiento guerrillero que reivindicaba el nombre del héroe. Se trataba del Frente Revolucionario Sandino, el cual posteriormente se fusionaría con el Frente de Liberación Nacional, fundado por Carlos Fonseca Amador, para dar origen al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), declarado abiertamente seguidor de la lucha de Sandino (Blandón, 2008: 495-509).

En la ciudad de México, el poeta Ernesto Cardenal, quien se convertiría en el principal versificador de la gesta sandinista, contribuyó a difundir la historia del héroe en “Hora Cero”, uno de los poemas más famosos sobre Sandino, según la opinión el crítico literario Nicasio Urbina². Además de relatar la traición de la que fue objeto Sandino y la abyección de los políticos profesionales de la Nicaragua de entonces, en “Hora Cero” Cardenal retomó y dispuso en verso la descripción que Belausteguigoitia había hecho del rostro de Sandino, misma que alcanzó así estatuto emblemático (Belausteguigoitia, 1934: 76-77). Una de las estrofas más hermosas del poema dice:

“Su cara era vaga como la de un espíritu / Lejana por las meditaciones y los pensamientos / Y sería por la campaña y la intemperie. / Y Sandino no tenía cara de soldado / Sino de poeta convertido en soldado por la necesidad / Y la de un hombre nervioso dominado por la serenidad. / Había dos rostros superpuestos en su rostro: / Una fisonomía sombría y a la vez iluminada; / Triste como un atardecer en la montaña / Y alegre como la mañana en la montaña” (Cardenal, 1983: 64).

En los años sesenta se publicó en Nicaragua la revista *Ventana*, dirigida por los estudiantes Fernando Gordillo –joven y malogrado poeta que murió a los 27 años– y Sergio Ramírez –quien sería vicepresidente de Nicaragua durante la década revolucionaria–. En dicha publicación, en torno a la cual se creó el Frente Literario del mismo nombre, se publicaron algunos poemas que rendían homenaje a Sandino y denunciaban su asesinato. El propio Gordillo también cantó al héroe, con ingenio e ironía, desafiando al dictador de turno: “Una cosa me ha intrigado siempre.../Cuando sus hijos le preguntén/ ¿Papá, quién mató a Sandino?/ ¿Qué les dirá?” (Gordillo, 1962: 26).

Sandino durante el ascenso de la lucha sandinista en el amanecer de la revolución

En 1971, después de haber “conocido” a Sandino en Costa Rica, tras la lectura de un libro facilitado por un antiguo luchador antisomocista, Luis Enrique Mejía Godoy, también cantautor y hermano menor de Carlos, compuso “Compañero César”, canción en la que se narra la importancia y la “complicidad” de la montaña en la lucha sandinista, y que apenas circuló clandestinamente en Nicaragua. El título y la letra de la canción también revelan el nivel de ostracismo y censura que había sobre Sandino: el mismo Luis Enrique reconoció posteriormente que en aquella época no sabía con exactitud el verdadero nombre del héroe de Las Segovias (Baltodano, 2010: 473).

El siguiente gran paso se dio en 1973. La información sobre la gesta sandinista y su líder comenzó a ganar mayores espacios en las ondas hertzianas cuando la canción “María de los Guardias”, compuesta ese año por Carlos Mejía Godoy, se convirtió en un verdadero

hit musical y comercial, al punto que trascendió las fronteras nicaragüenses para ser interpretada por cantantes de otros países latinoamericanos y de España. “María de los Guardias” canta la historia de una mujer que nació y vivió entre los cuarteles del ejército creado por los *marines*, durante los años de la ocupación militar, en las primeras décadas del siglo XX. María narra cómo murió su primer marido, “durante un tiroteyo [combate] contra un hombre *arrecho* [bravo, valiente] llamado Sandino”. La canción tuvo tal éxito que hasta el propio Somoza quiso comprarla a Godoy y utilizarla como lema de su campaña electoral en 1974, a lo que se negó el cantautor. No obstante, el somocismo también hizo una versión de la misma, modificándola de manera tal que el marido de María de los Guardias murió “durante un tiroteyo contra un bandolero llamado Sandino” (Barberena, 2008).

A esa canción, a partir de 1974, le seguirán otras dos compuestas por Luis Enrique Mejía Godoy, las cuales narran el inicio de la resistencia antiimperialista de Sandino (“Eran treinta con él”) y el casamiento del héroe con Blanca Aráuz (“Allá va el general”). A esto hay que sumar la musicalización de “Hora cero”, hacia 1975, por el grupo Pancasán, cuyos integrantes pasaron a formar parte de las fuerzas guerrilleras. A partir de entonces el desafío de las fuerzas revolucionarias sandinistas comienza desbordarse en la calle. Se hace cada vez más común ver en las paredes una imagen, la silueta o el sombrero de Sandino, pintados presurosamente por activistas y guerrilleros. Sergio Ramírez atestigua esta etapa cuando relata: “me tocó recorrer tantos poblados del país en nombre del FSLN a la cabeza del grupo de Los Doce y el pueblo se desparramaba por los caminos y las calles, ya iba armado de consignas que es otra veta de la creación popular (...) de banderas rojinegras que surgían entonces (...) y no olvido a aquellos jóvenes, formando instantáneas y precisas pirámides humanas para pintar con celeridad las paredes, el último de ellos en el vértice de la pirámide armado de un *spray*, terminar el trabajo y perderse entra la multitud que nos acompañaba para reaparecer cuadras adelante, con la misma precisión y la misma eficacia, capaces de dibujar en un segundo el sombrero de Sandino, que era ya un símbolo de lo que estaba por venir” (Ramírez et al., 1984: 5). El testimonio de Ramírez

se refiere a las llamadas “pintas” (o graffiti), que surgen a partir de 1977-1978, las más de las veces clandestinamente, de manera fugaz, y que costaron varios días de cárcel, torturas y hasta la vida a más de un joven, pero que lograron convertirse en un distintivo revolucionario hasta en los pueblos más remotos del país, algunas veces con la apariencia de haber sido elaboradas por niños.

Sandino en la década revolucionaria

A partir de 1979, con el triunfo de la revolución que fue también la victoria de Sandino, la figura del héroe se hizo omnipresente en casi todos los espacios públicos. Así, en los rincones más insospechados del país aparecieron imágenes de Sandino –de su rostro, de su silueta, de su icónico sombrero– pintadas por artistas populares y aficionados. En paralelo, el derrocamiento de la dictadura también posibilitó la publicación de numerosos escritos referentes a Sandino, la mayoría de ellos alentados por el entusiasmo generado al calor del triunfo revolucionario, aunque a veces también reveladores de cierto oportunismo político. En todo caso, la libertad desatada por la revolución permitió que circularan en el país los textos que poetas de América, como Pablo Neruda o Gabriela Mistral, le habían dedicado muchos años antes al jefe de “el pequeño ejército loco”.

La revolución permitió además la publicación del reportaje periodístico que el escritor José Román le había prometido a Sandino –el ya citado *Maldito país*–, donde se relata vívidamente la estancia del escritor en el campamento del héroe. Todo parece indicar que, tras el asesinato de Sandino, Román decidió mantener oculto su escrito. Algo similar tuvo lugar con la novela *La guerra de Sandino o pueblo desnudo*, escrita en 1935 por el poeta Salomón de la Selva, uno de los pocos intelectuales nicaragüenses que en aquel momento manifestó con fervor su apoyo al patriota. La publicación de *Maldito País* y de *La guerra de Sandino* a más de cuarenta años de haber sido escritos da una idea de los niveles de censura y represión ejercidos por el régimen de los Somoza. Si bien es cierto, como ha registrado el escritor y bibliófilo Jorge Eduardo Arellano (Arellano, s/d), que antes de 1979

se habían publicado en Nicaragua dos novelas inspiradas en la gesta sandinista, estas no tuvieron mayor difusión. La primera de ellas, editada en 1947, titulada *Tormenta en el Norte*, fue escrita por Carmen Talavera Mantilla, bajo el seudónimo de Madame Fleure. La segunda, publicada en 1971, se tituló *La vida del capitán Rebrijo*, siendo su autor José Salomón Delgado. El hecho de que el propio Arellano, autor del registro bibliográfico de la literatura nicaragüense más completo que existe, no las incluyera en su detallada obra da cuenta de su escasa circulación o de que pasaron más bien desapercibidas. En cambio, *El Chipote* y *La guerra de Sandino*, favorecidas por el ambiente revolucionario, gozaron de mayor difusión entre un público ávido de lecturas sobre el heroico guerrillero. En la primera, el autor, Clemente Guido, presenta a un Sandino que, a semejanza de los héroes homéricos y los dioses del Olimpo, es instrumento de divinidades prehispánicas. Así, Sandino dirige la guerra anti-intervencionista para defender a los descendientes de los pueblos nativos, pero en el enfrentamiento intervienen los dioses mesoamericanos: la mayoría simpatiza y apoya al guerrillero, excepto uno, que colaborará con sus enemigos. Por su parte, Salomón de la Selva describe a un Sandino dispuesto a mutilar a uno de sus soldados, si ello sirviese a la causa de infligir una derrota a los *marines* estadounidenses. Asimismo, muestra a las tropas sandinistas con una fidelidad a toda prueba hacia su líder y dispuestas también a todo sacrificio para alcanzar la victoria.

Los años revolucionarios permitieron también una amplia creación, lectura y circulación de los más variados géneros de poesía, si bien la mayor parte de esa producción se inspiraba más en el propio proceso revolucionario en curso que en la gesta de 1926-1933. Así, la obra de Cardenal se hizo mucho más conocida y accesible; entre ella, obviamente, el ya citado poema “Hora cero”. Otro poema destacado es “Ronda Tribal para el nacimiento de Sandino”, del poeta Julio Valle Castillo, publicado en 1981.

Sandino también se convirtió en un tema central en la obra de los más reconocidos artistas plásticos nicaragüenses, quienes contribuyeron ostensiblemente a la difusión de la imagen y al reconocimiento masivo del héroe. Es importante destacar que el gobierno revolucionario no estableció ninguna línea oficial en cuanto a la creación

artística. Por el contrario, las autoridades sandinistas promovían públicamente que el arte revolucionario debía ser original, respetando la libertad de creación, de estilos y expresiones. Por ejemplo, Tomás Borge, entonces ministro del Interior, declaró en 1981 que había que crear “una cultura que no copie a los Beatles, ni a Miguel Ángel, pero que sea capaz de entender esa producción artística con ojos nicaragüenses” (Borge, 1982: 67). Para Oscar Pérez de la Rocha, destacado pintor profesional, el rostro de Sandino se convirtió en una suerte de *leit motiv*, contribuyendo tanto o más que las fotografías a divulgar los rasgos del rostro del general. Pintores primitivistas, como Abel Vargas, también ofrecieron sus propias versiones e interpretaciones de la gesta sandinista. Armando Morales, el artista plástico nicaragüense más reconocido y premiado a nivel internacional, también incorporó al General de Hombres Libres como tema de su arte, contribuyendo de manera decisiva a divulgar la figura y la gesta del héroe más allá de las fronteras nicaragüenses. Entre 1985 y 1996, Morales realizó una serie de litografías titulada “La Saga de Sandino”, en la que ilustra algunos pasajes y anécdotas de la lucha sandinista. Por otra parte, la solidaridad artística y cultural con la revolución también jugó un papel en la recreación de la figura de Sandino. Entre las obras más destacadas en este sentido se encuentra la realizada por el artista mexicano-canadiense Arnold Belkin, quien pintó en el Palacio Nacional un moderno mural –“Los Prometeos”– en donde aparecen representados Sandino y Zapata, íconos de las revoluciones nicaragüense y mexicana.

Sandino también se hizo presente en el séptimo arte, expresión artística a la que el gobierno sandinista ofreció un decidido apoyo, pese a las dificultades económicas que atravesaba el país. Así, en 1989 se filmó *Sandino*, dirigida por el cineasta chileno Miguel Littín y coproducida por España, Italia y Nicaragua. En 1983, Littín había dirigido el conocido film *Alsino y el cóndor*.

Sandino en la post revolución y bajo el nuevo gobierno Sandinista

Con la derrota electoral de 1990, el FSLN entregó el gobierno a un sector de la derecha nicaragüense. Sin embargo, el lugar de Sandino en la historia y la cultura nacional estaba firmemente establecido. Así lo indicaría la colocación de la enorme escultura de su silueta, de dieciocho metros de alto, diseñada por Ernesto Cardenal, en la cima de la Loma de Tiscapa. Punto más alto de la capital de país, el sitio había simbolizado, durante más de cuatro décadas, el centro del poder y el terror que la familia Somoza impusiera a los nicaragüenses. Se dice que este era un proyecto que Cardenal había concebido desde 1956, pero que sólo se hizo realidad en las tres semanas previas a la entrega del poder por los sandinistas. Sea o no así, la imponente escultura destaca en el cielo de Managua también como símbolo material de algún poema del poeta y sacerdote revolucionario.

Después de que el FSLN fue desalojado del gobierno por los votos de una población agobiada por la guerra y la crisis económica con las que el gobierno estadounidense castigó el desafío revolucionario, la figura de Sandino siguió manteniendo una presencia nacional importante, aunque parecía ser principalmente patrimonio del Sandinismo. No obstante, resultaba evidente que sectores que no se identificaban partidariamente con esta corriente ideológica, también lo reconocían y aceptaban como héroe nacional. Así se demostró dos años después del regreso del FSLN al gobierno en 2007. En diciembre de 2009, Sandino fue declarado oficial y legalmente Héroe Nacional de Nicaragua, con el voto unánime de los diputados de todo el espectro político nicaragüense representado en la Asamblea Nacional (parlamento), a través de un decreto-ley aprobado en enero de 2010. Esto fue sólo la culminación del evidente hecho de que Sandino es ya aceptado por toda la sociedad, incluso por aquellos que se opusieron a la revolución en los años ochenta. Su aceptación y poder simbólico es tal, que su figura está presente hasta en el logo de un grupo aboga por los intereses de la comunidad lésbica y gay, y por la diversidad sexual.

No obstante, en este nuevo período la imagen del héroe tampoco deja de ser objeto de controversia. En el 2011, el Instituto Nicara-

güense de Cultura Hispánica convocó a una exposición denominada Mujer y Arte, en la que la artista Sarah Lynn Pistorius presentó una obra titulada “Sandino-United Colors of Benetton”. Según informaron algunos medios, después de su inauguración la obra fue retirada (Marroquín, 2011). Ante el reclamo de la artista, la explicación de las autoridades de la institución fue que el héroe nacional no estaba adecuadamente representado y que se le faltaba el respeto. Las autoridades también expresaron que si bien se respeta la inspiración de la artista, el instituto debe promover el respeto a “los valores, símbolos, leyes y héroes nacionales”. Para zanjar la polémica, se resolvió sustituir esa obra con otra de la misma artista (una que denuncia la violencia contra la mujer, en la que sale la imagen de la propia artista). La joven donó la obra al Instituto Nicaragüense de Historia de Nicaragua y Centroamérica, ante supuestos rumores de amenazas de destrucción. La pretensión de la artista, según sus propias palabras, era “trasladar a Sandino al siglo veintiuno con una imagen de buen vestir” (Agüero, 2011).

Tampoco ha faltado quien buscó resimbolizar, a través del arte, la imagen de Sandino para esgrimirlo como estandarte de protesta y desacuerdo con las políticas, las formas y el estilo del nuevo gobierno del FSLN, encabezado por Daniel Ortega y Rosario Murillo, su esposa. Tal es el caso de Marcos Agudelo, autor de una silueta del General de Hombres Libres adornada con luces de colores, como los árboles de navidad, semejante a los que por voluntad del gobierno Ortega-Murillo decoran la capital nicaragüense todos los días del año. La obra, titulada “El resplandor de Sandino como pancarta publicitaria/A la sombra sagrada de la patria, a los héroes sin sepulcro de Nicaragua”, fue presentada en la novena bienal de arte nicaragüense realizada en marzo de 2014. En la ficha correspondiente, el autor explica así la obra y su arte: “Trabajo con anti-monumentos de la historia, anti-estatuas. Cuestionan la construcción ultrajada del nacionalismo y la identidad; la patria y sus héroes sin gloria, ni recuerdo ni tumba. También sus héroes mutados en superhéroes, deformados, agigantados por las proyecciones del presente hacia el pasado”.

Como contrapartida, en conmemoración del octogésimo aniversario de la muerte del héroe –o de “su paso a la inmortalidad”, como

lo expresa la retórica oficial—, por medio del Instituto Nicaragüense de Cultura, el gobierno organizó una exposición en la que se reunieron obras elaboradas por distintos artistas plásticos latinoamericanos en las que se representa y recrea al héroe. Asimismo, el Movimiento Cultural Leonel Rugama, de la Juventud Sandinista, organización juvenil del FSLN, convocó a un concurso para la elaboración de murales dedicados a Sandino. También ha erigido estatuas y monumentos en distintos puntos del país, particularmente en el pueblo donde nació el héroe y en una zona rural escenario de su gesta antiimperialista. No hay razones para dudar de que el lugar de Sandino está firmemente consolidado en la sociedad: en nuestros días, el General de Hombres Libres cabalga en su pequeña mula por toda Nicaragua como el principal héroe nacional.

Notas

- ¹ Comentarios expresados tras la lectura de su “Poema del momento extranjero en la selva” en el documental *Azul*, realizado por Roland Legardi-Laura, en 1988, para conmemorar el primer centenario de la publicación del primer libro de poemas de Rubén Darío, del mismo título.
- ² Urbina (s/d) realizó un detallado trabajo sobre “Las representaciones de Sandino en la literatura nicaragüense”.

Bibliografía

- Agüero, Arnulfo 2011 “Arte prohibido” en <<http://siguientepagina.blogspot.mx/2011/04/arte-prohibido.html>>.
- Arellano, Jorge Eduardo s/d “Las primeras novelas sobre la gesta de Sandino” <<http://www.elnuevodiario.com.ni/suplemento/cultural/4235-primeras-novelas-gesta-de-sandino>> acceso 26 de octubre de 2014.
- Autores Varios 1981 *Hacia una política cultural de la revolución sandinista* (Managua: Ministerio de Cultura).
- Baltodano, Mónica 2010 *Memorias de la lucha sandinista. De la forja de la vanguardia a la montaña* (Managua: Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica).
- Barberena, Edgard 2008 “Así se compuso la banda sonora” <<http://www.elnuevodiario.com.ni/nacionales/21247>> acceso 20 de octubre de 2014.
- Belausteguigoitia, Ramón (de) 1934 *Con Sandino en Nicaragua. La hora de la paz*. (Madrid: Espasa-Calpe).
- Blandón, Jesús “Chuno” 2008 *Entre Sandino y Fonseca* (Managua: Segovia Ediciones Latinoamericanas).
- Borge, Tomás s/d “El arte como herejía” en Ministerio de Cultura *Hacia una política cultural de la revolución popular sandinista* (Managua: Ministerio de Cultura).
- Campbell, Joseph 1972 *El héroe de las mil caras* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Cardenal, Ernesto 1983 *Antología* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua).
- Cuadra, Pablo Antonio 1988 “Poema del momento extranjero en la selva” <http://www.dariana.com/PAC_video.htm> acceso 4 de octubre de 2014.
- Gordillo, Fernando 1990 (1962) “La circunstancia y la palabra” en *Ventana* (Managua: Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua), Nº 13 (Edición facsimilar).
- Marroquín, Amparo 2011 “Sandino y los límites de lo nacional” en <<http://www.confidencial.com.ni/articulo/3723/sandino-y-los-lmites-de-lo-nacional>> acceso 18 de septiembre 2014.
- Mejía Sanchez, Ernesto 1976 (1946) *Romances y Corridos Nicaragüenses* (Managua: s/d).
- Propp, Vladimir 2006 *Morfología del cuento* (Madrid: Editorial Fundamentos).
- Ramírez, Sergio, Cabeza, Omar y Téllez, Dora María 1984 *La insurrección de las paredes. Pintas y graffiti de Nicaragua* (Managua: Editorial Nueva Nicaragua).
- Román, José 2007 (1983) *Maldito país* (Managua: Amerrisque).

Somoza García, Anastasio 1976 (1934) *El verdadero Sandino o El calvario de Las Segovias* (Managua: Editorial y Litografía San José).

Urbina, Nicasio s/d “Representaciones de Sandino en la literatura nicaragüense” <https://www.academia.edu/7431506/Representaciones_de_Sandino_en_la_literatura_nicaraguense> acceso 5 de octubre de 2014.



Ema Gomz
51

I took Panamá

SEGUNDA PARTE

**De una guerra a una intervención
(1898-1954)**

JOSÉ JULIÁN LLAGUNO THOMAS*

Las voces olvidadas del antiimperialismo: el anarquismo frente al avance de Estados Unidos en América Central y el Caribe

Introducción

El siguiente texto plantea una caracterización del papel del anarquismo en el debate y la acción antiimperialistas en América Central y el Caribe en el periodo que transcurre entre 1898 y 1920. Esta periodización remite a la reconfiguración geopolítica que sufre la región, a partir de dos hechos principales: el estallido de la guerra hispano-antillano-estadounidense, en donde el Imperio Español pierde sus últimas colonias en el Caribe y el Pacífico –Cuba, Puerto Rico y Filipinas– y el fortalecimiento militar, político y económico del gobierno de los Estados Unidos luego de terminada la Primera Guerra Mundial (Quesada, 2001).

Esta situación hace que la región centroamericana/caribeña se convierta en el patio trasero inmediato del expansionismo de Estados Unidos, proceso que a su vez se enmarca en un contexto más amplio de globalización capitalista que va desde 1870 hasta 1940, caracterizada por una gran migración laboral, el desarrollo amplia-

* Costarricense. Maestro en Historia Centroamericana y Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad de Costa Rica. Autor de *La semilla que germina: anarquismo, cultura política y nueva intelectualidad en Costa Rica 1900-1914*. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

do de las comunicaciones, la búsqueda y conquista de nuevos mercados, la extensión del colonialismo y el desarrollo de la empresa multinacional (Hirsch y Van der Walt, 2010).

La hipótesis que se maneja en este trabajo es que, en este escenario geopolítico, el antiimperialismo se vuelve una dimensión discursiva y práctica imprescindible para todo movimiento de liberación que se plantee en la región. Este argumento se constata considerando dos realidades principales: el desarrollo de una política del imperialismo permanente por parte de Estados Unidos y el papel jugado por el anarquismo para resistir esta situación con base en una radicalización del antiimperialismo a partir de la conjunción de dos principios prioritarios, el internacionalismo proletario y la autodeterminación de los pueblos.

Para demostrar dicha hipótesis, se va a presentar un estudio de cuatro casos representativos de las modalidades de intervención de Estados Unidos y de las formas de reacción e interpretación de esta realidad desde los tejidos organizativos implementados por el anarquismo en la región. Los casos escogidos son los de Cuba, Puerto Rico, Panamá y Costa Rica, que presentan a su vez tres formas de tutela político-militar bajo la modalidad de protectorado y/o Estado asociado y la configuración de Estados satélites a través de la concesión de préstamos y el control productivo de grandes partes del aparato productivo de estos territorios. Estas medidas tenían dos objetivos principales: de un lado, consolidar el control geopolítico del mar Caribe y sus rutas de comunicación y, del otro, abastecer al mercado interno estadounidense de una serie de materias primas para la alimentación y la industria (Quesada, 2012: 36).

Estos factores desarrollaron una amplia relación entre las empresas y el aparato estatal-militar, por lo que la ampliación de los mercados conllevó diversas formas de apropiación territorial. En este sentido existe una correspondencia directa entre el capitalismo y el imperialismo¹. Asimismo, esta ola expansiva del capitalismo suscitó vigorosos movimientos de resistencia en todas las regiones del mundo, en donde los (as) anarquistas aportaron la perspectiva más radical de la lucha. Las distintas modalidades de intervención y tutelaje extranjero fueron entendidas, a su vez, como una ampliación de las formas

de reproducción del Estado capitalista. La resistencia a este proceso fue uno de los componentes –no el único– del ideario promotor de la revolución social que sería llevada a cabo por un movimiento popular multinacional, multiracial y con una perceptiva socialista y de clase (Hirsch y Van der Walt, 2010) (Anderson, 2007) (Schmidt, 2009)².

El antiimperialismo en el imaginario anarquista

El anarquismo en la región centroamericana/caribeña tenía el reto de conjugar dos principios comunes frente al imperialismo de Estados Unidos: la autodeterminación de los pueblos y el internacionalismo proletario. El primero se relacionaba con el derecho de cada pueblo y nación –entendida como construcción cultural, territorial e histórica– a construir su propia forma de organización política, que en el caso de los (as) anarquistas representaba el modelo de la confederación de comunas locales. Esto significaba la coordinación de abajo hacia arriba –o sea de los órganos más simples a los más complejos–, atendiendo a las distintas necesidades de cada lugar, sin un aparato centralizado y represivo homogéneo. Esta forma asociativa era denominada federalismo libertario y se convirtió en la figura de organización que siguieron las confederaciones sindicales con liderazgo anarquista durante el siglo XX (Woodcock, 1979). Este principio local a su vez tenía que coordinarse internacionalmente a partir del criterio de clase, lo cual supone entender al proletariado en tanto sujeto colectivo que vive en varios territorios separados pero que actúa de forma simultánea.

Las principales medidas para lograr la conjunción de estos principios fueron combatir la reproducción del aparato estatal y la homogenización nacionalista. Esto llevó a que los (as) anarquistas desarrollasen un repertorio amplio de actividades y formas de protesta capaces de alimentar esta causa común tomando en cuenta los contextos locales. Este activismo se desarrolló a partir de la creación de símbolos, valores y rituales que eran difundidos a partir de la una labor de propaganda escrita y oral, en donde la prensa anarquista jugó un rol determinante.

Esta cohesión tuvo como uno de sus centros la conmemoración del 1 de mayo. A partir del ajusticiamiento de militantes anarquistas en la ciudad de Chicago en 1886, esta fecha pasó a convertirse en una de las conmemoraciones más importantes de todo el movimiento obrero socialista en el mundo y jugó un rol prioritario en el anarquismo en particular. Esta fecha pasó a representar un espacio de conjunción entre la lucha particular de estos obreros asesinados con el planteamiento global de la revolución social, convirtiéndose en un símbolo que buscaba contraponerse a las fiestas patrias y religiosas tan características en Hispanoamérica (Gutiérrez, 2010).

Los primeros lugares en donde el 1 de mayo jugó un rol prioritario en el movimiento anarquista fueron Argentina, Uruguay y Cuba, donde se registran conmemoraciones desde 1890. En el caso del resto de países, la celebración llegó un poco más tarde, sin embargo los (as) anarquistas tuvieron un importante papel en la politización de la fecha y en su mantenimiento, como en el caso de Costa Rica, donde ésta tuvo lugar por primera vez en 1913 por la labor conjunta del Centro de Estudios Sociales Germinal y de varios gremios obreros y mutualistas del país. En este caso, los oradores –en su mayoría educadores y activistas obreros– resaltaron la importancia de la fecha para conmemorar las luchas del proletariado internacional junto a la expulsión de los filibusteros –comandados por William Walker– de Nicaragua en 1856, dándole una lectura libertaria a la lucha armada contra el expansionismo estadounidense en la región (Departamento de publicaciones UNA, 1981).

La práctica del antiimperialismo en el Caribe y América Central

En procura de alcanzar la conjunción del imaginario internacionalista y el antiimperialismo, la militancia ácrata de la región desarrolló dos tipos de iniciativas: el desarrollo de una amplia infraestructura contracultural y la práctica organizativa del sindicalismo y lucha armada. El primer tipo incluía la extensión de una cultura libertaria que buscó la ilustración del proletariado a partir de los principios anarquistas y puso en juego el desarrollo de prácticas

como la promoción de la lectura, del canto, del teatro obrero y de la poesía (Lida y Yankelevich, 2012). El segundo tipo implicó esfuerzos orientados a promover la organización popular a través del sindicalismo como principal herramienta de reivindicación (Cappelletti, 1990) y, en casos extremos, la lucha armada, tal como ocurrió en las independencias de Puerto Rico y Cuba, y en México durante el proceso revolucionario³.

En los casos de las islas de Cuba y Puerto Rico, los dos territorios permanecían como el último eslabón del Imperio Español en América Latina a finales del siglo XIX, en donde se desarrollaron amplios movimientos independentistas. En los dos casos, los (as) anarquistas tuvieron una importante participación, con distintos niveles de involucramiento y discusiones. En Cuba, el movimiento anarquista tenía presencia desde mediados del siglo XIX, al ser una de las secciones históricas de la AIT (Casanovas, 1998). El anarquismo tuvo una representación hegemónica en las sociedades obreras y sindicatos hasta la década de 1920 y realizó un aporte importante de la inmigración proveniente de España (Sánchez, 2008).

Dada esta conexión a través de la migración, la isla se convirtió en un centro de coordinación y refugio político de militantes que transitaban entre el continente americano y el europeo. Durante la Guerra de Independencia, la mayoría del movimiento se sumó a la lucha armada en las filas del Partido Revolucionario Cubano liderado por el escritor José Martí⁴. Esto, sin embargo, no significó un compromiso con el gobierno resultante, y el sindicalismo revolucionario se mantuvo hostil tanto a la política de intervención de Estados Unidos, como al colaboracionismo de la burguesía criolla. Dentro de esta participación, el grueso de los (as) trabajadores provenían de la industria tabacalera y azucarera, así como de las ciudades de Tampa en Florida y Nueva York (Quesada, 2001:165).

Además de la participación armada, los (as) anarquistas desarrollaron una campaña de apoyo internacional y de boicot a los gobiernos de España y Estados Unidos por su injerencia en los destinos de la isla. Dentro de esta amplia red, fungieron un importante papel las militantes anarquistas Emma Goldman, Lucy Parsons y Voltairine De Cleyre, quienes desplegaron una actividad dual, una en el seno

de la liga antiimperialista dentro de los Estados Unidos, que reunía a sectores progresistas, y otra propiamente en el movimiento sindical anarquista y en la prensa obrera (Quesada, 2001: 164-165).

En este caso, la ciudad de La Habana se convirtió en un importante centro de coordinación de actividades anarquistas en las que se mantenía un flujo constante de militantes que iban y venían entre el sur de Estados Unidos, la costa de México, Cuba, Puerto Rico y Panamá. Estas conexiones incluían actividades como la recaudación de fondos, el intercambio de material de propaganda y de experiencias militantes, el desarrollo de manifestaciones y huelgas conjuntas (Shaffer, 2010). Los medios principales para establecer estos lazos fueron la prensa y los viajes militantes. En el caso de esta red, el periódico *;Tierra!* (1902-1915) fue el esfuerzo internacional más duradero; en él se publicaban las experiencias de los militantes de todos estos territorios, sirviendo como articulador y divulgador de las ideas anarquistas en aquellas ciudades en donde no existía prensa propia (Shaffer, 2009).

El caso de Puerto Rico muestra una situación similar a la de Cuba –los (as) anarquistas también participaron en la lucha armada–, pero con un nivel organizativo distinto. Las dos diferencias más notables fueron la poca presencia de migrantes españoles anarquistas en Puerto Rico y la falta de un tejido sindical anarquista autónomo. En este caso, la militancia ácrata tuvo que trabajar en el seno de la Federación Libre de Trabajadores (FLT), que era la sección local de la *American Federation of Labor* (AFL), la central obrera mayoritaria en Estados Unidos y que se impulsó en toda Latinoamérica como una forma de contrarrestar la influencia del sindicalismo revolucionario (Meléndez, 2013).

A pesar de estas dificultades, existieron núcleos anarquistas importantes en las ciudades de San Juan, Bayamón y Caguas, en donde sus militantes desarrollaron una importante labor de propaganda en el seno de los trabajadores tabacaleros. Asimismo, parte de esta militancia colaboraba directamente con el periódico *;Tierra!*, en donde denunciaba la política imperialista de Estados Unidos, a la que describía como “aves rapiñas del capital”, promotora de un proceso de “americanización” –a través de la institucionalización de

los símbolos patrios de ese país— de la sociedad puertorriqueña, que buscaba la asimilación subordinada de su población. Además de esta colaboración, la actividad política incluyó una alianza local con otros sectores socialistas e intelectuales en su ataque a la política de la Iglesia Católica, el desarrollo de proyectos educativos y una vasta labor contracultural que incluía obras teatrales, música y literatura (Shaffer, 2013).

La otra forma de trabajo contra la política de intervención de Estados Unidos fueron los desplazamientos de militantes puertorriqueños entre las ciudades de Tampa, Nueva York, La Habana y el Canal de Panamá, que buscaban denunciar a través de charlas y mítines la política del gobierno. Este tránsito abrió la posibilidad de compartir las experiencias de organización sindical en el sector tabacalero de cada ciudad y a desarrollar giras de propaganda conjunta, en donde destacó la feminista anarquista Luisa Capetillo. De esta manera, el internacionalismo se convertía tanto en un principio doctrinario como en una práctica cotidiana y material de desafío directo a las fronteras nacionales (Shaffer, 2011).

Esta migración se desarrolló en un doble proceso de promoción/rechazo, ya que el flujo de mano de obra era promovido por las grandes compañías transnacionales en la región, que a su vez colaboraron con los distintos Estados para promover una serie de medidas de control, segregación y represión del movimiento obrero, especialmente de aquel organizado sindicalmente⁵. Algunos casos representativos de esta situación fueron el de la construcción del canal de Panamá (1904-1914) y el de la actividad bananera de la United Fruit Company (UFCO) en Centroamérica.

En el caso del canal, se desarrolló una política de contratación que reunió alrededor de 45.000 trabajadores que fueron divididos en empleados de oro —blancos provenientes de Estados Unidos con las mejores condiciones— y trabajadores de plata —en su mayoría afro descendientes del Caribe—. La diferenciación obedecía en parte a razones idiomáticas, ya que los jefes podían comunicarse mejor con los trabajadores de habla inglesa (Greene, 2004: 79). Dentro de este grupo, existió un importante núcleo de trabajadores provenientes de España que no calzaban en ninguna de las categorías anteriores.

res. Esta situación, aunada a su experiencia sindical previa, ayuda a explicar por qué se desarrolló una actividad anarquista explícita con la fundación de la Federación Individualista Internacional, que reunió a núcleos organizados en todos los campamentos del canal situados en Balboa, Bas Obispo, Colón, Corozal, Cristóbal, Culebra, Emperador, Gatún, Gorgona, Las Cascadas, Miraflores, Ciudad de Panamá, Pedro Miguel, Portobello, Puerto del Toro y Río Grande, alcanzando a divulgar sus ideas en las páginas de *El Único*, cuyo lema rezaba “*lectura prohibida por clérigos, políticos, explotadores y gobernantes*” entre 1911 y 1912 (Zambrana, 2009: 851).

Este núcleo de trabajadores siguió la línea activista del resto del movimiento anarquista, que incluía la participación en el movimiento obrero, el desarrollo de una actividad contracultural y educativa de sus miembros, y el financiamiento de proyectos de propaganda internacional conjunta. En este sentido, los miembros de la federación colaboraban económicamente con el periódico *¡Tierra!* en La Habana, así como con contribuciones a los revolucionarios mexicanos a través del periódico anarquista *Regeneración* (Shaffer, 2010). De la misma manera enviaban gran cantidad de colaboraciones escritas al periódico *Tierra y Libertad*, editado en Barcelona, que se convertiría durante la década de 1920 en uno de los medios más longevos y de mayor proyección del anarquismo internacional (Zambrana, 2009: 924).

En esta experiencia particular, los (as) anarquistas tenían que enfrentar el desafío de articular su actividad sindical y de denuncia desde una organización clasista y multirracial, lo cual no lograron, ya que su militancia dependía casi exclusivamente de trabajadores de habla hispana y extranjeros. En el caso de las plantaciones bananeras en Centroamérica, estas siguieron el esquema de clasificación laboral según raza, sexo y nacionalidad. En las fincas ubicadas entre Costa Rica y Panamá, los trabajadores eran sobre todo hombres provenientes del Caribe anglófono, las comunidades indígenas ngobes y kunas, y trabajadores mestizos de otros lugares de la región (Bourgois, 1994).

En este contexto, los (as) militantes anarquistas en Costa Rica se organizaron en los centros urbanos a partir del Centro de Estudios

Sociales Germinal y la Confederación General de Trabajadores. A partir de este tejido organizativo desarrollaron actividades de solidaridad con las reivindicaciones de los trabajadores bananeros, de denuncia a la intromisión de la UFCO en la política general del país y a la intervención militar del ejército de Estados Unidos en Nicaragua. Una parte importante de estas actividades se difundió a través de publicaciones como *La Aurora Social* –periódico de la CGT– y *Renovación* –revista de sociología anarquista (Chomsky, 1994: 14-15)–, que utilizaban la poesía, la caricatura y la sátira como recursos para deslegitimar al gobierno de Estados Unidos. Esta tendencia tuvo a su vez que enfrentarse a otras dos variantes del antiimperialismo, una nacionalista, dirigida por parte de la oligarquía cafetalera, y una reformista, representada por el ala más moderada del movimiento obrero agrupada en la Sociedad Federal de Trabajadores y cuyo órgano era el periódico *Hoja obrera* (Oliva, 2006).

El tejido organizativo de tendencia libertaria afincado en la ciudad de San José desarrolló una amplia red de actividades, que incluía la distribución internacional de material de propaganda anarquista –a través de los intercambios de *Renovación* y de la edición de la biblioteca sociológica internacional–, la colaboración con los (as) anarquistas mexicanos durante el proceso revolucionario y la participación en actos públicos de denuncia del imperialismo del gobierno de Estados Unidos en la región (Llaguno, 2010).

Una de las figuras centrales dentro de este proceso fue el escritor y poeta José María Zeledón, quien publicó una gran cantidad de artículos en la prensa obrera y anarquista, denunciando la política de la UFCO –soborno de políticos, represión del movimiento obrero y monopolio de la producción–, la deuda externa y la invasión a Nicaragua. Uno de los temas más desarrollados por Zeledón fue una lectura en clave clasista de los empréstitos: en su opinión, éstos funcionaban como un mecanismo de control político/económico que mantenía al país en un constante ciclo de endeudamiento que recaía sobre los bolsillos de las clases trabajadoras, las cuales financiaban la deuda a través de la extracción de plusvalía como obreros agrícolas y del pago de impuestos estatales (Zeledón, 1911). Asimismo una parte importante de su poesía se dedicó a difundir los valores

del internacionalismo, el amor libre, el sindicalismo, el pacifismo militante y el anti-imperialismo (Devandas, 2006).

A la par de estas denuncias, en la zona caribeña se desarrollaron varias iniciativas sindicales que se articularon con la fundación de la Confederación General de Trabajadores en 1913, en la que los trabajadores bananeros desplegaron una gran cantidad de huelgas y acciones de protesta, de tal manera que en las décadas siguientes llegarían a convertirse en uno de los núcleos sindicales más combativos del movimiento obrero en Costa Rica. Sin embargo, debido a las distancias geográficas y a la permanencia de una práctica racista en parte del movimiento obrero, esta coordinación siempre fue difícil. Además, las prácticas organizativas del proletariado agrícola y de los gremios urbanos fueron distintas y no lograron articular un frente común bajo las banderas del sindicalismo revolucionario (Chomsky, 1995) hasta la posterior fundación del Partido Comunista en la década del treinta.

Conclusiones

A pesar de que gran parte de la literatura académica no reconoce ni investiga el papel del anarquismo en la lucha antiimperialista en América Latina, en los últimos años se han desarrollado un conjunto de investigaciones históricas que demuestran que la militancia ácrata jugó un papel importante dentro de los llamados movimientos de liberación nacional. Entre los rasgos específicos de dicho papel figura la disposición a radicalizar el conjunto de estas experiencias a partir de una perspectiva de clase, revolucionaria, multi-racial y multi-nacional. Esto buscaba a su vez coordinar la difícil tarea de las luchas locales con una perspectiva internacionalista más amplia.

Para el caso de la región centroamericana/caribeña esto significó enfrentar las distintas modalidades del imperialismo del gobierno de Estados Unidos, el cual consolidaba su dominio geopolítico a partir de la incorporación del Mar Caribe a su territorio y del desarrollo de un amplio proceso de control productivo y de infraestructuras estratégicas en Centroamérica. Frente a estos procesos, los (as)

anarquistas asumieron el reto de promover sus ideas a partir de dos dimensiones prioritarias: una discursiva/doctrinal y otra práctico/organizativa, entendiendo a ambas como partes de un mismo proceso de resistencia.

En este contexto, los anarquistas tuvieron el reto de desarrollar un tejido organizativo común que uniera las luchas locales y las conectara con un movimiento más amplio. En este sentido, el internacionalismo proletario –principio llevado a la práctica a partir de símbolos y rituales como las conmemoraciones obreras, las veladas culturales y la lucha sindical– debió adaptarse a las condiciones específicas de cada territorio, de manera que las actividades propiamente antiimperialistas tuvieron resultados y niveles de articulación distintos. Algunos factores que incidieron en estas variantes fueron los siguientes: la situación local con respecto al capitalismo mundial, la situación jurídico/política de cada territorio, la fuerza del movimiento obrero organizado y el peso relativo del anarquismo dentro del conjunto de las fuerzas populares con vocación de ruptura.

En el caso de Cuba, los (as) anarquistas participación en la lucha armada por la Independencia, construyeron un tejido sindical propio y desarrollaron una actividad política común entre migrantes españoles, cubanos mestizos y afrocubanos. Esta fuerza hizo que los (as) anarquistas tuvieran una presencia hegemónica en los medios obreros y campesinos hasta los años veinte y que se convirtieran en una de las zonas de mayor articulación internacional de la militancia entre el Caribe, el sur de Estados Unidos y la costa de México.

En el caso de Puerto Rico, los (as) anarquistas también participaron en la lucha armada, en la organización gremial y construyeron una contracultura antagónica a la presencia de Estados Unidos. Sin embargo, no tuvieron la fuerza del movimiento cubano, por lo que no pudieron articular un movimiento sindical propio y tuvieron que desplegar su actividad en el seno de las federaciones obreras reformistas.

Los casos de Costa Rica y Panamá muestran la relación entre la migración laboral, el desarrollo de las empresas estadounidenses y la articulación de un movimiento obrero de protesta. Costa Rica vivió la experiencia del control territorial del enclave bananero de la UFCO, la cual promovió el desarrollo de un antiimperialismo con variantes

liberales y socialistas, aunado a la experiencia sindical de los obreros bananeros. Sin embargo, las experiencias anarquistas de la ciudad no lograron articularse en un frente común de clase con los trabajadores bananeros, debido en gran parte a las diferencias étnicas, a la poca comunicación geográfica y al control jerárquico y represivo de toda iniciativa de organización por parte de la UFCO y del gobierno.

En el caso de la zona del Canal de Panamá, los (as) anarquistas vivieron la misma dificultad de articular un frente común de trabajadores afrocaribeños, hispanos y mestizos. Sin embargo, alcanzaron un importante nivel de organización entre los trabajadores de procedencia española. Esta federación desplegó a su vez una significativa labor de articulación con sus pares en Puerto Rico, Cuba, España, Estados Unidos y México, en todas las ciudades en donde los migrantes anarquistas tenían presencia organizativa. De esta manera, la migración se fue convirtiendo en una forma de desafío de las fronteras nacionales y de comunicación oral de la experiencia militante, todo lo cual facilitaba la acción cosmopolita de los trabajadores.

Notas

- 1 El origen histórico del antiimperialismo dentro del ideario anarquista se encuentra en su anti-estatismo. El rechazo del Estado se debe a que esta institución centraliza un conjunto de comandos de mando/obediencia que cristaliza la desigual distribución del poder en una sociedad. Esto se da a partir de a) la extensión de las relaciones capitalistas de producción a través de la consolidación de la propiedad privada, el trabajo asalariado y la mercantilización de la naturaleza y b) la centralización del poder político en un territorio delimitado, con un consecuente imaginario nacional homogéneo. Esta relación paralela hace que el Estado y el capitalismo sean dos instituciones que se constituyen mutuamente, ya que elaboran los mecanismos necesarios para que una minoría controle la forma en que esta situación sea reproducida (Bakunin, 2004).
- 2 En la investigación histórica existen dos interpretaciones sobre el origen sociohistórico del anarquismo. La primera lo identifica como un sentimiento natural del ser humano de revuelta y rechazo de la dominación (Eltzbacher, 2011). La segunda, como el fruto de la práctica y teoría de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), fundada en 1868 en Europa y difundida paralelamente en distintas iniciativas organizativas, culturales y de propaganda en la región latinoamericana. En este trabajo asumimos la segunda interpretación, que nos permite distinguir analíticamente mejor lo que entendemos por doctrina anarquista y su puesta en práctica (Cappelletti, 1983) (Schmidt, 2009).

- 3 Durante el proceso revolucionario en México se logró coordinar una amplia red de apoyo internacional hacia los sectores más radicales, bajo el liderazgo de los anarquistas agrupados en el periódico *Regeneración*, el Partido Liberal Mexicano y la Industrial Workers of The World (IWW). Este red coordinó actividades de protesta por la intervención de Estados Unidos en Yucatán, recaudó fondos y armó milicias populares con la contribución de combatientes extranjeros, especialmente sindicalistas y anarquistas (Hart, 1978) (Doillon, 2013) (Barrera y De la Torre, 2011).
- 4 Existió una parte del movimiento que se mantuvo al margen de la colaboración con la lucha independentista y tuvo como principal cara al veterano militante Enrique Roig de San Martín, quien había sido el editor del periódico *El Productor* a finales del siglo XIX (Shaffer, 2009).
- 5 Para principios del siglo XX estas medidas se pusieron en práctica a través de la legislación antianarquista firmada por la mayoría de los países latinoamericanos y europeos, y que incluía medidas como: expulsión y extradición de extranjeros considerados peligrosos, suspensión de periódicos y revistas anarquistas, arrestos de militantes, coordinación interestatal de cuerpos represivos y utilización de expedientes de fichaje en las aduanas de los puertos (Viñas, 2004: 34).

Bibliografía

- Anderson, Benedict 2007 *Under three flags: anarchism and the anti-colonial imagination* (London: Verso).
- Barrera, Jacinto y de la Torre, Alejandro 2011 *Los rebeldes de la bandera roja* (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Bakunin, Mijail 2004 *Dios y el Estado* (Buenos Aires: Terramar).
- Bourgois, Philippe 1994 *Banano, etnia y lucha social en Centro América* (San José: DEI).
- Cappelletti, Ángel 1983 *Prehistoria del Anarquismo* (Madrid: Queimada).
- Casanovas, Joan 1998 *Bread, or Bullets! Urban labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).
- Chomsky, Aviva 1994 “West Indian workers in Costa Rican Radical and Nationalist Ideology 1900-1950” en *The Americas* (Washington) Vol 51, N° 1, julio.
- Chomsky, Aviva 1995 “Afro-Jamaican Traditions and Labor Organizing on United Fruit Company Plantations” en *Journal of Social History* (London) Vol. 28, N° 4, verano.
- Departamento de Publicaciones UNA 1981 *Primero de Mayo en Costa Rica: discursos y poemas* (Heredia: EUNA).
- Devandas, Vinyela 2006 *Billo Zeledón: ese famoso desconocido* (San José: Editorial UCR).
- Doillon, David 2013 *El magonismo y la revolución mexicana en la prensa ácrata y ra-*

- dical francófona (México: Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Eltzbacher, Paul 2011 *Anarchism* (New York: SMK Books).
- Greene, Julie 2004 “Spaniards on the Silver Roll: Labor Troubles and Limitation in the Panama Canal Zone, 1904-1914” en *International Labor and Working-Class History* (Cambridge University Press) N°6, otoño.
- Gutiérrez, José (comp.) 2010 *Los orígenes libertarios del primero de mayo: de Chicago a América Latina 1886-1930* (Santiago: Quimantú).
- Hart, John 1978 *Anarchism and Mexican working class, 1860-1931* (Texas: University of Texas Press).
- Hirsch, Steven y Van der Walt, Lucien (eds.) 2010 *Anarchism and Syndicalism in the colonial and postcolonial world, 1870-1940* (Leiden, Boston: Brill).
- Lida, Clara y Yankelevich, Pablo 2012 *Cultura y política del anarquismo en España e Iberoamérica* (México: El Colegio de México).
- Llaguno, José 2013 *La semilla que germina: anarquismo, cultura política y nueva intelectualidad en Costa Rica 1900-1914* (San José: Acracia editores).
- Meléndez, Jorell 2013 *Voces Libertarias: Orígenes del anarquismo en Puerto Rico* (San turce, Bloomington: Ediciones CCC, Secret Sailor Books).
- Oliva, Mario 2006 *Artesanos y obreros costarricenses, 1880-1914* (San José: EUNED).
- Quesada, Rodrigo 2001 *El legado de la guerra hispano-antillano-norteamericana* (San José: EUNED).
- Quesada, Rodrigo 2012 *América Latina, 1810-2010: El legado de los imperios* (San José: EUNED).
- Sánchez, Amparo 2008 *Sembrando Ideales: anarquistas españoles en Cuba, 1902-1925* (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas).
- Schmidt, Michael y Van der Walt, Lucien 2009 *Black Flame: The revolutionary Class politics of Anarchism and Syndicalism* (Oakland, Edinburgh: Ak Press).
- Shaffer, Kirk 2009 “Havana Hub: Cuban anarchism, radical media and trans-caribbean anarchist network, 1902-1915” en *Caribbean Studies* (San Juan) Vol. 37, N° 2, julio-diciembre.
- Shaffer, Kirk 2010 “Tropical Libertarians: anarchist movements and networks in the Caribbean, Southern United States, and Mexico, 1890s-1920s” en Hirsch, Steven y Van der Walt, Lucien *Anarchism and Syndicalism in the colonial and postcolonial world, 1870-1940* (Leiden, Boston: Brill).
- Shaffer, Kirk 2011 “Contesting internationalist: Transnational Anarchism, Anti-Imperialism, and US expansion in the Caribbean, 1890s-1920s” en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* (Tel Aviv: Instituto de Historia y Cultura de América Latina) Vol. 22, N° 2, julio-diciembre.
- Shaffer, Kirk 2013 *Black Flag Boricuas: Anarchism, Antiauthoritarianism, and the Left in Puerto Rico, 1897-1921* (Illinois: University of Illinois Press).

- Viñas, David 2004 *Anarquistas en América Latina* (Buenos Aires: Paradiso).
- Woodcock, George 1979 *El anarquismo. Historia de las ideas y movimientos libertarios* (Barcelona: Ariel).
- Zambrana, Joan 2009 *El anarquismo organizado en los orígenes de la CNT: Tierra y Libertad 1910-1919* (Barcelona: CEDALL).
- Zeledón, José 1911 “Conversemos” en *Renovación* (San José) N° 2, enero.

ALEJANDRA G. GALICIA MARTÍNEZ*

Sandino en *Ariel*: representaciones del héroe en una revista antiimperialista

*“...y entra Sandino a la gloria, pero vuelve a vestirse de luto
la historia de este continente desventurado.
Hacer de sus héroes víctimas y de sus sabios proscritos...”*
José Vasconcelos (1934)

En “Sandino, Héroe y Víctima” el filósofo mexicano José Vasconcelos representó a Augusto C. Sandino (1895-1934) como una figura mítica que había emprendido “una verdadera guerra”, símbolo de un conflicto más vasto, el “que se libra entre naciones de sangre distinta y de cultura diferente”. Vasconcelos sentenció la desaparición física del héroe con la siguiente frase: “Sandino ha muerto y se encuentra entre sus pares” (Vasconcelos, 1934).

Es indiscutible que, a partir de su asesinato a manos de la Guardia Nacional de Nicaragua –creación de la marina estadounidense–, Sandino pasó a formar parte del panteón mitológico latinoamericano. Al igual que personajes como Simón Bolívar y José Martí, Sandino fue objeto de un proceso de iconización, que consistió en extraer la figura del guerrillero de su contexto histórico y en simplificar su complejidad humana e histórica en el marco y al servicio de la configuración de un imaginario revolucionario y latinoamericano que encontró uno de sus fundamentos en la oposición a la presencia de Estados Unidos en el continente (Lazcaze, 2012: 63-64).

La iconización comenzó desde que el guerrillero nicaragüense se levantó en armas y su movimiento alcanzó proyección continental. La empresa fue impulsada principalmente por intelectuales la-

* Mexicana. Maestra en Estudios Latinoamericanos por la UNAM.

tinoamericanos de variadas ideologías y halló expresión no sólo en representaciones pictóricas o fotográficas, sino sobre todo en elaboraciones discursivas publicadas en distintos medios escritos, señaladamente cargadas de analogías.

El objetivo de las siguientes líneas es analizar la contribución específica de una revista político-cultural como *Ariel* a la configuración de un imaginario épico y devoto, así como también a la construcción de una imagen de Augusto C. Sandino en tanto héroe beligerante. Para ello me centraré, por razones de espacio, en el análisis de una serie de analogías históricas introducidas por un conjunto de intelectuales en torno a la figura del guerrillero nicaragüense. El estudio está dividido en tres apartados. El primero tiene la intención de establecer la importancia de las revistas culturales para el movimiento antiimperialista de los años veinte. El segundo se centra en la trayectoria del hondureño Froylán Turcios, editor de *Ariel*, y en sus vínculos con la lucha sandinista de los años veinte. El tercero se centra en poner de relieve dos tipos de representaciones en torno a la figura de Sandino, a los que cabe considerar característicos de dicha publicación¹.

El antiimperialismo en las revistas político-culturales

La tradición antiestadounidense que se configuró en América Latina desde finales del siglo XIX, y que se reforzó en los años siguientes como consecuencia de la aplicación de la política del “gran garrote” por parte del gobierno de los Estados Unidos, consolidó el antiimperialismo como un tópico fundamental de la cultura latinoamericana. Uno de los elementos que se recuperó de esta tradición fue la protesta contra el expansionismo norteamericano y la contrapropuesta de unidad latinoamericana (Terán, 1986: 85-86).

En el espectro de las organizaciones antiimperialistas de los años veinte, las revistas culturales fueron centrales en la tarea propagandística contra la ocupación estadounidense de los países ubicados en torno al Mar Caribe (Méjico, Cuba, Haití, República Dominicana, Puerto Rico, Honduras, Panamá, Nicaragua). Los distintos vínculos

que las conformaron constituyeron espacios de convergencia de individuos y organizaciones de distintas ideologías que se articularon para llevar adelante empresas con importantes puntos en común.

En una época donde los medios de comunicación eran escasos, las revistas se contaron entre los vehículos de circulación de ideas que hicieron posible la intercomunicación entre las clases letradas de distintas partes del continente, permitiendo el rebasamiento de las fronteras físicas y creando un sentimiento de empatía entre dichas minorías a partir de la ficticia sincronización del tiempo y del espacio físico, y dando la impresión de que sus miembros podían compartir problemas, proyectos e identidades. Se puede considerar las revistas culturales como portavoces de proyectos específicos y como instrumentos de intervención en las distintas coyunturas políticas. En este sentido, las revistas no son más que la materialización de una serie de relaciones efectivas que coinciden en un tiempo y espacio específicos y que, además de dar el panorama ideológico, estético y artístico de sus países de origen, también contribuyen a la conformación de sensibilidades, ambientes e imaginarios más amplios, en parte dependientes de la orientación de sus cuerpos editoriales. Las revistas en general, y las revistas antiimperialistas de los años veinte en particular, no sólo se limitan a informar sobre los acontecimientos importantes, sino que intervienen de manera deliberada en la vida pública.

Las revistas político-culturales son productos en los cuales una persona o grupo de personas definen los contenidos y los símbolos que se incluyen en sus páginas. Las revistas “actuaron como catalizadores de nuevos proyectos políticos-culturales, algunas veces fueron orientadores, otras veces contribuyeron como colaboradores, pero esencialmente fueron agentes de difusión por excelencia” (Beigel, 2003: 109). Como apunta Fernanda Beigel, la tarea del editor es fundamental para definir el perfil de la revista, pues su trayectoria política e intelectual influye de manera determinante en las coordenadas histórico-sociales que organizan el universo discursivo de cada publicación.

En América Latina, las revistas culturales de los años veinte tuvieron las siguientes características comunes: se distribuyeron con

cierta amplitud por el continente americano; intercambiaron información y temas de discusión –entre los cuales destacó el antiimperialismo–; compartieron colaboradores y, a pesar de que podían diferir en lo que respecta a criterios editoriales y a filiaciones ideológicas, existía en ellas, mayormente, una apertura a la expresión de distintas posiciones en sus páginas.

El lapso que va de 1924 a 1928 es fundamental desde el punto de vista de la conformación del movimiento antiimperialista latinoamericano. Entre 1924 y 1925 se crea la Liga Antiimperialista de las Américas (LADLA); dos años después, en 1927, se conforma la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA); en el mismo tiempo aparecen, en 1925, la Unión Latinoamericana (ULA) y, en 1927, la Unión Centro Sudamericana y de las Antillas (UCSAYA). Sería en junio de 1927, después del Congreso Antiimperialista de Bruselas y a partir del surgimiento del Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua (EDSNN), que el movimiento antiimperialista latinoamericano tendría una oportunidad de actuar contra el enemigo común –la presencia estadounidense–, abriendose así la posibilidad de pasar del discurso a la práctica.

La adhesión de estas organizaciones a la lucha sandinista ayudó a configurar un antiimperialismo aparentemente homogéneo a la vez que plural, puesto que permitió la coexistencia de distintos proyectos políticos nacionalistas, hispanoamericanistas, comunistas, socialistas, liberales, etcétera. Sin embargo, el movimiento no estuvo exento de tensiones, pues tanto la LADLA como el APRA intentaron influir sobre el liderazgo de Sandino para encabezar el movimiento antiestadounidense. El año 1928 fue fundamental en esta dinámica ya que, a lo largo del mismo, las distintas organizaciones proporcionaron apoyo económico, militar y propagandístico a la lucha nicaragüense. Cada una de las organizaciones antiimperialistas ayudó propagandísticamente a la lucha nicaragüense mediante su órgano difusor. La LADLA se expresó a través de dos revistas: *El Libertador* y *El Machete*; la ULA por medio de su Boletín; la UCSAYA se apoyó en *La Batalla*; el APRA en publicaciones como la costarricense *Repertorio Americano* o la cubana *Atuei*. A este conjunto de revistas surgidas en los años veinte, y que tuvieron entre sus objetivos

vos fundamentales el de denunciar la ofensiva militar, diplomática y económica de los Estados Unidos en América Latina, podemos agruparlas en la categoría general de revistas antiimperialistas.

Froylán Turcios y Ariel

La hondureña *Revista Ariel*, que desde 1927 se convirtió en vocera oficial del EDSNN, estuvo a cargo del poeta y diplomático hondureño Froylán Turcios (1874-1943). Concidió con las demás revistas antiimperialistas en hacer propaganda a favor de la lucha nicaragüense con base en el siguiente argumento:

“Es cierto que Washington ha dirigido los fuegos de su propaganda, en su propio territorio, para demostrar que el General Sandino es un bandido, el ‘Pancho Villa’ centroamericano, que es necesario acabar con él para traer la felicidad y progreso a Nicaragua. Se pretende, pues, con esta propaganda perniciosa engañar a la opinión pública norteamericana. En consecuencia, intentamos nosotros demostrar lo contrario, es decir, presentar a Sandino tal como es; un luchador de su país contra los traidores y contra los invasores de su patria. Hay que repetir mil veces que Sandino –figura casi mística– no es un rebelde, porque rebelde no es quien presenta y encarna los ideales de independencia e integridad de su pueblo y lucha porfiadamente por liberarlo y emanciparlo” (Deambrosi, 1928).

La tarea editorial de Froylán Turcios estuvo definida por la huella modernista que marcó a Centroamérica a finales del siglo XIX y principios del XX. Los sectores letrados centroamericanos recurrieron al modernismo para forjarse una serie de certezas frente a la presencia de Estados Unidos en la región, replanteando la confrontación con el imperialismo en el terreno lingüístico e ideológico, abriéndose a otros registros culturales, y permitiéndose la utilización de una adjetivación e imaginería que acudió a la sinestesia, a los colores, a la luz, al uso de figuras mitológicas y a un metaforismo que refracta a la tecnología y a la ciencia y que en ocasiones busca retomar y enaltecer las identidades nacionales. El modernismo centroamericano se caracterizó por su prolongada vigencia, por la au-

sencia relativa de autores de primer orden –con la obvia excepción de Rubén Darío– y por el enorme peso que estéticamente tuvo en él el verso (Schullman, 2002: 247; Funes, 2006: 195).

Las más de cuarenta intervenciones militares, políticas y financieras emprendidas por Estados Unidos entre 1898 y 1930 en Centroamérica no solamente definieron las características culturales de la región, impidiendo que ésta tuviera contacto con las tendencias literarias y políticas europeas del siglo XX. También fueron el marco en el cual surgió un proyecto político específico: el unionismo centroamericano. Encabezado por intelectuales, y basado en un pensamiento regeneracionista, el unionismo centroamericano pugnaba por un Estado social, rechazaba las dictaduras oligárquicas así como el imperialismo que las sostenía y, desde su heterogeneidad, buscaba representar la unidad de diversas facciones e intereses de la sociedad centroamericana (Gobat, 2010: 9; García Giráldez, 2008: 164).

Turcios veía en la presencia estadounidense una amenaza para Centroamérica. Las formas en que combatió al invasor fueron su empresa editorial, su ejercicio en la diplomacia y su adhesión al movimiento unionista centroamericano e hispanoamericano. La posición modernista del hondureño se caracterizó por resaltar en exceso el rasgo de lo viril en sus versos. Utilizando el vocabulario del propio Turcios se puede hablar de un “patriotismo viril” que, aunque consideraba a la civilidad como el principio rector de la vida política, estimaba y exaltaba el valor y la hombría del ciudadano, los cuales se ponían de manifiesto mediante la beligerancia y la disposición al sacrificio de la vida para perpetuar la existencia de una comunidad (Arias, 2012: 25). En su célebre *Oración al hondureño* esta situación se muestra de la siguiente forma: “Y no olvidaré jamás que mi primer deber será, en todo tiempo, defender con valor su soberanía, su integridad territorial, su dignidad de nación independiente; prefiriendo morir mil veces antes que ver profanado su suelo, roto su escudo, vencido su brillante pabellón”.

A pesar de que la obra de Turcios no es considerada entre las más representativas del modernismo centroamericano, sí se cree que su importancia radica en su articulación con un accionar político concreto. De ahí la relevancia de sus publicaciones hemerográficas, que

incluyen poemas, cuentos, proclamaciones, notas editoriales, etc., en las que podemos constatar su retórica beligerante, hispanista y heroica.

Ariel fue producto de la tarea editorial y política que el poeta hondureño emprendió desde 1894. Su amplia trayectoria en este sentido incluye revistas como *El pensamiento*, *La Revista Nueva*, *Esfinge*, *Revista Hispanoamericana* y *Boletín de la Defensa Nacional*. *La Revista Hispanoamericana* (1922) y el *Boletín de la Defensa Nacional* (1924) son los antecedentes más inmediatos de *Ariel*. En esas dos publicaciones, Turcios había dado a conocer las dimensiones de la ocupación estadounidense en Nicaragua y había incluido las primeras colaboraciones de intelectuales latinoamericanos, entre las cuales destaca la del argentino Manuel Ugarte, quien analizaba la complicada situación de los países centroamericanos. *Revista Hispanoamericana* reproducía artículos de periódicos y revistas de varias partes del continente americano que condenaban la presencia Estados Unidos en la Cuenca del Caribe e incluso en Argentina. Por su parte, el *Boletín de la Defensa Nacional* estuvo más bien destinado a recoger la opinión de los principales intelectuales hondureños. En sus páginas se reprodujeron algunos fragmentos de una de las obras más representativas del latinoamericanismo: *Ariel*, del uruguayo José Enrique Rodó, publicada en 1900 (Funes, 2010: 181).

Ariel apareció en 1925. Los temas de los dos primeros años de la revista giraron en torno a la Unión Centroamericana, a la soberanía de la región, al Canal de Panamá y a la teosofía. Entre los colaboradores se cuentan algunos de los intelectuales más reconocidos de Centroamérica como Visitación Padilla, Alberto Masferrer y Rafael Heliodoro Valle. A partir del vínculo que establecieron Sandino y Turcios en los meses de agosto y septiembre de 1927, *Ariel* se convirtió en el órgano difusor del EDSNN. Como vocero oficial, *Ariel* formó parte de una estructura de propaganda e inteligencia que benefició a la lucha sandinista. Para llevar a cabo esta tarea, Turcios acudió a los contactos políticos y artísticos que había podido establecer durante su trayectoria como diplomático en los gobiernos hondureños de Manuel Bonilla y J. Bertand (Turcios, 2007: 456).

A partir de 1928 se observa en *Ariel* una apertura a las distintas voces que apoyaban a Sandino. La convergencia de intelectuales,

organizaciones obreras, estudiantiles, independentistas y antiimperialistas muestra que la revista era un espacio para la expresión todo tipo de ideologías que condenaran el intervencionismo estadounidense. A partir de ese momento se formula con toda claridad el apoyo a la lucha nicaragüense y la admiración por la figura de Sandino.

En las colaboraciones, coordinadas por Turcios, se delinearon los elementos que configuraron una idea de unidad e identidad hispanoamericanas y condensaron en la figura heroica de Sandino. La sensación de unidad se logró mediante un diálogo imaginario establecido entre Sandino y la intelectualidad latinoamericana. En ese diálogo se compartieron un problema –la presencia amenazante de Estados Unidos–, un proyecto –la consolidación de las naciones latinoamericanas–, y una utopía –la creación de la patria grande–.

Desde Argentina, Chile, Perú, Colombia, Haití, República Dominicana, Venezuela, Costa Rica, El Salvador, México, Estados Unidos, España, Francia e Inglaterra llegaban cartas a Sandino. En las páginas de *Ariel* se analizaba la situación nicaragüense en particular y la del continente en general, dando la sensación de que las distancias se acortaban y de que el tiempo se sincronizaba. En ese diálogo imaginario la empresa antiimperialista no era sólo un asunto del guerrillero y de su ejército, sino que pasaba a serlo de cada uno de los latinoamericanos que se sentían ofendidos por la presencia norteamericana en sus respectivos países y en la región.

Sandino en *Ariel*

En sus memorias, Turcios no explica por qué tituló *Ariel* la empresa editorial que emprendió entre 1925-1928; sin embargo, se trata de algo obvio. Por lo demás, la alusión a los tópicos raciales, hispanófilos, mestizófilos y nacionalistas, indiscutiblemente asociados a la generación marcada por el ensayo de Rodó, es más que evidente.

El año 1928 fue un año fundamental para la lucha antiimperialista latinoamericana. Las organizaciones antiimperialistas desplegaron su apoyo y solidaridad, y mediante su coordinación permitieron

la circulación de dinero, armas, información y personas, que ayudaron a fortalecer la resistencia sandinista. A lo largo de ese año, como texto colectivo, se convirtió en un trampolín propagandístico de la lucha nicaragüense. En ese tiempo, la revista hondureña tenía dos características destacables. Por una parte, había conformado un discurso identitario en clave hispanófila y, por otra, había configurado un imaginario épico y devoto de la figura de Sandino fundado en la clara desventaja numérica, en términos de soldados, armas y recursos, con la que su ejército enfrentaba a los Estados Unidos.

El hispanoamericanismo

La construcción del discurso identitario, muy al estilo rodoniano, gravitó en la distinción racial entre los hispanoamericanos y los angloamericanos. Esta diferenciación llevó a considerar que la unión de los pueblos hispanoamericanos estaba representada por la sangre como condición de parentesco o linaje entre ellas. Al respecto, el peruano César Falcón le decía al nicaragüense: “Usted es el capitán de nuestra Hispanoamérica, usted no está luchando por la libertad de Nicaragua, sino por la libertad de todos los pueblos hispánicos, de todos los pueblos de nuestra sangre, nuestro espíritu y nuestra lengua, porque de un modo o de otro, son pueblos irredentos” (Falcón, *Ariel*, 1928).

La figura de los traidores era empleada para designar a los gobiernos y a las oligarquías de la región que hicieron caso omiso de la ocupación militar estadounidense en Nicaragua y que, antes de condenar este hecho, asistieron, en 1928, a la Sexta Conferencia Panamericana de La Habana, avalando la política imperialista. Sandino no sólo se enfrentaba a Estados Unidos sino también a la oligarquía de su país. Esto exaltaba su figura. El levantamiento era visto, por lo tanto, como el resultado de una traición por parte de la oligarquía nicaragüense y de las élites de Hispanoamérica. La lucha de Sandino sintetizaba y simplificaba su contenido a la defensa de una raza frente la agresión de otra. El chileno General Araya lo plasmó con las siguientes palabras:

“Sandino combate por nuestro honor, es decir, por el honor de la América-indo mediterránea. Porque es preciso saber que, aunque estas naciones vivan separadas, en el mundo nos miran como en conjunto y tanto nuestros pecados como nuestras virtudes se aprecien en pro o en contra de la colectividad. Si en Nicaragua no hubiera ya hombres como Sandino, el mundo nos despreciaría, porque eso sería lo mismo decir que aquí no quedan más que traidores” (Araya, *Ariel*, 1928).

La ausencia de apoyo diplomático por parte de los países de la región y las precarias condiciones en las que el EDSNN combatía a los norteamericanos condujo a que varios de los intelectuales presagiaran una evidente derrota de los nicaragüenses; sin embargo, por las mismas razones, consideraban que tanto Sandino como su ejército trascenderían en el tiempo, pues su lucha era leída como parte de una tradición libertaria heredada de Simón Bolívar y Francisco Morazán. Nicolás Navarro, alias Tristán Marof, añadía: “Resucita en él esta raza dormida, apática y poética que hace cien años siguió a Bolívar y traspasó los Andes, cargando los cañones sobre sus hombros y que tenía un ideal que le quemaba el alma: la libertad” (Marof, *Ariel*, 1928).

El tono de las opiniones vertidas en *Ariel* es revelador de una atmósfera optimista. La exaltación de Sandino como el resultado de una raza que se emancipa, que sigue una tradición histórica de lucha libertaria y que se diferencia de los gobernantes habituales cristalizaría en la imagen de un *hombre nuevo*, capaz de mirar más allá de los intereses materiales y pragmáticos, con impronta hispánica.

La épica

Las noticias que sobre el levantamiento sandinista se publicaban en *Ariel* daban cuenta de los combates en las montañas de Las Segovias, Cuartel General del EDSNN al norte de Nicaragua, donde el ejército rebelde, aplicando la estrategia de guerra de guerrillas, vencía y engañaba a los marines norteamericanos eludiendo los ataques aéreos y derribando los aviones con el arsenal confiscado a las mismas tropas estadounidenses en las emboscadas que se llevaban a cabo.

Algunos de los colaboradores de *Ariel* compararon la gesta de Sandino con héroes de la mitología romana, como lo hizo el boliviano Tristán Marof, quien igualó a Sandino con Espartaco. La semejanza entre los personajes no era totalmente arbitraria: la condición de esclavo de Espartaco se vinculaba a la situación de sometimiento de los nicaragüenses. La rebeldía era un elemento común en ambos personajes, pues al comandar la reacción más radical que hasta esos años se había manifestado contra la República Romana, Espartaco había puesto en peligro la estabilidad del gobierno romano; de igual forma la movilización armada que apoyó a Sandino cuestionó la presencia de Estados Unidos en la Cuenca del Caribe (Marof, *Ariel*, 1928).

En el mismo sentido, el hondureño Guillermo Bustillo Reina escribía, desde Nueva Orleans, el siguiente verso a Sandino: “Cesáreo como César y augusto como Augusto. / Sigue, César Augusto, con tu brazo robusto, / Dando tajos mortales al búfalo sajón. / Bolívar te dá alientos y Morazán te guía; / Nicaragua a tu acero su libertad confía / y la América Hispana te abre su corazón” (Bustillo, *Ariel*, 1928).

Expresiones como ésta dan cuenta de la forma en que el ejercicio de analogía entre el guerrillero nicaragüense y el mundo romano contribuye a dotar a Sandino de una condición heroica, engrandeciendo su figura e incluso enalteciéndolo moralmente frente a su oponente. Todavía más, se puede apreciar cómo este tipo de locuciones magnificaron el nombre del guerrillero nicaragüense, quien pasó de ser *Augusto Nicolás Calderón Sandino* o *Augusto C. Sandino* (nombre con el que firmaba cartas, partes de guerra y comunicados en 1927 y 1928), a *Augusto César Sandino*, nombre que el mismo guerrillero tomaría a partir de 1928 hasta su muerte y con el cual aún se lo reconoce históricamente.

Como mencionamos anteriormente, la santidad y la virilidad fueron dos elementos recurrentemente exaltados. Isidro Fabela describía a Sandino como *apóstol y santo* de una causa casi imposible. Su virtud radicaba en la prédica y en la capacidad para superar adversidades, y esto lo enaltecía como ejemplo porque lo hacía trascender en la historia al ofrecer su vida a la lucha por la libertad y por la soberanía de Nicaragua. Su consagración a una lucha en tal desventaja también presagiaba su condición de *mártir*.

La alusión a pasajes bíblicos también fue recurrente para explicar la lucha sandinista. Del Salmo de Samuel se extrajo la figura de David contra Goliat, analogía con la que se hacía referencia a la disputa con la potencia más poderosa del mundo; además, las noticias difundidas en *Ariel*, y en otros medios, daban cuenta de la forma en que el imperio era humillado:

“[...] enhiesto en el majestuoso pedestal de sus montañas y desafianto los aeroplanos guerreros del gobierno, no del pueblo de los Estados Unidos que ha sabido abatir; se nos figura un nuevo David derribando con la honda de la libertad al moderno Goliat de corazón de dólar” (Fabela, *Ariel*, 1928).

No fue una coincidencia que, respondiendo a una encuesta propuesta por la misma *Ariel*, Gabriela Mistral calificara al EDSNN como el *pequeño ejército loco de voluntad y sacrificio* y al mismo tiempo retara a:

“Los hispanizantes políticos que ayudan a Nicaragua desde su escritorio o su club de estudiantes, harían cosa más honesta yendo a ayudar al hombre heroico, héroe legítimo, como tal vez no les toque ver otro, haciéndose sus soldados rasos. [...] Cuando menos, si a pesar de sus arrestos verbales, no quieren hacerle el préstamo de sí mismos deberían ir haciendo una colecta continental para dar testimonio visible de que les importa la suerte de este pequeño Ejercito loco de voluntad de sacrificio. Nunca los dólares, los sucre y los bolívares sudamericanos, que se gastan fluvialmente en sensualidades capitalinas, estarían mejor donados” (Mistral, *Ariel*, 1928).

La construcción épica e hispanoamericanista de la figura de Augusto C. Sandino a través de *Ariel*, además de estar relacionada con el papel de filtro que tuvo Froylán Turcios, estuvo vinculada al impacto que tuvo el *Ariel* de José Enrique Rodó en las generaciones latinoamericanas de finales del siglo XIX. Específicamente, el punto concerniente a la confrontación de las razas (latina vs. sajona), que sostenía el principal argumento resultante de cierta lectura de la obra del pensador uruguayo, se convertía en una realidad que además de materializarse en el enfrentamiento armado entre ni-

caragüenses y estadounidenses, se hacía presente en una retórica optimista y belicosa. La imagen épica y beatífica que configuró *Ariel* de Augusto César Sandino definía casi teleológicamente el desenlace de la empresa. Ser el protagonista de la guerra entre dos razas lo inscribió como el representante de la historia de la América hispana y como un mártir de la misma frente a la América anglosajona.

Reflexión final

En junio de 1927 Augusto Nicolás Calderón Sandino, uno de los generales liberales que combatió en la Guerra Constitucionalista de Nicaragua (1926-1927), desconoció el pacto mediante el cual el gobierno de Estados Unidos intentaba poner fin a una presencia militar que desde 1909 se había desplegado intermitentemente. Con este acto Sandino dotó a la vida política de Nicaragua de una nueva dinámica, que dejaba de lado la lucha entre facciones y otorgaba a su movimiento un carácter nacionalista y antiimperialista. La creación del EDSNN coincidió con la emergencia y el despliegue de un movimiento antiimperialista en toda América Latina. El EDSNN estableció vínculos con dicho movimiento, los cuales le fueron útiles para mantener la resistencia contra la marina estadounidense. Estos vínculos permitieron que la lucha nicaragüense trascendiera el nivel nacional para adquirir una connotación continental.

Las revistas antiimperialistas tuvieron un papel relevante en esta tarea. No sólo informaron sobre los enfrentamientos armados, sino que además contribuyeron a la conformación de una opinión pública favorable al EDSNN. *Ariel* desempeñó un papel muy importante en este sentido hasta julio de 1928, mes en que la Imprenta El Sol fue clausurada por el gobierno hondureño, que cedió a presiones del gobierno de los Estados Unidos. Este hecho marcó un declive, en el ámbito continental, de la lucha nicaragüense. Meses después, a finales de 1928, Sandino y Turcios rompieron relaciones; en 1929 Sandino viajó a México para obtener apoyo militar y diplomático, empresa que fracasó y que implicó el distanciamiento con cualquier otra organización antiimperialista del continente; en 1932, tras tres

años de sostener la resistencia armada en Las Segovias, Sandino firmó la paz con un nuevo gobierno electo surgido de unas elecciones supervigiladas por la marina estadounidense, para ser luego asesinado en febrero de 1934.

1928 fue un año fundamental para la lucha nicaragüense porque el imaginario configurado en *Ariel* trascendió efectivamente las fronteras hondureñas y nicaragüenses. Más allá de incorporar a Sandino dentro de la tradición latinoamericanista, la épica, la heroicidad y el martirologio con los que los intelectuales latinoamericanos construyeron la figura de Augusto César Sandino se convirtieron en elementos fundamentales en la ulterior configuración de la identidad del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), durante los años sesenta y setenta. Entonces, la heroicidad y la santidad, rasgos asociados desde 1928 a la figura de Sandino, fueron elementos importantes para movilizar a la juventud nicaragüense contra la dictadura de los Somoza y la Guardia Nacional. Varios de los jóvenes que se enrolaron en el FSLN consideraban que la muerte era un procedimiento o trámite para el triunfo de la revolución nicaragüense. Según el poeta y mártir Leonel Rugama:

“[...] en la lucha clandestina era necesario vivir como los santos, una vida como la de los primeros cristianos. Esa vida de las catacumbas era un ejercicio permanente de purificación; significaba una renuncia total no solo a la familia, a los estudios, a los noviazgos, sino a todos los bienes materiales y a la ambición misma de tenerlos, por muy pocos que fueran. Vivir en la pobreza, en la humildad, compartiéndolo todo, y vivir sobre todo, en riesgo, vivir con la muerte” (Ramírez, 2007: 53).

La apropiación por parte del FSLN de aspectos decisivos del imaginario configurado entre otras instancias por *Ariel* ha contribuido a la descontextualización y simplificación de la figura de Sandino, omitiendo, parcializado o adecuando la complejidad histórica del contexto en el que surge el EDSNN a cuestiones meramente anecdóticas. Porque pareciera que lo importante no es explicar el momento histórico en el que un *conjunto de sujetos* deciden levantarse en armas contra la presencia estadounidense en Nicaragua, sino

exaltar la valentía, honradez y heroicidad de *un individuo* que por propia voluntad decide enfrentarse, aparentemente solo, al enemigo natural de América Latina, la principal potencia mundial: Estados Unidos. Esto, sin duda, cumple funciones simbólicas de importancia, pero lo hace pagando un determinado precio.

Notas

- ¹ La colección de la revista *Ariel* es difícil de localizar. En esta ocasión, se consultó el acervo disponible en Hemeroteca Nacional de Honduras “Ramón Rosa”. Dado el estado en el que se encuentra el material, no en todos los casos resultó posible discernir a qué número de 1928 pertenecen los materiales analizados. De ahí que se los refiera genéricamente como 1928.

Bibliografía

- Arias, Arturo 2012 “Articulando modernidades heterogéneas: producción literaria centroamericana a fines del siglo diecinueve y principios del veinte” en <<http://brujula.ucdavis.edu/files/2012/05/11-46PerspectivesVol9.pdf>>.
- Ariel 1928 (Tegucigalpa) números varios.
- Beigel, Fernanda 2003 “Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana” en *Utopía y praxis latinoamericana* (Maracaibo) Vol. 8, N° 20.
- Crespo, Regina 2010 *Revistas en América Latina: proyectos literarios, políticos y culturales* (México: CIALC/UNAM).
- Funes, José Antonio 2006 “Froylán Turcios (1874-1943) y el modernismo en Centroamérica” en *Anales de la Literatura Hispanoamericana* (Madrid) Vol. 35.
- Funes, José Antonio 2010 “Froylán Turcios y la campaña a favor de Sandino (1925-1928) en *Cuadernos Americanos* (México) N° 133.
- García Giráldez, Teresa 2008 “Imperialismo y antiimperialismo en el unionismo centroamericano, 1900- 1930” en *Cuadernos Americanos* (México) N° 124.
- Gobat, Michel 2010 *Enfrentando el sueño americano. Nicaragua bajo el dominio imperial de Estados Unidos* (Managua: IHNCA-UCA).
- Lazcaze, Catherine 2012 “El FSLN y la iconización de Sandino” en *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et lusobrasiliense* (Toulouse) N° 98.

- Ramírez, Sergio 2007 *Adiós Muchachos* (Madrid: Alfaguara).
- Schullman, Ivan 2002 *El proyecto inconcluso: la vigencia del modernismo* (México: Siglo Veintiuno/UNAM).
- Terán, Oscar 1986 *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos).
- Turcios, Froylán s/d “Oración al hondureño” en <<http://www.unha.edu.hn/?cat=2878>>.
- Turcios, Froylán 2007 *Memorias y Apuntes de viaje* (Tegucigalpa: Secretaría de Cultura, Artes y Deportes).
- Vasconcelos José 1934 “Sandino, Héroe y Víctima” en *Repertorio Americano* (San José) N° 20.

JAIME ANDRÉS CASTRO SERRANO*

Retratos del antiimperialismo en Colombia: la separación panameña en el cine y el teatro

Panamá sigue presente

A más de 120 años, la separación de Panamá de Colombia (1903) sigue despertando interrogantes en muchos sectores académicos. Si bien hoy contamos con múltiples fuentes bibliográficas, el desconocimiento y las particularidades locales y regionales con las que desde la historiografía colombiana se abordan estas cuestiones continúan llevando a la pregunta: ¿por qué, a pesar de los graves acontecimientos de Panamá, en donde hubo participación directa de una potencia extranjera, no existió en el siglo XX colombiano una fuerte tradición intelectual, cultural y política antiimperialista?

Si bien se trata, evidentemente, de una pregunta amplia, cuya respuesta requeriría emprender distintas investigaciones, en este artículo pretendo develar algunos elementos claves para poner en cuestión la imagen de la supuesta pasividad con la que en Colombia fueron recibidos los hechos relacionados a Panamá. Más específicamente, quisiera contribuir a develar un panorama en el que sobre-

* Colombiano residente en Argentina. Historiador graduado de la Universidad de Cartagena. Candidato a Magíster en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional de San Martín. Docente del Programa de Ingreso en la Universidad Nacional de Avellaneda. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

vivió, en dos contextos distintos, un imaginario claramente antiimperialista que tomó como matriz la intervención estadounidense en el istmo de Panamá y su subsecuente separación de Colombia y que se materializó en dos expresiones culturales de gran importancia: el cine y el teatro.

Es importante tener en cuenta la concepción que se tuvo en Colombia acerca del imperialismo estadounidense y de su accionar en el territorio nacional. Si bien “Panamá marcó el antiimperialismo popular urbano colombiano durante casi todo el siglo XX, en sentido muy explícito: [se] lo concibe como colonialismo dado que se experimenta la intervención directa en el istmo y en las participaciones capitalistas de capital norteamericano” (Malkun Castillejo, 2009), dichas manifestaciones antiimperialistas también deben entenderse teniendo en cuenta ciertas particularidades específicamente colombianas: el antiimperialismo colombiano, cuyo máximo esplendor tuvo lugar en la década de los años sesenta, no logró aglutinar grandes masas en torno suyo y tampoco se convirtió en bandera política de los gobiernos de turno. En Colombia,

“...la interpretación semicolonial o neocolonial que apunta a señalar un desangre de la economía nacional por acción del capital monopolista internacional, poco modificó aquella interpretación que estaba más ligada a concebir la soberanía nacional como el derecho a la autonomía política y territorial del Estado Nacional, se trataba de un antiimperialismo en la esfera de la política y del espacio territorial y en ese sentido está ligado a la ya vieja concepción del imperialismo territorial que se mantuvo hasta finales del siglo XIX. Quizás por eso no hay resistencia frente a la presencia de capital extranjero. Anotemos de paso que solamente con el ascenso de la lucha anticolonial después de terminada la segunda guerra mundial, la revolución cubana y la revolución de capas medias urbanas y de trabajadores, fue que [...] esta interpretación apareció en el discurso radical” (Malkun Castillejo, 2009: 3).

Vale la pena resaltar también las consecuencias políticas que tuvieron para el país los acontecimientos de 1903 en relación a los dos partidos tradicionales –conservador y liberal–, los cuales hasta ese momento habían monopolizado la vida política nacional

y se habían enfrentado años antes durante la denominada Guerra de los Mil Días, considerada como uno de los principales factores que posibilitaron la intervención norteamericana y la pérdida territorial sufrida por el país. El triunfo de las ideas republicanas, que se abrieron paso en el país a partir de 1909, con el gobierno de Carlos E. Restrepo, el cual buscó no sólo una compensación económica y moral sino también el esclarecimiento de los hechos de 1903, parece ensombrecer la permanencia de un imaginario claramente antiimperialista en distintos sectores políticos, económicos y culturales. Sin embargo, después de más de veinte años de acontecida la fractura territorial, el cine evidencia que la herida aún estaba abierta.

Este artículo no pretende narrar las escenas filmicas y teatrales que se traen a colación, sino que busca, más bien, encontrar sus coincidencias argumentativas con los acontecimientos históricos de 1903 y presentar cómo la separación panameña sobrevivió en importantes expresiones culturales del siglo XX.

Garras de oro: hito antiimperialista del cine colombiano

Fechada en 1926, la película *Garras de oro* es un verdadero hito en la cultura colombiana del siglo XX. No sólo porque en ella se ponen en escena modernas prácticas filmicas, sino por su contenido fantástico, que devela una innegable relación entre cine e historia. *Garras de oro* incursiona en el género histórico, tocando temas políticos y sociales. Por una parte, constata una realidad social y, por otra, pone en tela de juicio el sistema político de un país con todas sus complejidades y características. La película, cuya realización derivó en grandes problemas tanto de producción como de divulgación, y que fue finalmente censurada, terminó siendo aislada del público y pasó al anonimato.

“Sin embargo, sí podemos preciarnos, según los historiadores del cine nacional, de tener la primera película antiimperialista del cine mundial. Esta es *Garras de oro*, de P. P. Jambrina (seudónimo de Alfonso Martínez Velasco, alcalde de Cali en 1930), que desde su título en

inglés, *The Dawn of Justice*, empieza a revelar sus intenciones de denuncia” (Manrique, 2014).

Dirigida por P. P. Jambrina y producida por Cali Films, *Garras de oro* es muda, y aún hoy no se tiene claridad acerca de dónde fue grabada: los escenarios, espacios y actores y actrices –de origen italiano– a los que se acudió hacen pensar que pudo haberse realizado en el extranjero. Censurada y perdida durante décadas, la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano logró recuperar los fragmentos y reconstruirla casi en su totalidad. En sus más de cincuenta minutos de duración, la película nos adentra en una historia ficticia de lo que pudiera haber sido la derrota de los planes del imperialismo en Colombia. Hasta ahora lo único que se conoce acerca del director de la película es que acudió al referido seudónimo en 1926, que perteneció al Partido Liberal Colombiano y que se convirtió, en 1930, en alcalde de la ciudad de Cali, capital del departamento de Valle del Cauca.

La desaparición de la película no fue casual. Una vez “advertida la diplomacia norteamericana de que en Colombia se filmaba esta película, desplegó toda su capacidad de influir con el objeto de impedir su distribución y exhibición, y así lo logró hasta cuando, en el decenio de los años setenta, un fragmento de cincuenta minutos fue rescatado por la Fundación Patrimonio Fílmico Colombiano y dado a conocer a la comunidad” (Nieto, 1999).

La película inicia mostrando la imagen de un antiguo mapa de Colombia en el cual Panamá todavía formaba parte del país. Sobre él avanza un personaje dotado de garras y colmillos. Sus rasgos dejan ver claramente que se trata del “Tío Sam”, personaje de doble connotación tanto dentro como fuera de los Estados Unidos. *Garras de oro* quiere mostrar al imperio por dentro. Lleva a escena lo que se suponía que era la sociedad estadounidense, habitante de un país denominado “Yanquilandia”, punto que hace más potente la referencialidad argumental de la película. Se habla de la ciudad de Nueva York como de una urbe “mastodónica” y de sus “mil y una ruedas”, quizás aludiendo al rápido proceso de urbanización e industrialización que venían experimentando los Estados Unidos por aquellos años.

La trama se centra en el vínculo entre los dos protagonistas principales: Berta, hija de un funcionario colombiano en Washington, y Mr. Peterson, un periodista que trabaja para un diario estadounidense. La historia narrada es compleja, con constantes alusiones a la historia diplomática y política. Inicia con la alusión a un ficticio llamamiento a que el presidente T. Roosevelt renunciara a su reelección por no haber respetado el tratado de 1846 suscrito entre los Estados Unidos y Colombia, entonces Nueva Granada. En efecto, la película alude a la violación del tratado Mallarino-Bidlack, por el cual se había consignado que “los ciudadanos, buques y mercancías de los Estados Unidos disfrutarían en todos los puertos de la Nueva Granada, incluso en parte del territorio granadino denominado como el istmo de Panamá, de todos los privilegios que en ese momento gozaseen todos los ciudadanos granadinos, sus buques y sus mercancías.” (Lemaitre, 2003: 117). En la práctica, el principal objetivo del tratado había sido impedir la avanzada británica sobre las costas neogranadinas, avanzada que ya se venía registrando en otras partes del Gran Caribe como la costa Misquita en la actual Nicaragua. Éste es un elemento fundamental en tanto punto de partida del conflicto. Desde 1846 quedó activado un juego de roles por el cual se suponía que los Estados Unidos debían sostener un compromiso de lealtad hacia Colombia, al haber sido el istmo hasta entonces colombiano fundamental para la colonización de California y ésta, a su vez, clave para el desarrollo de toda Yanquilandia. *Garras de oro* muestra precisamente el papel que jugó la construcción del Ferrocarril del Istmo, llevada a cabo por los estadounidenses antes de que existiera el canal, con la finalidad de facilitar y agilizar el tráfico entre las costas del Caribe y del Pacífico de los miles de colonos que partían en busca de oro a las recién usurpadas minas californianas, y cuyo trayecto por el territorio continental de los Estados Unidos era más demorado y riesgoso que por Panamá.

A lo largo de la película se pone de relieve la relación entre los medios de comunicación y el poder. Los lobbies de banqueros y políticos debatiendo sobre el futuro del canal, así como su reacción de disgusto al enterarse de que el Congreso colombiano había rechazado la firma del tratado Herrán-Hay (acusado por la opinión

pública de ceder a las pretensiones estadounidenses), son mostrados de manera explícita. Es importante tener en cuenta que “la decisión del Congreso colombiano desató un escándalo mundial, llovieron críticas de todas partes y se activó un plan de los banqueros estadounidenses para apoyar la independencia de Panamá, comenzando con una invasión armada, el 27 de octubre, de unos cuantos mercenarios que entraron por Penonomé” (Santos Molano, 1994: 7-8).

Las acusaciones planteadas en *Garras de oro* no se detienen allí. Sobre el final de la película se despliega un juicio moral contra el presidente T. Roosevelt, quien cae, acusado por el mismo congreso de los Estados Unidos, mientras la letra del himno de Colombia se mezcla con imágenes de la celebración del 20 de julio, día de la independencia colombiana, y con la frase “la venganza de la hormiga frente al elefante”. El largometraje finaliza con un complot desarmado, con un juicio y con un pago de veinticinco millones de dólares que nunca fueron capaces de mover la balanza a favor del imperialismo. Esta situación contra-fáctica, imaginaria, es el reflejo invertido de las cláusulas del tratado Urrutia-Thompson de 1914, por medio del cual Estados Unidos se comprometió a pagar esa misma suma de dinero como indemnización, mientras Colombia se obligaba a reconocer a Panamá como república independiente.

Queda por rastrear la relación entre el director de la película y su llegada a la alcaldía de Cali en 1930, que fue parte de un proceso más amplio de ascenso del liberalismo como fuerza política de masas encabezada por importantes caudillos como Rafael Uribe Uribe, asesinado en 1914, y marcado también por el surgimiento de nuevas crisis territoriales, como la guerra con el Perú de 1932. Seguramente sin habérselo propuesto, *Garras de oro* está destinada a convertirse en un (¿el?) ícono filmico del antiimperialismo latinoamericano del siglo XX.

I took Panamá: el teatro revive una huella que se creía borrada

Transcurridas más de siete décadas desde los acontecimientos de 1903, Panamá parecía haberse borrado del imaginario colectivo colombiano. Entretanto, las inversiones estadounidenses en petróleo y en producción de frutas tropicales, especialmente banano, crecían aceleradamente, sin encontrar resistencia dentro de un desnutrido sector de industriales nacionales y con el visto bueno de gobiernos que prefirieron pasar definitivamente las páginas de la historia, aceptar los términos del tratado Urrutia-Thompson y la jugosa indemnización, que no salvaba la dignidad perdida, no reincorporaba el estratégico territorio ni repercutía en una transformación económica profunda y real.

Con la frase “*I took Panamá*” (“Yo tomé Panamá”), T. Roosevelt habría eventualmente proclamado la victoria del imperialismo estadounidense en América Latina. La frase formalizó el desmembramiento y de alguna manera confirmó la política intervencionista que seguirían los Estados Unidos en los lustros ulteriores, especialmente en relación a los países de Centroamérica y el Caribe.

Así como quedó inmortalizada por la diplomacia estadounidense, la frase retornó décadas después en Colombia, para recordar, desde otra perspectiva, los acontecimientos concernientes a la separación panameña de 1903. En efecto, en la convulsionada década de 1970, justo cuando en Panamá tenía lugar un álgido debate sobre la recuperación de la soberanía de la zona del Canal, se estrenó en Colombia una de las obras teatrales más taquilleras de la historia nacional, escrita por Luis Alberto García y dirigida por Jorge Alí Triana: *I took Panamá*. Sus repercusiones fueron enormes, alcanzando proyección continental. En efecto, la obra trascendió los escenarios colombianos y logró una gran aceptación entre el público panameño en el complejo periodo correspondiente al gobierno del General O. Torrijos.

La obra, que logró más de dos mil representaciones y que estuvo en cartelera desde 1977 hasta 1986, pone en una perspectiva humorística las complejas relaciones entre Estados Unidos y Colombia a comienzos del siglo XX, focalizando la atención sobre la ineeficacia

diplomática del gobierno de José Manuel Marroquín y sobre las negociaciones del ya mencionado tratado Herrán-Hay, el cual se convierte en el eje vertebrador de la obra. Esto es comprensible, dado que dichas negociaciones dieron paso a una de las más importantes respuestas de la opinión pública y del ámbito político colombianos. Su rechazo por parte del congreso fue la primera y mayor manifestación antiimperialista de la élite política colombiana, cuyos miembros cerraron filas ante de un tratado que desde antes de su presentación ya venía causando problemas a la administración de Marroquín: “El ex-presidente Miguel Antonio Caro, cabeza de la oposición de Marroquín, y orador elocuente e implacable, atacó con vehemencia el tratado Herrán-Hay y convenció a las mayorías del Congreso y de la opinión, de que dicho tratado era lesivo para los intereses de la soberanía colombiana” (Santos Molano, 1999: 6).

Las negociaciones previas entre Estados Unidos y Colombia ya habían provocado la renuncia de Carlos Martínez Silva, quien fuera el ministro enviado por Marroquín para negociar las condiciones de una futura ruta interoceánica por Panamá construida por los Estados Unidos. Martínez Silva renunció después de conocer que, mientras Colombia llevaba a cabo las negociaciones por él conducidas, Estados Unidos e Inglaterra habían suscripto el tratado Hay-Pouncefote. Por este acuerdo, ambos países declaraban Panamá zona de importancia internacional, imponiendo una serie de cláusulas similares a las establecidas en el convenio de Constantino-pla (1899) para el manejo, construcción y administración del Canal de Suez en Egipto. De esta manera, Colombia quedaba fuera de la negociación. A la renuncia del ministro Martínez Silva, le siguió la de José Vicente Concha, quien tuvo el inconveniente de encontrarse con que el congreso de los Estados Unidos “acaba de aprobar el Bill Spooner, por el cual se adopta la ruta de Panamá, y se autorizó al presidente Roosevelt a pagar a la compañía francesa dueña de los derechos, una suma no mayor de 40 millones de dólares y obtener de Colombia una concesión a perpetuidad sobre una franja de tierra de seis millas de longitud” (Santos Molano, 1999: 5). Este pareció haber sido el motivo por el cual el ministro Concha renunció ante “la proclividad de Marroquín por entregar a los Estados

Unidos las condiciones que exigieran” (Santos Molano, 1999: 5). Este verdadero *show de tratados* fue llevado a escena de forma satírica por los directores de *I took Panamá*, partiendo de sus experiencias profesionales, personales y militantes: “Yo era un militante de izquierda absolutamente convencido. Al regreso, propuse el montaje en el Teatro Popular de Bogotá (TPB). Fue uno de los *best sellers* más grandes que ha tenido el teatro colombiano” (Triana, 2003).

Así se refiere uno de los directores de la obra en un artículo publicado en medios colombianos en el año 2003. Triana no sólo narra su experiencia tras el éxito masivo de la obra, sino que ofrece detalles ligados a los motivos que lo impulsaron a realizarla. Según su testimonio, tras ser invitado como jurado a un festival de teatro en Panamá, y tras su visita a la zona del Canal, sus impresiones e ideología política lo llevaron a plantearse la elaboración de la que es considerada su obra maestra. Es importante resaltar el valor simbólico que tenía el Teatro Popular de Bogotá por la década de los setenta para los movimientos de izquierda políticos y universitarios colombianos.

Sin embargo, es probable que la importancia de esta obra radique ante todo en sus repercusiones políticas e internacionales. Tras ser propuesta para presentarse en los teatros panameños y luego de ser considerada demasiado provocadora para el público local por el Instituto Nacional de la Cultura, contó luego con el apoyo de la hermana de Torrijos y con la aprobación de un enviado a Bogotá, el poeta Manuel Orestes Nieto, quien asistió a una representación de la obra en la capital colombiana y confirmó la disposición de representarla en el istmo:

“Cuando apareció la noticia en Panamá, un columnista escribió un artículo terrible criticando la idea. Era ministro de Educación Arístides Royo y el citó a una lectura pública en la Academia de Historia, con intelectuales, historiadores y teatreros. La leyeron e hicieron un debate que duró hasta la madrugada. Finalmente, Royo dijo: ‘Creamos que esta obra contribuye a la discusión que estamos dando, aunque no compartamos todos sus puntos de vista. La vamos a traer’. Y se armó un escándalo, porque la presentación iba ser al Teatro Nacional, que fundó Manuel Amador Guerrero. La junta directiva la vetó. Así que hubo una orden presidencial. Torrijos dijo: Si hacen

desfiles de Max Factor, allá se puede discutir la historia de Panamá” (Triana, 2003).

De esta forma Jorge Alí Triana describe retrospectivamente el revuelo que tuvo lugar en Panamá tras anunciararse la obra, la intervención del mismo presidente Torrijos, opositor a la política estadounidense, y el involucramiento de amplios sectores de la cultura y la política panameñas. El proceso permitió observar asimismo la reacción de las élites conservadoras, especialmente de aquellas que defienden la idea de los denominados “padres de la patria panameña”, como es el caso de Manuel Amador Guerrero, uno de los gestores de la separación en 1903, miembro de la denominada Junta Provisional de Gobierno y a quien debía su nombre el Teatro Nacional de Panamá. La junta administrativa rechazaba la presentación de una obra que, sin duda alguna, tocaba íntimamente las fibras del sentimiento nacionalista por partes iguales tanto para Colombia como para Panamá.

El día de la presentación de la obra en Panamá, Torrijos se hizo presente en primera fila. El impacto de la obra en la sociedad panameña tuvo repercusiones especiales para los sectores que, leales al presidente Torrijos, habían participado en el denominado “Día de los Mártires”, ocasión en la que se desató un movimiento que pretendía izar la bandera panameña en la zona del Canal y que fue reprimido por el ejército de los Estados Unidos, pero que finalmente condujo a la caída del tratado Hay-Bunau Varilla y a las negociaciones y entrada en vigencia del tratado Torrijos-Carter, gracias al cual los panameños consiguieron recuperar la soberanía sobre la zona.

Tres décadas más tarde, *I took Panamá* fue relanzada de la mano de Jorge Alí Triana, su director original, y de Manuel Orjuela. Se mantuvo la idea original pero se dio paso a una renovación de ideas y a una minuciosa revisión de contenidos. La nueva versión ya no pretendió alentar el nacionalismo, sino más bien ubicar los acontecimientos de 1903 y Panamá como una cuestión importante a ser reconsiderada en la memoria colectiva de los colombianos. Si bien originalmente la obra había sido pensada con un claro tinte nacionalista-antiimperialista, su relanzamiento, dentro de un con-

texto distinto de las relaciones entre Panamá, Estados Unidos y Colombia, buscó tomar distancia de cualquier connotación panfleteria. En palabras de Orjuela, “lo que queríamos, más que hablar de un imperio norteamericano que maquina planes para obtener territorios, es hablar sobre nosotros mismos, sobre cómo somos en el panorama internacional y en el doméstico” (Celis Albán, 2003). Esta versión contó con nuevas tecnologías, con un renovado elenco y con el aporte de fuentes bibliográficas más contemporáneas como lo es, por dar un ejemplo, la obra de Ovidio Díaz Ospino, *El país creado por Wall Street*, cuyos aportes rescatan elementos importantes de la participación de la banca estadounidense en el entramado del plan que desencadenó la separación panameña.

Conclusiones

Si bien dentro del imaginario colectivo colombiano la cuestión Panamá ya no es una causa que inspire luchas populares y sea bandera de los movimientos antiimperialistas en el orden nacional, hoy sigue siendo una herida abierta, más que histórica, para la memoria. En tanto tal, seguirá siendo fundamental para entender la construcción de lo que comúnmente denominamos la nacionalidad y la nación colombianas. La historia de ambas naciones está más ligada de lo que hoy está escrito en los libros de historia de cada país. Las evidencias de esto último son cada vez más abundantes y nítidas. Su consideración puede ayudar a esclarecer cosas que quizás, y tratando de favorecer intereses particulares, se mantuvieron ocultas en archivos, poemas, ensayos, etc.

Garras de oro es la muestra de una sociedad que se niega a olvidar. Sus denuncias basadas en hechos históricos nos permiten reconstruir con una mirada romántica lo que pudo ser y no fue: la derrota de los planes del imperialismo en Colombia. La ficción contra-fáctica que despliega es reveladora de las razones ideológicas de su realización y, también, de su subsecuente censura. Esta es quizás una de las múltiples causas que contribuyeron a que en Colombia las banderas nacionalistas y antiimperialistas no fueran incorpora-

das a los radicalismos partidistas del mismo modo que sucedió en otros procesos latinoamericanos.

I took Panamá demuestra el poder del arte para vencer barreras históricas, políticas e imaginarias. Históricas, dado el contexto en el que tuvo lugar su montaje y representación; políticas, dadas sus repercusiones sociopolíticas en las dos sociedades; imaginarias, dada su capacidad de trascender los complejos obstáculos que marcan las relaciones entre dos países hermanos emplazadas bajo la hegemonía de los relatos propios de las historias oficiales.

Tanto *Garras de oro* como *I took Panamá* son una respuesta de la cultura colombiana ante la intervención estadounidense en los asuntos internos colombianos. Ambas obras jugaron y siguen jugando un papel fundamental en el orden político. La cultura preservó y reprodujo, en distintas modalidades, imaginarios indudablemente presentes sobre uno de los acontecimientos más importantes de la historia latinoamericana del siglo XX. Los hitos que conforman estos imaginarios culturales se deben preservar y promover, ya no con tintes nacionalistas deliberados o en tanto discursos antiimperialistas vencidos en el tiempo, sino más bien, desde la postura que se advertía por parte de los autores en los programas de mano distribuidos con motivo del relanzamiento de *I took Panamá* en 2003: para aprender a vernos como “una cultura llena de soberbia y falsa humildad que siempre piensa en su interés personal” (Colombia.com, 2003), pero a la que no se le puede negar, bajo ninguna excusa, su derecho a mantener viva la memoria.

Bibliografía

- Celis Alba, Francisco 2003 “*I took Panamá* 30 años después” en *El Tiempo* (Bogotá) en <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-993023>> acceso 10 de agosto de 2014.
- Colombia.com 2003 “*I took Panamá* en la cartelera de cine colombiana” en <<http://www.colombia.com/entretenimiento/noticias/detallenoticia2205.asp>> acceso 10 de agosto 2014.
- Lemaitre, Eduardo 2003 “Panamá se separa” en Tirado Mejía, Álvaro (ed.) *Nueva Historia de Colombia* (Bogotá D.C.: Planeta).

- Malkun Castillejo, Willian 2009 “Las pequeñas tradiciones: Antiimperialismo y cultura popular en Cartagena 1900-1920” en *Cuadernos de Historia* (Santiago de Chile) Vol. 31, septiembre.
- Manrique, Jaime E. 2014 “*Garras de oro P. P. Jambrina*” en <<http://www.revistaarcadia.com/impresa/especial-arcadia-100/articulo/garras-de-oro-pp-jambrina/35024>>.
- Nieto, Jorge 1999 “*Garras de oro*” en *Credencial de Historia* (Bogotá D.C.) N° 112. En <[http://www.banrepicultural.org/node/73193](http://www.banrepultural.org/node/73193)> acceso 10 de agosto de 2014.
- Santos Molano, Enrique 1999 “Panamá el último año” en *Credencial de Historia* (Bogotá D.C.) N° 174.
- Triana, Jorge Alí 2003 “El día que los panameños vieron I took Panamá” en *El Tiempo* (Bogotá) en <<http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1010322>> acceso 2 de febrero de 2015.

ROBERTO GARCÍA FERREIRA*

El tiburón y las sardinas: apuntes en torno a la *Fábula de Juan José Arévalo*

La Revolución Guatemalteca: una “isla de esperanza”

Guatemala, octubre de 1944. Un movimiento revolucionario liderado por jóvenes oficiales militares, a quienes se sumaron estudiantes universitarios y civiles armados, derriban del poder a Federico Ponce. Era el final de la oprobiosa dictadura que había inaugurado su antecesor Jorge Ubico, quien gobernó con mano de hierro el país desde 1931 hasta junio de 1944, cuando debió dar un paso al costado. Una nueva época iniciaba. Además del símil de la “olla a presión” tantas veces empleado para explicarla, resulta indudable que la rebelión liderada por Jacobo Árbenz, cadete de la Escuela Politécnica, era también deudora de lo que sucedía en Europa. Y no sólo hasta Guatemala llegaron los vientos de democracia; en Honduras, El Salvador y Nicaragua también hubo levantamientos similares.

Ninguno tuvo el impacto y la trascendencia histórica del acontecido en Guatemala, que comenzó a transitar un proceso muy rápido de reformas y cambio social. La democracia había llegado y comenzaba a echar raíces: la Junta Militar liderada por Árbenz llamó a elecciones, cuidó la legalidad de las mismas y respetó su resultado

* Uruguayo. Doctor en Historia. Depto. de Historia Americana, Universidad de la República (Uruguay). Autor de *Operaciones en contra: la CIA y el exilio de Jacobo Árbenz*.

entregando el poder a Juan José Arévalo, amplio vencedor de los comicios. Maestro de escuela, exiliado en Argentina, fue el primer guatemalteco en obtener un título de doctorado. Su mandato, iniciado en 1945, fue “revolucionario” y sobresaliente. Indudables fueron las realizaciones que deben computarse en materia de fomento estatal a la producción; legislación social; independencia en materia de política exterior y defensa de la soberanía; decidido impulso hacia la universalización de la educación, etc. Varios diplomáticos extranjeros aplaudían lo que sucedía. Uno de los más entusiastas era el embajador brasileño, Carlos Da Silveira, quien no ahorraba elogios.

Pero la oleada democratizadora de la inmediata posguerra fue breve y al calor del inicio de la Guerra Fría en 1947, la mayoría de los países del continente asistió con impotencia a la negativa estadounidense de un “Plan Marshall” para Latinoamérica. Así y paúlatinamente, las esperanzas generadas tras la derrota del nazismo fueron disipándose. En ese marco, la región entró en una fase de indudable retroceso y una oleada contrarrevolucionaria de acendrado tenor anticomunista tuvo impactos negativos en Chile, Perú, Venezuela, Costa Rica, Brasil y Colombia (Grandin, 2007). Aunque no porque faltasen intentos, Guatemala sorteó aquella difícil coyuntura y Arévalo finalizó su mandato en 1951. Árbenz, convertido en el principal sostén de su gobierno desde el Ministerio de la Defensa, habría de prepararse y, a la postre, de convertirse en candidato para sucederle en la presidencia. Nuevamente acontecería algo histórico: era la primera vez que un presidente electo democráticamente le entregaba la banda presidencial a un sucesor también elegido en las urnas. Transcurría marzo de 1951.

Árbenz era un militar atípico. Su maduración personal, sus lecturas y el ahínco con el cual se abocó a prepararse para estar a la altura del cargo resultan sobresalientes (García, 2012). Más sorprendente aún fue la forma en que concibió su programa de gobierno y pasó a ejecutarlo, para sorpresa de los diplomáticos y observadores extranjeros. El fruto más preciado fue la recordada Reforma Agraria, concebida casi en secreto junto a un pequeño grupo de asesores, algunos de los cuales formaban parte del incipiente partido comunista guatemalteco (Handy, 2013; Gleijeses, 2005). El Decreto 900

se transformó en ley cuando el Congreso lo aprobó, pese a las obvias resistencias de la élite latifundista y de la empresa norteamericana United Fruit Company. Ésta y sus subsidiarias –la Frutera controlaba el ferrocarril, la electricidad, el único puerto y, además, poseía la *flota blanca* para enviar la producción al exterior– no salieron de su asombro cuando a inicios de 1953 el presidente firmó el decreto expropiando las tierras incultas que conservaba en Guatemala. Así lo preveía la ley para aquellas grandes extensiones: debían repartirse y colocarse en manos de los campesinos deseosos de trabajar. Debe recordarse que ajustándose a lo dispuesto en el decreto mencionado, la compañía sería indemnizada con bonos. No importa en este caso ahondar en los pormenores de aquella tensa situación que tenía lugar en una de las “repúblicas bananeras”, durante la Guerra Fría y con el macartismo acechando inquietantemente la opinión pública estadounidense.

El golpe de 1954: ¿una “gloriosa victoria”?

Parece comprensible que la compañía encendiese las “alarmas” y acudiera al Departamento de Estado cuya secretaría, tras el triunfo de D. Eisenhower en las elecciones, era ocupada por John Foster Dulles. Este acérrimo anticomunista había integrado un bufete de abogados cercano a la Frutera (Schlesinger y Kinzer, 1987). Aquello no era todo: la historia e ideología de la política exterior estadounidense hacia América Latina contribuyen a explicar la decisión de derrocar a un presidente que como Árbenz les resultaba “hostil”, al representar una “amenaza” a la estabilidad anticomunista pregonada como fórmula viable para la región y muy especialmente para Centroamérica. En medio de esos temores y con una perspectiva teñida por las sombras de la Guerra Fría (Pettinà, 2011), Estados Unidos nunca se propuso convivir con un régimen de esas características. Si Árbenz no era comunista, pronto loería, así lo indicó el embajador estadounidense tras entrevistarlo.

Empero, no resultaba sencillo deshacerse de él. Era un presidente democrático, respetado y que, a nivel continental, representaba

esa “isla de esperanza” que era Guatemala. El golpe en su contra fue diseñado por la Agencia Central de Inteligencia –dirigida por Allen Dulles, hermano del Secretario de Estado–, que en 1953 había ejecutado una operación similar para derribar en Irán al nacionalista Mohammad Mossadegh.

Los pormenores de la acción encubierta secreta aplicada en Guatemala, cuyo nombre en clave fue PBSUCCESS, se conocen en detalle desde que la agencia colocara a disposición de los investigadores una parte significativa de los documentos relativos al caso (Cullather, 2002). Desde Honduras, un contingente de mercenarios entrenados por la CIA invadió el país. Guatemala quedó aislada y sin posibilidades de recurrir a la ayuda que solicitó urgentemente a las Naciones Unidas. Más allá de ello, el golpe se consumó como exitoso luego que el Ejército guatemalteco no acudiera a la defensa de su territorio y le pidiera la renuncia al presidente. En soledad, en medio de una casa presidencial vacía, casi en la oscuridad debido a las incursiones aéreas de los aviones de la CIA y con la esperanza de poder seguir la lucha más adelante, Árbenz meditó aquel recordado paso al costado que habría de marcarlo por el resto de sus días. Era la tarde del 27 de junio de 1954.

Una investigación reciente incorpora al debate académico el papel que jugaron los vecinos centroamericanos y caribeños quienes, antes que la CIA y por motivaciones propias, venían ejecutando acciones contrarias a los regímenes de Arévalo y Árbenz (Moulton, 2015). Para Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza, Tiburcio Carías, Marcos Pérez Jiménez y Fulgencio Batista –todos ellos dictadores anticomunistas– la exitosa experiencia guatemalteca también les era “incómoda”. Se ha demostrado incluso cómo algo de ello había detrás de la posición tan “fría” del gobierno mexicano para con la defensa de Guatemala (Buchenau, 2000; Meyer, 2004).

Sin embargo y a los efectos de ofrecerle al lector el panorama mínimo para situar adecuadamente la obra que analizaremos, importa detenernos en el que fuera actor preponderante y decisivo: Estados Unidos. A nivel del sistema interamericano, su actitud y proceder marcaban un retroceso: aunque los hechos se presentaron como algo “entre guatemaltecos”, pocos creyeron que el Tío

Sam estaba exento de responsabilidad. El poderoso vecino del norte recurría nuevamente a prácticas propias del *gran garrote*. El acontecimiento lejos estuvo de constituirse en un “glorioso capítulo” del “panamericanismo”, como Foster Dulles lo anunció en conferencia televisiva días después de la expulsión de Árbenz. Los actos de solidaridad con Guatemala fueron importantes y trascendieron las fronteras de América Latina (Friedman, 2010). La propia CIA se sorprendió ante las manifestaciones antiimperialistas que tuvieron lugar en La Habana, San José, Ciudad de Panamá, Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima, Quito, Santiago de Chile, Montevideo y el Distrito Federal en México. En esta última, el pintor mexicano Diego Rivera inmortalizaría –junto a su asistente guatemalteca Rina Lazo– lo acaecido con el país hermano en el recordado mural que tituló, haciéndose eco de Foster Dulles, “Gloriosa victoria”.

Puede afirmarse, sin temor a extremarnos en la interpretación, que el “caso Guatemala” marcó a una generación que, en palabras de Eduardo Galeano, nacía a la vida política “con esa mancha en la frente” (García, 2007). La señal perduraría y una hipótesis plausible, aún no demostrada suficientemente, es que aquel *affaire* empujaría decisivamente a la “radicalización” del continente. La presencia del propio Ernesto Guevara y el hecho de que el primero de sus escritos políticos fuera dedicado a Guatemala, de donde consiguió escapar por muy poco¹, es sólo una muestra reveladora de lo afirmado.

Anécdotas aparte, debe destacarse que, en respuesta al virulento e “irracional” antiimperialismo que sacudió al continente, Estados Unidos hizo mucho para sostener la dictadura instaurada en Guatemala desde julio de 1954. Arribaron al país no sólo dinero, sino también “instructores” y “técnicos” expertos en la represión de “actividades comunistas” y en el manejo de la información de inteligencia (Weld, 2014). De todas formas, puede afirmarse que la “contrarrevolución liberacionista” liderada por el coronel Carlos Castillo Armas impulsó un conjunto de medidas que significaron una abrupta regresión: anulación de la Reforma Agraria; del Código del Trabajo; devolución de las tierras expropiadas a la Frutera y a los latifundistas afectados; suspensión de la Constitución y promulgación de un estatuto inspirado en un anticomunismo primitivo y

visceral; quema pública de libros “sediciosos”; entrega del petróleo a inversores extranjeros; persecución de cualquier vestigio de vida sindical, etc. Nadie lo definió con más claridad que el ministro de Educación cuando, en un ámbito privado, le reconoció al embajador de Chile en Guatemala que “somos una dictadura y hacemos lo que se nos da la gana” (García, 2013a).

Diplomacia anticomunista y exilio revolucionario

Un aspecto más merece ser destacado: el final abrupto de la primavera democrática guatemalteca también dio lugar al que es considerado como el primer asilo político masivo en la historia de América Latina. Para escapar a las más que probables ejecuciones sumarias tras la invasión, casi 1000 personas buscaron refugio en las embajadas. Por dos meses, un número importante de parlamentarios, ex ministros, maestros, dirigentes agrarios, sindicalistas, estudiantes y el mismo presidente expulsado de su cargo vivieron recluidos y en tensión, a la espera de los salvoconductos necesarios para emprender el exilio. Una vez más, lo sucedido en Guatemala sería paradigmático: al momento de concretarse la violenta expulsión, Árbenz fue vejado en el aeropuerto donde se le impuso la obligación de desnudarse delante de las cámaras. Aquella humillación recorrería las portadas de los principales diarios internacionales.

Los exiliados políticos fueron llegando a México, Chile, Argentina, Brasil, Ecuador y Uruguay. Salvo excepciones, sus recorridos constituyen un terreno huérfano de investigación. Aún en el destierro y soportando muchas veces mortificantes presiones de los países que les habían acogido como refugiados, varios exiliados guatemaltecos intentaron tejer alianzas destinadas a recuperar el poder perdido. Dentro del grupo y más allá de las diferencias al momento de juzgar las responsabilidades por lo sucedido, había importantes figuras políticas y referentes intelectuales. Los dos ex presidentes encabezaban la lista. A ellos se sumaban el ex canciller, Guillermo Toriello; el también ex canciller, escritor y diputado Manuel Galich; el ministro y economista Alfonso Bauer Paiz; los escritores Luis Cardoza y Ara-

gónd y Miguel Ángel Asturias; el diplomático Raúl Osegueda. Parte de las actividades que desde entonces emprendieron pasaban por denunciar lo acontecido, participando de actos públicos, mítines, conferencias, o bien publicando folletos, notas periodísticas y, sobre todo, libros. Entre los más prolíficos estarían Arévalo, Cardoza y Asturias. Notablemente silencioso fue Árbenz, sin dudas el más férreamente vigilado en cada uno de sus movimientos por la CIA (García, 2011). Salvo este último, todos publicarían libros y emprenderían acciones de denuncia a los Estados Unidos enriqueciendo así el nutrido campo del antiimperialismo al cual el golpe había revitalizado.

Sus actividades eran controladas de cerca por las estaciones de la CIA en cada capital latinoamericana y, a la vez, monitoreadas por los diplomáticos anticomunistas guatemaltecos que en realidad cumplían funciones propias de un servicio de espionaje. El anticomunismo compartido por las élites políticas latinoamericanas facilitaba su labor (García, 2013b). Una parte importante del control se cumplía por medio de la interceptación de la correspondencia que mantenían entre sí los emigrados, más allá de sus intentos –muchas veces fructíferos– de eludir ese hostigamiento “postal”².

La *Fábula* y sus circunstancias

Fue precisamente en este marco y como “respuesta” al Departamento de Estado que el ex presidente Arévalo concibió su famosa *Fábula* antiimperialista.

El golpe contra Árbenz lo había sorprendido como embajador sin sede del gobierno revolucionario en Chile. Recuérdese que hubo momentos cruciales en el acoso internacional al régimen guatemalteco. Cuando la tensión alcanzó niveles de alarma el ex presidente Arévalo emprendió la cerrada defensa de su país. Aprovechando su prestigio, emprendió una gira sudamericana para realizar conferencias delante de auditorios ávidos de escuchar su voz. Le llamó al periplo, en uno de sus escritos, “viajes defensivos”³. Altamente exitosas, sus diatribas fueron ampliamente reconocidas⁴, y generaron duros ataques de la CIA⁵. Mientras tenía lugar la invasión, indigna-

do e impotente, concibió en el sur del continente su célebre libro, ampliamente reeditado en varias capitales latinoamericanas hasta la edición final argentina de 1964. Constituía, al calor de los hechos, un trabajo dirigido contra el Departamento de Estado (Arévalo, 1954). Pocos días después, recibiría en Santiago un breve cable por el que era cesado en el cargo que ocupaba⁶. Oficial y forzosamente comenzaba entonces su exilio político. A juzgar por sus escritos, conferencias y correspondencia debe decirse que en ningún momento dio por terminada su labor, por el contrario, redobló las mismas con el objetivo de reagrupar fuerzas. En su afán debía dar a conocer lo que la “prensa grande” de América Latina silenciaba respecto a lo ocurrido en su país: se trataba de “mantener vivo lo nuestro”.

La *Fábula* lo ocupó durante varios meses en los que alternó viajes puntuales a Uruguay y Argentina. En carta a Cardoza y Aragón de agosto de 1955, le da a conocer la primicia del libro en el que trabajaba, “América Latina estrangulada” de cuyas “300 páginas tengo ya 200 redactadas”⁷. Dos meses más tarde, otra carta suya menciona un próximo congreso de partidos políticos latinoamericanos en cuya organización venía trabajando “para discutir en grande y en profundo la miseria en la que hemos caído”⁸. Dos semanas más tarde estaba en Montevideo, “invitado de honor” del Partido Socialista uruguayo a uno de sus congresos. En la instancia disertó sobre la situación latinoamericana. Expresamente sostuvo que los países habían sido engañados el año anterior. Pidió entonces la “ayuda” de la región para presionar a la dictadura de Castillo Armas, a cuyo régimen caracterizó, muy ilustrativamente, como una auténtica “tala jurídica” dedicada a desmantelar los logros obtenidos bajo los gobiernos revolucionarios. Entre sus afirmaciones públicas y muy a tono con el libro que preparaba, el tema central de sus argumentos fue “ese imperio que merodea y rodea siempre nuestras casas”⁹.

Poco más tarde, en febrero de 1956, la “diatriba” antiimperialista incluía en el título principal la palabra *Fábula* y su “tesis” abordaba la “subordinación absoluta de Latino América a los Estados Unidos”¹⁰. Para junio, el trabajo estaba “en prensa”. Incansable, su autor se abocaba al nuevo proyecto o “meditación sobre el Imperio”. Como le contaba a su amigo Cardoza, allí explicaría “qué

significa y a dónde va el anticomunismo”. Seguidamente adelantaba que daría por “terminadas mis obligaciones para con los Estados Unidos”, llegando el momento, pensando en Guatemala, de tomarse unas “vacaciones” con “baños de mar en el Caribe”¹¹.

Fue finalmente en agosto de 1956 y en Santiago de Chile que salió a la venta la primera edición de la *Fábula*. En noviembre aparecía en México y en febrero de 1957 vio la luz la primera de las ediciones impresas en Buenos Aires. Se trató de un éxito editorial significativo e inmediato. En otra carta a Cardoza, Arévalo describía algunos pormenores del libro: “su tesis es corrosiva” y “aspira a que se produzca un movimiento para la revisión de los contratos fabricados por el tiburón sobre la base de aquella palabreja ‘perpetuidad’ que cayeron sobre las sardinas Panamá y Nicaragua”. Pero, sobre todo, proseguía, “es una manera indirecta de explicar lo de Guatemala, explicando lo que sucedió en Nicaragua en 1914. Todo el capítulo se quedó en una versión ‘nicaragüense’ de lo de Jacobo...”¹².

Los diplomáticos que representaban a la dictadura de Castillo Armas estrecharon su vigilancia. Desmintieron su mal estado de salud en marzo; remitieron a Guatemala artículos relativos a Arévalo; continuaron espiando sus cartas junto a la CIA –lo que les permitió adelantar la inminente publicación de la *Fábula*– y se mantuvieron vigilantes del viaje de Osegueda desde México, cuyas “manos seguras” condujeron copias del libro para su reedición en México y Buenos Aires.

La opción por la fábula

Detallados el marco y los pormenores, analicemos el contenido del libro. Como lo advierte la primera palabra de su título se trata de una fábula, género literario muy antiguo donde se emplean figuras de animales sobrenaturales que presentan características humanas. Es altamente probable que la adopción de dicho género por parte de Arévalo encuentre relación con dos cuestiones: su antigua condición de maestro escolar y el hecho de que le permitía abordar la cuestión de su país en forma indirecta. Esto último no constituía

algo menor pues debe tenerse presente que, dada su condición de exiliado, debía evitar inmiscuirse en política o alterar las relaciones amistosas entre el lugar donde había fijado residencia y su país natal. La estructura del texto seguía los clásicos parámetros del género reposando, de manera moralizante y didáctica, en dos personajes antagónicos, desiguales y con posiciones encontradas. Ellos eran el “tiburón y las sardinas” o Estados Unidos y América Latina, tema general sobre el cual se ocupan todos los capítulos a excepción del primero, dedicado explícitamente a presentar la *Fábula*. Son precisamente estas primeras páginas las que constituyen la base argumental del estudio y donde se condensa, con mayor celo didáctico, la orientación moralizante del trabajo.

El tiburón y las sardinas ante Méduso

A casi seis décadas de su concepción deben reconocerse algunos puntos altos y expresamente claros respecto a las características más sobresalientes que han pautado la “ideología” de la política exterior norteamericana hacia América Latina. En el tratamiento de una temática tan extensamente transitada, Arévalo recurrió y puso en diálogo junto al tiburón y las sardinas a un tercer protagonista “mariño”, “mitad fantasía, mitad realidad”. Se ensamblaban en él “cosas dispares” bajo un denominador común: era alguien muy fuerte que ponía en reverencia al tiburón y a la sardina (Arévalo, 1965: 14-15).

Al momento de su “llegada” y encuentro con aquellos, la relación entre ambos estaba “tensa”. Por un lado y como sucedía a menudo, la sardina “tiritaba de nerviosidad”. Entretanto y a su frente, estaba “la fiera”, que “con más experiencia, con rápida imaginación de asaltante y descuartizador, lo adivinó todo”: “¡La sardina se moría de miedo!”. No sólo eso, “carcajadas de gárgaras le salieron” y en definitiva la situación revelaba como “el tiburón se divertía por el sufrimiento infernal de la sardina” (Arévalo, 1965: 13).

El tercer protagonista se llamaba “Méduso-Cálamo-Serpens” o “el Derecho”. Había sido enviado por alguien aún más fuerte que él, “Neptuno”, el “dios universal de las aguas, colérico y terrible, fra-

guador de tormentas, castigador y funesto”. Tras el encuentro con el tiburón y la sardina, llegó su propia presentación. En la misma no ahorró verborragia y se permitió ciertas amplitudes para describir a “los mares”. Aludió al “cielo” que existía en las “profundidades del océano” (Arévalo, 1965: 17); mencionó “glorias” pretéritas del mar; elevó la voz al referirse a la “patria” y también tuvo palabras hacia el concepto de “substancia”, detallando la existencia de ideas tales como “vivencia”, “convivencia” y “supervivencia”. En definitiva, Méduso explicaba que el “Derecho” era “nuestro océano” y ante él, “la agresividad” era condenable. Por esa razón, continuaba, “la fuerza bruta” no debía tener “privilegios”. Si bien el Dios Júpiter les había “provisto” a todos los habitantes del océano “ciertos atributos” ellos en realidad servían para “poner a prueba” la capacidad de “dominio” de cada uno. Si los integrantes del mar violaban ese principio no cumplían la “actividad esencial” que era integrar un mar donde “los seres del agua deben amarse los unos a los otros”, pilar de “coexistencia” y “cooperación”. Es que, a los ojos de Saturno todos eran iguales tanto “como los Estados lo son a los ojos del Derecho”. Por ello y sin perder de vista el tono apacible, finalizaba aquel tramo de la descripción de forma idealista: “Tú, sardina, no debes sentirte pequeña ni débil: el derecho te protege. Tú, tiburón, no debes creerte omnipresente: el derecho oceánico te vigila y te condena” (Arévalo, 1965: 18).

Las iniciáticas palabras inquietaron al tiburón. Sin tomarlo en cuenta, prosiguió explicando el profeta: “El Derecho significa reciprocidad y responsabilidad, afronta los conflictos, nivela las aristas, desarma al agresor [y] equipara las fuerzas”. Con la impaciencia del tiburón en franco aumento, habló que “la piratería de alta mar” era “un deporte” peligroso pues “necesitamos un mundo de paz, un mundo de seguridad mutua, un mundo de normas...en donde no haya tiburones ni sardinas...seres superdentados y seres desdentados...” (Arévalo, 1965: 20).

A esa altura ya no pudo contenerse el tiburón, y le preguntó a aquella silueta con forma de fantasma si las diatribas significaban que él cuestionaba el “modo de vida” de los tiburones. Recibió varios “silencio” acompañando las palabras con una “tempestad lu-

minosa” y “estruendos”: no era la “oportunidad” de hablar de los modos de vida de tiburones y sardinas (Arévalo, 1965: 20-21). Sí fue claro en que “el modo de vida de los gangsters [sic]” era “cosa del pasado”: “recuerdos” desvanecidos “en la profundidad de los tiempos, arrinconados en la historia de la barbarie”. Al fin y al cabo, ahora estaba “Neptuno iracundo y terrible”, “protector universal”, “sustento supremo del Derecho”. Esta última alusión se encontraba plenamente justificada pues el tiburón “estaba a punto de estallar”.

Superados los juicios de valor, pasó el “profeta” de “griega cabeza, barba de pirata y ondulosos brazos” a otorgarles la “bendición” en nombre del “todopoderoso” guardián de los mares: “A partir de hoy seréis hermanitos, enfrentando juntos la vida”. La hermandad, empero, estaba ligada al tamaño y fuerza de cada uno: “Hermano mayor será el tiburón, tu protector, sardina. Hermanita menor, tú, la protegida”. El carácter perpetuo de la minoridad de la sardina le imponía “obligaciones” al tiburón. Ellas serían la “garantía de que ninguna otra bestia que no seas tú, podrá acercársele”. De esa forma cabía, para la sardina, una lógica consecuencia: ella formaría parte del “mundo libre” del tiburón (Arévalo, 1965: 22-23).

La sardina, aprovechando una “tregua” durante las explicaciones de Méduso, “con los ojos llenos de lágrimas” y “de rodillas” le consultó cómo podía “corresponder” al tiburón (Arévalo, 1965: 23-24).

“Hija mía”, contestó Méduso, “no te disminuyas”. “Saturno” le había reservado “el monopolio en materia de servidumbre”. Por esa razón, la “liviandad” era más que útil al tiburón:

“por ejemplo: tú vigilarás en derredor de su guarida...; oirás a sus amigos para comprobar si lo son, escucharás a sus enemigos sin que te reconozcan. Cuidarás de la gloria y del prestigio del tiburón como si fuera un sacerdote de Neptuno, y dirás que ha cambiado sus costumbres... Pregonarás a los cuatro vientos su buena voluntad... Jurarás que es persona de bien y servidor de causas idealistas. Aprenderás de memoria sus catorce puntos y cuatro libertades... Serás su portavoz, y en el coro de sus amigos, corifeo. Y si por la fuerza de los hábitos, el tiburón volviera a sus andadas, tú espíritu de lealtad se demostrará diciendo que es mentira...que es el eco de la perpetua envidia que le tienen... Otros servicios hay, sardina, que el tiburón valorará mucho

y recompensará con generosidad. Por ejemplo: si el tiburón dispara, recogerás las cápsulas vacías; si se baña, le acercarás el jabón y la esponja; si resuelve escribir, le secarás la tinta; si perora ante el público, lo aplaudirás antes que nadie... Si el tiburón delinque, servirás como testigo de su inocencia. Persuadirás a tus compañeras sardinas para que hagan con el tiburón la misma amistad que tú, y llevarás buena nota de aquellas que murmuran o blasfeman. Si los otros escualos o los otros cetáceos, conspiran, allí se te depara la honrosa oportunidad de ser delatora” (Arévalo, 1965: 23-24).

El mensaje proseguía en su labor de quitarle dramatismo a la manifiesta asimetría: “Como lo ves, sardina, el destino te reserva la gloria de servir, de bien servir, de todo servir, de más servir, de siempre servir a este gigante del mar, otrora criminal y bandolero... hoy convertido a la religión del Derecho” (Arévalo, 1965: 24).

La “farsa” del panamericanismo

El libro de Arévalo abordaba con no menor lucidez la “farsa” del panamericanismo y el significado de los “tratados”. Respecto a estos y siguiendo el tono fabulado con el que explicitaba su visión del ordenamiento jurídico, panamericano primero e interamericano más tarde, el personaje describía que el Derecho, más allá de sus “verbosidades”, necesitaba de pactos escritos pues “prefiere las palabras grabadas en piedra” (Arévalo, 1965: 25). Aquello, en suma, requería de “testigos de ley, aptos para la mentira”. Pero Méduso no actuaba por sí sólo, Neptuno lo había “mandado” a que los invitase a concretar un “tratado de paz y amistad”. “Una vez que pongas tu firma, tiburón, tendrás el perdón por todas las hecatombes que has producido”. Y volviéndose a la sardina le dijo: “una vez puesta tu firma, sardina, tendrás la paz y la seguridad que jamás conociste, cubierta de tu poderoso aliado...”.

Fue entonces que, sin perder ni un instante, Méduso hizo “aparecer” los elementos necesarios para “la redacción y firma”. “Embaucados” todos con su retórica y rodeados de “curiosos”, el acto se concretó: “un Tratado de paz y amistad, libre navegación, mutua

defensa e hipoteca mutua entre la fiera de los mares, el tiburón, y la princesa...sardina”.

Cuando lo de hipotecarse apareció, la sardina “saltó alarmada” ante las risas del público. Se permitió entonces, “previas disculpas... a los pies de Neptuno”, consultarle “¿Y si el tiburón no cumple lo pactado, quién me ayuda a capturarlo?”. Fue tratada de “ingenua” por el sacerdote, quien la consoló diciéndole que, si tanta era su alarma, cabría fundar “una sociedad panameroceánica de sardinas, con domicilio en la propia guarida del tiburón”. No fue muy convincente: “la sardina, compungida, lloraba, confesándose en grave pecado de duda”. Sin embargo, no había marcha atrás y el “Notario” continuó con su “sagrada tarea caligráfica” de “largas frases”.

Una nueva discordancia apareció al sellarse la duración: Médusod propuso “novecientos noventa y nueve años prorrogables a voluntad del tiburón”. Fue en ese preciso instante que la sardina interrumpió: ella vivía muy “pocos años”. Igualmente, la suerte estaba echada. Para el “profeta” los “actos jurídicos” con el tiburón “son válidos más allá de su vida, más allá de la de sus nietos”, “por los siglos de los siglos”. Por si más precisiones eran necesarias, se advertía: “Original en inglés, porque es el idioma de los tiburones. Original en español, porque es el idioma de las sardinas”.

Definitivamente, la “disciplina” del tiburón estaba terminada: “arrebató su copia, antes que se la dieran, y salió intempestivamente, sin avisar ni despedirse, refunfuñando...contra el Profeta, contra el Derecho, y amenazando de muerte a la sardina ‘para cuando la encontrara sola’...” (Arévalo, 1965: 31). Mientras, la sardina quedó “alegre y optimista”, “leyendo y releyendo el texto mágico”, aprendiendo con “alborozo de escolares, los extraños términos y la nueva gramática”: “La sardina, encantada con su tratado-hipoteca, no termina de maravillarse por aquel despliegue que a ratos parecía algarabía de bodas, y a ratos suntuosa ceremonia de entierro” (Arévalo, 1965: 32).

El acto, una vez consumado, necesitaba, como última cuestión, publicidad. Nuevamente, la fina ironía decía presente:

“Cangrejos periodistas vendieron la noticia, estampada en la primera página de sus almanaques... ¡Un tratado de noble amistad e hipoteca

mutua se había firmado entre un tiburón y una sardina! Conquista ética universal. Ficción jurídica suprema... El Estado tiburón es igual al Estado sardina. ¡Qué nueva vida en el Océano! Nueva vida para las sardinas hipotecadas a perpetuidad. Tranquilidad de conciencia para el tiburón en la obra del juicio final” (Arévalo, 1965: 33).

Palabras finales

El repaso de los pormenores inherentes a las sucesivas ediciones de la *Fábula* y las repercusiones que generó corresponden a otro capítulo que supera el espacio de que disponemos aquí. Nuestro estudio estuvo dedicado a poner de relieve los principales aspectos relativos a su historia y a las circunstancias que lo rodearon, contribuyendo así a su explicación. Sin embargo, debe destacarse que la *Fábula* no fue un libro más dentro de la tradición antiimperialista, sino que se convirtió rápidamente en uno de sus emblemas más nítidos e influyentes durante la guerra fría. En palabras de su autor, cumplió un “papel doctrinario”: “Las cartas que yo recibí por la publicación de la *Fábula* y los comentarios de prensa de toda América Latina, constituyen un título honorífico que me colocó en el más alto nivel estimativo dentro de los círculos intelectuales y políticos”. Independientemente de su típico egocentrismo, le asistía la razón. Siete años más tarde de la primera edición, en 1963, Arévalo regresó clandestinamente a Guatemala. Era, por lejos, la principal figura política; su popularidad nunca había dejado de crecer. Su intención era presentarse a las elecciones nacionales que tendrían lugar ese año. Sus enemigos internos le temían, pero más aun, el Departamento de Estado, quien apoyó decisivamente un nuevo golpe de estado para forzarlo a un nuevo exilio. Como se revela en una conversación –cuya cinta ha sido recientemente desclasificada– entre el presidente John F. Kennedy y sus asesores, entre las motivaciones que explicaban cuán molesto podía ser Arévalo estaba la de que había sido “el tipo que escribió la *Fábula del tiburón y las sardinas*” (Friedman, 2015).

Notas

- 1 Miguel Ángel Mendizábal, Jefe de la Guardia Civil, Guatemala, 19/07/1954, oficio 002450, Archivo Histórico de la Policía Nacional-Guatemala, Exp. (17.0217.0847) 56-1.
- 2 La correspondencia entre Luis Cardoza y Juan José Arévalo insiste una y otra vez en ello. Véase Pinto Soria *et al.* (2011). Las fuentes consultadas en la cancillería guatemalteca lo confirman: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Guatemala, Clasificación 513, Asunto: “Movimiento subversivo del 25 de junio”, 1956; “Cifrados. Antonio Vilanova Castro (1958)”, 1958; Clasificación 514, Asunto: “Gobierno Checoslovaquia reconoce categoría Embajador al Coronel Jacobo Árbenz”, Año 1956; Clasificación 514, Asunto: “Confidenciales”, Año de 1959/60; Clasificación 514, Asunto: “Declaraciones de Jorge Toriello en Tapachula”, Año de 1956; Asunto: “Actividades emigrados políticos”, Junio de 1956.
- 3 Arévalo (1988). También, Elisa Molina de Arévalo a “Mari” [madre de Juan José Arévalo], 02/03/1954, en Archivo de Juan José Arévalo, “Cartas de Juan José desde 1954 a 1972”.
- 4 Revista *Marcha* (Uruguay), 11 y 25 de junio de 1954.
- 5 CIA, “Progress Report PBSUCCESS for the Period 8-14 June 1954”, 15 June 1954, Doc. No: 921914; CIA, “General-KUGOWN-Specific-Arevalo Notice from Chile”, 28 May 1954, Doc. No: 923153; CIA, “Cable Re Guatemala 1954 Coup”, 11/6/54, Doc. No: 922508. También, Dotti (1954).
- 6 Ministerio de Relaciones Exteriores a Juan J. Arévalo, Guatemala, 6 de julio de 1954 en Archivo de Juan José Arévalo, Carpeta “Embajador, 1951-1977”.
- 7 Arévalo a Cardoza, Santiago, 08/08/1955. En Pinto Soria *et al.* (2011: 99-100).
- 8 Arévalo a Cardoza, Santiago, 09/10/1955. En *ibidem*, 111.
- 9 Revista *Marcha* (Uruguay), 05/10/1956.
- 10 Arévalo a Cardoza, Santiago, 24/02/1956. En Pinto Soria *et al.* (2011: 117).
- 11 Arévalo a Cardoza, Santiago, 04/06/1956. En *ibidem*, 125.
- 12 Arévalo a Cardoza, Santiago, 16/09/1956. En *ibidem*, 127-128.

Bibliografía

- Arévalo, Juan José 1988 *Escritos complementarios* (Guatemala: Ministerio de Educación).
- Arévalo, Juan José 1965 (1956) *Fábula del tiburón y las sardinas* (Montevideo: Palestra).
- Arévalo, Juan José 1954 *Guatemala, la Democracia y el Imperio* (Montevideo: Marcha).
- Buchenau, Jorge 2000 “México y las cruzadas anticomunistas estadounidenses, 1924-1964” en *Secuencia* (Méjico) N° 48.

- Cullather, Nick 2002 (1999) PBSUCCESS. *La operación encubierta de la CIA en Guatemala 1952-1954* (Guatemala: Avancso).
- Dotti, Víctor 1954 *Toda la verdad sobre Guatemala (Dos conferencias leídas en el Ateneo en julio de 1954)* (Montevideo: Imprenta Montevideo).
- Friedman, Max 2015 (2012) *Repensando el antiamericanismo* (Madrid: Machado).
- Friedman, Max 2010 “Significados transnacionales del golpe de estado de 1954 en Guatemala: un suceso de la Guerra Fría internacional” en García Ferreira, Roberto (coord.) *Guatemala y la Guerra Fría en América Latina, 1947-1977* (Guatemala: CEUR-USAC).
- García, Roberto 2013a *Operaciones en contra: la CIA y el exilio de Jacobo Árbenz* (Guatemala: FLACSO).
- García, Roberto 2013b “La diplomacia liberacionista y el exilio guatemalteco en América del Sur, 1954-1960” en *e-l@tina*, Vol. 11, N° 44.
- García, Roberto 2012 “La Revolución guatemalteca y el legado del presidente Árbenz” en *Anuario de Estudios Centroamericanos* (Costa Rica) Vol. 38.
- García, Roberto 2011 “Gregorio Selser y sus entrevistas con Jacobo Árbenz” en *Diálogo* (FLACSO - Guatemala) Núm. extraordinario.
- García, Roberto 2007 “El caso de Guatemala: Arévalo, Árbenz y la izquierda uruguaya, 1950-1971” en *Mesoamérica*, N° 49, enero-diciembre.
- Gleijeses, Piero 2005 (1991) *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y los Estados Unidos, 1944-1954* (Guatemala: Editorial Universitaria).
- Grandin, Greg 2007 *Panzós: la última masacre colonial. Latinoamérica en la guerra fría* (Guatemala: Avancso).
- Handy, Jim 2013 *Revolución en el área rural: conflicto rural y Reforma Agraria en Guatemala (1944-1954)* (Guatemala: CEUR-USAC).
- Meyer, Lorenzo 2004 “La guerra fría en el mundo periférico: el caso del régimen autoritario mexicano. La utilidad del anticomunismo discreto” en Spenser, Daniela (coord.) *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México: Porrúa).
- Moulton, Aaron Coy 2015 “Building their own Cold War in their own backyard: the transnational, international conflicts in the greater Caribbean basin, 1944-1954” en *Cold War History* Vol. 15, N° 2.
- Pettinà, Vanni 2011 *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959. Del compromiso nacionalista al conflicto* (Madrid: Catarata).
- Pinto Soria, Julio; Taracena Arriola, Arturo y Mendoza, Arely (eds.) 2011 *Correspondencia del exilio. Luis Cardoza y Aragón, Juan José Arévalo (1950-1971)* (Guatemala: USAC).
- Schlesinger, Stephen y Kinzer, Stephen 1987 (1982) *Fruta Amarga: La CIA en Guatemala* (México: Siglo XXI).
- Weld, Kirsten 2014 *Paper Cadavers: The Archives of Dictatorship in Guatemala* (Durham: Duke University).

ANA LAURA RAMOS SASLAVSKY*

Sandino, general de hombres libres: biografía del primer libro de Gregorio Selser

Gregorio Selser (1922-1991) fue un intelectual argentino que documentó la historia latinoamericana del siglo XX. A través del periodismo de investigación, denunció las acciones intervencionistas de las potencias mundiales, principalmente las de Estados Unidos, y reivindicó las luchas populares por la libertad y la soberanía nacional. En 1976 se exilió en México, donde permaneció el resto de su vida. Su vasta obra cuenta con más de cincuenta libros publicados, alrededor de cuatro mil artículos periodísticos y un vasto archivo hemerográfico personal, que junto con su esposa Marta Ventura fueron construyendo durante más de treinta años, y que hoy conforma un material invaluable para estudiar la historia contemporánea de la región.

El presente estudio es una síntesis de la biografía de *Sandino, general de hombres libres*, primer libro de Gregorio Selser, en lo que concierne a su primera edición. Aborda el proceso creativo de la obra, analizando las principales ideas desarrolladas, así como la recepción que el libro tuvo en diferentes países.

En 1955 Gregorio Selser, gran lector y joven militante del Partido Socialista, escribió, en el contexto de una Argentina poco sensible a los temas centroamericanos, uno de los trabajos más completos

* Mexicana. Profesora-investigadora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).

hasta entonces publicados sobre el héroe nicaragüense: *Sandino, general de hombres libres*. El libro les recordó a los pueblos el potencial con el que cuentan para la defensa de sus ideales, llamando la atención sobre la importancia vital que tiene el conocimiento de su propia historia. Tuvo una gran cantidad de lectores en diversos países, siendo principalmente los centroamericanos exiliados en México los que realizaron una importante tarea de difusión a nivel internacional. El impacto inicial de la obra llevaría a Selser a ampliarla y reeditarla constantemente. De hecho, la misma ha sido reimpressa o reeditada por lo menos trece veces: en Argentina, Cuba (con tiraje de 200.000 ejemplares), Uruguay, México, Costa Rica, y Nicaragua. Ha sido prologada por personajes como Miguel Ángel Asturias y presentada por Aldo Díaz Lacayo.

El libro está basado en dos ejes fundamentales: el imperialismo y el latinoamericanismo. Estos conceptos los manejó de manera entrelazada, donde la historia de América Latina no puede ser entendida sin tomar en cuenta las políticas imperialistas que han intervenido a lo largo de toda la región.

Formación de Selser

Gregorio Selser provenía de una humilde familia de inmigrantes judíos ucranianos, fue influido por la llamada generación del 900, por movimientos como la Reforma Universitaria y la Unión Latinoamericana y por la lectura de autores como Víctor Hugo, Emile Zola, Erich Maria Remarque, Stefan Zweig y Thomas Mann, entre otros. Fue heredero de discusiones intelectuales que surgieron durante las primeras décadas del siglo XX, donde los conceptos de latinoamericanismo y antiimperialismo comenzaron a abrirse paso y a adquirir nuevos matices.

Selser fue autodidacta. Por razones políticas no pudo entrar en la universidad, y la carencia de mejores herramientas teórico-metodológica fue algo que le pesó durante toda su vida. El personaje que más influyó en su formación académica fue Alfredo L. Palacios (1878-1965), quien fue el primer diputado socialista electo

en América Latina y, luego, impulsor de la Unión Latinoamericana. A decir de Selser, Palacios fue su “maestro y padre en el afecto”. Incluso, en una entrevista realizada muchos años después, Selser sostuvo: “[Palacios] fue quien más influyó sobre algo que ya estaba posiblemente en mí, que era la inclinación al conocimiento de la temática latinoamericana. En parte eso explica por qué mi visión o percepción de la problemática latinoamericana está asociada con la incidencia del imperialismo” (Selser, 1988: 127).

El latinoamericanismo de Palacios estaba basado en el análisis y la denuncia activa de la política imperial de los Estados Unidos en el continente. Al respecto, es importante considerar que en esa época, si bien Estados Unidos incrementaba su dominio en Centroamérica, con Argentina mantenía muy pocos vínculos; era, en cambio, Inglaterra la potencia que había consolidado su dominio económico en el país. Por denunciar en mayor medida las actividades imperialistas de Estados Unidos y no las de Inglaterra Palacios fue criticado por sus contemporáneos, al igual que posteriormente lo sería Selser.

Objetivo del libro

El interés de Selser por la reconstrucción y difusión de la gesta de Sandino comenzó cuando investigaba sobre la historia de Guatemala a raíz de los sucesos que llevaron al derrocamiento del presidente Jacobo Árbenz en 1954. Selser se proponía escribir una serie de artículos periodísticos para denunciar la intervención de Estados Unidos en aquel país. Posteriormente comenzó a proyectar un libro basado en los artículos que había ido escribiendo sobre la situación en Guatemala.

Con el objetivo de explicar los entretelones de lo que sucedía en Guatemala, comprendió la necesidad de contextualizar los hechos del presente en un marco temporal más amplio, disposición que caracterizaría su manera de hacer periodismo de investigación a lo largo de su vida. Esta necesidad de esclarecer la situación y la historia de Guatemala fue llevando a Selser a considerar otros escenarios históricos de Centroamérica y el Caribe.

Selser opinaba que el presidente Árbenz había caído sin defenderse, pese a que su pueblo había luchado para sostenerlo. En su búsqueda de información encontró frecuentes referencias a la lucha de Augusto C. Sandino en Nicaragua, y consideró que su caso “era un ejemplo diametralmente opuesto a la dejación guatemalteca” (Selser, 1991b).

De esta manera Selser había descubierto a su héroe. Decidió entonces escribir un libro que rescatara del olvido la gesta de Sandino, “a modo de ejemplo de lo que cabía hacer en nuestra América para enfrentar a Estados Unidos a cambio del modelo negativo ofrecido por la no resistente Guatemala de Árbenz” (Selser, 1991b). Ése fue el objetivo del libro: inspirar a los pueblos latinoamericanos, en especial al guatemalteco, a luchar por su soberanía y por su libertad recreando el paradigma del héroe que mostró la posibilidad de enfrentar y vencer al rubio Goliat.

Más que como un trabajo académico, Selser concibió la escritura del libro como un ejercicio de militancia política. Recurrió a la transcripción de fuentes tanto primarias como secundarias, más que a la interpretación. En consecuencia, citó una gran cantidad de documentos completos y transcribió, en forma simultánea, documentos en el cuerpo del texto y otros complementarios en notas a pie de página.

Fuentes

Según Selser, en la Biblioteca Nacional de su país prácticamente no había materiales sobre Centroamérica. Sin embargo, él pudo tener acceso a la biblioteca personal de Alfredo Palacios. En opinión de Selser, ésta era una de las bibliotecas más ricas sobre la temática latinoamericana. También contaba con la biblioteca del ingeniero Gabriel del Mazo, antiguo líder de la Reforma Universitaria. Posteriormente, Selser comenzó una búsqueda de fuentes en las librerías de viejo y encontró algunas “joyas” relativas a la historia de México, pero nada sobre Nicaragua. Hasta que un día, en una librería de viejo, encontró los remanentes de la biblioteca de Máximo Soto Hall, guatemalteco que había escrito *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*

y *La sombra de la Casa Blanca*. Selser adquirió estos volúmenes junto a varios otros en los que se apoyaría para escribir *Sandino, general de hombres libres*.

Las fuentes en las que se basó para escribir el libro fueron principalmente literatura interesada en analizar y denunciar la política expansionista de Estados Unidos en América Latina, escrita por autores cuya ideología era generalmente de izquierda, antiimperialista, pacifista y en varios casos socialista, principalmente estadounidenses y latinoamericanos. Como ejemplos podemos referirnos a libros como *La diplomacia del dólar*, de Scott Nearing y Joseph Freeman; *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica (The Growth of the American Republic)*, de S. E. Morison y H. S. Commager. Años más tarde, Selser editó varios de los libros que utilizó en el *Sandino*. Es el caso de *América Latina, mundo en revolución*, de Carleton Beals; *Democracias y tiranías en el Caribe*, de William Krehm; *Nuestra América y el imperialismo*, de Alfredo L. Palacios; *El imperio del banano*, de Charles D. Kepner; y *Los amos de la prensa*, de George Seldes.

Selser utilizó también los testimonios de los protagonistas o testigos de la historia, como el libro del político mexicano Isidro Fabela, *Estados Unidos contra la libertad*, y los libros del intelectual, periodista y editor de Costa Rica, Vicente Sáenz: *Rompiendo cadenas, El canal de Nicaragua y Norteamericanización de Centro América*. Además, hizo uso de obras de periodistas que habían logrado entrevistar a Sandino, como por ejemplo, el libro del periodista vasco Ramón Belausteguigoitia *Con Sandino en Nicaragua*, y el trabajo del mexicano Emigdio Marabotto, quien había estado con Sandino en México. Por otra parte, acudió a diversas fuentes hemerográficas latinoamericanas y norteamericanas, como *Amauta* y *Repertorio Americano*, así como a documentos principalmente expedidos en Estados Unidos.

Estructura

Sandino, general de hombres libres está constituido por catorce capítulos, en donde se describe la historia del expansionismo estadounidense en América Latina. Del primer capítulo al quinto¹, Selser se ocupa de la expansión de Estados Unidos sobre México y Centroamérica de manera general, y sobre Nicaragua de manera particular, sin mencionar al héroe. En los siguientes cinco capítulos² describe la gesta, desde sus orígenes hasta el viaje que Sandino decidió hacer en busca de apoyo a su causa. Los tres capítulos posteriores³ narran el cambio de estrategia de Estados Unidos, su retirada de Nicaragua, la creación de la Guardia Nacional, las negociaciones de paz y, finalmente, el asesinato de Sandino. El último capítulo, “El asesino y su festín”, está destinado al análisis de la economía nicaragüense durante el gobierno de Somoza y a desplegar una denuncia de la corrupción ejercida por dicho tirano.

Las conclusiones del libro son básicamente una apología del héroe, cuya gesta marca un camino a seguir y reivindica la historia de esta región. Sobre la lucha de Sandino, Selser concluye:

“Nuestra América vio en Sandino cobradas viejas deudas, las de los conquistadores antiguos y las de los modernos. Sintió que su lengua, su raza y su destino injusto tomaban desquite de aquellos que les habían convertido en esclavos de su propia tierra. Nuestra América vio nuevamente abrirse las puertas de un camino que, de ser totalmente recorrido, concluirá por reivindicarla, por enaltecerla, por liberarla” (Selser, 1955: 293).

América Latina y el imperialismo

A lo largo de su libro Gregorio Selser hizo constantemente referencias a América Latina; sin embargo, en ningún momento esbozó una definición explícita al respecto, tampoco refirió una delimitación geográfica. Abordó el concepto como indicativo de una región con una historia en común, y con una situación política, económica, social e histórica similar. La característica principal de esta región

era el haber estado sometida al dominio imperialista a lo largo de toda su historia: primero al imperio español, luego al inglés, posteriormente, al imperio estadounidense –al cual Selser llama norteamericano–. Se trata, a la vez, de una región que ha luchado en contra de esta dominación, que ha tenido personajes con la valentía de enfrentarse a los imperios e incluso de ganarles la batalla, como Sandino. Selser plantea una conexión constante entre el imperialismo, principalmente el de Estados Unidos, y América Latina. En el libro los dos conceptos van siempre juntos. Latinoamérica se define y se concibe a través de su relación con el imperialismo, como si éste hubiera sido el motor de su propia historia.

Al referirse a América Latina como una región homogénea, Selser denunció situaciones que no se manifestaban de igual manera en toda la región. Da la impresión de que habló de América Latina a través de lo que sucedía en Centroamérica, sin formular distinciones precisas entre las diferentes realidades de los diversos países que la constituyen. Además, al escribir sobre cuestiones de Latinoamérica cabría cuestionarse si también se refería a países como Argentina y Brasil, que tenían una situación distinta a los países de la región central. Por ejemplo, para Selser, la política latinoamericana no era soberana, ya que estaba sometida a Estados Unidos; desde este punto de vista, aunque se hiciera la simulación electoral, los latinoamericanos no elegían a sus representantes, sino que éstos eran previamente elegidos por los Estados Unidos; los políticos latinoamericanos constantemente traicionaban a su pueblo, para beneficio de los estadounidenses y con pretextos absurdos, contando historias que sólo la historia oficial podía creer. Selser también planteó que la economía de los países latinoamericanos estaba sometida a Estados Unidos. Los políticos, en vez de tomar decisiones económicas orientadas a satisfacer las necesidades de sus países, lo hacían con base en lo que Estados Unidos les dictaba.

Para Selser, la verdadera historia de América Latina, que no figura en la historia oficial, es una historia negra, protagonizada por los latinoamericanos traidores, lacayos de Estados Unidos. Una historia de la infamia, correspondiente a una región sometida y saqueada. Selser pensaba en la historia negra de América Latina

como aquella historia protagonizada por unos políticos que traicionan a su propia patria a cambio de que Estados Unidos les conceda un puesto político o alguna riqueza de su propio país. A lo largo del libro da varios ejemplos de estas figuras políticas que engrosan los capítulos de la historia negra continental. En Selser la burguesía latinoamericana aparece como una importante impulsora de la historia negra, y como fiel aliada de los Estados Unidos. Siempre capaz de traicionar la libertad de su patria a cambio de poder realizar cuantiosos negocios. Para Selser era fundamental que los pueblos latinoamericanos conocieran su verdadera historia, que era precisamente esa historia negra, la historia de la infamia, la historia que Selser cuenta.

Por otra parte, Selser creía que Estados Unidos había desplegado una política de dominación hacia América Latina, siendo muy cuidadoso de mantener a los países latinoamericanos desunidos, en la pobreza y sin capacidad industrial ni productora, con economías reducidas a la monoproducción y a la exportación de materias primas útiles para las potencias.

Según Selser, para poder hacer frente al imperialismo y poder conquistar la independencia y la soberanía, Latinoamérica, y en especial Centroamérica, no tenía otra alternativa que unirse. Recíprocamente, el imperialismo había luchado incansablemente para que esto no ocurriera y para que los intentos de unión fracasasen.

Pero el continente estaba amenazado no sólo por los estadounidenses, sino que otros imperios europeos habían estado y seguían estando interesados en someterlo. En ocasiones, los países de la región, para escapar de una amenaza buscaban ayuda en otra; al hacerlo no podían escapar de su estado de sometimiento, y seguían sin poder tomar decisiones basadas en el respeto a su soberanía nacional.

Es importante mencionar que Selser traza una clara distinción entre los gobiernos latinoamericanos —que en relación con el apoyo a Sandino fueron muy poco solidarios—, y los pueblos latinoamericanos —quienes sí lo respaldaron con gran entusiasmo—.

Un éxito de ventas

Selser dedicó medio año a la tarea de redacción del libro. Encontrar un editor le llevó más tiempo. Según él, los editores no se querían arriesgar a publicar un tema que pudiera herir a Estados Unidos. Decidió sumar el aporte cooperativo de quienes, después de leer el texto, estuviesen de acuerdo en editarla. Fueron más de diez las personas que lo apoyaron. Entre ellos se encontraban el profesor Rodolfo Puiggrós, Gregorio Levensohn y el industrial Adolfo Álvarez. Se resolvió que si el libro tenía éxito comercial, y si no lo secuestraba la policía, se invertiría ese dinero en la publicación de otro libro de la misma significación antiimperialista. El nombre de la nueva empresa cooperativa editorial fue “Pueblos de América”. Para imprimir el libro Selser recurrió a los talleres gráficos “América lee”, de un grupo de anarquistas, quienes tomaron el trabajo no como un negocio, sino como un acto de solidaridad con la causa de Sandino. Previendo una posible requisa policial, decidieron dispersar la edición, cada persona se haría cargo de 100, 200 o 500 ejemplares y los guardaría en un lugar, sin que los demás supiesen su ubicación exacta.

El libro fue un éxito de ventas. La primera edición, de 3.000 ejemplares, se agotó en menos de seis meses. Con genuina modestia y humildad, Selser atribuyó este éxito de ventas al título de la obra. En una entrevista comentó: “Nunca dudé que dos mágicas palabras ‘hombres libres’ tuvieran que ver con el fenómeno de su inusual venta” (Selser, 1991b). El origen del título está en una anotación del pensador Henri Barbusse, comunista y pacifista. En una carta enviada a Sandino y cuya traducción fue publicada en *Amauta*, Barbusse había dicho: “Usted, Sandino, general de los hombres libres, está representando un papel histórico imborrable”.

Diferentes lecturas de la obra

La primera versión del *Sandino, general de hombres libres* tuvo una amplia recepción. Fue leído internacionalmente sobre todo en América Latina, principalmente en México, pero también en otros lugares del mundo como en Estados Unidos y en Europa.

Para analizar la recepción que tuvo la obra contamos con dos tipos de fuentes: la correspondencia de Selser y los artículos publicados sobre el libro. Con respecto a las cartas, los correspondentes en su mayoría son destacados intelectuales, políticos y/o pedagogos centroamericanos, muchos de los cuales estaban, en esos años, exiliados en México. Algunos habían luchado junto a Sandino o habían tenido que ver en el desarrollo de su movimiento. Generalmente se conocían entre sí. Entre los correspondentes puede mencionarse al escritor y editor costarricense Vicente Saénz, al pedagogo nicaragüense Edelberto Torres, al poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, al político argentino Arturo Frondizi, entre otros.

Con respecto a los artículos sobre el libro, los mismos fueron publicados principalmente en periódicos de Buenos Aires de ideología antiperonista como *Lucha Obrera*, *Dinámica Social*, *Crítica*, *Noticias gráficas*, *Democracia*, entre otros.

A través del análisis de estas dos fuentes, encontramos que el *Sandino* de Selser tuvo lecturas y recepciones diferentes en Centroamérica y en Argentina. Mientras que la recepción en Centroamérica fue generalmente emocionada y generosa, en Argentina fue un tanto conflictiva, sobre todo por parte de los intelectuales peronistas. Los comentarios que los centroamericanos formularon sobre la obra y su autor fueron generalmente alabadores y giraron en torno a la información contenida en el libro, o sea en torno a la gesta de Sandino. Aunque en ocasiones corrigieron algunos datos o agregaron información, en ningún momento la figura o la militancia de Selser fue cuestionada. En cambio, en Argentina la lectura y la crítica de la obra fueron diferentes. En ese país, por lo general, se conocía poco de la historia centroamericana y aún menos de la de Sandino; los interesados en la temática se reducían

a un pequeño grupo de intelectuales. La información manejada en el libro no fue discutida ni comentada, probablemente porque no se contaba con la información para hacerlo. Sin embargo, las críticas se centraron en la figura del escritor. Los periodistas más benévolos con la obra escribieron sobre la juventud del autor, sobre su capacidad investigativa y sobre su manejo de la información. Mientras que otros, los que tenían una posición política opuesta, generalmente asociada al peronismo, le criticaron que se hubiese dedicado a denunciar las acciones del imperialismo en Centroamérica y no en la Argentina, postura ésta que consideraron como cómoda y simplista. Además, consideraron incongruente la postura de Selser de denunciar la intervención norteamericana en Nicaragua y el derrocamiento de Árbenz en Guatemala, y a la vez, apoyar el derrocamiento de Juan Domingo Perón en Argentina, a pesar de haber sido éste un presidente constitucional, democráticamente electo.

De manera que el libro tuvo más resonancia fuera de Argentina, y le dio gran prestigio e importancia a Selser sobretodo en Nicaragua y en México, país con vínculos más estrechos con Centroamérica, y donde entonces estaban exiliados varios centroamericanos que habían tenido participación tanto en la lucha de Sandino como en los acontecimientos más recientes de Guatemala. En gran medida, fue gracias a la difusión del libro que, cuando Selser se exilió en México en 1976, quedó sorprendido por el conocimiento y el reconocimiento que en dicho país se tenía de su obra.

Finalmente, cabe agregar que la recepción que tuvo el libro *Sandino, general de hombres libres* impulsó a Selser a seguir trabajando en el tema y a publicar, en 1958, un libro sobre el ejército de Sandino titulado *El pequeño ejército loco* y, apenas cuatro años más tarde de la primera edición del *Sandino*, una nueva versión corregida y ampliada a dos tomos, cuyo tamaño más que duplicaba a la precedente. El libro, por su parte, ha sido constantemente reeditado, tanto la versión de un tomo como la de dos.⁴ Incluso, es importante remarcar que en noviembre del 2014, cuando han transcurrido casi 60 años de su primera edición, el libro ha sido reeditado por

la editorial Peña Lillo y Ediciones Continente en Buenos Aires, Argentina, con un tiraje de 1.500 ejemplares, lo que nos resulta revelador de su vigencia.

Además, la obra de Selser desempeñó un papel significativo en la conformación de lo que fue el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), según lo destacaron los testimonios de sus fundadores. Así, por ejemplo, Omar Cabezas, quien formó parte de la Junta de Comandantes de la Revolución Sandinista, le escribió la siguiente dedicatoria: “Para nuestro histórico Gregorio Selser, a través del cual conocí inicialmente a Sandino, gracias al cual pude caminar en pos del día de la Revolución Sandinista y de la Victoria. Mil gracias mi querido [ilegible] por haberme enseñado a Sandino” (Cabezas, 1982). También Carlos Fonseca Amador, fundador del FSLN escribió: “Reviste interés referir que una persona que en ningún instante ha respirado los aires de Nicaragua, es precisamente quien ha elaborado hasta hoy la más completa reseña de los hechos ocurridos de la gesta sandinista. Se trata del argentino Gregorio Selser” (Fonseca, 1982: 22). Nora Astorga, quien perteneció al FSLN y fue embajadora del sandinismo en la ONU, en una entrevista comentó, al hablar sobre su formación, que “como todos los de su generación” leyó la obra de Gregorio Selser y de esta manera “conoció la imagen del verdadero Sandino” (*La Jornada*, 1988). Selser fue condecorado dos veces en Nicaragua por su obra: en 1983 –año en que pisó por primera vez suelo nicaragüense– recibió la Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío otorgada por el gobierno sandinista; y, en febrero de 2008, recibió, de manera póstuma, la Orden Augusto C. Sandino.

Notas

- 1 I.- Del Destino Manifiesto al Filibusterismo/ II.- La proclama de la “Nueva Fe”/ III.- El filibusterismo de Guante Blanco/ IV.-Estados Unidos inventa Quisling/ V.- El imperialismo benéfico de corta duración.
- 2 VI.- Sandino, héroe de las Segovias/ VII.- La hormiga frente al elefante/ VIII.- En Nicaragua, señores, le pega el ratón al gato”/ IX.- Intervenciones para asegurar intervenciones/ X.- Patria y libertad.
- 3 XI.- El general de hombres libres/ XII.- ¡Se van los yanquis!/ XIII.- ¡Yo quiero patria libre o morir!
- 4 El libro ha sido reimpreso o reeditado por lo menos trece veces: Buenos Aires, Ediciones Pueblos de América, 1955; Buenos Aires, Editorial Triángulo, 1959 (versión de dos tomos) con prólogo de Miguel Ángel Asturias; Cuba, Imprenta Nacional de Cuba, 1960 (versión de dos tomos); Argentina, Iguazú, 1966; Montevideo, Biblioteca de Marcha, 1970; La Habana, Ciencias Sociales, 1976 (versión de dos tomos); México, Diógenes, 1978; Costa Rica, EDUCA, 1979; México, Editorial ECLALSA, 1979; La Habana, Ciencias Sociales, 1984 (versión ampliada en dos tomos); Argentina, Abril, 1984; Nicaragua, Editorial Vanguardia, 1989 (versión de dos tomos, publicaron sólo el primero); Nicaragua, Aldilá editor, 2004.

Bibliografía

- Ciechanower, Mauricio 1988 “Gregorio Selser. De Hitler a Reagan” en *Entre-vistas entrevistas* (México: Guernica).
- Fonseca, Carlos 1982 *Obras* (Nicaragua: Nueva Nicaragua) Tomo 2.
- Hasam, Stephan Austin 2002 “Semblanza de Gregorio Selser” en *Equilibrio Económico, revista de la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma de Coahuila* (Saltillo: Coahuila) Volumen 3, Nº 13, abril.
- Ramos Saslavsky, Ana Laura 2005 “Gregorio Selser: exilio y periodismo. Catálogo de artículos periodísticos 1976-1983”, Tesis de Licenciatura, México.
- Ramos Saslavsky, Ana Laura 2009 “El periodista y su héroe: biografía del primer libro de Gregorio Selser *Sandino, general de hombres libres*”, Tesis de Maestría, México.
- Selser, Gregorio 1955 *Sandino, general de hombres libres* (Argentina: Pueblos de América).

Material consultado en Camena, Archivo Gregorio y Marta Selser, Fondo B y Fondo B (Correspondencia)

- Belgo (José Gobello) 1955 “Textos y pretextos” en *Democracia* (Buenos Aires, Argentina), 17 de noviembre.
- Borillo, Rodolfo A. 1958 (Mendoza, Argentina), 17 de diciembre.
- Cabezas, Omar 1982 (s/l), marzo.
- Caparrós, Julián B. 1956 (Las Palmas de Gran Canaria, España), 15 de mayo.
- Cardoza y Aragón, Luis 1957 (s/l), 15 de agosto.
- Dinámica Social* 1955 “Sandino, general de hombres libres. Por Gregorio Selser” (Buenos Aires, Argentina), diciembre.
- El Laborista* 1956 “Sandino, general de hombres libres. Gregorio Selser” (Buenos Aires: Argentina), 29 de enero.
- El territorio* 1955 “Sandino, general de hombres libres. De Gregorio Selser Ediciones Pueblos de América” (El Chaco, Argentina), 11 de diciembre.
- Esto es* 1955 “Sandino, tema de América” (Buenos Aires, Argentina), 27 de diciembre.
- Fallas, Carlos Luis 1956 (San José, Costa Rica), 29 de agosto.
- Histonium* 1956 “Sandino, por Gregorio Selser. Buenos Aires, 1955” (Buenos Aires, Argentina), agosto.
- Invitación a conferencia impartida por Selser 1956 “La lucha de Sandino por Latinoamérica” en el Club Universitario de Santa Fe, 2 de junio.
- Kiernan, Hugo 1955 “El libro de la semana. Gregorio Selser; Sandino, general de hombres libres” en *Lucha obrera* (Buenos Aires, Argentina), 22 de diciembre.
- La Jornada* 1988 “La verdadera diplomacia es decir lo que se siente: Nora Astorga” (Méjico), 11 mayo.
- L. G. 1955 “Las letras. Sandino, por G. Selser” en *Propósitos* (Buenos Aires, Argentina), 29 de diciembre.
- Meza, Juan José 1957 (Méjico D. F.), 4 de enero.
- Murillo, Salvador 1958 (Santiago de Chile, Chile), 19 de marzo.
- Noticias gráficas* 1955 “Sandino, general de hombres libres. Por Gregorio Selser” (Buenos Aires, Argentina), 22 de noviembre.
- Payró, Roberto 1958 (Estados Unidos), 2 de abril.
- Saénz, Vicente 1957 (Méjico D. F.), 30 de agosto.
- Selser, Gregorio 1984 “Mi encuentro con Sandino” en *Le Monde diplomatique en español*, Año VI, N° 69, febrero.
- Selser, Gregorio 1991a “Pequeña biografía de un libro, 35 años después. Sandino, general de hombres libres” en *El gallo ilustrado* semanario de *El Día* (Méjico), 8 septiembre.

- Selser, Gregorio 1991b “¿Cómo nació el libro de Sandino? Pequeña biografía 35 años después” en *Barricada* (Nicaragua), 24 de septiembre.
- Selser, Gregorio 1991c “Por qué ‘General de hombres libres’” en *Barricada* (Nicaragua), 25 de septiembre.
- Selser, Gregorio 1992 “Me hubiera gustado ser poeta o director de orquesta” entrevista realizada por Claudia Selser en septiembre de 1989 en *El gallo ilustrado*, semanario de *El Día* (México), 23 de agosto.
- Selzer, Gregorio (sic) 1955 “...Y siempre Guatemala” (s/e), 24 de noviembre.
- Torres, Edelberto 1956 (Méjico D. F.), 26 de abril.
- Urbina Vásquez, Guillermo 1956 (Santiago de Chile: Chile), 19 de noviembre.
- Urbina Vásquez, Guillermo (s/d, s/l).



La presencia del Che en América Latina

TERCERA PARTE

**De las revoluciones a la
incertidumbre (1959-1990)**

EURÍDICE GONZÁLEZ NAVARRETE*

KATIUSKA GARCÍA ALONSO**

La Revolución Cubana y el imaginario antiimperialista en los libros de texto y el humor gráfico

Introducción

Repensar la cultura y los referentes culturales en la era de la globalización, reenfocando los conceptos y representaciones del imperialismo y su proyección en América Latina y el Caribe, supone revisar los temas de las *funciones del discurso* en la conformación del imaginario antiimperialista. Se trata de un tema que requiere una atención especial, debido a que se relaciona con la *transmisión de ideología* a partir de una selección y estructuración consciente de sus contenidos, su lenguaje, sus imágenes y sus mensajes explícitos e implícitos.

Entre los vehículos fundamentales de construcción del imaginario se encuentran los libros de texto escolares y la caricatura. En la década de los sesenta del siglo XX, cada uno de estos *instrumentos del conocimiento* contribuyó a configurar los nuevos sujetos de cambio, y a proponer y difundir nuevas interpretaciones. En lo que respecta a

* Cuban. Profesora e investigadora del Departamento de Historia, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de la Habana, Cuba. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas e imaginarios”.

** Cuban. Profesora e investigadora del Departamento de Historia, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de la Habana, Cuba. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas e imaginarios”.

Cuba, esta dinámica tuvo lugar de una manera muy especial, sumamente significativa y con amplias resonancias, dado el desencadenamiento y el triunfo del proceso revolucionario.

No todo, por supuesto, fue novedad pura. La orientación a educar en valores patrióticos puede detectarse ya en la primera mitad del siglo XX. La historia demostraba que las confrontaciones con los gobiernos de los Estados Unidos, identificados como “el imperialismo norteamericano” habían sido parte esencial del quehacer político, económico y social en el transcurso de la vida de la República. Esto era así porque las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos eran unas relaciones de dominación, en las cuales la gran potencia ejercía su poder sobre el pequeño país. Esta dominación no fue simplemente “un agente externo”, sino que configuró la estructura económica, política y social del capitalismo dependiente de la neocolonia cubana. Por eso, desde antes del 1º de enero de 1959 los objetivos de la liberación nacional y social ya se habían configurado, acercado y entrelazado, principalmente con la presencia de las figuras más prominentes de la historia de las luchas independentistas que quedaban representadas en las páginas de los textos escolares, fundamentalmente José Martí, el humanista y poeta, reconocido como el Apóstol de la Independencia, pero no aun en la dimensión del héroe, que alcanzaría después del triunfo revolucionario, en su definición de antiimperialista. En el caso del humor gráfico se crearon y representaron personajes profundamente populares, con la misión esencial de cuestionar el régimen político –definido como corrupto– alcanzando básicamente el logro de un patrón de crítica reflexiva en torno al sistema de dominación y de relaciones dependientes con respecto a los Estados Unidos. Hasta ese momento, no se registra la existencia de una iconografía abiertamente revolucionaria y antiimperialista, más bien aquella producción gráfica se destaca por sus expresiones de autenticidad y cubanía.

La identificación de la cubanía como antítesis de la penetración de la ideología foránea –desde una actitud antiimperialista, particularmente antiestadounidense– resalta todavía más a partir de los cambios promovidos por las propias transformaciones revolucionarias. Desde los primeros momentos se orientaron, de manera

especial, esfuerzos específicos a la educación. Primero fue la alfabetización; después se continuó, rápidamente, con la enseñanza para adultos, con las transformaciones institucionales en la educación pública, con el acceso a la misma de todos los sectores de la población, todas evidencias de un cambio profundo.

Al mismo tiempo, la actitud hostil demostrada por el gobierno de los Estados Unidos hacia la Revolución cubana generó un discurso fuertemente nacionalista y, por definición, antiimperialista, orientado a la defensa de la soberanía. Este discurso trascendió a los libros de texto escolares y a la caricatura durante los años inmediatos al triunfo revolucionario —a los cuales se dedica el presente artículo—, así como a toda la amplitud de las expresiones de la cultura revolucionaria en la literatura y en el muy especial fenómeno de la Nueva Trova, que encontró su espacio por excelencia en la Casa de las Américas. En ellas quedarían fundamentados los principios asociados a la necesidad de la defensa de los valores y de la ideología revolucionaria ante el imperio.

En la escuela: Patria o muerte, ¡Venceremos!

En los nuevos libros de texto pensados para niños y adolescentes se van incorporando nuevas representaciones. Los libros no son considerados solamente como fuente de conocimiento sobre una multitud de aspectos de la historia sociopolítica, sino que son vistos, también y sobre todo, como instancias que inciden —con frecuencia de manera decisiva— en la construcción de los imaginarios colectivos de la nación.

La Revolución reveló la emergencia de una nueva ciudadanía, captada como una epopeya a imitar, como aspiración y paradigma de toda una comunidad: la construcción de un imaginario compartido. Así es posible reconocer la imagen fotográfica y pictórica de la Revolución, con sus jóvenes líderes y sus “masas uniformadas”, que aparecen en los libros de texto cuando se quiere mostrar lo “nuevo”, lo “revolucionario”, lo “insurgente”. Tanto las imágenes como el discurso presentes en los textos de la década de 1960 y 1970 utilizan símbolos e íconos que caracterizan el salto revolucionario.

Con la frase martiana “Ser cultos para ser libres” como divisa, durante los primeros años de la Revolución se comienzan a ejecutar los cambios esenciales en la estructura educacional. Se elaboran programas de estudio para que los profesores puedan enseñar cualquier materia, pero la atención se centra sobre todo en la asignatura Español, ya que aparecía como algo prioritario que el pueblo cubano, los más humildes, aprendiera a leer y escribir.

Los libros que se publican en los primeros años son para escuelas de grados múltiples. En virtud de ello, se dirigen a la preparación del profesor, conteniendo algunas propuestas de actividades para los alumnos. Todavía no existen recursos que permitan disponer de libros para todos los estudiantes. La diferencia principal entre estos libros y los anteriores es que los nuevos comienzan a resaltar el poder y el papel fundamental del pueblo, destacando el rol de José Martí y Fidel Castro como símbolos de justicia y de lo cubano, que reúnen los valores del combatiente anticolonialista con las figuras del antiimperialismo y la Revolución, ampliando su vigencia desde el pasado hasta el presente. También se representan las figuras de los guerrilleros del Ejército Rebelde triunfante el 1° de enero –en especial, Camilo Cienfuegos y Ernesto *Che* Guevara, los más frecuentados en anécdotas y testimonios de la gesta de Sierra Maestra–. De Camilo: “Su enorme sombrero, su amable sonrisa, su pelo hasta el hombro, su barba hasta el pecho”; la entrada a Las Villas, el Diario de Campaña del héroe..., y se convierte en leyenda.

Milicianos, rebeldes y campesinos ocupan un importante espacio en estas expresiones, articulados a los contenidos que representan el poder revolucionario y la defensa de la Patria, entendidos como la Revolución socialista. En las actividades se solicita a los alumnos escribir correctamente los signos de puntuación en oraciones que expresan deseos y que están orientadas a la formación de valores y a la representación de convocatorias como “ser alfabetizador”, “El niño que no estudia no es un buen revolucionario”; también: “Viva Cuba Libre”, “Patria o muerte”, “Venceremos”. Todo ello es indicativo de un cambio radical en la concepción ideológica asociada a la función de los textos escolares.

“Los barbudos” es una imagen que se incorpora de manera particular, asociada a los revolucionarios y al triunfo de las ideas de rebeldía. Es una de las imágenes que más recorre los afiches y las canciones a lo largo y a lo ancho de casi todo el continente durante la década de 1960. Se publican los dibujos del grupo victorioso entre la multitud popular que los recibe, vitoreando la entrada triunfal a la capital cubana en enero de 1959.

Se construyen también oraciones como “los pueblos luchan por conquistar su libertad”, donde quedan puestas de relieve las relaciones injustas y la explotación a las que el pueblo ha estado sometido, condenándose asimismo al sistema capitalista. Se insiste en las luchas de los pueblos por su verdadera independencia, luchas que tienen como principal contrincante al imperialismo estadounidense y sus constantes agresiones.

En los libros de *Lengua Española* se encontraba la sección “Página literaria”. En ella se reproducen piezas valiosas de autores latinoamericanos, en primerísimo lugar de José Martí, tomadas sobre todo de *La Edad de Oro*, cuyos contenidos habían estado originalmente dedicados a las niñas y a los niños; pero también de otros insignes escritores y poetas latinoamericanos: Jorge Isaacs, Rubén Darío, Gabriela Mistral, Pablo Neruda.

Quizás la mención más significativa en relación con lo latinoamericano es el relato de Martí “Los tres héroes”, donde se transmite la historia de los libertadores de América con realce y énfasis en valores como el amor a la Patria y a la tierra en que se vive, recogiéndose también imágenes que caracterizan la naturaleza americana, como la de la llama, por ejemplo. El relato se refiere a los libertadores como a patriotas que aman la libertad y cumplen con su deber. Estos escritos martianos son reproducidos en varios libros de enseñanza primaria, lo cual demuestra el propósito de enseñar en valores, así como el enfoque latinoamericanista de la educación cubana.

También está el relato titulado “Bolívar”, quien aparece descrito como “pequeño de cuerpo”, para a continuación resaltar su valor, su disposición al combate y sobre todo, sus victorias por la libertad de los pueblos. A través de la reproducción en los libros de texto de la prosa de Martí orientada a niños y jóvenes se buscaba

transmitir los valores humanos y emancipadores desde el triunfo revolucionario. Es una experiencia en la enseñanza a través del discurso que ha formado a generaciones en el sentimiento de identidad colectiva latinoamericana.

Los símbolos patrios ocupan un lugar fundamental en la mentalidad de los niños. Lemas del estilo “Seremos como el Che”, proponiendo la proyección internacional de la Revolución. También, los discursos de Fidel, la figura de los trabajadores y la victoria del socialismo son temas que resaltan constantemente en los libros, independientemente del año de estudio o de la asignatura de que se trate.

En relación con lo que podría identificarse entonces con la historia latinoamericana, los textos escolares cubanos presentaban a las figuras relevantes en la tradición histórica continental post-independentista. Por una parte, aquellas con vocación e intención integracionista, como Bolívar, San Martín y O’Higgins; por otra, aquellas que, como Hidalgo y Morelos, aparecían como máximos exponentes de la defensa de los más humildes. Éstos van funcionando como íconos del pensamiento libertario, del amor a la patria y a los pueblos –en el sentido de “los pobres”, los desfavorecidos, los más humillados por los “fuertes” en el poder–.

En la caricatura revolucionaria, ¡Abajo el imperialismo yanqui!

La caricatura, reconocida heredera de la sátira, se convirtió con el paso del tiempo en un recurso visual indispensable para reflejar en tono de burla una realidad política, social o ideológica. Desde su surgimiento, constituyó una fuente informativa de incalculable valor y un instrumento privilegiado en la consolidación de costumbres y tradiciones de la cultura popular. En Cuba, el humor gráfico data de inicios del siglo XIX, perdurando hasta nuestros días. Su historia expresa la visión humorística de los cubanos en correspondencia con las transformaciones de la sociedad.

Genuino en su quehacer artístico, en la época neocolonial se va articulando un importante movimiento de caricaturistas que coincidió con el proceso de consolidación de la nación cubana. Varios

ejemplos desnudan no solo el deterioro moral del período, sino también la riqueza de esta manifestación artística. Personajes como “Liborio”, de Ricardo de la Torriente, “El Bobo”, de Eduardo Abela, o “El Loquito”, de René de la Nuez, se convirtieron en representaciones inéditas, en períodos y contextos históricos distintos, pero siempre como reflejo de un mismo patrón sociocultural. Con un marcado compromiso social, los mensajes de sus obras desbordaron la frontera nacional y adquirieron una dimensión latinoamericana.

Con el triunfo de la Revolución Cubana el 1º de enero de 1959, la caricatura asumió –a través de un discurso renovador– temas que revelaban la unidad histórico-cultural de los cubanos frente a las constantes provocaciones del imperialismo yanqui. El avance del propio proceso fue ocupando un espacio decisivo en el fortalecimiento de los vínculos entre el emergente Estado socialista y el pueblo en general. Por vez primera se logró articular un discurso abiertamente antiimperialista que rechazaba con determinación las acciones desestabilizadoras de Estados Unidos. La representación gráfica satírica jugó un papel clave en este sentido, contribuyendo a expandir este pensamiento y enriqueciendo el acervo cultural del pueblo cubano.

El discurso iconográfico empleado fue capaz de articular de manera favorable los intereses políticos identificados con el proceso revolucionario de Cuba. A su vez, fue reflejo de una conciencia acrecentada acerca de la necesidad y valor de las imágenes como vehículo de comunicación con las masas. En el nuevo lenguaje de la Revolución, las imágenes jugaron un papel destacado.

Frente a la mistificación de la contrarrevolución, las representaciones humorísticas trataron a la realidad como el principal soporte de legitimación del proceso histórico que se desarrollaba. Se comenzó a usar de forma consciente un sistema de símbolos, donde el cartel, la viñeta y la caricatura vinieron a instrumentar un imaginario acorde a la percepción y proyección de la situación política existente.

Estimulados por el cambio radical en las nuevas relaciones sociales, los caricaturistas de esa generación se plantearon la necesidad de mostrar el proceso en su totalidad, brindando un tipo de narración que en poco tiempo trascendió el cuadro lógico de su mensaje

informativo-codificado, adquiriendo una fuerte carga emotiva y simbólica. Así fue como los caricaturistas asumieron una función importantísima como vehículo de opinión, en un contexto de efervescencia social y profundas transformaciones económicas y políticas. Presente en la caricatura, lo simbólico –expresado en el lenguaje propio del dibujo– pudo convertirse en una conquista del intelecto. Considerando los altos índices de analfabetismo de la época, puede comprenderse el impacto que esto tuvo en la sociedad cubana.

La caricatura de la Revolución contribuyó al fortalecimiento de la unidad entre el pueblo trabajador y la nueva dirección del país. Asumió el discurso oficial del Estado sobre el imperialismo norteamericano, donde la emergencia del nuevo sistema político produjo la reconfiguración temática del humor gráfico.

Durante este periodo singular la caricatura asiste a un cambio en su tónica y contenido. De una crítica sociopolítica genérica pasa a ser un instrumento político de carácter claramente revolucionario, en una doble dimensión. Consolida la conciencia revolucionaria al tiempo que sirve como espacio de resistencia ante la hostilidad de la política injerencista estadounidense. Entre sus funciones no tiene el fin de adoctrinar políticamente al pueblo, sino el de contribuir al entendimiento y a la mejor compresión del proceso revolucionario. No solo es capaz por sí misma de generar un estado de opinión entre las capas populares, sino que también se traduce en procesos de consolidación cultural. Su amplio alcance posibilita la consolidación de nuevos símbolos de unidad, fortalecedores de la cultura política del pueblo.

Después de 1959, momento en que se pone en marcha el gran proyecto cultural de la nueva Cuba, el talento en la gráfica humorística expande su originalidad por todas partes. En particular debe destacarse la amplísima obra recogida en periódicos como *Palante y Palante y Revolución*, así como también en la prestigiosa revista *Bohemia*, que contenía una sección específica de caricatura dedicada al Pueblo y a la Revolución cubana.

El periódico cubano *Palante y Palante*, fundado el 16 de octubre de 1961 por el venezolano Gabriel Bracho Montiel, desarrolló una intensa labor a favor de la difusión del ideal revolucionario. Desde

sus inicios reflejó el sincero compromiso y la plena identificación con la Revolución, así como los principios por los cuales se luchaba, en apoyo a un proceso histórico que tenía la ambición de cambiar el entero estado de cosas. Con el respaldo al movimiento popular y de masas liderado por Fidel Castro, pretendía desenmascarar a los imperialistas agresores y a los traidores de la Patria. Los artistas de esta generación tuvieron la oportunidad única de insertarse en un movimiento que pretendía resaltar la realidad y las relaciones humanas; con ello evitaron quedar al margen de los acontecimientos, alcanzando una imagen con proyección internacional. Sus obras apoyaban un proceso que para aquel momento iniciaba sus primeros pasos en la definición de su propia identidad, lo cual sirvió de plataforma en la inserción social de cada individuo y con la posibilidad de brindar a través de la cultura su propio aporte.

La caricatura abordó entre sus temas medulares la educación. El esfuerzo nacional por poner fin al analfabetismo se tradujo en una nueva lucha donde la caricatura, con sus características peculiares, sirvió como herramienta para enseñar y construir. La caricatura significó un instrumento pedagógico no despreciable, que contribuyó a la tarea de seguimiento de los recién alfabetizados: comenzar a leer entre risas fue una vía agradable para mantenerlos cerca de la lectura.

Por otra parte, en estos primeros años los medios editoriales comenzaron a recibir y a publicar obras de artistas de pueblo, sin ninguna formación en el arte, expresión cabal del ingenio y de la originalidad popular. En el periódico *Palante* con fecha del 4 de diciembre de 1961, encontramos una obra de un trabajador del Jardín Botánico de La Habana, Juan M. Betancourt, la cual recoge en torno de burla el entierro del analfabetismo, encarnado éste en un individuo prehistórico, cubierto de pelo, expresión de la barbarie e ignorancia, que provoca rechazo al que la contempla. Asimismo, con perspicacia refleja el luto del personaje que personifica al imperialismo, representado a través de un gusano que porta en su vestimenta los colores y simbología de la bandera norteamericana. Este ejemplo evidencia el surgimiento de una generación de creadores revolucionarios en formación, que tomaron con entusiasmo

el camino de la Revolución como medio de expresión, protagonistas del discurso que convoca a la inclusión popular.

La dimensión de la Revolución Cubana se plasmaba en la caricatura, especialmente en lo que respecta al desarrollo de un discurso que afirmaba la existencia de una identidad latinoamericana. El humor gráfico propuso la unidad latinoamericana como la mejor respuesta a la agresión y la represión de gobiernos imperialistas. De ahí que la orientación integracionista se convirtiera en objeto fundamental de su esfuerzo discursivo. La producción gráfica de Silvio Fontanilla lo aborda de manera directa, al contraponer de modo simbólico la lucha continental, personificada en la figura del líder cubano Fidel Castro, frente al Tío Sam, que representa el saqueo, la expoliación y el yugo imperialista ancestral (abril de 1959). La imagen se desarrolla en dos planos fundamentales, el primero expresa a través de estos personajes la oposición ideológica presente en ambos proyectos políticos y el segundo muestra al continente americano dividido, entre la permanente lucha de los pueblos latinoamericanos y el espacio norteamericano como centro de la dominación.

En la caricatura se recoge de manera especial una de las transformaciones sociales que socavó la estructura socio-clasista del país, la primera y segunda Ley de Reforma Agraria aprobadas en 1959 y 1961 respectivamente. Con el objetivo de poner fin al latifundio y lograr el cese de la exclusión del campesinado de la vida económica se entregó la tierra para su cultivo, devolviéndole su lugar en la sociedad. Del grupo de humoristas gráficos que trabajaron esta temática se destaca la obra de Ramón Arroyo Cisneros, “Arroyito”, quien refleja el momento histórico en la figura de un campesino que sonríe, arrodillado en el campo, ante las palabras “esta tierra es tuya”. Era la tierra que había trabajado para el terrateniente y ahora haría productiva con sus propias manos en una nueva época de independencia y progreso, que queda reflejada en un sol radiante allá, en el horizonte.

La Revolución Cubana fue un proceso nacional con proyección internacional. Numerosas experiencias sociales, políticas y culturales latinoamericanas se inspiraron en ella. En este sentido, la caricatura, consecuente con la ideología del momento, no sólo denunció

y acusó las acciones y los instrumentos del imperialismo, sino que afirmó una imagen favorable a la unidad entre las naciones del Sur frente al proyecto hegemónico del Norte.

Ante la consolidación del socialismo en Cuba y su hondo impacto en el continente, Estados Unidos desarrolló una política hostil no solo en contra del país, sino también en contra de todo proceso, movimiento o fuerza política que evidenciara simpatía con la causa cubana. El artista Chago recogió esta disposición en su entrega gráfica “La Gallinita Ciega”, publicada el 11 de diciembre de 1961. El humorista utiliza como recurso visual la representación de un conocido juego infantil para cuestionar el papel vacilante de la Organización de Estados Americanos (OEA) ante las amenazas y pretensiones imperiales. Se observa la imagen de la OEA como una gallina, temerosa, escurridiza pero con los ojos cubiertos por un retillo de tejido que tiene impresa un billete del dólar norteamericano, lo que nos sugiere la indiferencia de la OEA ante el ataque artero a la Cuba revolucionaria en abril de ese año, que culminó con la primera victoria del pueblo armado contra el imperialismo yanqui.

En las representaciones propuestas por los distintos medios editoriales y gráficos, la unidad latinoamericana surgió como un imperativo con vistas a la superación de las condiciones históricas y estructurales del subdesarrollo y la dependencia. La exaltada defensa, plasmada en estos medios, del proceso revolucionario cubano dio lugar a la construcción de un vínculo identitario supranacional, en el cual se logró enfatizar de manera consciente las relaciones históricas de enfrentamiento entre Cuba y Estados Unidos. Esta contribución a la construcción de un nuevo imaginario popular ayudó a clarificar el panorama de las relaciones entre ambos frentes como parte de la lucha.

Desde el punto de vista de los Estados Unidos, el desarrollo del proceso revolucionario cubano significaba la victoria de un proyecto que no sólo se alejaba de su órbita hegemónica, sino que era, además, contrario a sus intereses geopolíticos. De forma inevitable, las relaciones con este país se convirtieron en un factor de considerable peso en la consolidación del proceso cubano. En este contexto de lucha y enfrentamiento, el humor gráfico logró reflejar en todo mo-

mento la situación, posibilitando la acentuación de patrones ideológicos propios de la cultura cubana. De forma manifiesta, siguiendo la principal orientación de lucha contra el imperialismo, la caricatura logró transmitir, con sus especificidades, un mensaje accesible para todos.

Conclusiones

La Revolución Cubana puso en evidencia continuidades en la creación artística y educacional, con un sentido y un contenido instructivo, a la vez que transmitía posiciones ideológicas y actitudes de compromiso con la participación popular en los cambios. Si antes del triunfo ya existían potencialmente los elementos que enmarcaban el antiimperialismo cubano, provenientes de luchas sociales previas, una vez que se ponen en marcha las transformaciones populares, se radicalizan los discursos en textos e imágenes gráficas.

Como se observa, en torno a las nuevas maneras de ver la realidad revolucionaria cubana, logran una misma orientación los mensajes en textos e imágenes. Los libros de texto escolares y la caricatura forman parte de ese nuevo y amplio universo que consistía en hacer la Revolución; son integrantes de un proceso de construcción simbólica de vocación antiimperialista, latinoamericana y muy propio, el cual no ha desaparecido en el tiempo, sino que, muy por el contrario, continúa inscrito en los desafíos del presente.

Fuentes consultadas

Hemerografía

- Periódico *Palante y Palante* 1961 La Habana, N° 1, 8 y 9, 16 de octubre, 4 de diciembre y 11 de diciembre.
Periódico *Palante* 2011 *Cincuenta, sí cuentan* (La Habana: Pablo de la Torriente).
Revista *Avance* 1928 París, Año II, t-III, N° 29, 15 de diciembre.
Revista *Bohemia* 1959 La Habana, Año 51, N° 18 y 21, abril y mayo.

Libros de texto

- Almendros-Alvero 1961 *Lengua Española 5to grado* (La Habana: Imprenta Nacional de Cuba). Especialmente pp. 18, 35, 36, 70, 82, 115-119.
- Almendros-Alvero 1959 *Lengua Española 3er grado* (La Habana: Publicaciones Culturales). Especialmente pp. 57, 118.
- Almendros-Alvero s/d *Lengua Española 6to grado* (La Habana: Imprenta Nacional de Cuba). Especialmente pp. 58, 93, 126, 127, 167, 193, 196, 199, 221.
- 1965 *Español I. 1era Parte* (La Habana: Editora del Ministerio de la Educación). Especialmente pp. 1, 34, 111, 115, 129, 127, 133, 134.
- 1965 *Español I. Segunda Parte* (La Habana: Editora Pedagógica). Esp. pp. 57, 86.
- 1965 *Español II. 2do Semestre* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba-Editora Pedagógica). Especialmente pp. 76, 81, 86, 143-145, 154-55, 156, 164.
- 1965 *Español III 1er Semestre. 1era Parte*. (La Habana: Ministerio de la Educación). Especialmente pp. 14, 21, 22, 33, 34, 35, 37, 38, 79, 80.
- 1965 *Español III. 2do Semestre* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba-Editora Pedagógica). Especialmente pp. 65-67, 85, 94.
- 1964 *Lengua Española núm. 1. Cuaderno de trabajo* (La Habana: Editorial Nacional de Cuba). Para escuelas rurales de grados múltiples (segundo nivel). Especialmente pp. 10, 58, 115-119.
- 1963 *Lengua Española núm. 1. Cuaderno de un Tercer Nivel* (La Habana: Editora del Ministerio de la Educación). Especialmente pp. 1, 9, 103, 104, 118, 221-223.
- 1963 *Lengua Española núm. 2. Cuaderno de un Tercer Nivel* (La Habana: Editora del Ministerio de la Educación. Especialmente pp. 6, 22, 31, 75, 80, 101, 122, 122, 127, 203.
- 1961 *Lengua Española 4* (La Habana: Imprenta Nacional de Cuba). Especialmente pp. 1-9, 55, 62,
- 1961 *Lengua Española 6* (La Habana: Imprenta Nacional de Cuba). Especialmente pp. 79, 80, 82, 127, 140, 152.

BLANCA MAR LEÓN ROSABAL*

El espacio de la utopía: los unamitas y la Revolución Cubana

Introducción

El estudio del impacto de la Revolución Cubana en América Latina dispone de un amplio saber acumulado. Dentro de esta problemática, algunos investigadores han señalado cómo, desde el punto de vista discursivo, el acontecimiento favoreció la redefinición del campo intelectual latinoamericano así como las prácticas que le eran propias, al devolverle a la política una centralidad que parecía haber perdido. Accionando de consuno con las características de una década considerada inaugural por muchas razones y reconocida por los estudiosos como *The sixties*, la Revolución Cubana operó como un poderoso fermento de la voluntad de politización de artistas y letrados. En este contexto, los escritores latinoamericanos aparecieron en escena, legitimándose no solo por el reconocimiento de su obra escrita, la cual coincidentemente se encontró en uno de sus mejores momentos, sino por el hecho de compartir y abrazar las banderas de la joven revolución, lo cual los condujo a percibirse como creadores

* Cubana residente en México. Profesora Investigadora del Colegio de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

de cultura y, a la vez, como sujetos comprometidos con la transformación revolucionaria de la realidad social en que se encontraban inmersos (Gilman, 2003; Marwick, 1988; Klatch, 1999).

Por otra parte, y a raíz de su exitoso ejemplo, la joven revolución apuntaló los términos en que se redefinió el conflicto político, esta vez desde una perspectiva terceromundista. Pues si el desenlace de la Segunda Guerra Mundial había dividido al mundo –más o menos claramente– en un sistema bipolar, donde cada extremo contaba con sus respectivas esferas de influencia y pactos y alianzas para la seguridad; en un principio, los cubanos se definieron políticamente como independientes respecto de cualquier posible polo ideológico y declararon explícitamente su rechazo a todo tipo de dictaduras y dominaciones. Con este gesto, Cuba se posicionaba frente a la política intervencionista de los Estados Unidos en América Latina, a la vez que tomaba distancia de la “desinteresada” política exterior de la Unión Soviética para la región, quedando la Isla con ello más cercana del llamado Tercer Mundo y su derivación, el Movimiento de Países No Alineados (Hobsbawm, 1995; Spenser, 2004; Gupta, 1992).

En este sentido, la independencia política inicial de la postura cubana no sólo favoreció la lectura del conflicto en términos de capitalismo vs. socialismo, sino que lo hizo, también, en términos de países colonizadores vs. países colonizados. Al mismo tiempo, alentó la lucha armada y la violencia revolucionaria contra el colonialismo o cualquier forma sucedánea de dominación, aunque las condiciones materiales para esta lucha no estuvieran dadas y, sobre todo, sin requerir del apoyo o la intervención ni de las respectivas burguesías nacionales ni de los partidos comunistas. Desde este punto de vista, *La guerra de guerrillas*, texto clásico escrito por uno de los principales artífices del triunfo de los rebeldes cubanos, así como los desarrollos futuros de la *teoría del foco* se volvieron referentes práctico-ideológicos forzosos, cuya materialización se verificó en el aumento del movimiento guerrillero a escala continental (Guevara, 1972; Fanon, 1963; Wright, 2001).

Hasta aquí, tanto discursiva como materialmente pareciera que, de manera generalizada, América Latina simpatizó con el triunfo de los jóvenes barbudos en la isla caribeña. Sin embargo, no

debe perderse de vista el hecho de que la joven revolución también se traslapó con otras circunstancias políticas internacionales y nacionales, relativamente contemporáneas a su triunfo las cuales, con toda seguridad, no sólo contribuyeron a su revaloración constante sino que, eventualmente, entorpecieron sus posibilidades de ejercer un influjo más amplio sobre las sociedades latinoamericanas. Por una parte, la Revolución Cubana coincidió con las consecuencias de uno de los momentos internos más militantes en la historia política de los Estados Unidos, el maccartismo. Por otra, y a raíz del proceso de desestalinización que sucedió al XX Congreso del PCUS, se hicieron públicos muchos de los crímenes políticos del gobierno soviético en tiempos de Stalin. Los efectos de ambos procesos, sumados a las circunstancias históricas específicas latinoamericanas, entre las cuales corresponde destacar el golpe de 1954 en Guatemala, dieron haber creado un ambiente especialmente significativo para alentar el sentimiento anticomunista en los países del continente y la reacción inevitable de la derecha, muchas veces menospaciada frente al influjo vigoroso de la izquierda de aquellos años (Griffith, 1987; Fabela, 1994; Fouret, 1995).

Cuba y México

Hacia 1959 Cuba era bien conocida en México. Ambos países habían sostenido intensas relaciones de tipo comercial y cultural durante todo el siglo XIX, las cuales generaron una importante comunidad inmigrante cubana y estrechas redes de solidaridad mexicanas con los proyectos independentistas cubanos decimonónicos. Ya en la primera mitad del siglo XX, México operó como un primer filtro para América Latina del arte y la cultura cubanos (su literatura, el teatro bufo, su música, el baile, la radio y hasta el cine), en el que se constituyeron e intercambiaron ciertos estereotipos asociados a la imagen de los cubanos (el del negrito, el de la rumbera, entre otros). Finalmente, por el apoyo mexicano a los exiliados políticos cubanos amnistiados después de su participación en el asalto al Cuartel Moncada y la ayuda/protección proporcionada al grupo

de Fidel Castro en la fase conspirativa de la revolución, la mayor de las Antillas resultaba no sólo cercana sino además entrañable para México (Rojas, 2001; Herrera Barreda, 1998; Bobadilla González, 2005; Pulido Llano, 2005).

Por su parte, los estudiosos de las relaciones internacionales han destacado cómo la Revolución Cubana incidió sobre la política exterior mexicana en los tempranos años sesenta. En efecto, y no obstante la añeja cercanía, los expertos concuerdan en poner de relieve la ambigüedad de la política exterior mexicana respecto de la Isla y su revolución. En primer lugar, México ciertamente defendió a Cuba en los organismos internacionales, pero no materializó su posición con ayuda material o intercambios económicos estables; en segundo, México defendió el derecho a la independencia y la autodeterminación de los países respecto de sus asuntos internos, e incluso votó en contra de la expulsión de Cuba de la OEA, en 1962, pero también fue quien sugirió la fórmula de la “incompatibilidad ideológica” que debían observar los países miembros de la citada organización (Pellicer de Brody, 1972; Torres Ramírez, 1969; Garza y Cárdenas, 1970; Smith, 1970; Morales Pérez, 2002; Covarrubias, 1994; Ojeda, 1974).

En abono de esta compleja relación, también se ha sugerido que la Revolución Cubana acentuó el debate ideológico que venía teniendo lugar desde décadas previas, estructurado en torno a la vigencia de los objetivos de la Revolución Mexicana de 1910. No hay que olvidar que en 1960 se festejó el 50º aniversario de la Revolución Mexicana con innumerables recordaciones y discursos, y con no pocos libros conmemorativos. En esta circunstancia, el régimen postrevolucionario mexicano quedó de alguna manera puesto en entredicho, frente a los tempranos logros en materia de educación y reparto agrario que la Isla alcanzó muy rápidamente. Es en este sentido que la Revolución Cubana devino en un nuevo referente político, desplazando a la Revolución Mexicana del lugar que ésta había detentado por años (Flores Olea *et al.*, 1959).

Asimismo, en distintos momentos de la década de los sesenta, la Revolución Cubana propició que la sociedad mexicana se polarizase, como se reflejó en la formación de organizaciones vinculadas a la

izquierda y diferentes de los partidos políticos mexicanos formales, diríase históricos. Por último, y aun cuando la Revolución Cubana no hubiese tenido implicaciones prácticas para México –más allá de lo estrictamente simbólico y discursivo, las manifestaciones guerrilleras mexicanas de la década del sesenta no parecen haber estado vinculadas directamente con los cubanos–, el apoyo que la Revolución Cubana brindó a la violencia revolucionaria y la estrategia guerrillera en América Latina debió haber contribuido al endurecimiento de la orientación política del gobierno mexicano, observable en un mayor seguimiento de las actividades de las fuerzas políticas mexicanas más radicales, simpatizantes de la joven revolución (Bellingeri, 2003; Carr, 1996).

Sin perder de vista los datos aportados por los estudios realizados desde una perspectiva internacionalista, otras aproximaciones de índole más sociológica han discutido el contexto mexicano en el que la Revolución Cubana tuvo lugar y comenzó a desarrollarse, para dar cuenta de la manera en que los representantes de las fuerzas políticas nacionales de izquierda y de derecha se movilizaron. De esta forma, varios estudios convienen en que, así como la Revolución Cubana creó circunstancias que favorecieron una reactivación de la izquierda en México, también contribuyó a la intervención –mucho más efectiva– de la derecha, la cual se movilizó por ejemplo, en función de la defensa de los valores de las clases medias: “...el individualismo, la defensa de la propiedad privada, de la participación democrática, de la educación como agente de conservación social, de la tradición como núcleo de la identidad nacional...”. En este sentido, la Revolución Cubana cambió el tono del debate, al dar “forma y contenido a los temores y esperanzas de quienes pensaban que el sistema mexicano se encontraba en *un impasse*” (Loaeza, 1988; énfasis original).

Los ejemplos de los impactos de la Revolución Cubana se multiplican a lo largo de la década, aunque no han sido aislados y estudiados en sí mismos, sino que aparecen en el contexto del estudio de las relaciones internacionales entre México y Cuba; o mencionados a propósito de otros temas, como por ejemplo el de las relaciones entre la prensa y el poder en México, o el de la estructu-

ración del campo intelectual latinoamericano o mexicano durante la década de los años sesenta, en el cual Cuba parece haber jugado un papel central. Es el caso, por ejemplo del artículo de “La construcción de la identidad cultural en México: nacionalismo, cosmopolitismo e infraestructura intelectual, 1945-1968” (Cohn, 2005). En su estudio, Cohn trata de demostrar a partir de qué recursos, la “generación de Medio Siglo” o “de la Casa del Lago” –liderada por Fernando Benítez, Jaime García Terrés y Octavio Paz– intentó promover una definición cosmopolita de la cultura mexicana, poniendo de relieve los tropiezos que no pudo sortear cuando asumió una posición crítica del nacionalismo oficial, a propósito del debate sobre la mexicanidad promovido por el Estado mexicano. En este contexto, la autora destaca el hecho de que, en medio de aquella batalla identitario-cultural tuvieron lugar, en la década del sesenta, la expulsión de Fernando Benítez, entre otras razones por su orientación pro-cubana y por la tendencia izquierdista de la publicación que dirigía, el suplemento dominical del periódico *Novedades, México en la Cultura*; la “renuncia obligada” de Arnaldo Orfila a la dirección de Fondo de Cultura Económica, editorial que en 1961 había publicado *¡Escucha yanqui!* de Wright Mills y, en 1964, *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis; el remplazo de García Terrés y su equipo de trabajo de la Dirección de Difusión Cultural de la UNAM, entre otras cosas. De una u otra manera, la simpatía por la Revolución Cubana llevó a estos intelectuales a escribir y/o publicar textos que el gobierno de México consideró, en su momento, dañinos a la imagen del país.

Esta selección de opiniones y eventos, ciertamente una pequeña muestra de una realidad muy compleja, ilustran la heterogeneidad de las posiciones respecto de la Revolución Cubana en México. Resulta contradictorio o cuando menos paradójico encontrar estas reticencias en un país que, como se sabe, en el transcurso de la década, se quedó prácticamente solo apoyando a Cuba en los organismos internacionales para el área latinoamericana, a propósito de debates cuyo tema central era la evolución política de la más grande de las islas del Caribe y su papel a futuro dentro del área latinoamericana. Importa insistir sobre los ejemplos por varias razones, pero sobre

todo porque contribuyen a destacar cómo a partir de 1959 y en años sucesivos, y aun sin ser causa directa de ello, la Revolución Cubana permitió que se liberaran y cristalizaran ciertas tensiones sociales e ideológicas contenidas en la sociedad mexicana, relacionadas fundamentalmente con el destino del propio proyecto revolucionario mexicano, la naturaleza de su liderazgo para América Latina y de sus relaciones con los Estados Unidos.

La Revolución Cubana y los universitarios mexicanos

En enero de 1959, los “unamitas” habían visto trasladar progresivamente del centro de la ciudad de México a la actual Ciudad Universitaria (CU) la casi totalidad de sus escuelas y locales –sólo faltaban las escuelas de Medicina y Música¹. En el acto de inauguración de una de las facultades con mayor capacidad de movilización política, la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, los universitarios interpelaron, audaz y públicamente, al entonces presidente de México, Lic. Adolfo López Mateos, quien había decidido participar de la inauguración del edificio. En su reclamo al jefe del poder ejecutivo, los unamitas estrenaban casa nueva abogando por el cumplimiento irrestricto de la Carta Magna y de las normas de la Revolución Mexicana de 1910, al tiempo que tomaban distancia de los partidos políticos históricos.

Es cierto que éste había sido el tono mantenido por los estudiantes de la UNAM desde hacía largo tiempo. Sin embargo, a partir del triunfo de la Revolución Cubana, la UNAM sufriría un proceso de politización y radicalización notable, y su discurso vería la incorporación de otros tópicos y demandas, los cuales irían mucho más lejos –y más a la izquierda– del restablecimiento y la mera observancia de las libertades democráticas en la vida nacional. Los unamitas comenzarían a exigir, de manera directa y con acciones concretas, por ejemplo, la materialización del apoyo de México a Cuba, una de las formas que el antiimperialismo mexicano protagonizado por un sector juvenil universitario muy activo, adoptó en la década de los años sesenta (Ontiveros, 2007; Pérez Islas y Urteaga Castro, 2004).

En efecto, la revolución de los jóvenes barbudos sirvió como catalizador para transformar la UNAM, de la institución relativamente conservadora que era, en un espacio en donde las viejas hegemonías de escuelas y facultades moderadas cedieron su lugar político a nuevas generaciones de estudiantes, los cuales comenzaron a percibirse como agentes del cambio político y no sólo como cajas de resonancia de otros movimientos, ciertamente importantes, pero vinculados más a los sindicatos y los trabajadores, destacando aquí los recientes movimientos magisterial y ferrocarrilero. En suma, a las viejas coordenadas que habían caracterizado la actividad política de la UNAM, y a la memoria muy reciente de las movilizaciones obreras y la represión enorme a que éstas condujeron, se incorporaron la gloria y el heroísmo de la Revolución Cubana, cuya emulación se promovía abiertamente.

Así, desde los primeros momentos y de manera progresiva a lo largo de toda la década, la propaganda en favor de la Revolución Cubana, especialmente en las coyunturas más críticas por las que atravesó la Isla –el ataque a Playa Girón (abril, 1961); la expulsión de Cuba de la OEA (enero, 1962); la Crisis de los Misiles (octubre, 1962); la publicación de sus documentos programáticos principales, como la I Declaración de La Habana (septiembre, 1960) y la II Declaración de La Habana (febrero, 1962)– fue una tarea constante de los estudiantes de la UNAM. Este proceso de movilización de la opinión pública se promovió a partir de la elaboración y distribución de múltiples volantes, revistas, periódicos y llamamientos; la celebración de conferencias y actividades culturales en México, a cargo de destacados intelectuales cubanos, pero también las convocatorias a congresos estudiantiles y otras reuniones de carácter internacional a celebrarse en la Isla; la divulgación de monografías sobre Cuba y textos de autores cubanos; la constitución de organizaciones de carácter político y sus respectivas publicaciones, las cuales hicieron declaraciones de principios o incluyeron explícitamente dentro de sus estatutos y programas, su apoyo incondicional a la Revolución Cubana y sus consignas, a la vez que divulgaban sistemáticamente a través de sus páginas los logros del proceso revolucionario².

De tal suerte que, al calor de este acompañamiento a la Revolución Cubana se fueron sentando las bases de la capacidad de influencia de la UNAM en el largo plazo, en un país que hasta esos momentos había maniobrado generalmente desde una lógica corporativa, y donde no encajaban las nuevas clases medias, de las cuales formaban parte los universitarios. En consecuencia, en los años sesenta y en los terrenos de CU se formaron, coexistieron y enfrentaron las múltiples formas que adoptó el pensamiento de izquierda en México (comunistas, socialistas, trotskistas, maoístas, guevaristas), entre otras ideologías. Asimismo, desde la UNAM como centro, la izquierda como corriente ideológica se propagó a otras instituciones de educación superior en otros estados, distintos al Distrito Federal. Hacia el interior de la UNAM, especialmente en algunas facultades, como las de Ciencias Políticas, Economía, Filosofía y Letras y otras, se desarrolló una intensa actividad asociativa que impulsó la formación de numerosos grupos, clubes, periódicos, consejos estudiantiles y comités ejecutivos, que buscaban ser tomados en cuenta, mediante la institucionalización de prácticas democráticas verdaderas.

Esta destacada actividad asociativa se realizó en torno a ciertos ejes temáticos o discursivos que la Revolución Cubana fue proponeiendo a lo largo de la década del sesenta, hasta llegar a su inevitable institucionalización en el poder. El primer tema lo constituye sin lugar a dudas la gigantesca transformación institucional, especialmente en lo concerniente a la posibilidad de aplicación de una política de reforma agraria y de nacionalizaciones sobre los latifundios y las empresas extranjeras, así como de reformas productivas que hicieran posible la independencia económica de la Isla. Este tema permitió actualizar añejas discusiones en el marco del debate sobre las condiciones del desarrollo y el subdesarrollo en América Latina.

Un posible segundo tema gira en torno a la definición ideológica de la Revolución Cubana, la cual, aunque no se produce formalmente hasta 1961, generó sin embargo importantes debates al interior del estudiantado universitario y de la intelectualidad mexicana, sin circunscribirse sólo a esos espacios. Este tema planteó abiertamente la cuestión de la relación México-Estados Unidos, una relación que seguía procurando legitimarse en la defensa del

principio de autodeterminación, pero que ya no podía ocultar la subordinación mexicana frente al coloso del norte, en la medida que la política exterior norteamericana imponía restricciones reales y condicionaba las funciones diplomáticas y las prácticas políticas que el gobierno mexicano estaba obligado a observar.

Un tercer tema predominaría a partir del momento máximo de radicalización de la revolución, tomando la forma de la disyuntiva “reforma o revolución”, para referirse a la apuesta a la lucha armada y la violencia revolucionaria, misma que se convirtió en imperativo para el liderazgo cubano hacia mediados de la década. En torno a esta alternativa, se generó una intensa movilización de la opinión pública, donde también los universitarios mexicanos participaron con denuedo e inteligencia y sostuvieron un formidable activismo político, en un contexto en que se reforzaba la necesidad de un mayor apoyo y solidaridad, a raíz de la reciente intervención estadounidense en Vietnam, en 1965.

A partir de ese momento, se celebraron en Cuba varias reuniones de carácter internacional, de enorme importancia, a saber, la Primera Conferencia de la Tricontinental (enero, 1966); el IV Congreso Latinoamericano de Estudiantes bajo el lema “por la Unidad Antiimperialista del Estudiantado Latinoamericano” (agosto, 1966) –donde se acordó la creación de la Organización Continental de Estudiantes (OCLAE)–; la primera reunión de Organización Latinoamericana para la Solidaridad (OLAS) (agosto de 1967), entre otras. Estas reuniones incorporaron otros escritos a los documentos programáticos fundantes de la revolución, tales como el célebre discurso del Comandante Ernesto Guevara a la Tricontinental. También instaron a los universitarios a la celebración de paros estudiantiles de carácter continental como protesta a la agresión de los Estados Unidos a Vietnam, así como a otras actividades de solidaridad, entre las cuales destacaban las colectas de medicinas, dinero y otros materiales.

En esta nueva coyuntura, uno de los asuntos más inquietantes, y que seguramente representó una contradicción difícil de resolver para la joven revolución en su período de mayor radicalización, fue sostener la posición de no involucrar a México en la lucha guerrillera, para no desestabilizar políticamente al país y respetar el orden

interno mexicano. Este dilema se hizo evidente, a propósito de la celebración de la Tricontinental, cuando los delegados chinos a esta conferencia elevaron una propuesta de sabotear las Olimpiadas a realizarse en México en 1968, buscando promover el desprestigio del gobierno constituido. Aunque dicha propuesta no prosperó, permite entrever las tensiones e incluso enfrentamientos ideológicos que atravesaban a las distintas tendencias de la izquierda, no sólo latinoamericana sino además internacional, y que definitivamente impactaron sobre los movimientos y organizaciones estudiantiles mexicanos.

En síntesis, los tres aspectos que debieran retenerse del recorrido realizado son los siguientes. Primero, la relativa oposición que enfrentó la Revolución Cubana, debido al complejo contexto internacional que favorecía el talante anticomunista, especialmente en América Latina. Segundo, el papel polarizador que tuvo la Revolución Cubana en la ciudad de México, al cuestionar la vigencia de la Revolución Mexicana, proceso éste que generó afinidades en la izquierda y resistencias en el poder político y en los sectores moderados y conservadores de la sociedad. Por último, el hecho de que, en el ámbito universitario, particularmente entre los unamitas, la Revolución Cubana contribuyó al desplazamiento de la institución hacia la izquierda, generando nuevos centros de influencia en el seno de la misma. Esta transformación sería perdurable, y jugaría un papel central en la fisonomía política de México hacia fines de la década y también ulteriormente, particularmente en la capital del país. Pero ésa ya es otra historia.

Notas

- 1 Interesa consignar que la expresión “unamitas” deriva de UNAM, Universidad Nacional Autónoma de México, haciendo referencia a una comunidad topológica y política muy clara: los estudiantes de dicha universidad. En los años sesenta del siglo XX la pertenencia a esta comunidad, el ser y sentirse “unamita”, se privilegiaban frente a cualquier otra adscripción institucional o política. Alentados por sus maestros, los universitarios mexicanos de la UNAM se inclinaban más hacia la izquierda y aspiran a tener posiciones autónomas en cuestiones ideológico-políticas. En términos generales, su accionar se caracterizaba por una aspiración explícita a una mayor participación cívico-política contra la discrecionalidad y la arbitrariedad del ejercicio del poder en el México de aquellos años.

- ² Es difícil hacer una reconstrucción exhaustiva de este proceso, pues la documentación de archivo es muy discontinua y asistemática. Una muestra de ello se encuentra en el Fondo *Impresos Sueltos, Movimientos Sociopolíticos de la UNAM* y abarca los años 1954-1968. La información se localiza en el Fondo Reservado del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, bajo la custodia del Mtro. Luis Olivera López. Sin la generosa ayuda del Mtro. José Enrique Pérez Cruz, me hubiera sido imposible localizar dicho archivo. Agradezco a ambos investigadores por su enorme apoyo y colaboración en mi trabajo de investigación con los materiales del mencionado Fondo, sin lo cual seguramente esta investigación hubiera tomado otros rumbos.

Bibliografía

- Bellingeri, Marco 2003 *Del agrarismo armado a la guerra de los pobres. Ensayos de guerrilla rural en el México contemporáneo, 1940-1974* (México: Casa Juan Pablos, Secretaría de Cultura del Gobierno del Distrito Federal).
- Bobadilla González, Leticia 2005 “México y la OEA: los debates diplomáticos en torno a la revolución cubana, 1959-1964”, Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Carr, Barry 1996 *La izquierda mexicana a través del siglo XX* (México: Ediciones Era).
- Cohn, Deborah 2005 “The Mexican Intelligentsia, 1950-1968: Cosmopolitanism, National Identity, and the State” en *Mexican Studies / Estudios Mexicanos* Vol. 21, N° 1.
- Covarrubias Velasco, Ana 1994 “Mexican-Cuban relations, 1959-1988”, Tesis (Ph.D), University of Oxford.
- Fabela, Isidro 1994 “La Conferencia de Caracas y la actitud anticomunista de México” en *Los Estados Unidos contra la libertad* (Toluca: Instituto Mexicano de Cultura).
- Fanon, Franz 1963 *Los condenados de la tierra* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Flores Olea, Víctor et al. 1959 “Tres interrogantes sobre el presente y futuro de México” en *Cuadernos Americanos* Vol. CII N° 1, enero-febrero.
- Furet, François 1995 *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Garza Cárdenas, Lucinda 1970 “Cuba y Estados Unidos, 1959-1961: Evolución e interpretación de un conflicto”, Tesis de Licenciatura, El Colegio de México.
- Garza y Cárdenas, Lucinda 1969 “Causas y desarrollo del conflicto cubano-norteamericano de enero de 1959 a julio de 1960” en *Foro Internacional* Vol. IX, N° 4, abril-junio.

- Gilman, Claudia 1997 “La situación del escritor latinoamericano: la voluntad de politización” en Oteiza, Enrique (coord.) *Cultura y política en los años sesenta* (Buenos Aires: UBA).
- Gilman, Claudia 2003 *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (Buenos Aires: Siglo Veintiuno).
- Gott, Richard 1971 *Guerrilla Movements in Latin America* (Albany: Doubleday).
- Griffith, Robert 1987 *The politics of fear: Joseph R. McCarthy and the Senate* (Amherst: University of Massachusetts).
- Guevara de la Serna, Ernesto 1972 *Obras escogidas* (La Habana: Ciencias Sociales).
- Gupta, Akhil 1992 “The Song of the Nonaligned World: Transnational Identities and the Reinscription of Space in Late Capitalism” en *Cultural Anthropology* Vol. 7 N° 1 (Space, Identity, and the Politics of Difference) February.
- Hobsbawm, Eric 1995 *Historia del Siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Katz, Friedrich 2004 “La Guerra Fría en América Latina” en Spenser, Daniela (coord.) *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México: CIESAS-SRE-Porrúa).
- Klatch, Rebecca 1999 *A generation divided. The new left, the new right, and the 1960s* (Berkeley & Los Angeles: University of California Press).
- Loaeza, Soledad 1988 *Clases medias y política en México. La querella escolar, 1959-1963* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Marwick, Arthur 1988 *The sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c.1958-c.1974* (Oxford: New York University).
- Morales Pérez, Salvador y del Alizal, Laura 1996 *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en la perspectiva mexicana, 1952-1958* (México: SRE).
- Moralez Pérez, Salvador 2002 *Relaciones interferidas, México y el Caribe, 1813-1982* (México: SRE).
- Pellicer de Brody, Olga 1969 “Los grupos patronales y la política exterior mexicana. Las relaciones con la Revolución Cubana” en *Foro International* Vol. X, N° 1, julio-septiembre.
- Pellicer de Brody, Olga 1972 *México y la Revolución Cubana* (México: El Colegio de México).
- Pellicer de Brody, Olga y Mancilla, Esteban L. 1978 *Historia de la Revolución Mexicana, período 1952-1960. El entendimiento con los Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador* (México: El Colegio de México) Vol. 22 y 23.
- Pérez Islas, José Antonio y Urteaga Castro Pozo, Margarita 2004 *Historias de los jóvenes en México. Su presencia en el siglo XX* (México: Instituto Mexicano de la Juventud-AGN).
- Pulido Llano, Gabriela 2005 “Representaciones de lo cubano en los escenarios culturales de la ciudad de México, 1920-1950”, Tesis de Maestría, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

- Rivas Ontiveros, José René 2004 “El proceso de politización y formación de liderazgos estudiantiles de izquierda en la UNAM (1958-1972)”, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.
- Rojas Gutiérrez, Rafael 2001 *Cuba mexicana: historia de una anexión imposible* (México: SRE).
- Santos Villareal, Gabriel 2003 “La solidaridad mexicana con la Revolución Cubana, 1955-1956: sin esa solidaridad no hubiéramos hecho nada”, Tesis de Licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Semo Caley, Enrique 1981 *México: un pueblo en la historia* (México: Universidad Autónoma de Puebla) Vol. 4.
- Smith, Arthur Kittredge 1970 “Mexico and the Cuban revolution: foreign policy-making in Mexico under President Adolfo López Mateos”, Tesis PhD, Cornell University.
- Spenser, Daniela (comp.) 2004 *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe* (México: CIESAS-SRE-Porrúa).
- Torres Ramírez, Blanca Rosa 1969 “Las relaciones cubano-Soviéticas (1959-1968)”, Tesis de Licenciatura, El Colegio de México.
- Villafranca Ramírez, Martha M. 2002 “La prensa mexicana ante la revolución cubana”, Tesis de Licenciatura, ENEP-Acatlán, UNAM.
- Wright, Thomas C. 2001 *Latin America in the Era of the Cuban Revolution* (Westport: Praeger).

FLORENCIA GROSSI*

Joaquín Murieta, infinita saga antiimperialista

*"Con el poncho embravecido
y el corazón destrozado
galopa nuestro bandido
matando gringos malvados.*

*Por estas calles llegaron
estos hombres atrevidos
se encontraron con Joaquín
y Joaquín con su destino."*

Pablo Neruda (1967b)

Apenas uno se dispone a leer el poema dramático *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta. Bandido chileno injusticiado en California el 23 de julio de 1853*, escrito por Pablo Neruda, percibe que será necesario emprender un lento camino de aproximaciones sucesivas. La sensación de estar ante numerosas capas simbólicas aparece al intentar acercarse a las huellas míticas e históricas que dejó el propio Murieta. La historia es fascinante pero no fácil de contar. Cada indicio conduce a muchas bifurcaciones, relatos, plagios y versiones de un personaje que es y fue representación variada de muchos fulgores. Como anuncia el título mismo de este estudio, se trata de una saga eventualmente infinita. Este héroe o bandido nos habla de la Guerra de Estados Unidos contra México en 1846-1848, de los hombres que luego de esta guerra se convirtieron en “extranjeros” en

* Argentina. Licenciada en Historia y Sociedad Contemporánea por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, candidata a Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional de San Martín. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

su mundo terrenal, de la locura de la “fiebre del oro” en California, de la emigración de mineros chilenos, peruanos y mexicanos a San Francisco, de las víctimas del Ku-Klux-Klan y de la injerencia en Vietnam, del odio de todos ellos contra los “yankees” y de la esperanza que ofrece la perspectiva de cobrar algún tipo de venganza contra ese pueblo de hombres “desalmados”.

Por eso, no es casual que Neruda anticipé al lector sobre las varias “antecedencias” que preceden a su versión de la historia de Joaquín Murieta. En la primera edición, publicada por la Editorial Zig-Zag en Santiago de Chile en 1967, la obra tiene varios preludios: una dedicatoria a Gonzalo Losada hecha de puño y letra de Neruda, que sale disparada de un revólver dibujado, su firma y fecha; la primera estampa de Joaquín Murieta, extraída del libro originario de John Rollin Ridge escrito en 1853, donde se nos presenta la fisonomía del bandido legendario; imágenes de carteles a color de viejas películas estadounidenses sobre Murieta; grabados de la época de “la fiebre del oro” con representaciones de robos y peleas en los “fandangos”, todas extraídas de la Bancroft Library, Berkeley; la propia “Antecedencia” escrita por Neruda, a manera de prólogo poético; un fragmento del libro *Viajes* de Benjamín Vicuña Mackenna, escrito en 1856, luego de su estadía en San Francisco, donde se describe la vida de los hombres de aquella ciudad que será el teatro espacial donde acontece la historia del héroe; otro “Prefacio” de Neruda donde nos aclara: “Ésta es una obra trágica, pero también, en parte está escrita en broma. Quiere ser un melodrama, una ópera y una pantomima” (Neruda, 1967b: 10). Además, este prefacio está dedicado al director de la obra, a quien se le ofrecen algunas recomendaciones escénicas, relativas al vestuario de los actores y actrices, y a la aparición de algunas figuras simbólicas, como personajes vestidos con trajes de miembros del Ku-Klux-Klan, lo cual acentúa, en su anacronismo, la necesidad de una lectura en clave política de la obra. Y finalmente, dos incisos más, los agradecimientos del autor y la presentación de los personajes de la obra de teatro.

Como se puede observar, llegar al texto de la obra implica transitar un largo camino simbólico y de preparación, como si se tratara de un rito iniciático. En principio, podemos decir que este juego de

representaciones exhibe de manera muy expresiva la paciente labiosidad de Neruda. Selena Millares, quien tuvo acceso a la biblioteca privada de Neruda en la que fue su casa de Santiago de Chile, “La Chascona”, cuenta que encontró libros “profusamente anotados” que fueron fuente de la escritura de *Fulgor y Muerte...* (Millares, 1995: 203). Entre ellos se encontraban el libro de Roberto Hyenne, *El bandido chileno Joaquín Murieta en California*, escrito en 1862, donde aparentemente se consagra la identidad chilena de Murieta, y *Los chilenos en San Francisco de California*, de Roberto Hernández Cornejo, el cual parece ser una de las fuentes primordiales del poeta, y del que se transcribe un fragmento en la primera edición chilena de *Fulgor y Muerte...* Pero además, se encontraban en su biblioteca, *The Life and Adventures of Joaquín Murieta de John Rollin Ridge* y *Vida y Aventura del más célebre bandido sonorense Joaquín Murieta, sus grandes proezas en California* de Ireneo Paz, el abuelo del escritor mexicano Octavio Paz, escrita en 1904.

Intentaremos ir deshilvanando a partir de estas obras y de otras fuentes las “antecedencias” que nos reconducen a la historia de Joaquín Murieta. Aunque varios historiadores se empeñaron en descifrar dónde y cuándo nació Murieta parece que no hay datos precisos al respecto. Lo llamativo del asunto no es tanto lo indescifrable de las huellas, cuestión corriente para la época y más cuando la historia se entrelaza con el mito, como el ahínco de los eruditos por añadir al “panteón nacional” –mexicano, chileno o estadounidense– a un bandido legendario. En realidad, también la fecha de su “injusticiamiento” está puesta en duda: la leyenda popular negó la muerte del bandido durante años. No obstante, hay algunos datos al respecto. Joaquín Murieta fue capturado y asesinado por una banda de “galgos” yankees el 23 de julio de 1853 luego de haber sido buscado intensamente por una partida especial dirigida por el capitán Harry Love. Murieta tenía poco más de veinte años. Estaba acusado de múltiples asesinatos de “americanos”, de robo de caballos, de asaltos a mineros y a pueblos del “lejano oeste”, del robo de transporte de fortunas millonarias en oro y de ser el cabecilla de una banda de más de 100 bandidos que asolaba toda California. Su cabeza –que protagoniza una saga aparte hasta que terminó siendo

vendida por 63 pesos en una subasta que tuvo lugar en 1854— fue exhibida en un frasco de vidrio lleno con whisky durante varios días en el pueblo de Stockton, junto a la mano de su entrañable camarada y compañero de fechorías, Manuel García, alias *Juan Tresdedos* o *Three Fingered Jack*. Estas fueron las pruebas que presentó el capitán Love para probar que el hombre capturado era Murieta —insisto, había muchas dudas al respecto— y, por supuesto, para cobrar la cuantiosa recompensa.

Además de la información inmediata publicada por la prensa de la época —por ejemplo, en la edición de *Fulgor y Muerte...* editada por Zig-Zag se encuentra un facsímil del periódico *San Francisco Daily Herald* del 30 de julio de 1853 donde se anuncia la captura del bandido—, la primera obra biográfica sobre Joaquín Murieta fue la escrita por John Rollin Ridge. Su libro, que mencioné anteriormente, fue publicado un año después de la captura de Murieta, es decir, en 1854, en California. La obra está firmada por *Yellow Bird* (Pájaro Amarillo), nombre que John Rollin Ridge, de ascendencia cherokee, recibió de su tribu. Había nacido en Georgia en 1827, hijo de John Ridge y de una mujer blanca. Sólo con doce años presenció cómo su padre era apuñalado hasta la muerte por una banda de jóvenes estadounidenses que querían quitarle sus tierras porque en ellas se había descubierto oro. Envuelto en un ambiente de xenofobia y racismo, en su juventud asesinó, en defensa propia, a un hombre que había sido enviado por los enemigos de su padre. Como parte de esta “peregrinación del pueblo indio” tuvo que huir, primero a Missouri y luego a California en 1850. La vida en San Francisco y otros pueblos al principio no le fue muy favorable. Para vivir tuvo que trabajar como minero, comerciante y empleado en el Condado de Yuba. Finalmente Ridge, quien había recibido una buena educación cuando era niño, logró ubicarse como periodista ocasional en algunos periódicos de la región¹. Parece algo evidente que Ridge tenía suficiente información sobre lo que acontecía por aquellos lares.

Como enumera Sergio Pereira Poza (1999: 36), no es casual la “empatía” de Ridge con el personaje de su historia. Ridge novela la vida de un hombre mexicano —o tal vez chileno— que es atraído por las gestas del oro a una “tierra sin ley”; un hombre noble y generoso

que se convierte en bandido a causa de los ultrajes que humillan su vida a manos de los “galgos”: la muerte y violación de su esposa, el robo de su trabajo y la xenofobia, todos actos que requieren venganza. A su vez, Ridge es hijo de un indio cherokee desplazado de sus tierras, también asesinado a manos de los “americanos”. Su vida está marcada por las “mudanzas” territoriales que sufrieron los pueblos indios norteamericanos, desde Georgia y el Río Misisipi hacia el oeste hasta casi desaparecer. Pueden ser “vidas paralelas” que nos hablan de aquella época dramática.

La biografía novelada de Joaquín Murieta que escribe Ridge escapará pronto de sus manos, a pesar de sus esfuerzos por impedirlo. Según la investigación que realiza el crítico mexicano Luis Leal, presentada en la “Introducción” a la obra sobre Murieta de Ireneo Paz, en 1854 Ridge denuncia que su editor W. B. Cooke (nombre que todavía aparece en la edición digital), después de vender 7000 ejemplares, escapó con el dinero. Pero la poca fortuna de Ridge no terminó allí. En 1859 un autor anónimo plagió su obra y la publicó en el *Police Gazette* de San Francisco en diez números, y luego en forma de libro. Esta versión al mismo tiempo fue plagiada en España, Francia y Chile (Leal, 1999: 18-20). De alguna de estas versiones nace la obra de Roberto Hyenne, en francés originariamente, que luego será traducida por un escritor chileno, versión desde la cual se difuminará la historia de la vida de Murieta al mundo hispanoamericano. Estos son los inicios de la saga literaria y de las múltiples representaciones del bandido, que a manera de ensoñación, deambulan en libros, relatos, películas, historietas y cuentos de aventuras.

* * *

Hasta donde pude investigar, la novela de Roberto Hyenne *El Bandido Chileno Joaquín Murieta en California*, escrita en 1862, fue traducida al español por primera vez en 1867 por el escritor, periodista y traductor chileno, Carlos Morla Vicuña (en la portada aparece referido de manera un tanto enigmática: “Traducido del francés por C. M.”) (Hyenne, 1902). Recordemos que la versión de Hyenne surge de la edición publicada en el *Police Gazette* de 1859, versión

adulterada denunciada por el mismo John Rollin Ridge. Sin embargo, la obra de Hyenne a través de la traducción de C. M. logró más de catorce reediciones (Pereira Poza, 1999: 37). No pude hallar datos biográficos sobre Roberto Hyenne, sólo sé que escribió otras novelas románticas, aparentemente sin mucho éxito, por lo que podemos concluir que si la fama del autor llegó hasta nuestros días es por su novela sobre Joaquín Murieta. Tampoco podemos confirmar que Hyenne supiera toda la historia de los plagios sucesivos sobre la obra de John Rollin Ridge, ni cómo llegó el manuscrito a sus manos. Sólo podemos reproducir sus propias palabras sobre lo que él hizo con la obra. Al final de su libro realiza la siguiente aclaración:

“Tal es la historia del más famoso jefe de bandidos que haya existido jamás. Trazándola según datos auténticos, de acuerdo con documentos oficiales, por decirlo así, una que otra vez acaso hemos añadido el colorido a los hechos, pero no hemos referido uno solo cuyo fondo no sea la pura verdad, ¡rigurosamente exacto” (Hyenne, 1902: 164).

Este “colorido” del que nos habla el autor, se puede observar fácilmente ya que Hyenne realiza algunos cambios en relación a la obra de Ridge. Por ejemplo, su esposa ya no será Rosita sino Carmela, y luego del asesinato de la misma Murieta tendrá otra compañera –Clarisa–, y luego otras más. A su vez, las hazañas del bandido, los asaltos y asesinatos, han aumentado. Su nacionalidad ha cambiado, ya no es mexicano sino chileno. La novela tiene dosis de humor, picardía y romanticismo que difieren del tono marcadamente dramático que Ridge le había dado a su personaje. Asimismo, en el Murieta de Hyenne podemos encontrar varias de las imágenes que luego reaparecerían en la saga literaria y en los distintos géneros que enriquecieron la leyenda, como el teatro, la música, el cine, el folclor y el western. Imágenes que dieron vida a personajes como el Zorro (que incluso en una de sus últimas versiones hollywoodenses, *La Máscara del Zorro*, conserva lo primordial de la historia original), Billy the Kid y muchos de los bandidos del oeste estadounidense. En la versión de Hyenne se observan: el grito feroz a lo lejos cuando escapa de sus perseguidores, su destreza como jinete, su puntería infalible, su relación de camaradería con su amigo Juan Tresdedos y el

uso de disfraces para no ser reconocido. Pero podemos decir que lo esencial de la obra dramática y el perfil del personaje se mantienen. En relación a las motivaciones de Murieta, encontramos la misma inspiración de venganza y odio a los “americanos”. Las menciones son numerosas, podemos citar algunas a manera de ejemplo:

“Él [Murieta] hizo un llamamiento a ese perjuicio innato contra los yankees, que las desastrosas consecuencias de la guerra de Méjico no habían hecho más que confirmar en el espíritu de los mejicanos, i logró en poco tiempo reunir en torno suyo una banda poderosa de mejicanos i de chilenos, que odiaban también a los yankees por la conducta que observaban con ellos” (Hyenne, 1902: 19).

En otra ocasión Joaquín reúne a su banda de bandidos y les dice:

“Destruiré a los americanos en masa, quemaré sus ranchos, concluiré con sus propiedades, i todo esto con tanta rapidez, que ellos no tendrán tiempo ni aun para reunir sus tropas i organizar la resistencia, estarán ellos apenas en proyecto de estorbar mis planes, cuando yo habré terminado mi empresa i buscado un refugio en las montañas de Sonora” (Hyenne, 1902: 91).

En Chile, la escritura de la leyenda sobre Joaquín Murieta tomará significativas referencias simbólicas de la obra de Roberto Hyenne. En parte esta situación se entiende porque, como enunciábamos, Hyenne le asignó nacionalidad chilena al bandido. Pero ésta no es la única razón. Varios escritores chilenos se dedicaron afanosamente a incluir a Murieta en el canon de los héroes populares. Aunque en *Fulgor y Muerte...*, Neruda insiste sobre el origen chileno, y por ello, con su autoridad “le otorga una partida de nacimiento”, es importante señalar que el bandido ya había sido convocado en reiteradas ocasiones por las letras chilenas. Tan sólo con una primera mirada panorámica se pueden encontrar huellas de Murieta en la literatura y el teatro chileno anteriores y posteriores a la obra de Neruda –muestra de lo último son la novela *La hija de la Fortuna* de Isabel Allende y el reciente libro *Americanos*, de Ariel Dorfman–.

A principios de siglo XX Carlos Nombela y Tabares escribe *La fiebre de riquezas: siete años en California*; unos años después, Martínez Quevedo, un importante compositor, dedica un sainete a *Joaquín Murieta*; pero quizás la “antecedencia” más importante es la obra teatral *Joaquín Murieta*, de Antonio Acevedo Hernández, escrita en 1936.

Acevedo Hernández (1886-1962) fue un dramaturgo y poeta chileno muy popular y prolífico que escribió varias obras de teatro, novelas y cuentos. Sus obras contribuyeron a la consolidación de la dramaturgia chilena e iniciaron el teatro político y popular. Sus temáticas están dedicadas a los trabajadores mineros, a los campesinos, los “rotos”. Compuesta en seis actos, la obra teatral sobre Joaquín Murieta es parte de ese canon literario. Pero además, parece que Acevedo Hernández fue una “voz autorizada” para pronunciarse en el debate sobre la nacionalidad de Murieta. Pude encontrar un facsímil de un fragmento de periódico fechado en 1935. En el mismo, Acevedo Hernández explica que la historia de Murieta llegó a Chile a través de la versión “francesa” de Hyenne. También Acevedo menciona otras obras de escritores chilenos, Samuel Lillo, Don Virgilio Figueroa, “un gran biógrafo”, y la obra de Roberto Hernández Cornejo –incluida por Neruda en la primera edición del poema dramático–. Con base en estas lecturas, el escritor confirma que Murieta nació en el pueblo de Quillota, al sur de Valparaíso. Para el dramaturgo, aunque dictar el “acta de nacimiento” del bandido es de enorme relevancia, no dejará de destacar lo que para él es realmente significativo en la vida del personaje: “su labor, su acción al frente de los despojos, de todos los ofendidos, en su totalidad hispano-americanos, lo hace un hombre continental que supo unir en la lucha a todos los elementos que gemían por sus derechos lesionados” (Acevedo Hernández, 1936: s/p). Así Joaquín Murieta, ya en los años treinta, simbolizaba algunos de los rasgos específicos del antiimperialismo latinoamericano: la aspiración de unidad continental para enfrentar las ofensas del coloso del norte.

La saga literaria sobre Joaquín Murieta se cultivó en el singular espacio donde se entrelazan el mito y la historia. Varios de los escritores antes mencionados evocan hallazgos que aparentan dar veracidad a la existencia del bandido. Muchas de estas pruebas figuran en obras historiográficas que tratan la experiencia de los mineros chilenos en California. Parece que la historia de esta generación, entrelazada con la ejemplar tradición del mundo minero, quedó grabada en la memoria chilena.

No casualmente, Neruda escenifica en el primer acto (“Puerto de Valparaíso. La partida”), el viaje en barco que realiza Murieta hasta San Francisco. Viaje que era una odisea y que cientos de hombres y mujeres de aquellos años realizaron cotidianamente. Tampoco es un dato menor que, antes de comenzar, Neruda presente una extensa cita del libro *Viajes de Benjamín Vicuña Mackenna*, de 1856, con el objetivo de ubicar al lector en la época, escenario vital de Joaquín Murieta:

“Contemplé a San Francisco bajo otros aspectos y me pareció más singular todavía [...] Era una aglomeración de ciudades, una Babilonia de todos los pueblos [...] encontré algunos centenares de lápidas esparcidas en desorden y la mayor parte con cubierta de maderas. Aquel sitio y los epitafios de cada losa eran una lección terrible para los que ahí llegaban. El sepulturero había escrito ahí la historia de California. Asesinatos, naufragios, muertes de hambre y de pesar, juramentos de venganza escritos por algún hermano” (en Neruda, 1967b: 13).

La primera edición realizada por Zig-Zag, a su vez, culmina con un “Apéndice” donde encontramos un extenso extracto del libro *Los chilenos en San Francisco de California: recuerdos históricos de la emigración por los descubrimientos del oro, iniciada en 1848*, de Roberto Hernández Cornejo, de 1930, también citado por el dramaturgo Acevedo Hernández. El extracto tiene el objeto de revelarse como una fuente histórica que ilustra el ataque al barrio *Chilecito* en California, donde galgos estadounidenses asesinaron a trabajadores chilenos y latinos, un acontecimiento que se recupera en varias crónicas de la época, como la de Enrique Bunster de 1954, donde se

afirma que allí se encontraba Joaquín Murieta (Bunster, 1970: 99). Este acontecimiento es recreado en el cuadro cuarto (“Los galgos y la muerte de Teresa”) de *Fulgor y Muerte...* Acudiendo a un coro, Neruda representa varias imágenes características que denuncian los atropellos imperialistas:

“Nuestro profeta Sullivan lo ha dicho: ‘Es nuestro absoluto destino extendernos hasta hacernos dueños de todo el continente que la Providencia nos ha entregado para el gran experimento de la libertad/ ¿quiénes son los mexicanos?/ Indios y mestizos/ ¿quiénes son los chilenos?/ Indios y mestizos/ ¿Cuál es nuestro deber?/ Mandarlos al Diablo/ To hell! To hell!’” (Neruda, 1967b: 51).

* * *

Hernán Loyola, quien muchos años después, en 2004, realiza las notas a la edición realizada por la Editorial DeBolsillo, recoge una declaración de Fernando Alegría en la que se aportan detalles sobre Neruda y la escritura de su Murieta:

“Recuerdo muy bien el período de gestación de este poema [el Murieta de La barcarola]. En 1964 conversé con Neruda acerca de una novela mía sobre los chilenos del oro en la California de 1849. Estábamos en Concepción haciendo la campaña de Allende. Di a entender que en California había ocurrido una saga que nos comprometía a todos y que yo no dejaría el Oeste norteamericano sin descargar mi conciencia y pagar mi propia deuda. En 1966 nos encontramos en Berkeley. Neruda me contó que había escrito un poema sobre Joaquín Murieta y que Matilde, al escucharlo, opinó que siendo una cantata era evidentemente teatro” (Neruda, 2004: 112).

Como afirma Fernando Alegría, en 1965 Neruda incluye en el cuarto episodio de su canto popular, *La Barcarola*, a Joaquín Murieta. Este episodio, en una primera lectura, parece un borrador de *Fulgor y Muerte...* Varias partes serán incluidas en el poema dramático sin modificación. Las primeras palabras del “Prólogo”, que se repiten textuales, son quizás las más emblemáticas: “Esta es la larga historia de un hombre encendido: natural, valeroso, su memoria es un hacha de guerra. Es tiempo de abrir el reposo, el sepulcro del

claro bandido y romper el olvido oxidado que ahora lo encierra” (Neruda, 1967a: 65).

Sin embargo, la analogía entre las obras demuestra una transmutación esencial en la creación del Murieta definitivo de Neruda. Esa marca de fuego es su experiencia vital en Estados Unidos. Antes de escribir *Fulgor y Muerte...*, en 1966, Neruda da recitales de poesía en Nueva York, Washington y Berkeley. Como comenta Daniel Balderston (2003), quizás lo más significativo de aquel viaje fueran las huellas que dejó sobre Neruda. Recordemos que eran los tiempos de la guerra en Vietnam, de la lucha por los derechos de la población negra en el corazón de Estados Unidos y de más de una década de un creciente antiimperialismo continental –Guatemala, Cuba, Dominicana...–. En su libro de memorias, *Confieso que he vivido*, Neruda referencia estos recuerdos:

“Di mi primer recital de poesía en Nueva York [...] Me conmovió el eco que mis poemas, violentamente antiimperialistas, despertaban esa multitud norteamericana. Comprendí muchas cosas allí, en Washington y en California, cuando los estudiantes y la gente común manifestaban su aprobación a mis palabras condenatorias del imperialismo. Comprobé a quemarropa que los enemigos norteamericanos de nuestros pueblos eran igualmente enemigos del pueblo norteamericano” (en Balderston, 2003: 26-27).

Es evidente que Neruda pudo recoger importante documentación sobre Murieta en Estados Unidos; aparte de los libros que ya tenía en su biblioteca personal, podemos asegurar que el resto del material tan meticulosamente presentado fue recolectado en ese viaje. En los “Agradecimientos” de la obra menciona a varios integrantes de la Biblioteca Bancroft y de la librería Alta California Book Store. De allí son los numerosos dibujos, grabados y portadas de libros que se encuentran en la edición de Zig-Zag. También es notorio que, a diferencia del relato de *La Barcarola*, en *Fulgor y Muerte...* se representen con detalle escenas de la vida cotidiana de los inmigrantes en un “fandango” (cuadro tercero), una típica cantina del bajo pueblo en Norteamérica; interludios de una cantante negra con un *spiritual*, repudiado por los galgos, en contraposición a una

cantante rubia, muy aplaudida por los yanquis, escena en donde aparece el “caballero trámposo”, un gringo engañoso; expresiones en inglés y personajes de hombres encapuchados. Evocaciones gráficas que sólo pudieron ser plasmadas a partir de la experiencia del transitar del poeta por Estados Unidos. Todas muestras de que Neruda estuvo allí, mirando y viendo justo esas cosas. Con ello no quiero decir que en *Fulgor y Muerte...* se encuentran las primeras expresiones antiimperialistas de Neruda. En un registro disímil y a su manera, el *Canto General*, al denunciar las injusticias cometidas contra el continente, ya mostraba esa disposición. No obstante, resulta innegable que el intento nerudiano de dotar a la cultura chilena de un héroe popular antiimperialista justo en esos años pos-Proyecto Camelot deja apreciar marcas contextuales muy claras, las del antiimperialismo de los años sesenta.

* * *

Así pues, en 1967, aparece en Santiago de Chile el poema dramático *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta, bandido chileno injusticiado en California el 23 de julio de 1853*. Unos meses después, Neruda le entrega el manuscrito a Pedro Orthous, quien lo convierte en “una brillante epopeya con elementos de ópera, comedia, zarzuela, pantomima y hasta ballet”, como se anuncia en la edición de 2004. La obra es estrenada el 14 de octubre de 1967 en el Teatro Antonio Varas, de Santiago de Chile, por la Compañía del Instituto del Teatro de la Universidad de Chile bajo la dirección de Pedro Orthous, con música de Sergio Ortega, escenografía de Guillermo Núñez, vestuario de Sergio Zapata, iluminación de Oscar Navarro y coreografía de Patricio Búnster (Neruda, 2004: 21).

Luego del golpe de Estado contra Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, la obra no volvió a exhibirse en Chile por casi tres décadas². Sin embargo, fuera de Chile se convirtió, pronto, en un símbolo de resistencia. Fue representada por primera vez en la temporada teatral de 1969-1970 en Milán, Italia, bajo la dirección del compositor y director francés Patrice Chéreau (Pullini, 1970: 420). Posteriormente, durante los años de la dictadura pinochetista, se

estrenó en Moscú en el Gedryus Matskyaviachus Pantomime Theatre (Kagarlitsky, 1979: 249), y fue musa inspiradora de la cantata que Giovanna Marini compuso en 1975 cuando murió Pier Paolo Pasolini, *Lamento per la morti di Pasolini* (Carrera, 1994: 339). Pero de los relatos sobre la puesta en escena de *Fulgor y Muerte...*, sin duda, el más emotivo es el que narra la experiencia de los músicos chilenos exiliados que se presentaron en Berlín. En 1976 se realizó en dicha ciudad el VI Festival de la Canción Política organizado por el Oktober Club, entidad de la Juventud Libre Alemana. La *Miscelánea* del Festival cuenta que la canción política chilena estuvo presente a través de los conjuntos Tiempo Nuevo, Quilapayún, Aparcoa, los Parras y el compositor Sergio Ortega, todos representantes de “la canción política chilena que se encuentran en el exilio, ahora, ante la tragedia que enluta a ese país” (Miró-Cortez, 1976: 370). La *Miscelánea* describe la experiencia vivencial del momento en que los músicos se presentan en el escenario frente al público.

Finalmente, si la saga de Joaquín Murieta, fruto del imaginario antiimperialista continental, es eventualmente infinita, estas palabras de Neruda pueden ser más que una premonición, una profecía:

“El fantasma de Joaquín Murieta recorre aún las Californias. En las noches de luna se le ve cruzar, cabalgando su caballo vengativo, por los páramos de Sonora, o desaparecer en las soledades de la Sierra Madre mexicana. Los pasos del fantasma, sin embargo, se dirigen a Chile, y esto lo saben los chilenos, los chilenos del campo y del pueblo, los chilenos de minas, montañas, estepas, caseríos, los chilenos del mar, del golfo de Penas [...] Su cabeza cortada reclamó esta cantata y yo la he escrito no sólo como un oratorio insurreccional, sino como una partida de nacimiento” (Neruda, 1967: 10).

Notas

- ¹ Sobre la vida de John Rollin Ridge (1827-1867) se puede consultar el artículo de la *New Georgia Encyclopedia*. Ver: <http://www.georgiaencyclopedia.org/articles/arts-culture/john-rollin-ridge-1827-1867>
- ² Después de muchos años la obra fue reestrenada en Chile en 1998, adaptada como ópera por Sergio Ortega y presentada en el Teatro Municipal. Posteriormente se volvió a estrenar en el 2003. Esta versión implicó su “estreno mundial” ya que se

“la llevó a Finlandia al Festival de Ópera de Savolissa [...] La preciosa puesta en escena, con *regie* de Fernando González y la dirección musical de Maximiano Valdés, resalta junto a una música variada y expertamente escrita. Es además muy local, ya que las modulaciones y giros armónicos de la música de raíz latinoamericana están presentes en la partitura. Es interesante escuchar las versiones ‘operáticas’ de números que fueron grabados y popularizados por artistas de la Nueva Canción Chilena. Tal es el caso de canciones como *Con el poncho embravecido* y *Yá parte el galgo terrible*, altamente conocidas gracias a las versiones grabadas por Víctor Jara e Inti-Illimani, respectivamente” (Gallegos, 2007).

Bibliografía

- Acevedo Hernández, Antonio 1936 “Joaquín Murieta en California. La visión que yo he expresado” en *La Opinión*, Santiago de Chile, 16 de julio.
- Balderston, Daniel 2003 “Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta de Pablo Neruda: historiografía y mito” en *Andajes*, VII, 7.
- Bunster, Enrique 1970 *Chilenos en California. Miniaturas históricas* (Santiago de Chile: Editorial del Pacífico S. A.).
- Miró-Cortez, Carlos 1976 “VI Festival de la Canción Política Berlín 7-14 Febrero 1976” en *Studia Musicologica Academiae Scientiarum Hungaricae*, T. 18, Fasc. 1/4.
- Carrera, Alessandro 1994 “Il lamento di Narciso. Le poesie friulane di Pasolini musicate da Giovanna Marini” en *Italica*, Vol. 71, Nº 3.
- Gallegos, Álvaro 2007 “Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta. Reseña de fonogramas” en *Revista Musical Chilena*, Vol. 61, Santiago de Chile, diciembre.
- Hyenne, Roberto 1902 *El Bandido Chileno Joaquín Murieta en California* (Santiago: Imprenta Valparaíso de Federico T. Lathrop).
- Kagarlitsky, Yuly 1979 “Feedback circuit by Aleksandr Gelman; The Splendor and Death of Joaquin Murieta by Pablo Neruda” en *Theatre Journal*, Vol. 31, Nº 2.
- Leal, Luis 1999 “Introducción” en Paz, Ireneo, *Vida y aventuras del más célebre bandido sonorense, Joaquín Murieta. Sus grandes proezas en California* (Houston: Arte Publico Press/University of Houston).
- Millares, Selena 1995 “Los rostros de la eternidad. La aventura literaria de Joaquín Murieta” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 539-540.
- Neruda, Pablo 1967a *La Barcarola* (Buenos Aires: Losada).
- Neruda, Pablo 1967b *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta. Bandido chileno ajusticiado en California el 23 de julio de 1853* (Santiago de Chile: Zig-Zag).

- Neruda, Pablo 2004 *Fulgor y Muerte de Joaquín Murieta. Bandido chileno ajusticiado en California el 23 de julio de 1853* (Buenos Aires: DeBolsillo).
- Pereira Poza, Sergio 1999 “Joaquín Murieta, ¿héroe o bandido?” en *Revista Occidente* (Santiago), N° 369.
- Pullini, Giorgio 1970 “La stagione teatrale 1969-1970 in Italia” en *Italica*, Vol. 47, N° 4.
- Ridge, John Rollin (Yellow Bird) 2005 (1854) *The Life and Adventures of Joaquín Murieta. The Celebrated California Bandit* (California: Three Rocks Research).

DELFINA MORONI*

Una cruzada contra el imperialismo dibujado. Ariel Dorfman versus Supermán y sus amigos del alma

“Jim wanted to make a difference.

*He was brave enough to be able to say,
‘I want to do a show that brings peace to the world,
and I want us all to sit down and talk about it.’
He knew that television shows do not bring peace to the world
but he was not so cynical as to say we can’t think about it.*

*There was a kind of idealism there
that could seem naïve and childlike,
but that didn’t mean that it couldn’t come true.”¹*

Indudablemente, la vía chilena al socialismo fue uno de los momentos más fuertes del antiimperialismo latinoamericano. Baste recordar el trágico final de su líder, Salvador Allende, y las palabras con las que se despidió a través de la radio, minutos antes de morir tras el ingreso de los militares golpistas a la Casa de la Moneda, el 11 de septiembre de 1973:

“Seguramente ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes. [...] Trabajadores de mi Patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo. En este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme

* Argentina. Editora. Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Candidata a Magíster en Estudios Latinoamericanos en la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Investigadora del Departamento de Literatura y Sociedad del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

a ustedes, quiero que aprovechen la lección: *el capital foráneo, el imperialismo, unidos a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición*, la que les enseñara el general Schneider y reafirmara el comandante Araya, víctimas del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena reconquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios” (en Roitman Ros-enmann, 2012, énfasis propio).

Sintéticamente, la Unidad Popular (coalición electoral vencedora en las elecciones de 1970 con la candidatura de Allende) propuso una transición que, respetando las pautas democráticas y la Constitución vigentes, avanzara hacia una sociedad chilena –de grandes conflictos estructurales entonces– más justa y equitativa. Por primera vez se intentaba en América Latina un modelo socialista original, una alternativa a la URSS². El programa de gobierno era fuertemente estatista y apostaba a las nacionalizaciones y a la profundización de la reforma agraria iniciada por las gestiones de Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva. En el aspecto cultural, si bien no alcanzó a definirse una política para el área, se emprendieron destacadas iniciativas, como la editorial Quimantú. Además, el período de gobierno de la Unidad Popular y sus prolegómenos fueron terreno fértil para el desarrollo del movimiento de la Nueva Canción Chilena³.

En este contexto, Ariel Dorfman y Armand Mattelart escribieron y publicaron una obra fundante de una tradición dentro del canon antiimperialista latinoamericano: *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo* (1971). Este ensayo, harto conocido, comentado, elogiado y criticado por académicos de diversas orientaciones y procedencias desde entonces hasta la actualidad, es el principal emergente de un trabajo mucho más extenso, emprendido por Dorfman durante el gobierno de la Unidad Popular y continuado de diferentes maneras luego de la caída de Allende.

En estas páginas voy a comentar una zona de la vasta, multimedial y multigenérica producción de Ariel Dorfman, aquella que se ocupa de los vínculos entre el imperialismo y los productos de masa estadounidenses destinados al público infantil. Adicionalmente, cerraré este trabajo con dos apostillas que buscan poner de relieve

un aspecto del antiimperialismo chileno: su capacidad para generar alternativas en el plano cultural, su proactividad en ese sentido. Dorfman tuvo una importante participación en ello, tanto durante los años de la Unidad Popular como después, como se comprueba al considerar su único cuento dedicado a los niños publicado hasta hoy: “La rebelión de los conejos” (1986).

Ariel Dorfman. Apuntes biobibliográficos

Dorfman es, por definición, un personaje difícil de definir. Nació en Argentina en 1942, emigró muy tempranamente a Estados Unidos (donde vivió hasta los 12 años) y acabó radicándose en Chile, en 1954. Allí realizó sus estudios secundarios y obtuvo su licenciatura en Literatura Comparada. Luego del golpe de Augusto Pinochet, se vio forzado a exiliarse. Ese nuevo periplo vital lo trajo de regreso a Argentina (aunque brevemente), y enseguida lo condujo a Francia y al que sería su hogar definitivo: Estados Unidos.

Salta a la vista: la segunda parte de su derrotero es bastante similar a la de muchos intelectuales de América Latina que sufrieron los coletazos de los golpes de los setenta. Mas lo que singulariza su historia es la primera mitad. Esos trasladados del Sur al Norte y luego del Norte al Sur impactaron en su futura obra. Me refiero concretamente a la complejísima relación que Dorfman estableció con la potencia imperial, visibilizada en especial a través de la cultura y de la lengua. En esta línea y sin temor a caer en las versiones más dudosas de la crítica literaria de orientación psicoanalítica, es posible leer su producción como un eterno intento de resolver las contradicciones acumuladas a partir de esa tensión original.

En particular, respecto del sector de su obra del que me ocupo en estas páginas, Dorfman escribió:

“Si el libro sobre el Pato Donald puede verse, y debe verse, como una respuesta por parte de dos intelectuales de izquierda a un dilema histórico concreto y colectivo creado por la revolución, también puede analizarse como la culminación de mi propia trayectoria sumamente personal hacia América Latina, la purga ritual y pública de mis últimos

lazos con Estados Unidos [...] Disney había tratado de devorarme cuando yo era un niño en Nueva York; ahora, siendo adulto, yo me lo estaba comiendo en Chile, enviándole su pato bien asado y sus ratones hechos picadillo” (Dorfman, 1998: 317ss).

Con el paso de las décadas, el derrotero de Dorfman lo llevó a reconciliarse con el imperio. Incluso en las memorias escritas en 1998 (redactadas en inglés, por cierto, y luego traducidas al español por él mismo) acabó aceptando que por desear “un Chile rebelde que me ayudara a expulsar en forma definitiva y total la parte norteamericana de mi ser [...] exageré la villanía de los Estados Unidos y la nobleza de Chile, no fui fiel a la complejidad del intercambio cultural”.

La saga antiimperialista de Dorfman debe leerse en las dos claves que su propio autor propone: como respuesta a la intervención –concreta y simbólica– de Estados Unidos en América Latina, y como proceso catártico personal. Por razones de espacio e interés, solo desarrollaré la primera de esas líneas, aunque resulta insoslayable mencionar la otra.

La saga antiimperial

Denomino saga antiimperial a la zona de la producción de Dorfman que abarca los ensayos que nos interesan pero que incluye, además, artículos con primeras versiones de estos análisis, otros ensayos como *Sin ir más lejos* y *Los sueños nucleares de Reagan* (ambos 1986), una serie de conferencias dictadas durante el gobierno de la Unidad Popular y las clases de su curso “La subliteratura y los medios para combatirla” (Universidad de Chile, 1971-1972), de las que no quedaron registros documentales.

La saga se extendió entre 1970 y 1990. Se trató de un período particularmente fructífero de su producción, en el que además publicó sus primeras novelas y cuentos, en general vinculados a la situación en Chile posterior al golpe que derrocó a Allende, y sucesivos trabajos de crítica literaria latinoamericana. Causal y coincidentemente, fue también una etapa vital e histórica agitada: desde el gobierno de la Unidad Popular hasta la vuelta de la democracia a

Chile en 1990; de su participación en el proyecto de Allende al exilio y la radicación en Estados Unidos.

En 1983, Pinochet autorizó a Dorfman el retorno al país. Sin embargo, cuatro años más tarde fue detenido junto a su hijo en el aeropuerto de Santiago. Volvió junto con la democracia, en 1990, pero pronto comprendió –según su testimonio– que Chile y él habían cambiado, y se radicó definitivamente en Estados Unidos. La cuestión de los medios de comunicación de masas y el imperialismo quedó entonces abandonada, si bien continuó escribiendo *sobre el imperio* pero *desde el imperio*.

Los ensayos que tematizan la relación entre comunicación de masas imperial e infancia tuvieron génesis complejas. Fueron redactados durante el gobierno de Allende y sus primeras versiones publicadas en revistas chilenas. Algunos llegaron a imprimirse en la editorial Quimantú pero los ejemplares fueron quemados tras el golpe. Luego del exilio de Dorfman, hubo ediciones argentinas de todos los trabajos, recreadas a partir de algún ejemplar que había logrado salvarse o de un manuscrito reconstruido por su autor⁴. Esto hace que su fechado sea simplemente estimativo. Por otra parte, Dorfman retocó y republicó los ensayos con mínimas correcciones en sucesivas oportunidades hasta 1986⁵.

Se trata básicamente de tres trabajos. El más famoso, escrito en colaboración con Mattelart, sobre el Pato Donald, y otros dos sobre el elefante Babar y el Llanero Solitario⁶.

La kriptonita del Llanero

En 1974, la editorial argentina Galerna publicó *Supermán y sus amigos del alma*, volumen que reunía “La última aventura del Llanero Solitario” de Dorfman y el ensayo testimonial “Las historietas y su cambio. Experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno” de Manuel Jofré.

La premisa inicial de este volumen es un engaño, al menos si es cierto que los lectores deciden la compra de un libro por la cubierta. La portada recrea el icónico logo de las historietas del alter ego

de Clark Kent, con la tipografía en profundidad y simulando un efecto 3D, que acompañó incluso los pósters de las versiones cinematográficas protagonizadas por Christopher Reeves (1978-1987), contemporáneas a la saga antiimperial de Dorfman. El maquetador de Galerna, además, añadió los colores de la bandera estadounidense y le sumó (por si acaso quedara alguna duda), las tradicionales estrellas representativas de los estados de la Unión. Sin embargo, el ensayo sobre el Llanero Solitario apenas tematiza al líder de la legión heroica “americana” en tanto Jofré ni siquiera lo menciona. ¿Cuál es la justificación del título y del arte de cubierta? Justamente esa: Supermán es el máximo exponente de lo que Dorfman pretende denunciar.

En el “Prólogo en que se muestra en acción a unos superhombres de verdad”, Dorfman relata el secuestro, el 15 de septiembre de 1973, de los ejemplares de la primera edición de *Documentos secretos sobre la vida íntima de Supermán y sus amigos del alma* por parte de la Fuerza Aérea. Las circunstancias posteriores son reconstruidas imaginariamente:

“[...] nunca sospechamos que el primer lector de nuestra obra resultaría ser, no un hombre de letras sino, precisamente, un hombre de armas, un mero macho. [...] resulta dramático, grotesco, imaginarse a ese soldado trabajosamente leyendo *Supermán y sus amigos del alma*, la paradoja de que él estuviese escudriñando su propia cara interior sin saberlo, que nosotros le estuviéramos explicando, lejos de él, es cierto, las causas ideológicas que habían motivado su insurrección para poner “orden” en la república. Porque ese soldado no es Supermán. Ahí está la trampita. Es alguien que se sueña a sí mismo como Supermán, que se sueña como Llanero, como Misión Imposible, se sueña a sí mismo como garantía del mundo libre y cristiano y occidental, se sueña como guardián de la familia, de la propiedad, de la moralidad pública, se sueña como héroe de la patria, se sueña paternalista, dominante, se sueña sin grietas” (Dorfman y Jofré, 1974: 7).

Esa escena de lectura da pie a Dorfman para establecer el primer nexo entre los superhéroes y el imperio. Lejos del *Übermensch* nietzscheano, capaz de encarnar un nuevo sistema de valores, este superhombre reproduce la hegemonía capitalista imperial infinitamente.

El análisis del episodio del Llanero Solitario repite las conclusiones de *Para leer*: las historietas como promotoras del *status quo*, defensoras de las relaciones sociales de producción y del primitivismo idílico, y denunciantes de los abusos contra la naturaleza y de los efectuados por determinados agentes del sistema (sin cuestionar nunca el sistema en sí). Así sintetiza Dorfman sus hallazgos en estos análisis:

“Toda obra subliteraria o producto cultural masivo que utilice la ficción como fuente de entretenimiento y dominio emocional o intelectual, se desarrolla siempre de una manera idéntica. Se plantea un problema central, lo que es posible llamar situación de crisis [...] Esa crisis va a ser derrotada en la obra, porque ha sido definida de antemano, desde un principio, como una contradicción que tiene salida en ese mundo específico [...] Esa crisis, para tener significado ideológico, debe estar esbozada en términos que permitan que esta pueda ser reconocida por el lector como algo que a él le preocupa en su mundo real [...] Cambiar el mundo, para el lector, no aparece como algo negado en la historieta [...] Pero el cambio es solo aparente: no se altera la realidad ni al Llanero tampoco. Bajo el manto de la variación, se conserva el mundo tal cual estaba antes de que le fuera forzoso al Llanero intervenir para purificar esa corrompida atmósfera” (Dorfman y Jofré, 1974: 41ss).

Sin embargo, Dorfman plantea que existe una “especificidad” del Llanero: la máscara. A pesar de que hay múltiples superhéroes enmascarados, el Llanero es el único que no cuenta con un alter ego, una personalidad anónima. Nunca se quita la máscara. Su entrega a la justicia es total. Esto extrema la tensión inherente al quehacer heroico. Debe triunfar *a pesar* de la máscara. De esta manera, la historieta reproduce, en palabras de Dorfman, “el mito de la movilidad social de la burguesía”: si el Llanero puede, por estar del lado de los buenos, vencer a pesar de su limitación, todos podemos hacerlo.

Sobre el final del ensayo, Dorfman dedica unas páginas al nacimiento del Llanero, en torno de la crisis del 30 y del surgimiento del *Welfare State*. En este punto, sus características vuelven a hermanarlo con otros superhéroes dados a luz en esa época: todos vienen a encarar al Estado en crisis, a presentarlo sin represión ni contradicciones.

Mas Dorfman trabaja a partir de historietas publicadas en la década de 1970. ¿Qué ocurrió en esos cuarenta años? La estrategia narrativa básica (héroe justo y bueno derrota a villano) se mantuvo a pesar de que la ruptura fuera otra, la definición del adversario se modificara y la solución tendiera a una dirección alternativa⁷. Pero, además, esas historias aparecieron en América Latina. ¿Qué ocurre en este cambio de contexto? La respuesta a esa pregunta es una de las hipótesis primordiales de esta zona de la saga antiimperial y, probablemente, la más endeble:

“Los lectores de los países periféricos definirán sus problemas y el modo de enfrentarlos a través de las soluciones que el capitalismo dependiente importa e impone en conexión con el imperialismo [...] estamos examinando estas características [...] para demostrar el efecto que esto pudiera tener en un lector del mundo subdesarrollado, donde la esperanza en la solución modernizante para garantizar la destrucción del “desarrollo desigual” se ve reforzada cotidianamente por medio de la solución tecnológica (y humanizada) de cada uno de los superhéroes. [...] la dirección de la transformación de nuestra realidad fuerza a importar concretamente las *mismas soluciones* para poder llegar a los mismos resultados, para convertirse en la metrópoli” (Dorfman y Jofré, 1974: 82ss).

Desde la mirada de Dorfman, el lector latinoamericano es simplemente una esponja permeable a los mensajes transmitidos a través de la historieta, sin posibilidad alguna de reflexión crítica frente a ellos: “el mensaje y el mundo imaginario que digiere con ingenuidad cada día” (Dorfman y Jofré, 1974: 15).

La misión autoimpuesta por Dorfman durante los años de la saga antiimperial parece haber sido el desenmascaramiento de estos héroes y de los mensajes que ocultaban, a fin de *salvar al inocente* público latinoamericano de las garras de estos villanos disfrazados. Pero, curiosamente, para lograrlo se valió de los mismos recursos. Es decir, estos ensayos parten de una concepción del lector idéntica a la que subyace en las historietas que Dorfman está denunciando. Ambos se basan en una pedagogía que, incluso, se encuentra menos mediatizada en los trabajos de Dorfman, carentes de sutileza discursiva (y, por momentos, analítica).

Ya se ha dicho, los ensayos acerca del Llanero y del Elefante Babar fueron eclipsados por *Para leer*. Posiblemente esta obliteración se deba a la significación cultural que Disney y sus productos tienen en el mundo occidental al menos desde 1937, con el debut en la pantalla de *Blancanieves y los siete enanitos*. Mas todos comparten una estructura. Por otra parte, si bien es cierto que, como Dorfman ha sostenido en sucesivas ocasiones, fueron trabajos escritos al calor del momento, también lo es que las primeras críticas que recibieron fueron acertadas y se referían, entre otros problemas, al aparente desconocimiento de sus autores del sujeto receptor de la historieta así como de la especificidad del género⁸.

Sin embargo, estos trabajos tienen un mérito innegable. El ataque a los héroes infantiles es una ofensiva a favor de la niñez y en contra de la forma en la que los adultos de los setenta estaban criando a sus hijos, la misma en la que ellos habían sido criados. Aun en épocas de revolución y crisis, la humanidad occidental se ha empeñado en resguardar cierta condición impoluta de la infancia. Durante la Guerra Fría, especialmente después de los sucesos de los sesenta, mucho se había dicho respecto del avance imperial de Estados Unidos, a través de mecanismos que excedían el campo de lo político. Pero, hasta los trabajos de Dorfman, nadie parecía haber advertido que el imperio también estaba metiéndose con los niños, que desde la llamada “tierna infancia” estaba domesticando futuros súbditos.

Este es el gran aporte de esta zona de la saga antiimperial de Dorfman. Sus análisis tienen algunos aciertos y otros excesos, productos de una retórica y un modo de pensar el mundo propios de su época. Pero consiguió definitivamente su lugar en la biblioteca del antiimperialismo latinoamericano por haber llamado la atención sobre lo que nadie estaba viendo: si enseñamos a los niños a interactuar en un medio condicionado por ciertas reglas de conducta a las que deben someterse, y nosotros mismos nos encontramos sometidos desde nuestra situación colonizada, nuestros niños también aprenden a ser oprimidos sin quejarse.

Propuestas I. Apostilla cúnicultural

Dorfman ha publicado solamente una pieza literaria destinada al público infantil. Se trata del cuento “La rebelión de los conejos mágicos” escrito durante una de las últimas visitas al Chile de Pinochet, en 1986, y aparecido en Argentina bajo el sello De la flor ese mismo año.

“La rebelión...” es la historia de una manada de lobos cuyo líder se declara rey del País de los Conejos y enseguida decreta la inexistencia de los anteriores habitantes. Tras los rumores de que los conejos resistirían la prohibición, el rey lobo pide a un mono fotógrafo que lo retrate en sus actos de gobierno. Así se extenderá el convencimiento de que él es el verdadero amo del reino. Pero el misterio comienza: en cada retrato los conejos aparecen en la fotografía revelada. El mono utiliza sus habilidades para eliminar a los conejos de las fotografías. Su hija, la monita, insiste en que los conejos existen y que la visitan cada noche para protegerla, en tanto sus padres le recuerdan que “hay cosas de las que no se habla”. Finalmente, durante la noche los conejos borrados reaparecen en todas las copias de todas las fotografías distribuidas por el reino. Desde su altísimo trono, el rey lobo acusa al mono de sabotear las imágenes y le ordena que tome un último retrato, esta vez libre de intrusos. Pero ya no es posible, el mundo está lleno de conejos que roen la base de madera del trono del rey y lo hacen caer.

Este cuento no es específicamente antiimperialista: indudablemente estamos frente a una alegoría de los motivos que llevan a la caída de un dictador.

Pero me interesa comentarlo por dos motivos. Por un lado, porque la monita es la verdadera heroína, la única que se atreve a decir la verdad. Es indiscutible que Dorfman asignaba un rol destacado a la niñez en la construcción de la sociedad futura, lo que se verifica en la preocupación respecto del tipo de productos culturales disponibles para ella. Por otra parte, este cuento ilustra la praxis de Dorfman en el período 1970-1990: es posible narrar otra versión de la historia. Durante la etapa de la Unidad Popular y hasta su desencantado regreso a Chile, no sólo se encargó de denunciar un estado de situación sino que también propuso una alternativa.

No siempre la gesta del antiimperialismo latinoamericano fue proactiva en este sentido. Hubo momentos en los que la denuncia obturó el campo de acción. El proceso de la Unidad Popular fue, por el contrario, una época particularmente creativa. Precisamente, desde su lugar como intelectual y gestor cultural, Dorfman estuvo involucrado en una de las experiencias latinoamericanas antiimperialistas más significativas en relación con la infancia: la editorial Quimantú y su revista, *Cabrochico*.

Propuestas II. La editorial Quimantú y Susana, la semilla

En febrero de 1971, tres meses luego de asumir la presidencia, Allende firmó la nacionalización de una de las editoriales más grandes de Chile, Zigzag, para montar allí la Editora Nacional Quimantú (en mapuche, “Sol del saber”). Fue una empresa titánica: en treinta y dos meses de existencia, se imprimieron 12 millones de libros. Además supuso un replanteamiento de las relaciones entre los obreros tipográficos y la producción, coherente con la propuesta de la Unidad Popular: se organizaron talleres en los que se los incentivaba a discutir lo que allí se editaba. En una entrevista de 2003, Mattelart recordaba:

“Esta imprenta estatal, que el gobierno de Unidad Popular había heredado del gobierno anterior Demócrata Cristiano, tenía que seguir publicando historietas –a raíz de un acuerdo que hubo entre los dos partidos– y esta continuidad formaba parte del pacto de garantías constitucionales. Por esos años hubo una movilización tal de la derecha contra la Unidad Popular que se reflejaba hasta en las historietas. Entonces, los obreros vinieron a buscarnos diciendo: ‘Es muy curioso, seguimos imprimiendo revistas que nos dan cachetazos; nos interesaría saber qué hay detrás de todo esto’. Y nos pusimos a trabajar con ellos” (Reale y Mangone, 2003).

En Quimantú, Mattelart se desempeñó como Jefe de la Sección de Investigación y Evaluación en Comunicaciones de Masas y Dorfman como miembro de la División de Publicaciones Infantiles

Educativas. De esta manera, ambos participaron en el desarrollo de Cuncuna, la colección de libros infantiles de la editorial, y de *Cabrochico*, publicación semanal dedicada a los niños.

Cuncuna fue la primera colección chilena de literatura infantil nacional e internacional, en volúmenes ilustrados por dibujantes locales, bajo el lema: “Carita de pena no queda ninguna, lágrimas en risa convierte Cuncuna”.

Cabrochico se propuso como una alternativa a los discursos que –aun hoy– reproducen otras publicaciones de su tipo. En el primer número, se presentaba como una “real revista para los niños chilenos” con la intención de “entregar al sector infantil una escala de valores nuevos, cuyo ambiente sea exclusivamente Chile y no el de otros países con costumbres y tensiones totalmente diferentes a las nuestras [...] pretende romper definitivamente con la alienación y el proceso de influencia negativa que ejerce el sistema sobre las mentes infantiles”. Así, en sus páginas el dueño del Gato con Botas desarrolla su conciencia social y decide entregar a los desposeídos el castillo conseguido mediante engaños, un niño aprende que los árboles también sienten dolor, Caperucita pasea por el bosque entonando las estrofas de Venceremos y una niña discute el lugar de la princesa en los cuentos de hadas.

De manera paralela al desarrollo de Quimantú, Dorfman ideó un “sonriente personaje que había concebido como mi máxima contribución para impedir el golpe militar, mi arma secreta contra la CIA” (1998: 42). Es una anécdota que narró en diferentes lugares muchas veces: la mañana del 11 de septiembre de 1973 Dorfman no concurrió a La Moneda porque debía asistir a una reunión en la Televisión Nacional para discutir el proyecto de una serie animada, “Susana, la semilla”:

“[...] la había concebido como una respuesta al paro de los transportistas o, para ser más preciso, como una manera de enfrentar uno de los efectos más destructivos de esta huelga: al bloquear con camiones las carreteras principales de Chile, habían quedado miles de toneladas de fertilizantes a punto de pudrirse en los puertos, lo que amenazaba la cosecha del año siguiente [...] Conjuré la historia locuaz, deliciosa, sexy, de Susana, una semilla que se moría de soledad en

alguna apartada localidad rural [...] Sus aspiraciones a multiplicarse en una cosecha fenomenal se veían frustradas por la lejanía de su amante, Federico el fertilizante” (Dorfman, 1998: 46).

El éxito de estos proyectos fue variable. Cuncuna alcanzó a publicar una veintena de títulos, con altos tirajes y sucesivas reimpressiones. En cuanto a *Cabrochico*, luego de un auspicioso comienzo fue espaciando su aparición hasta desaparecer completamente a finales de 1972. La historia de Susana, obviamente, nunca llegó a la pantalla.

Notas

- 1 Testimonio de Jerry Juhl sobre Jim Henson: “Jim quería hacer la diferencia. Tenía la valentía para decir: ‘Quiero hacer un programa que traiga paz al mundo y que todos nos sentemos a discutirlo’. Sabía que los programas de televisión no traen paz al mundo pero no era tan cínico como para decir que no podíamos proponerlo. Era una clase de idealismo que podía parecer naïve e infantil pero eso no quería decir que no pudiera volverse realidad” (Henson, 2005, trad. propia).
- 2 Tras un período de indefinición inicial, Fidel Castro acabó definiendo el carácter socialista de la Revolución Cubana. El 16 de abril de 1961, luego del bombardeo estadounidense a los aeropuertos de la Isla, Castro realizó un pronunciamiento histórico, que integra, junto al de Allende y otros, el corpus de los discursos presidenciales antiimperialistas de América Latina: “Lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es que estemos aquí, lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es la dignidad, la entereza, el valor, la firmeza ideológica, el espíritu de sacrificio y el espíritu revolucionario del pueblo de Cuba. Eso es lo que no pueden perdonarnos, que estemos ahí en sus narices, ¡y que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de los Estados Unidos!”.
- 3 Surgida durante la primera mitad de los tumultuosos sesenta, esta corriente artística buscó un replanteamiento del arte popular acorde a la evolución de la sociedad (Rolle, 2002). Desde sus inicios fue eminentemente antiimperialista, como reacción a los sucesos de Cuba, Vietnam, El Salvador y otros que agitaron la vida latinoamericana durante esa década. Con el tiempo, el movimiento apoyó la candidatura de Allende y promovió luego sus actos de gobierno, reforzando su carácter antiimperialista (fundamentalmente, antiyanqui). “Venceremos”, el himno de la Unidad Popular para las elecciones de 1970 (con letra de Víctor Jara sobre el original de Claudio Iturra y Sergio Ortega), es un claro ejemplo: “La Unidad Popular vencedora / ¡será tumba del yanqui opresor!”.
- 4 Por ejemplo, en la primera versión posterior al golpe del trabajo sobre el Llanero Solitario, publicada en *Supermán y sus amigos del alma* (1974), Dorfman incluyó esta nota: “En la copia que se logró salvar no venía consignado este dato. De todas maneras, el episodio se publicó en Chile, en la segunda mitad de 1971”.

- 5 Para leer al Pato Donald siempre se publicó de manera unitaria. Los otros dos ensayos aparecieron recopilados en, al menos, siete volúmenes: *Ensayos quemados en Chile* (1970 - 1973 [1974]); *Superman y sus amigos del alma* (1973 [1974]); *La última aventura del Llanero Solitario* (1979); *Reader's nuestro que estás en la tierra /The Emperor's Old Clothes* (1980); *Patos, elefantes y héroes. La infancia como subdesarrollo* (1985); *De elefantes, literatura y miedo: ensayos sobre la comunicación americana* (1986)
- 6 No es mi intención menospreciar la importancia obvia de Mattelart como coautor de *Para leer*. Mas, como señalé, dicho trabajo ha sido ampliamente comentado. Por eso quiero concentrarme en los ensayos que han tenido menos repercusión. Por razones de espacio, me limitaré a analizar el dedicado Llanero.
- 7 Dorfman ejemplifica con una historieta de 1955, en la que el enemigo es un muchacho de pelo largo, derrotado justamente por efecto de la melena que le cubre los ojos en la batalla final: “la presencia y la destrucción de la melena es el síntoma del comienzo de la era del rock y de los delincuentes juveniles” (Dorfman y Jofré, 1974: 80-81). La explicación suena bastante reduccionista. Creo, de todos modos, que un caso más actual resulta ilustrativo del principio: la inclusión del terrorismo en la nueva serie del Capitán América con posterioridad a los atentados del 11 de septiembre de 2001 (Dittmer, 2005).
- 8 En un apartado de su tesis doctoral (que no figura en la edición publicada por la editorial Paidós en 2010), Laura Vázquez recupera las principales críticas a *Para leer* y organiza el debate surgido en torno a la obra. Puede encontrarse una síntesis en su blog: <http://lauravazquezhutnik.blogspot.com.ar/2010/03/contra-disney-un-tigre-de-papel-parte.html>

Bibliografía

- Bravo Vargas, Viviana 2013 “Quimantú, palabras impresas para la Unidad Popular” en *Istor. Revista de historia internacional*, N° 54.
- Dittner, Jason 2005 “Captain America’s Empire: Reflections on Identity, Popular Culture, and Post-9/11 Geopolitics” en *Annals of the Association of America Geographers*, Vol. 95, N° 3.
- Dorfman, Ariel 2012 *Entre sueños y traidores. Un striptease del exilio* (Buenos Aires: Seix Barral).
- Dorfman, Ariel 2005 (1986) *La rebelión de los conejos mágicos* (Buenos Aires: De la flor).
- Dorfman, Ariel 1985 *Patos, elefantes y héroes. La infancia como subdesarrollo* (Buenos Aires: De la flor).
- Dorfman, Ariel 2013 (1998) *Rumbo al Sur deseando el Norte* (Buenos Aires: La Página).
- Dorfman, Ariel y Manuel Jofré 1974 *Supermán y sus amigos del alma* (Buenos Aires: Galerna).

- Henson, Jim 2005 *It's Not Easy Being Green: And Other Things to Consider* (New York: Hyperion).
- Lapolla Swier, Patricia 2001 “New Age Fairy Tales: The Abject Female Hero in El laberinto del fauno and La rebelión de los conejos mágicos” en *Journal of Feminist Scholarship*, Vol. 1.
- Navarro, Arturo 2003 “Quimantú o la propagación de los niños lectores”, Conferencia en <<http://arturo-navarro.blogspot.com.ar/2007/11/quimant-o-la-propagacion-de-los-nios.html>>.
- Pinedo, Javier 2000 “La vía chilena al socialismo de Salvador Allende y su relación con la Modernidad” en *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza) N° 17.
- Reale, Analía y Carlos Mangone 2003 “Entrevista con Armand Mattelart” en *Eptic. Revista de Economía Política de las Tecnologías de Información y Comunicación*, Vol. 1, N° 1.
- Roitman Rosenmann, Marcos (comp.) 2012 (2008) *Salvador Allende Presente* (Buenos Aires: Arte Gráfico Editorial Argentino).
- Rolle, Claudio 2002 “La Nueva Canción Chilena. El proyecto cultural popular y la campaña presidencial y gobierno de Salvador Allende” en *Pensamiento Crítico*, N° 2.
- Vázquez, Laura 2010 *El oficio de las viñetas. La industria de la historieta argentina* (Buenos Aires: Paidós).

LUCRECIA MOLINARI*

CARMEN ELENA VILLACORTA ZULUAGA**

El antiimperialismo en el último Dalton

Roque Dalton, la poesía comprometida y el compromiso con la revolución

Roque Dalton, intelectual, ensayista, militante revolucionario y poeta, nació en San Salvador en 1935. En 1954 inició estudios de Derecho en la Universidad de El Salvador (UES). Allí conoció a Otto René Castillo, poeta guatemalteco que poco después se integraría a la guerrilla de su país. Ambos participaron de la fundación del Círculo Literario Universitario, punto de encuentro de un grupo de poetas salvadoreños conocidos como la “generación comprometida”. Los caracterizaba una actitud de ruptura con respecto a los considerados “padres” de la poética nacional, tanto en términos literarios, proponiendo nuevos recursos estilísticos, como políticos, asumiendo un rol de compromiso con la realidad y las formas de cambio de la misma.

* Argentina. Magíster en Estudios Latinoamericanos (UNSAM), becaria doctoral CONICET - CEG UNTREF. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

** Salvadoreña residente en Argentina. Magíster y candidata a Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM (México). Docente de la Universidad Católica de Córdoba (Argentina). Integrante del Grupo de Estudios sobre Centroamérica, IEALC-UBA.

De la mano de Otto René Castillo, Roque Dalton se acercó al Partido Comunista de El Salvador (PCS), agrupación que en la década de 1960 adquirió un rol destacado en el escenario político del país, tras décadas de ostracismo y encapsulamiento en los sectores medios del ámbito urbano. Estos primeros movimientos instalaron a Dalton en el seno de las vanguardias, tanto en el ámbito estético, donde se convirtió en el principal referente de su generación, como en el político, como militante comunista.

Dalton crecería en esos círculos, influenciado por figuras como Pablo Neruda, Pedro Geoffroy Rivas y César Vallejo, sin abandonar el espíritu crítico y la actitud irreverente. Incorporaría así nuevos recursos a su poesía: el verso libre y la prosa, el humor, la ironía y el habla popular, el diálogo, las voces diferentes, contradictorias, que discutían entre sí e inclusive con el poeta, lo que dio a su trabajo el formato de dinámicos “conversatorios” (Melgar Brizuela, 2005). A nivel político, Dalton mostró un compromiso profundo. A fines de la década de 1950 viajó a Moscú y a otras ciudades del bloque socialista, representando a El Salvador en el Congreso de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. Su militancia lo llevó a la cárcel en 1960 y a un prolongado exilio político iniciado en México, en 1962, y continuado en Cuba, en donde residió entre 1964 y 1973.

Un espíritu como el de Dalton, cuyo único dogma era el irrenunciable gesto de radicalización de los propios planteos, encontraría un límite claro en estas vanguardias estéticas y políticas. 1969 es, en este sentido, un año clave, marcando el inicio de lo que sería la última etapa de su producción política y literaria. Dalton obtiene ese año el premio Casa de las Américas por su poemario *Taberna y otros lugares*, lo que constituye no sólo el nivel más alto en cuanto a reconocimiento literario en su carrera, sino también el impulso a un compromiso más profundo con la Revolución, especialmente la salvadoreña. Sus obras, cada vez más complejas, se irían distanciando de la vanguardia estética “tradicional” de la que había formado parte y con la que finalmente rompería a fines de los sesenta.

A partir de entonces, su poesía y su vida se volcarían crecientemente a la lucha revolucionaria. Tal como describe Geovani Galleas: “Había sido un poeta que cantaba a la revolución, ahora era

un intelectual que la pensaba. Pero aspiraba a más: convertirse en el combatiente que la realizaría. Y se preparaba para ello” (Galeas, 2013). *Historias y poemas de una lucha de clases* es la expresión más acabada de este movimiento. Además de la profundización de la intencionalidad política de los textos, caracteriza esta etapa el tipo de lector presupuesto. El último Dalton escribe, casi exclusivamente, para un lector-militante-revolucionario (Alvarenga, 2010). Se abre entonces, además, un período de mayor radicalidad política, donde las diferencias con el PCS alrededor del tema de la lucha armada y la naturaleza de la revolución adquieren mayor centralidad y profundidad entre los temas abordados.

Después de recibir el premio, Dalton se dedica a preparar su retorno a El Salvador. Ello incluye la ruptura definitiva con el PCS, la renuncia al Comité de Colaboración de Casa de las Américas en 1970 y los primeros contactos para su ingreso a la guerrilla. También es éste un período altamente fecundo en cuanto a la escritura. Entre 1969 y 1973, familiares y amigos lo verán escribir “como poseído”, dedicándose inclusive a avanzar con varias obras a la vez. Entre un conjunto de obras poéticas, testimoniales y políticas que datan de entonces, se encuentran los textos no literarios “El Salvador, el istmo y la revolución” (1969), “Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador” (que concluye en La Habana, en 1972) y “El aparato imperialista en Centroamérica” (fechado en septiembre de 1973).

Estos tres ensayos políticos, publicados en 2011 por Ocean Sur, en dos tomos, con el subtítulo *Imperialismo y Revolución en Centroamérica*, presentan fuertes ligazones con los poemarios y novelas del período. En ellos retoma las discusiones que se desarrollaban al interior de la izquierda latinoamericana alrededor de las vías para la toma del poder, presentes en *Un libro rojo para Lenin* (Dalton, 2001). Pero esta vez apela a un nuevo recurso argumentativo: el antiimperialismo. Al igual que la figura de Lenin en *Un libro rojo...*, el antiimperialismo funciona en estos ensayos como denominador común, compartido con su interlocutor: militantes y dirigentes del PCS. Partiendo de este acuerdo con sus camaradas, Dalton inicia la polémica y explícita las disidencias.

Los textos en cuestión sitúan a Dalton en el centro de las discusiones que atravesaban la izquierda latinoamericana de los años sesenta y setenta, sintetizadas en la dicotomía reforma-revolución. Hacia mediados del siglo XX, la línea moscovita para los partidos comunistas latinoamericanos indicaba prudencia, moderación, alianzas con sectores progresistas de la burguesía y apelación a las vías electorales para conseguir avances democráticos. El triunfo de la revolución cubana por la vía armada y la consolidación del socialismo en la isla contradecían la posición “oficial” del comunismo. Contra tal posición, denominada por Dalton “reformista”, “pacifista”, “derechista”, “quietista”, “seguidista” y “contrarrevolucionaria”, afila sus dardos intelectuales. Se trata de una pugna de interpretaciones sobre la naturaleza de la transformación social.

Dalton argumenta a favor de su lectura del marxismo-leninismo, de su concepción de la historia, de su caracterización del capitalismo salvadoreño y centroamericano, y de su análisis de la coyuntura. Lejos de diluirse en generalidades teóricas o en estériles comparaciones con el caso soviético o cubano, enraíza su internacionalismo y su carácter marcadamente centroamericana en la observación detallada de la historia y de la coyuntura del istmo y de El Salvador.

Lo que ofrecen estos textos es una interpretación de la historia salvadoreña y centroamericana en clave marxista-leninista y una adscripción al Lenin que teoriza sobre la toma del poder, considerada como la correcta teoría de la revolución. En ellos se pone de manifiesto la coherencia político-ideológica-estética de Dalton: escribe para la revolución salvadoreña y centroamericana, y explica por qué para tal revolución es indispensable la lucha armada. Siendo el antiimperialismo una perspectiva unificadora de todo el arco opositor de izquierda, Dalton lo retoma, lo pone en el centro de la escena y lo utiliza para confrontar, discutir, torcer voluntades, convencer y, finalmente, sumar a la causa. Su propósito es resignificar el concepto y, tal como hace con la figura de Lenin en *Un libro rojo...*, negarse a “encerrarlo en un mausoleo” de adoración acrítica, para ponerlo, en cambio, a trabajar por la revolución (Dalton, 2001).

Rechazando, entonces, el carácter conciliatorio de la perspectiva antiimperialista predominante, los ensayos políticos de Dalton

irrumpen con un análisis polémico, que cuestiona la caracterización que el PCS hace tanto del capitalismo centroamericano como de las clases dominantes locales y del rol de las Fuerzas Armadas. Punto crítico, no sólo porque reflejaba distintas lecturas de la realidad sino, principalmente, porque derivó en tomas de posición contrapuestas con respecto al modo de cambiarla. En este sentido, la estrategia aliancista —la formación de un amplio frente democrático, antioligárquico y antiimperialista, como lo proponía la dirigencia del Partido Comunista—, la adhesión a la “revolución por etapas” o la “teoría de las dos revoluciones” y la opción por una vía no armada eran las posturas del PCS agriamente discutidas por el último Dalton.

Para dar forma a sus textos, el poeta apela a una gran variedad de voces —fragmentos de artículos, investigaciones, cuadros y discursos oficiales— que, entretejidas con intervenciones propias, procuran detallar los componentes militares, políticos e ideológicos de la dominación imperialista y de los modos en que se encubre, mostrándose como “nacional”.

Otro denominador común de estos textos es la aseveración según la cual la guerra contrainsurgente y antipopular estaba ya planteada en Centroamérica por las oligarquías imperialistas, que polemizaba con la insistencia del PCS en la estrategia electoralista. El deber de la vanguardia revolucionaria era, según Dalton, conducir directa y planificadamente a las masas hacia la lucha armada, descartando instancias “intermedias” (como la revolución burguesa) y teniendo en cuenta que, tras vencer a nivel local, sobrevenía inmediatamente la lucha contra el enemigo “principal”: el “imperialismo yanqui”¹.

La convicción antiimperialista de Roque Dalton es, pues, resultado de su adscripción al marxismo-leninismo, de su preocupación por aportar a la construcción de una ideología revolucionaria capaz de conseguir la victoria del pueblo y de sus abundantes lecturas sobre la realidad mundial, aplicadas al análisis de la coyuntura centroamericana y salvadoreña. Intentaremos exponer cómo se articulan estas dimensiones en sus tesis principales, enfatizando en el componente antiimperialista y el diálogo que a través de este entabla con otras posturas del escenario político centroamericano.

La figura de Lenin y los sucesos de 1932 en la crítica daltoniana

Dalton concibe el imperialismo como un rasgo fundamental de la estructura económica, política, social y cultural de El Salvador y de Centroamérica. Su mirada es, al mismo tiempo, nacional, regional, continental y mundial, pero el énfasis está puesto en el ámbito centroamericano como contexto del caso salvadoreño. Citando al líder comunista uruguayo Rodney Arizmendi, Dalton subraya el internacionalismo como elemento inexorable de la lucha anticapitalista: para ser marxista-leninista, un partido ha de forjarse en la práctica política organizativa y de masas, la discusión político-ideológica permanente, la preparación teórica sistemática (no dejada al azar) y el internacionalismo “como principio inmutable de la condición marxista-leninista del Partido” (Dalton, 2011b: 82).

No obstante, cada parte sujeta al entramado imperialista debe planificar su propia lucha. El avance de una revolución particular coadyuva a la revolución antiimperialista a nivel continental. He ahí la importancia del internacionalismo. ¿Cómo conseguir que El Salvador cumpla con su papel en la liberación de los pueblos centroamericanos y latinoamericanos del yugo imperialista? Es la pregunta a la que Dalton parece querer responder. Para hacerlo, se sumerge en el estudio de la historia nacional, en búsqueda de la tradición revolucionaria que considera necesario reivindicar y revivificar.

De acuerdo con el historiador mexicano Mario Vázquez, la preocupación de Dalton por la historia de El Salvador fue temprana. “Historia”, “nación” y “revolución” son conceptos estrechamente relacionados entre sí en la obra daltoniana, al punto que sólo habrá nación a partir de la lucha revolucionaria. Lo que ha habido es, a su juicio, antinación, entrega indigna de los recursos naturales, los bienes, la producción y la mano de obra a la fagocitación ilimitada del imperialismo. El fin de la revolución es construir la maltrecha y vapuleada nación (o “no nación”) salvadoreña (Vázquez, 2005). Asimismo, ofrecer un relato histórico en clave revolucionaria es parte insoslayable de las tareas de la revolución. De ahí la centralidad que los hechos de 1932 adquieren para el autor, respecto de los cuales asegura:

“La insurrección salvadoreña de 1932, tan desconocida aún en nuestro país, es uno de los acontecimientos clave de la historia contemporánea de América Latina que permanece sin ser aprovechado como experiencia por los revolucionarios del continente. Fundamentalmente por errores de tipo militar y organizativo aquella insurrección fue derrotada por la primera dictadura oligárquico-imperialista propiamente tal: la de Maximiliano H. Martínez. El pueblo fue asesinado y las organizaciones revolucionarias, arrasadas. El número de víctimas obreras y campesinas llegó a cerca de 30.000 en menos de un mes, lo que en El Salvador y en una estadística macabra da la cifra de un muerto y medio por kilómetro cuadrado [El Salvador tiene apenas 21.000 km²]” (Dalton, 2011b: 5).

Motivado por la pregunta “¿por qué el Partido Comunista de El Salvador no se ha planteado nunca su historia y, dentro de ella, particular y principalmente, la de la etapa 1930-1932 y la de los hechos de ese último año que llevó a la destrucción del Partido y a la muerte a 30 000 trabajadores salvadoreños?” (Dalton, 2011b: 95), Dalton emprende su exploración de aquellos acontecimientos. Sin desconocer ni demeritar el heroísmo y sacrificio de muchos cuadros valiosos del partido, su batalla será contra la mentalidad “quietista”, “pacifista” y “seguidista” que pervive en un PCS doblegado ante los lineamientos soviéticos y, desde el punto de vista de Dalton, inclinado a la derecha. Llamativo es su esfuerzo por encontrar en la propia historia del partido y del país las razones del predominio de esas ideas, a su juicio, contrarrevolucionarias. Y esas razones están en 1932, parteaguas de la historia política salvadoreña.

Dalton divide en tres la historia del PCS: 1) 1930-1932: etapa “normal”. El partido surge en el seno de la clase trabajadora avanzada, organizada. Con debilidades y limitaciones, cumple su función de introducir allí la ideología de la revolución. Pasa a ser la “vanguardia-de-la-vanguardia-de-la-historia”, con el objetivo de convertir a la *clase en sí* en *clase para sí*. 2) Tras la masacre y hasta 1952 se produce la desaparición del partido. Extraído violentamente de su ubicación de clase y separado de las masas, sobrevive en pequeños grupos aislados, formados por artesanos e intelectuales. Esta condición “grupuscularia”, “sectaria” y “pequeñoburguesa”, lejana

a las masas y sin perspectiva de toma del poder, impide concebirlo como un partido y, menos aun, como una vanguardia revolucionaria. 3) 1952-1969: etapa “anormal”, “deformada”. El partido buscó de nuevo la ligazón con la clase trabajadora, pero se mostró incapaz de reivindicar la tradición revolucionaria autóctona y de ponerla en marcha en las condiciones presentes en el país.

Dalton establece un paralelismo entre los errores tácticos y estratégicos cometidos por el PCS en 1932 y los equívocos que, a su modo de ver, predominaban en la dirigencia y buena parte de las bases del PCS hacia finales de la década de 1960 e inicios de 1970. Advierte sobre la gravedad de la confianza de los cuadros comunistas en la insurrección como un brote espontáneo de la indignación del pueblo. A su juicio, el “espontaneísmo” es sinónimo de derrota, conlleva al derramamiento masivo de sangre y al irremediable retroceso del proceso revolucionario. Si en el PCS de 1932 había predominado esa concepción “premarxista” y “antileninista”, ese error no debía volver a cometerse.

Dalton recupera las palabras de Lenin acerca de lo grandioso de la insurrección: se trata de un concepto tan delicado, del que penden aspectos tan fundamentales de la lucha revolucionaria, que no se puede jugar con él, ni librarlo al azar, ni manejarlo, como en 1932, de manera improvisada y desorganizada. “El llamamiento a una insurrección es un llamamiento sumamente grave. Cuanto más compleja es la estructura social, cuanto más perfecta la organización del poder estatal, cuanto más alta la técnica militar, tanto más imperdonable es el planteamiento a la ligera de semejante consigna” (Lenin citado en Dalton 2011b: 119).

Del mismo modo en que el imperialismo se interpone entre el pueblo y la toma del poder, el pueblo ha de interponer la lucha armada entre el sometimiento imperialista y sus posibilidades de liberarse por medio de la revolución. Para enfrentar a un ejército poderoso, muy superior en entrenamiento y recursos, asesorado y respaldado por el aparato militar imperialista, el pueblo necesita contar con su propio ejército, sus cuadros militares entrenados, sus pertrechos y sus estrategias. Dalton llama la atención respecto de lo poco preparados y desprovistos de armas que se encontraban los campesinos insurrec-

tos de 1932. Y propone al PCS una dura autocrítica hacia su responsabilidad como vanguardia de aquellas masas, tanto en 1932 como en el momento en que está escribiendo sus artículos.

Dalton retoma la “ruta elaborativa” de Lenin, remarcando que la teoría de la revolución del líder ruso derivó de un análisis minucioso de la formación social de la Rusia zarista: “La base de la estrategia leninista descansó en la comprobación de que los revolucionarios rusos luchaban con una formación social con dominante capitalista y no feudal (aun cuando las supervivencias feudales eran importantes)” (Bensaïd y Nair citados en Dalton 2011b: 37). Tras caracterizar la formación social salvadoreña, Dalton concluye que la economía del país estuvo desde su origen vinculada con el desarrollo capitalista y que las formas atrasadas, aparentemente feudales, propias de la producción local, son necesarias para la consolidación de una “relación de dependencia con respecto al imperialismo” (Dalton 2011b: 61). He aquí uno de los puntos nodales de su discrepancia con el diagnóstico del PCS. En la perspectiva daltoniana, la condición capitalista dependiente de la economía salvadoreña tira por la borda la “teoría de las dos revoluciones”. Sobre ello se abundará en el siguiente apartado.

Desenmascarar al enemigo principal

En sus ensayos de 1972 y 1973, Dalton intenta “desenmascarar” el carácter imperialista de la estructura económica nacional y de las estructuras militares y represivas nacionales, relacionándolas bajo la siguiente fórmula:

“LA ESTRATEGIA DEL IMPERIALISMO PARA CENTROAMERICA PUEDE DEFINIRSE DE LA SIGUIENTE MANERA: DESARROLLO CAPITALISTA DEPENDIENTE DE LA ZONA, ASEGUARADO MILITARMENTE EN FORMA REGIONAL SUPERACIONAL” (Dalton, 2011a: 108; énfasis original).

Esta no era una realidad evidente en El Salvador. El modo en que Estados Unidos había intervenido militarmente en otros

países de la región –como en Nicaragua–, la manera en que estaba presente a través de empresas multinacionales como United Fruit Company (UFCO) en Guatemala y Costa Rica, no tenía parangón con el caso salvadoreño, mucho menos asediado. El Salvador poseía una fuerte oligarquía nacional, cuya riqueza se asentaba en la posesión de grandes extensiones de tierra y en la contratación de mano de obra a un costo irrisorio, orientándose ambos recursos, básicamente, a la producción de café para exportación. La concentración de tierras y la ayuda del aparato estatal para lograr muy beneficiosas condiciones de producción habían consolidado a esta oligarquía cafetalera que para mediados del siglo XX ya se había extendido hacia otros sectores dinámicos, como el financiero y el industrial. La presencia de capitales extranjeros era, en El Salvador, mucho más pequeña que en la mayoría de los demás países de la región (Rouque, 1994).

Por el modo no tradicional en que ingresó el capital estadounidense –Dalton lo denomina neocolonialismo–, por el tipo de accionar de los Estados Unidos en El Salvador, por la supuesta fortaleza de la “burguesía nacional” –Dalton pone en cuestión que exista tal cosa en el país– y por el contraste que todo esto significaba respecto de los demás países de la región, Dalton consagra sus dos artículos a demostrar la presencia imperialista, desnudar su accionar y alertar sobre sus estrategias de ocultamiento:

“Un presupuesto básico, indispensable, para que el imperialismo norteamericano pueda ejercer su dominación y su explotación neocolonialista sobre nuestros pueblos, es la ocultación de la naturaleza extranjera y antinacional de sus sistema: trabaja sobre naciones con independencia política formal y con una historia trascurrida, con bandera, símbolos, mitos y personalidad[es] nacionales, y debe usar –por lo tanto– instrumentos que parecen nacionales: Gobierno, Administración, Policía, Ejército, programas ideológicos, medios masivos de comunicación, estilo local” (Dalton, 2011a: 2).

La industrialización por sustitución de importaciones que tuvo lugar desde finales de los años cincuenta posibilitó el ingreso de ingentes capitales norteamericanos en el país y muchas empresas,

antes propiedad de salvadoreños, contaban ahora con un porcentaje importante de participación extranjera. Coincidente con una generación de militares de perspectiva modernizante y con el auge de las ideas desarrollistas, la iniciativa para unificar en un único mercado a las economías de los cinco países centroamericanos recibió un impulso clave de Estados Unidos y fue recibida con mucho entusiasmo por los salvadoreños. El Mercado Común Centroamericano (Mercomún) arrojaría, especialmente en los años sesenta, índices macroeconómicos alentadores que, acompañados por gestos de apertura política del gobierno militar, harían crecer las expectativas progresistas y modernizantes de los sectores medios y de izquierda salvadoreños.

En la línea de los más escépticos, Dalton, en cambio, dedica parte de sus ensayos a demostrar, por un lado, que la integración buscaba una más fácil penetración y una mayor rentabilidad de los capitales estadounidenses, lo que no necesariamente coincidía con los intereses salvadoreños y, por otro, que la implementación de pequeñas reformas se hacía en detrimento de cambios estructurales que resolvieran verdaderamente los problemas más acuciantes de las mayorías salvadoreñas. Asimismo, Dalton llamó la atención sobre el hecho de que la orgullosa “burguesía nacional” había cedido su lugar o, más precisamente, “había sido engullida” por el capital estadounidense; realidad que se maquillaba detrás del rótulo de “empresas mixtas” que, a mediados de los años sesenta, comenzaron a multiplicarse: “la ‘industria centroamericana’ sería en lo fundamental ‘la industria imperialista norteamericana para Centroamérica’ o no sería” (Dalton, 2011a: 185-186).

Relacionando dos tendencias que para muchos eran contradictorias, Dalton alerta sobre el “carácter reaccionario” de la integración comercial y el desarrollo industrial (Dalton, 2011a: 12), denunciando su estrecha vinculación con la modernización del aparato represivo estatal. De hecho, la institucionalización de la integración comercial en el Mercomún se dio con pocos años de diferencia de la creación del organismo que vinculó las fuerzas armadas de los países del istmo, el Consejo Centroamericano de Defensa (CONDECA) (Salazar Valiente, 1984).

El imperialismo en la estructura económica

El análisis de la formación económico-social de El Salvador está destinado a mostrar por qué la alusión a “resabios feudales” o “semifeudalismo” como explicación típicamente usada por el PCS es inadecuada y conduce hacia el planteamiento de una estrategia política incorrecta. El diagnóstico del partido derivaba en la aseveración de un capitalismo incompleto y, por consiguiente, en la necesidad de impulsar la revolución burguesa para abocarse, después, al objetivo último: la revolución socialista. Frente a tal consigna y en franca oposición a esta teoría de las dos revoluciones, Dalton asegura que la vinculación de la economía salvadoreña a las exigencias del capitalismo se dio desde el momento en que se optó por el monocultivo y la agroexportación como modelo de “desarrollo”. No había una “economía nacional”. Lo que había era una “apariencia de nación” que encubría a la “unidad socioeconómica” regida por el imperialismo “que desde el inicio es parte dependiente de una economía mundial” (Dalton, 2011b: 42).

Dalton critica el carácter reaccionario de la integración e industrialización: reaccionario en tanto estaba asegurado militarmente –con nuevas tecnologías de control y represión– y también en tanto eludía la necesidad de reformas estructurales. Su operación coincide en muchos puntos con balances del propio PCS, partido con el cual Dalton había roto definitivamente en 1970. Así, en un análisis de la situación nacional elaborado por el Comité Central del PCS, se denuncia que “el énfasis está puesto en la industrialización y la integración regional bajo la hegemonía de los monopolios internacionales yanquis” y que el Mercado Común Centroamericano, impulsado por Estados Unidos, constituye “la puerta de escape a la necesidad de realizar cambios estructurales” (Partido Comunista de El Salvador, 1972).

Hay aquí una perspectiva coincidente, pero también un lenguaje compartido, se trata de un terreno en común con el interlocutor principal. Dalton se dirige al militante revolucionario y, dado que preparaba su retorno a El Salvador, les habla específicamente a los militantes del PCS. Con ellos polemiza y a ellos dedica estos

artículos, partiendo del carácter imperialista del nuevo modelo económico, para discutir los aspectos en los que ambas miradas se distancian: la política de alianzas, la estrategia electoralista y la teoría de “las dos revoluciones”.

Hacia 1971, el proscrito PCS, bajo la fachada legal de la Unión Democrática Nacionalista (UDN), se alía en la coalición Unión Nacional Opositora (UNO) con dos partidos de la oposición legal: el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el socialdemócrata Movimiento Nacional Revolucionario (MNR). La alianza participa en las elecciones presidenciales de 1972 y 1977, donde el partido militar en el gobierno realiza estruendosas maniobras fraudulentas, arrebatándole a la UNO los triunfos obtenidos. Los comunistas justificaron su participación en la coalición reformista a través de la mencionada teoría de las dos revoluciones. Sostenían que era válido apoyar un proyecto no revolucionario, en tanto posibilitara avances y conquistas que abonaran a las tareas “antiimperialistas y antioligárquicas” (citado en Pineda, 2014). Conseguido esto por la vía democrática, el PCS se planteaba como meta ulterior “llevar a las masas (...) la ideología revolucionaria del proletariado, la conciencia revolucionaria de la lucha por el socialismo” (citado en Pineda, 2014).

Las críticas a estas posiciones no eran nuevas: Dalton ya las había puesto en evidencia por lo menos cinco años atrás, en ocasión del encuentro en La Habana con el referente del PCS, Schafick Handal (Alvarenga, 2002). Lo novedoso aquí es el uso de la bandera antiimperialista como piedra basal de la argumentación. Si tanto los “legalistas” del PCS como los “revolucionarios” coincidían en caracterizar como imperialista al nuevo modelo económico, Dalton utilizaría esa coincidencia para demostrar lo errado de la estrategia seguida por el PCS. En lo que respecta a la política de alianzas, Dalton rechaza la posibilidad de distinguir, dentro de las clases dominantes salvadoreñas, sectores del capital nacional con los cuales se pudieran establecer coaliciones. Según Dalton, dado el desarrollo del capitalismo de tipo dependiente observado en Centroamérica, las clases dominantes locales no podían considerarse otra cosa que “las clases dominantes del imperialismo. No

cabe hablar de una burguesía intermediaria como sector especial. Y mucho menos de una burguesía nacional” (Dalton, 2011a: 55).

Insiste en que la errónea evaluación de este aspecto por parte de los dirigentes comunistas deriva en un error de apreciación que torna estéril la política de alianzas. Considera de capital importancia en la estrategia revolucionaria ubicar inequívocamente a lo que él denomina “enemigo principal” –el imperialismo– distinguiéndolo del “enemigo inmediato” –las clases dominantes locales o “bases sociales de actuación en nuestra zona” del imperialismo–. Afirma que esta tarea no había sido cumplida cabalmente por los revolucionarios salvadoreños y centroamericanos, quienes “en nombre de la formación de un amplio frente antiimperialista [definieron] como sectores democráticos nacionales a capas que son precisamente las bases locales de sustentación del sistema explotador antinacional” (Dalton, 2011a: 3).

Del terreno en común del que parte –la constatación del carácter imperialista del modelo económico– Dalton llega al punto donde se inician las disidencias. La respuesta del PCS, inclusive después de que el fraude de 1972 evidenciara las limitaciones de la vía electoral, sería defender dicha política de alianzas, acusando de “sectarismo” y “revolucionarismo” a las posiciones que la ponían en cuestión². El electoralismo, reconoce Dalton, contribuyó al crecimiento y fortalecimiento del partido, el cual se extendió “en la mayor parte del país o en todo el país”. Pero, al no visualizar correctamente qué elementos de dicha alianza eran en realidad la punta de lanza local del imperialismo, la dirigencia del PCS promovió coaliciones que carecen de una “línea auténticamente revolucionaria” (Dalton, 2011b: 92). El PCS sobrevaloró los avances en el “proceso de acumulación de fuerzas” y no advirtió que eran, según Dalton, “fácilmente desacumulables”, dadas las reglas del cambiante escenario político nacional “burgués” al que se limitaba. En respuesta a lo que consideraba la “paralizante concepción de las dos revoluciones (democrático-burguesa primero; socialista, luego)”, Dalton sostendría el carácter “unitario [e] ininterrumpido del proceso revolucionario” (Dalton, 2011b: 61).

La crítica de Dalton coincide totalmente con aquella planteada por Mélida Anaya Montes, quien, hacia mediados de 1970, devendría una de las principales referentes de las Fuerzas Populares de

Liberación (FPL). La dirigente del gremio docente afirmaba que los sectores de izquierda “tradicionales”, específicamente el PCS, “dirigen todos sus esfuerzos hacia las elecciones (...). Desde 1932 el citado partido viene acumulando fuerzas, y a juzgar por los resultados, 40 años después, tal parece que la tesis se ha tomado como un fin en sí mismo”. A juicio de Anaya, al no considerar las condiciones subjetivas y objetivas maduras, el PCS se limitaba a “acumular fuerzas en círculos de estudio” y a cooptar espacios dando la equivoca impresión de “dominio popular” (Anaya Montes, 1972).

Anaya y Dalton coinciden en el tiempo y sus críticas son tempranas –pocos años después serían mucho más comunes–, contrastando con el ánimo de buena parte de la militancia de izquierda que, en ese momento, continuaba apostando a la vía electoralista como modo de acceder al poder. Las coincidencias, sin embargo, no logran plasmarse a nivel organizativo: Dalton no ingresará a las FPL y se integrará, en cambio, al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), organización con la que tendrá profundas disidencias, resultado de las cuales su dirigencia terminará ordenando su muerte y ejecutándola.

Táctica militar y lucha antiimperialista

La rigurosidad que imprime Dalton a sus textos políticos indica cuánta importancia otorgaba al análisis y a la discusión como partes del trabajo revolucionario. En ese sentido, conviene considerar que, tal como se deriva de la introducción a *Miguel Marmol. Los sucesos de 1932 en El Salvador*, en “Partido revolucionario y lucha armada en la formación social contemporánea de El Salvador”, su objetivo no es entablar prolongadas discusiones teóricas sino, por el contrario, aportar a la acción política, esto es, enriquecer el debate para que éste oriente correctamente a la acción.

Desde su punto de vista, ninguna estrategia revolucionaria sin una táctica correcta podía alcanzar su objetivo. De igual manera, sólo la teoría marxista-leninista reinterpretada a la luz de la coyuntura salvadoreña podía aspirar a la radical transformación exigida por el país. No se trataba sólo de pensar la revolución, sino de tener

claro cómo hacerla. Su opción por la lucha armada está tomada, militante, pública y vehementemente. Su distanciamiento del PCS es definitivo.

Ya años antes, en *El intelectual y la sociedad* (1969), había sido clara la intención de Dalton de convencer a sus camaradas de que la lucha armada era la vía óptima. Para el mismo fin acude, en sus ensayos políticos, al concepto de imperialismo. Busca acercarse a la militancia, acompañarla en la argumentación que comparten y mostrar en qué momento sus razonamientos se separan y por qué. Asimismo, pretende evidenciar las contradicciones del discurso “oficial” de la izquierda.

Su diagnóstico parte de la constatación de la presencia imperialista en la región centroamericana. La tesis fuerte es que la “guerra especial”, guerra de nuevo tipo impulsada por Estados Unidos contra el enemigo interno, ya estaba instalada en la región, incluyendo a El Salvador –pese a la tesis del “pesimismo geográfico” según la cual el pequeño y comunicado territorio salvadoreño haría inviable la lucha guerrillera–. Dalton identifica los “pasos concretos” que se habían dado en ese sentido y las instituciones que serían claves en la lucha contrainsurgente siete años después. Resalta el papel del Consejo Centroamericano de Defensa (CONDECA), al que describe como un organismo encargado de la articulación de las Fuerzas Armadas, la policía, la inteligencia y contrainteligencia de los países del istmo, bajo comando estadounidense. También alerta sobre la coordinación del aparato militar policial en cada país y a nivel centroamericano con el aparato administrativo (lo que da lugar a las actividades de acción cívica y a la militarización de Estado, etc.), y sobre la implementación de la guerra psicológica a nivel regional por aparatos de inteligencia de la CIA y ejércitos locales. Documenta la existencia de un centro nacional de información que centraliza tareas de prensa y propaganda, y coordina actividades con el ministerio de educación salvadoreño, con financiamiento de la CIA, a través de Agencia Internacional para el Desarrollo (AID).

Tras dividir el accionar de la guerra especial en tres etapas, sostiene que en El Salvador se ha dado paso a la primera, con disposición a pasar a la próxima. Asegura:

“El gobierno de Estados Unidos HA CREADO, DESARROLLADO Y PUESTO EN FUNCIÓN EN CENTROAMERICA LAS INSTITUCIONES Y LOS ORGANISMOS DE LA GUERRA ESPECIAL. Es decir que, hablando en términos amplios, el imperialismo, en complicidad con las oligarquías y las fuerzas armadas y de seguridad locales, HA PLANTEADO YA INSTITUCIONALMENTE LA GUERRA CONTRA LOS PUEBLOS CENTROAMERICANOS” (Dalton, 2011a: 112; énfasis original).

Esta no es una afirmación liviana. Se hace en un momento en el que, pese a haberse producido un claro fraude en las elecciones presidenciales de 1972, el grueso de la militancia antidictatorial seguiría volcándose a las urnas, con la perspectiva de llegar al poder por la vía electoral, tanto en las elecciones municipales y legislativas de 1974, como en las presidenciales de 1977. Sólo quienes, por ejemplo, siguieron de cerca la reacción estatal a una de las más importantes movilizaciones –la segunda huelga docente, en 1971– lograron dar cuenta del cambio en el accionar represivo del Estado y compararlo con los métodos de la guerra especial. Apelando a un lenguaje y a unas imágenes muy similares a las utilizadas por Dalton, Mélida Anaya Montes realiza una enumeración impactante de las acciones emprendidas contra los manifestantes en 1971, entre las que se cuentan “capturas, torturas y palizas”, “allanamientos y ametrallamiento de casas y locales. Terror psicológico (...) Asesinato de líderes”. Esto le permite sostener que, “(...) en *El Salvador ya se están aplicando métodos propios de la estrategia de contrainsurgencia* realmente antes de que haya una ofensiva de los grupos revolucionarios dispuestos a emplear las armas como métodos de lucha en la conquista del poder político” (Anaya Montes, 1972: 189, 190; énfasis propio).

Iguales diagnósticos derivan en iguales conclusiones. Tanto Anaya como Dalton pasarán de la descripción de este escenario a un llamamiento explícito a pasar a la vía armada. Para Dalton, la legislación, el Estado y el Ejército nacional se convierten en “instrumentos de la guerra especial del imperialismo, en el aparato local del imperialismo para la guerra especial”. Lo que implica que ya “no hay vías ‘legales’ hacia el poder, entre el pueblo y el poder político se interpone el aparato imperialista de las guerras especial y

local, para tomar el poder y hacer la revolución hay que derrotar en la lucha ese aparataje” (Dalton 2011a: 123).

Consciente de las limitaciones de cada uno de los países centroamericanos para empuñar las armas contra un enemigo de la envergadura de un imperio, parte axial de la argumentación daltoniana es la apelación al carácter regional de la lucha revolucionaria en Centroamérica. Dado “EL CARÁCTER SUPRANACIONAL Y CONJUNTO DE LA OPRESIÓN IMPERIALISTA SOBRE CENTROAMÉRICA” los países centroamericanos deben subordinar su táctica nacional a una estrategia igualmente “CONJUNTA Y SUPRANACIONAL”, sin olvidarse, sin embargo, “DE SUS CONDICIONES NACIONALES INMEDIATAS Y DE SUS PROPIAS DEBILIDADES” (Dalton, 2011a: 128; énfasis original).

El PCS mantendrá su postura hasta 1980, año en que decide volcarse a la lucha armada. Hasta poco antes, su dirigencia abrigó esperanzas en el establecimiento de alianzas con sectores de las fuerzas armadas y de la burguesía local, contrastando con la mirada homogeneizadora y pesimista de militantes como Dalton y Anaya, quienes tempranamente descreyeron de la eficacia de ese camino.

El carácter profundamente antipopular de las Fuerzas Armadas salvadoreñas, el estallido de la guerra civil en 1981 y la abierta intervención estadounidense en ella por medio de un oneroso y cruento proyecto contrainsurgente de “baja intensidad” son razones de peso para volver la vista sobre las ideas que cimentaron la perspectiva de Dalton y lo llevaron a profundos desacuerdos, tanto con la dirigencia del PCS como con sus propios compañeros de armas.

A modo de cierre

El presente estudio buscó dar cuenta de las principales definiciones políticas de Roque Dalton alrededor del fenómeno del imperialismo y la forma en que su particular lectura se entrelazó con la de otros actores del arco de izquierda salvadoreño. Como es claro en buena parte de su producción literaria y no literaria, y más evidente aun en esta última etapa de su vida, Dalton no bus-

ca definiciones abstractas. Lo mueven objetivos políticos concretos, inmediatos, impostergables, y la convicción de que sus camaradas están tomando el camino errado. Hacia allí dirige sus fuerzas y sus recursos: los literarios, en *Un libro rojo...*, los políticos, en los artículos trabajados.

Pese a la distancia que por definición le cabe a los textos no literarios respecto de los literarios, hay en ambos tipos de producción, en este último Dalton, una intención política evidente, resumida por él mismo al explicar la vigencia de los problemas históricos a los que dedica tanto estudio y reflexión: “El problema central de nuestro pueblo en la actualidad [es] es el problema de la toma del poder político y de la creación de las condiciones para la realización de la revolución antiimperialista y en desarrollo hacia el socialismo” (Dalton 2011b: 128).

Por razones analíticas, se abordaron estos artículos de Dalton en apartados diferenciados, uno dedicado a su análisis de la formación social de El Salvador y a la historia de la lucha de clases en el país, y otro centrado en los aspectos militares de su planteamiento. Sin embargo, hay una circularidad notable en el pensamiento del autor que podría resumirse por medio del siguiente enunciado: porque no existen naciones centroamericanas, ni burguesías nacionales, sino “lacayos” y “satélites del imperialismo”, el enemigo a vencer es este último. Según Dalton, la guerra imperialista contrainsurgente, asesina y explotadora del pueblo ya está operando en el istmo por diversos medios: militares, económicos y culturales. Un enemigo de semejante envergadura no será vencido ni por medio de elecciones ni gradualmente. Tampoco será derrotado esperando pacientemente el espontáneo hartazgo insurreccional.

En Dalton, la guerra contra el imperialismo tendría que ser librada por un sujeto revolucionario armado, por un ejército popular entrenado, en lo que sería una lucha prolongada en el tiempo, conducida por una vanguardia lúcida, conocedora de la naturaleza criminal del enemigo, formada en el leninismo y articulada con las masas, decidida y fogueada en el combate militar: se trataría de una lucha armada, genuinamente revolucionaria, y de alcance centroamericano. A sostener esta tesis dedicará, en sus últimos años

de vida, tanto sus obras literarias –*Un libro rojo para Lenin* e *Historias y poemas de una lucha de clases*, por ejemplo– como los ensayos que aquí se analizaron.

Notas

- 1 Citando a Fidel Castro, Dalton asevera: “En nuestro concepto el enemigo principal es el imperialismo, tanto en Vietnam como en Cuba, como en cualquier lugar de América Latina [...] Tengan la seguridad de que los reaccionarios, oligarcas, fascistas y todos los elementos de esa laya sin el imperialismo no son nada [...]” (en Dalton, 2011b: 60).
- 2 “Los comunistas estamos decididamente a favor de la unificación de todas las fuerzas democráticas y revolucionarias en un amplio frente único para conquistar un gobierno democrático, antiimperialista y anti-oligárquico. Nosotros hemos contribuido y continuaremos contribuyendo a este gran proceso unificador y constatamos con alegría que avanza, a pesar de las maniobras divisionistas del enemigo y también a pesar del obstinado sectarismo de algunos revolucionarios” (Handal, 1975).

Bibliografía

- Alvarenga, Luis 2002 *El ciervo perseguido. Vida y obra de Roque Dalton* (San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos).
- Alvarenga, Luis 2010 “La crítica de la modernidad en Roque Dalton”, Tesis de Doctorado, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.
- Anaya Montes, Mélida 1972 *La segunda gran batalla de ANDES 21 de Junio* (San Salvador: Editorial Universitaria).
- Dalton, Roque, et al. 1969 *El intelectual y la sociedad* (Méjico: Siglo XXI).
- Dalton, Roque 2001 (1986) *Un libro rojo para Lenin* (San Salvador: UCA).
- Dalton, Roque 2011a *Imperialismo y revolución en Centroamérica* (Méjico: Ocean Sur) Tomo 1: El aparato imperialista en Centroamérica.
- Dalton, Roque 2011b *Imperialismo y revolución en Centroamérica* (Méjico: Ocean Sur) Tomo 2: El Salvador en la Revolución centroamericana.
- Galeas, Geovani 2013 *Héroes bajo sospecha. El lado oscuro de la guerra salvadoreña. Parte I* (San Salvador: Athena).
- Handal, Schafik 1975 “La experiencia del PCS, el más rico patrimonio político de la clase obrera y del pueblo salvadoreño. Intervención de Schafik Handal, secretario general del CC del PCS en el acto solemne dedicado

- a celebrar el 45 aniversario del PCS” en <<https://www.marxists.org/espanol/handal/1975/001.htm>>.
- Melgar Brizuela, Luis 2005 “Las brújulas de Roque Dalton. Una poética del mestizaje salvadoreño”, Tesis de Doctorado, El Colegio de México.
- Partido Comunista de El Salvador 1972 “Breve análisis de la situación nacional. Comunicado del pleno del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador”, agosto, en <<http://www.cedema.org/ver.php?id=3423>>, acceso el 27 de junio de 2012.
- Pineda, Roberto 2014 “El PCS y las luchas por la democracia en El Salvador”, octubre, en <<http://www.ecumenico.org/article/el-pcs-y-las-luchas-por-la-democracia-en-el-salvad/>>, acceso el 10 de septiembre de 2014.
- Rouquie, Alain 1994 *Guerras y paz en América Central* (México: FCE).
- Salazar Valiente, Mario 1984 “El Salvador: crisis, dictadura, lucha... (1920-1980)” en González Casanova, Pablo (coord.), *América Latina: historia de medio siglo* (México: Siglo XXI).
- Vázquez, Mario 2005 “País mío no existes’. Apuntes sobre Roque Dalton y la historiografía contemporánea de El Salvador” en *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, N° 11, julio-diciembre, en <<http://istmo.denison.edu/n11/articulos/pais.html#end01>>, acceso 2 de noviembre de 2014.

ALEJANDRA GONZÁLEZ BAZÚA*

En busca del tiempo encontrado: representaciones del sandinismo en *Casa de las Américas*

Buscarse en los futuros pasados

Varios inicios han sido pensados como posibilidades para abrir el presente ensayo. El primero que apareció toma como punto de partida un epígrafe de Tomás Segovia que dice así:

“No sólo no sé lo que me espera en el futuro próximo, sino ni siquiera lo que querría que me esperara. Pero esa incertidumbre, que antes era mi fuerza y mi libertad, ahora me hace terriblemente vulnerable. O al revés. Quiero decir que esa incertidumbre y falta de lugar no me haría daño si tuviera alguna fe, incluso *ilusiones* concretas. Pero cada vez me cuesta más trabajo creer en el porvenir. Y no sólo a mí: a toda esta época, me parece” (Segovia, 2013: 75).

Este comienzo no sólo sería pertinente para introducir el tema central de este ensayo, en el cual se buscan configuraciones acerca de futuros proyectados en un pasado determinado, sino que serviría como una especie de puente en el que quedarían ligados el poeta Tomás Segovia, la revista del FSLN *Segovia* y un momento

* Mexicana. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora de tiempo completo en la FCPyS de la UNAM. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

histórico en el que hubiese quedado fuera de lugar la mencionada cita, justo porque esa revista nicaragüense nació cobijada bajo una idea de futuro signada por una fuerte creencia en el porvenir, el cual se configuraba como un tiempo colmado de ilusiones concretas. El 26 de julio fue la fecha que Carlos Fonseca eligió para sacar a la luz el primer número de la revista *Segovia*, justo cuando se conmemoraba un año del Asalto al Cuartel Moncada. Once números fueron el total de la vida de esta publicación en la que se trataron temas diversos de la realidad social que vivía Nicaragua a mediados del siglo XX. A pesar de la dependencia económica, de los altos índices de analfabetismo, de la falta de vivienda y de la precariedad de la salud pública que asolaban al país centroamericano, Carlos Fonseca y los que con él hicieron esta revista, proyectaban una idea de futuro en la que cabía la esperanza. “El mundo siempre tiene fuerza. Siempre tiene juventud. ¡Qué revolucionario es el viento! Llega a los árboles a limpiarlos de hojas viejas, de frutas podridas”, escribió entonces Fonseca (1989: 5). En su número 174, correspondiente a los meses de mayo y junio de 1989, la revista cubana *Casa de las Américas*, en la sección “Páginas salvadas”, publicó varios de los textos dados a conocer por Carlos Fonseca en *Segovia*. Si existe una característica general de las revistas, en particular las latinoamericanas, es que son caníbales: se alimentan de su misma especie.

Otro posible punto de partida sería apelar a una imagen similar a la de la cita de Tomás Segovia, pero cuyo sentido es inverso, en la medida que coloca el énfasis no en la incertidumbre sino en la esperanza. La imagen remite, en este caso, al impactante título de un libro de ensayos de John Berger: *Con la esperanza entre los dientes*. Aquí la esperanza en el tiempo presente se revela no como la posibilidad de concreción fácil de ciertos deseos, sino como la cualidad de un tiempo en el que la sola enunciación de la existencia del futuro contendría una suerte de rebeldía. Aferrarse a la esperanza sería oponer resistencia a una inercia en la cual el porvenir no necesariamente coincide con lo deseable. A propósito de Berger y de su imagen sobre la esperanza sostenida entre los dientes, el ensayo podría iniciar con el siguiente epígrafe:

“No puedo decirte lo que el arte hace y cómo lo hace, pero sé que el arte con frecuencia enjuicia a los jueces, clama venganza para el inocente y proyecta hacia el futuro lo que el pasado ha sufrido, de modo que no sea jamás olvidado. Sé también que el poderoso teme al arte, en cualquiera de sus formas, cuando hace esto, y este arte a veces corre como un rumor y una leyenda entre la gente porque le da sentido a lo que la brutalidad de la vida no puede darle, un sentido que nos unifica, porque al final es inseparable de la justicia. El arte, cuando funciona así, se convierte en el lugar de encuentro de lo invisible, de lo irreductible, lo perdurable” (Berger, 1997: 19).

Cualquiera de los dos epígrafes –el de Segovia o el de Berger– podrían haber sido un comienzo pertinente para introducir el tema de este ensayo, en el cual se busca establecer una relación entre los futuros construidos a partir del triunfo sandinista en Nicaragua y el imperialismo entrevisto como un conjunto de amenazas al presente conquistado por la revolución, ese tiempo encontrado llamado a desplegarse en el porvenir. Expresiones concretas de esta relación pueden hallarse en fuentes diversas. Sin embargo, en la revista cubana *Casa de las Américas*, fundada en el albor de la Revolución Cubana de 1959, se plasmaron una serie de concepciones tanto acerca del futuro al que se estaba dirigiendo América Latina en ese momento de efervescencia revolucionaria, como sobre el imperialismo, entendido como amenaza constante.

Este espacio revistero fue de confluencia de distintas voces, enfoques y artes; pluralidad de alegorías acerca de un futuro que, a pesar de la diversidad, siempre fue configurado como un tiempo en el que cabía la esperanza. El futuro de entonces fue pues un tiempo redimido y el presente un momento encontrado que se concibió como un puerto de llegada conquistado por los procesos revolucionarios y como un nuevo punto de partida. *Casa de las Américas*, tanto la institución, cuyo edificio forma parte del paisaje del malecón habanero, como la revista del mismo nombre, fueron espacios en los que el antiimperialismo encontró medios de enunciación y modalidades de reconfiguración a lo largo del tiempo.

En los discursos antiimperialistas latinoamericanos aparecen diferentes significaciones acerca del tiempo. El pasado revolucion-

rio fue referente, faro, guía, luz. El pasado fue espejo en el que se buscaron los orígenes, tanto del imperialismo como de las instancias que lo resistieron. El presente se concibió como un tiempo encontrado y, al mismo tiempo, como el lugar de llegada de las luchas pasadas; fue piedra de toque para dar cuenta de los pasados y de los futuros. En la marcha de la revolución el enemigo fundamental fue el imperialismo en su despliegue diverso.

Las siguientes líneas recuperan las visiones acerca del tiempo que se plasmaron en algunos números de *Casa de las Américas*, donde se evidencia una fuerte presencia de la Revolución Sandinista en sus páginas. Más en particular, se centra la atención en la literatura y se buscan detalles en la poesía, porque ella es una expresión en la que, siguiendo a Berger, se encuentra lo invisible, irreducible, perdurable.

Dado que el inicio formal de cualquier ensayo es el título, vale la pena aclarar que el de este texto debe ser apostillado con el fin de aclarar su sentido: En busca del tiempo encontrado, un tiempo que se percibió como hallado en otro tiempo, uno distinto a éste, al nuestro, en el que parece que mucho está perdido. Perdido tanto en el sentido de extravío, como de derrota. Cabe aclarar que el extravío y la derrota se perciben no en fronteras acotadas, sino que son percepciones generalizadas que dan cuenta de la crisis de lo político en casi cualquier rincón del mundo. De ahí la doble posibilidad de comenzar evocando a Segovia o a Berger. El subtítulo también requiere de un apostillado: la presencia de ciertas representaciones de la Revolución Sandinista en la revista cubana *Casa de las Américas*, cuyas páginas vivas siguen dotando de significado al acontecer latinoamericano.

Los tiempos de y en la revista

¿Qué es una revista? ¿De qué forma puede ser fuente para conocer y explicarnos épocas pasadas? Las revistas son algo así como territorios, paisajes, lugares a los que se puede ir y venir, son un gran mapa para viajar y establecer relaciones entre tiempo y espacio. Las

revistas son espejos de la modernidad, en ellas están los tiempos cortos, vertiginosos, la fugacidad y la condición perenne de las palabras, son un número que continúa a otro o un número al que ya no le siguió uno más, ya fuese porque faltaron recursos o porque se fragmentó el colectivo que le daba vida, porque faltaron lectores o quizá porque no se supo hallarlos.

Las revistas conforman un corpus de textos que resguardan gran parte de la memoria cultural de siglo XX latinoamericano. Para fines del presente texto retomaremos cuatro fragmentos de ese gran universo conformado por los centenares de números de la revista *Casa de las Américas*. En el primer recorte realizado es perceptible una amplia y evidente presencia de Nicaragua en las páginas de esta revista; la Revolución Sandinista es mencionada de una u otra forma; en el grueso de los números que corresponden a los sucesos desde el triunfo revolucionario, hasta la derrota en las urnas, la huella sandinista es clara y vital. Sin embargo, en este ensayo miraremos con atención cuatro números de la revista cubana en las que es perceptible una fuerte presencia de textos referidos a la Revolución Nicaragüense y, sobre todo, de visiones e imaginarios acerca del tiempo presente y futuro, y su relación con la revolución y el antiimperialismo.

¿Qué se hace con el número suelto de una revista?, se pregunta el escritor francés George Perec en uno de sus ensayos que habla sobre cómo poner orden en las bibliotecas personales. En efecto, el número suelto de una revista puede ser incómodo si se busca establecer algún tipo de orden. Sin embargo, para efectos del presente ensayo retomaremos cuatro números sueltos para dar cuenta de una época importante del antiimperialismo latinoamericano en la que los horizontes utópicos que había concretado la Revolución Cubana parecían volverse a ensanchar con la Revolución Nicaragüense; cada uno de estos ejemplares condensará momentos diferenciados en las formas de percibir las temporalidades con respecto a la trayectoria de los cambios del mundo y la Revolución.

Las revistas son modernas, en ellas no sólo está contenida la fugacidad del consumo y el desecho, sino la mirada crítica desde la que se ensanchan los límites de lo posible. En una mirada al inte-

rior de las páginas de la revista cubana encontraremos que ella no se asemeja a un monolito, sino que en ella se da lugar a la heterogeneidad de posturas y visiones que, sin embargo, comparten una identidad política común. Cuando triunfó la revolución ¿el tiempo presente se proyectó de la misma manera a lo largo de los años en que los sandinistas estuvieron en el poder? ¿Qué se dijo en la revista cubana sobre esta otra revolución triunfante? ¿Cómo se configuran los tiempos históricos y futuros en relación con las transformaciones sociales? ¿Cómo se articuló el antiimperialismo con la configuración social del tiempo futuro?

El pensamiento crítico se ha nutrido de varios tiempos históricos en los que reconoce la relación transformadora entre el pensar y el hacer, entre abstraer y construir: la Comuna de París, la República española, la Revolución Cubana, la Revolución Sandinista, son ejemplos de tiempos encontrados con los que se lee y confronta el tiempo del ahora, tanto en sus contradicciones, como en sus potencialidades. Preguntarse hoy por las proyecciones de futuro que ahora forman parte del pasado, puede darnos luces para pensar acerca de nuestras configuraciones del porvenir. Los futuros de entonces no llegaron a ser como se esperaban, el imperialismo fue una amenaza constante y poderosa, pero no fue la única razón para que el aquellos tiempos hallados extraviaran sus rumbos.

La Revolución Sandinista fue un tiempo encontrado, un momento en la historia que se pensó tanto como punto de partida para realizar un proyecto, como continuación de luchas históricas por la emancipación de la humanidad. Estas ideas están presentes en la poesía publicada en la revista cubana y fueron no sólo los nicaragüenses los que abrazaron esta idea, sino una gran cantidad de escritores e intelectuales, en su mayoría latinoamericanos, que construyeron desde la revista, una especie de *nosotros* identitario antiimperial.

Para Roberto Fernández Retamar, director de *Casa de las Américas*, las revistas tendrían que abrirse a la pluralidad de interpretaciones posibles a través del paso del tiempo; para él la revista es una *opera aperta*, un taller o laboratorio en el que está presente el trabajo colectivo.

Una de las muchas formas de mirar a los colectivos políticos, artísticos e intelectuales, es centrar la mirada en números particulares, porque si bien el proyecto complejo sólo se mira en la totalidad de la publicación, también es cierto que cada número es pensado como material redondo, con fronteras, inicios y finales.

Por lo tanto, en esta lectura iremos hacia esos cuatro números de la revista cubana para mirar a un colectivo intangible, a un Nosotros tan imaginario como concreto, aquel que tejía lazos antiimperialistas desde Cuba hasta Nicaragua. Muchos fueron los nicaragüenses que publicaron en las páginas de la revista cubana durante estos años, aunque aquí, más que el nombre propio de los autores, interesa fijarse en cómo estos cuatro números proyectan, de diferente forma, la imagen de un tiempo encontrado, de una utopía hallada, de una rebeldía alargada en los calendarios y las geografías.

Primer número: el *tiempo encontrado*, Nicaragua patria libre

“Nicaragua patria libre” dice con letras rojas la portada del número 117 de *Casa de las Américas*, aparecido en noviembre de 1979. Junto a la leyenda está la silueta de Sandino y atrás, de fondo, una de las imágenes icónicas del triunfo de la Revolución Sandinista en la que aparece el pueblo nicaragüense levantando puños, banderas; gritando, mirando. Entre esta imagen y la de la Plaza de la Revolución de La Habana que Raúl Corrales tituló “El Quijote de la farola” hay cierta continuidad, una revolución que le sigue a otra y que son lo mismo y no, que se unen tanto como se diferencian.

En este número hay pocas imágenes y muchos textos, es, digamos, un número especialmente copioso en palabras y páginas, también en nombres propios. En él se publicó el Discurso de Fidel Castro en el acto central conmemorativo del XXVI (26) aniversario del asalto al Cuartel Moncada: “Nicaragua está más cerca, cerquita. Casi hay la misma distancia del Cabo de San Antonio a Managua, que la que hay del Cabo de San Antonio a la Punta de Maisí” (Castro, 1979: 11).

Al dar la vuelta la página aparece otro fragmento de la imagen del pueblo de Nicaragua expectante, y junto a ella una décima

de Nicolás Guillén ocupando una página entera: “Llamen a Rubén Darío, díganle que venga y cante, que su clara voz levante, junto al claro pueblo mío. No más el yanqui sombrío, nos quite patria y decoro: hable el caracol sonoro, y el mundo sepa por él, que no da tregua o cuartel, quien ya tiene el alba de oro” (Guillén, 1979: 15).

Aparece después un mapa de Nicaragua en donde no se ve que, efectivamente, entre los extremos de Cuba, existe casi la misma distancia que desde la Isla a aquel país centroamericano.

Sergio Ramírez publicó entonces “Breve Historia contemporánea de Nicaragua”, donde concluyó afirmando que el futuro de la revolución estaba lleno de esperanzas. De esperanza también habló Ernesto Cardenal en ese número, pero también del peligro, o quizás de la esperanza que es más grande porque se acompaña de peligro: “Es contra las tinieblas esta revolución. Era la madrugada del 18 de julio y el comienzo de todo lo que estaba por venir” (Cardenal, 1979: 40-41).

De la multiplicidad de textos que conforman este número, nos detendremos en el poema de los cubanos Fina García-Marruz y Cintio Vitier “Tu lucha, Nicaragua”. Comienza así: “Nos despertamos preguntándonos por tu lucha, Nicaragua. Día a día, tarde o noche, seguimos las noticias” (Vitier y García-Marruz, 1979: 62). Después, Fina y Cintio hablan de las noticias y de las batallas como canto. Prosiguen diciendo que quien mandaba en esa lucha era un muerto: “el que sigue ordenando a su pequeño ejército de hombres libres, es el General Sandino”. El poema termina hablando del futuro, diciendo que poco a poco se reconstruirá lo perdido: “Nos reuniremos todos junto al Lago. Será de nuevo la pesca milagrosa, la paz” (Vitier y García-Marruz, 1979: 64).

La imagen de la Nicaragua revolucionaria fue también pensada por Regis Debray en “Nicaragua año cero”: “¿Imagen de estampita o de actualidad? ¿París 44, La Habana 59 o Managua hoy?”, se cuestionaba el autor al inicio de su ensayo. Nosotros hoy nos preguntamos por ese tiempo encontrado que miraban Regis, Cintio y Fina. Nos preguntamos también por la *Prosa para el amanecer en Nicaragua* que escribió José Emilio Pacheco, donde se decía que la revolución habló porque hubo poetas que la acompañaron: “Nunca

quedó en silencio Nicaragua. / Nunca las armas estuvieron solas. / Hoy la poesía ocupa su lugar en las calles. / La luz del alba enciende a Nicaragua” (Pacheco, 1979: 92).

En ese número se plasman recurrentes metáforas sobre Nicaragua. En ellas se habla de luz, arco iris, vida, esperanza, victoria, baile, sonrisa. En la página 153 –referencia que indica que hay muchos otros textos precedentes–, la estadounidense Margaret Randall le da las gracias a Nicaragua desde el título de su texto. Rememorando las palabras de Leonel Rugama, quien había dicho que los sueños de los pobres, los humildes, siempre son “en blanco y negro”, Margaret Randall decía que con la revolución había llegado el sueño multicolor y colectivo que necesitaría ser reconstruido tanto al exterior, como al interior, tanto de mentes y corazones, como de cuerpos y casas (Randall, 1979: 154).

Segundo número: “Todo lo que hablábamos ya se volvió cierto”

Un reloj antiguo es la imagen de la portada del número 134 de septiembre-octubre de 1982, misma que nos recuerda que el tiempo pasa, se mide, es commensurable. Pero al interior de sus páginas la presencia de nueve poetas nicaragüenses nos anuncia otra idea de tiempo: no sólo la del reloj que cuenta y ordena el acontecer, sino la de unas temporalidades diversas que se empalman, se achican o se alargan según la perspectiva y la vivencia.

Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas, Daniel Ortega, Daisy Zamora, José Cuadra Vega, Rosario Murillo, Luz Marina Acosta y Julio Valle Castillo son los nueve poetas nicaragüenses que comparten frontera no sólo geográfica, sino también revistera, con seis poetas salvadoreños que también aparecieron en esta edición de la revista cubana. Antes de los poemas nicaragüenses se incluye el prólogo que Roberto Fernández Retamar escribiera a propósito de la publicación, en Estocolmo, de una antología a poemas de Ernesto Cardenal.

Dice Retamar que quisiera terminar su prólogo con un final feliz pero, se pregunta: ¿acaso puedo hacerlo?

“Mientras escribo estas páginas las noticias no pueden sino inquietar. El pequeño Solentiname fue arrasado por los bárbaros Somocistas (...) Y nosotros, en el resto del orbe, ¿permaneceremos impasibles si de nuevo Solentiname es agredido? ¿Se tiene el derecho de elogiar las palabras de un hombre superior como Cardenal y no ser fieles a los que dicen sus palabras?” (Fernández Retamar, 1982: 47).

Casi un cuarto del total de las páginas de ese número lo ocupan los poetas nicaragüenses, cuyas palabras hablan de lo irreducible, de aquello que la poesía supo nombrar tan claramente, de esos intersticios en los que están presentes tanto el dolor como la vida, tanto la rememoración heroica de la lucha armada como el deseo de pisar el presente sin el color verde olivo como horizonte. En esas palabras están presentes los cuerpos que luchan, los del guerrillero anónimo y los de la mujer incansable que resiste en el día a día. Si el primer número referido había sido uno colmado de fervor y de esperanza por el presente y por el futuro, este otro deja asomar dimensiones complejas en donde el deseo y la realidad se presentan con cierto descompás.

Tercer número: “Tiene la palabra el / la compa nica”

En el número 157 de *Casa de las Américas*, publicado a mediados de 1986, la portada es clara. “Tiene la palabra el / la compa nica”, dice una leyenda puesta junto a la silueta del rostro de Sandino. Este ejemplar contiene voces nicaragüenses que hablan sobre el proceso abierto en su país, recreándolo desde el ensayo político, la recuperación de la historia o la poesía.

En la editorial se afirma:

“Cuando el 19 de julio de 1979 el pueblo nicaragüense, admirablemente encabezado por el Frente Sandinista de Liberación Nacional, obtuvo al cabo su plena independencia e inició un proceso cuyo séptimo aniversario saludamos hoy entusiasmados, sabíamos, en medio de la desbordante alegría, que el camino que tendría que recorrer aquel pueblo admirable era desde luego áspero y difícil. Era inimaginable que el imperialismo norteamericano permaneciera de brazos cruzados ante

una hazaña que demostraba al mundo cómo era posible que un pueblo de Nuestra América se escapara de sus garras y empezara a construir una sociedad nueva, justa, libre” (Editorial, 1986: 2).

Precisamente fue la política imperialista de Estados Unidos, entonces gobernados por Ronald Reagan, el factor entrevisto como el mayor peligro que enfrentaba la Nicaragua Sandinista. En un ejercicio consciente por vincular el pasado antiimperialista de principios de principios del siglo XX y el antiimperialismo propio de ese tiempo encontrado, *Casa de las Américas* reedita los célebres poemas “Roosevelt” y “Los cisnes”, en los que Rubén Darío había trazado poderosas alegorías en torno a la dominación histórica de América Latina: “Brumas septentrionales nos llenan de tristezas, / se mueren nuestras rosas, se agotan nuestras palmas, / casi no hay ilusiones para nuestras cabezas, / y somos los mendigos de nuestras pobres almas” (Darío, 1905: 5).

Este número de *Casa*, dedicado casi en su totalidad a abordar el tema de la Revolución Sandinista, contiene dentro de la sección “Letras” una serie de textos que, si bien son plurales en sus formas de abordar el tema central, coinciden en configurar el futuro como una dimensión anhelante. Todos estarían de acuerdo con el poema de Darío que termina diciendo que aún se guarda la esperanza en esta caja de Pandora.

Al considerar este número es necesario hacer referencia a una presencia importante que es mirada y nombrada: las mujeres. Era 1986, la lucha de las mujeres recorría el mundo ya no como fantasma, sino como realidad, y en esa concreción el proceso revolucionario nicaragüense había sido fundamental.

No puede pasar inadvertido otro texto incluido en este número. Publicado en 1971, el célebre ensayo de Roberto Fernández Reta-mar “Calibán” es retomado ahora en “Calibán revisitado”, donde el mismo autor apostilla aquel texto clásico, tomando en cuenta los acontecimientos sucedidos entre 1971 y 1986. El mundo había cambiado en esos quince años y, paradójicamente, parecía ser más grande la utopía futura al tiempo que el imperialismo era concebido en su despliegue multidimensional.

Cuarto número: jóvenes de Nicaragua

Cuando en el número correspondiente a mayo-junio de 1989 *Casa de las Américas* publicó a nueve jóvenes poetas nicaragüenses lo hizo resistiendo a los aires neoliberales que ya soplaban fuerte: el Muro a punto de ser derrumbado, el Consenso de Washington gestándose más allá del papel, América Latina y el mundo viviendo un viraje en las formas de lo político.... Ya no era a las calles ni a las montañas a los que se referiría la poesía: ¿qué tipo de poesía se puede escribir con las urnas electorales como único horizonte?

Durante todos los años ochenta fue perceptible en *Casa de las Américas* un empeño por visibilizar a la juventud del continente. Un barco es la imagen de la portada de este número, un barco de velas rojas que avanza con el aire, o a pesar de él (depende de la perspectiva). En sus páginas leemos poesía joven elaborada por quienes ya no sólo miran las batallas en las sierras, sino por quienes toman en cuenta las batallas internas que viven quienes crecieron y comenzaron a publicar en medio de una revolución en curso. La lucha antiimperialista continúa presente, sí, pero ahora se la enuncia desde la resistencia cotidiana, desde el elogio de la vida que se reproduce comunitariamente entre deseos, logros y contradicciones.

No es aquella poesía explícita de 1979, sino una especie de poesía de Ícaros que ensayan su vuelo una y otra vez. El primer poema publicado en esta antología es de Juan Carlos Vílchez y se titula justamente “Siempre Ícaro” (Vílchez, 1989: 12). Vílchez recrea un personaje inevitablemente succionado por el cielo y que, a pesar de las caídas, se prepara para ensayar una y otra vez el próximo vuelo. ¿Se hubiese recurrido al mito de Ícaro al inicio de la Revolución? Algo de esa poesía nos devuelve a nuestro tiempo: sabiendo que las alas se derretirán cuando hacia el sol se vuela, hay quien prepara alas y vuela una y otra vez, incesantemente.

Otros poemas recurren a la noche como metáfora para hablar de un tiempo al parecer más adecuado para volar con alas de cera.

Quinto número: nostalgia del futuro

Las elecciones de 1990 en Nicaragua coincidieron con la llegada del Periodo Especial en Cuba. “Periodo Especial en tiempos de Paz” fue el nombre oficial de la época que se inauguraba en la Isla.

Si en los cuatro números referidos hasta ahora había sido la palabra lo que habló del tiempo encontrado, cabe señalar que en el número 184, correspondiente a julio-septiembre de 1991, lo que escuchó fue el silencio. Nicaragua dejó de ser nombrada con tanta centralidad. Poco a poco también el imperialismo y antiimperialismo dejarían de ocupar un lugar en las letras de imprenta. Parece ser que es más fácil hablar de las victorias que de las derrotas, de los aciertos que de los errores, de los colores que de los grises.

En el tiempo presente es notoria la presencia de algunas miradas y voces que vuelven al pasado con nostalgia, que van constantemente a los tiempos encontrados y los comparan con cierta desazón con el tiempo del ahora. Cabe pues preguntarse por la naturaleza de esa nostalgia. ¿Vivimos un momento nostálgico?, ¿qué es precisamente lo que añoramos de aquellos años?, ¿leemos y releemos pensando que esos tiempos no volverán?, ¿cuáles son las melancolías de este momento histórico que se presenta, para algunos, como vacío futuro, y que más que vacío se parece a un agujero negro que devora todo lo que se acerca a él? En síntesis ¿qué hacemos con la historia de aquellos momentos en los que todavía, de alguna manera, nos reconocemos...?

Hay de nostalgias a nostalgias. Están las que levantan la bandera del “todo tiempo pasado fue mejor”; están también las que, no pudiendo escapar del paradigma del progreso, añoran melancólicamente un futuro que ya está dado, un porvenir encapsulado al que las generaciones venideras arribarán irremediablemente y de cuyas ventajas, por cierto, el melancólico no podrá disfrutar. Pero quizá valga la pena pensar que existe otro tipo de nostalgia, aquella que tiene el potencial de construir sujetos.

Durante mucho tiempo la utopía se tecnificó. Se pensó que era “natural” asumir un compromiso político frente a la sociedad. Se pensó, también, que ese compromiso traería consigo, automáticamente,

el mundo deseable, cuyos rasgos se impondrían sin importar que las acciones de los hombres no caminaran en esa dirección. Así entendida, la utopía fue más una consecuencia que el producto de una construcción.

¿Se seguirá tecnificando la utopía? O, por el contrario, ¿se alimentará un tipo de presentismo ahistórico en donde la negrura del futuro se juzgue inmodificable? Si se cree que lo que es urgente es la construcción de sujetos, de personas dueñas de su propia memoria que guardan la humilde certeza de que las cosas pueden y deben ser diferentes, se tendrá que pensar que los tiempos futuros no sólo se encuentran, sino y sobre todo, se piensan y construyen colectiva e incesantemente. Cabe preguntarse hasta qué punto es pertinente para caracterizar nuestro presente aquella imagen de unos hombres y mujeres que sostienen la esperanza entre los dientes. Cabe preguntarse, también, si aquella frase de Ernesto Cardenal en la que se alude a la nostalgia del futuro encuentra algún sentido en estos días. Hoy es necesaria la indagación crítica de los futuros pasados, aquellos futuros sobre los que podemos mirar con la ventaja de saber algo sobre sus cegueras.

Bibliografía

- Berger, John 1997 *Cada vez que decimos adiós* (Buenos Aires: De la flor).
- Berger, John 2007 *Con la esperanza entre los dientes*, (México D.F.: La Jornada / Itaca).
- Cardenal, Ernesto 1979 “Luces” en *Casa de las Américas* (La Habana Cuba) N° 117.
- Casa de las Américas* 1986 (La Habana) N° 157.
- Casa de las Américas* 1991 (La Habana) N° 184.
- Castro, Fidel 1979 “Discurso en el acto central conmemorativo del XXVI aniversario del asalto al Cuartel Moncada” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 117.
- Fonseca Amador, Carlos 1989 (1954) “C.A.F.A.TERÍAS” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 174.
- García-Marruz, Fina y Vitier, Cintio 1979 “Tu lucha, Nicaragua” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 117.

- Guillén, Nicolás 1979 “Décima” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 117.
- Pacheco, José Emilio 1979 “Prosa para el amanecer de Nicaragua” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 117.
- Randall, Margaret “Gracias, pueblo de Nicaragua” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 117.
- Retamar Fernández, Roberto 1982 “Prólogo a Ernesto Cardenal” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 134.
- Segovia, Tomás 2013 *El tiempo en los brazos. Cuadernos de notas (1984-2005)* (Valencia: Pre-Textos)
- Vilchez, Juan Carlos 1989 “Siempre Ícaro” en *Casa de las Américas* 1989 (La Habana) N° 174.

MARCELO J. GONZÁLEZ*

Miguel D'Escoto Brockmann y la insurrección evangélica en Nicaragua. Cristianismo, antiimperialismo y noviolencia

“Queremos ayudar a que se comprenda que todo seguidor de Jesús debe ser noviolento y, por tanto, también antiimperialista, ya que el imperialismo es siempre violento, criminal y terrorista [...]”

Hemos hecho un llamado a la insurrección evangélica. A todos los cristianos, creyentes y no creyentes a que se insurreccionen y denuncien la política de Estados Unidos contra Nicaragua.”

Miguel D'Escoto (2009)

Introducción

La asociación entre cristianismo, antiimperialismo y noviolencia establecida por estas declaraciones se vuelve aún más peculiar si se tienen en cuenta las características del enunciador y el marco histórico de su enunciación. Quien así habla es Miguel D'Escoto Brockmann. Sacerdote católico, religioso misionero, estadounidense de nacimiento y formación, nicaragüense por familia, opción y convicción. Militante del Frente Sandinista de Liberación Nacional, canciller del gobierno revolucionario desde 1979 hasta 1990 y presidente del sexagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2007. El contexto epocal es el de las alternativas de la injerencia estadounidense en Nicaragua durante la revolución y la posrevolución sandinistas.

* Argentino. Doctor en Teología. Magíster en Estudios Latinoamericanos. Profesor del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín. Titular de la cátedra de Historia de la Filosofía Latinoamericana del Centro de Estudios Salesianos de Buenos Aires. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

El estudio se propone explorar la movilización de textualidades y prácticas de la tradición cristiana ensayada por D'Escoto. La hipótesis de trabajo puede sintetizarse como sigue: la originalidad, complejidad y problemática de tal activación del repertorio cristiano radica en los entrecruzamientos intentados. Se trata de entrecruzamientos, por un lado, entre la vertiente antiimperialista y la noviolenta de relectura de la persona y el mensaje de Jesús y, por otro, entre el anclaje estadounidense y la radicación en Nicaragua del propio D'Escoto.

El estudio se organiza en tres secciones. La primera y la segunda se concentran, respectivamente, en la movilización de textualidades y prácticas, asumiéndose en el análisis un énfasis en el seguimiento de los procedimientos específicos puestos en juego por D'Escoto. La tercera sección ensaya una lectura complexiva de las activaciones de la tradición cristiana por parte de D'Escoto, ampliando la mirada hacia procesos más generales.

Movilizaciones textuales

Los textos producidos por Miguel D'Escoto son muy variados y cultivan géneros diversos: escritos de espiritualidad, artículos periodísticos, reseñas de libros, homilías, discursos, conferencias, intervenciones en campo eclesial y político, cartas abiertas, documentos oficiales como funcionario gubernamental y de las Naciones Unidas y entrevistas. El arco temporal no es menos dilatado, yendo desde el inicio de los años sesenta hasta la actualidad (D'Escoto, 2009). A los efectos de este trabajo, me concentro en una selección de artículos, discursos y entrevistas desde el criterio de su directa tematización del núcleo temático en estudio (las referencias puntuales se ofrecen a lo largo del desarrollo). El análisis que sigue explora tres operaciones básicas de la construcción textual *antiimperialista y noviolenta* de D'Escoto: la tematización de la brecha Jesús/iglesia, la reflexión sobre la posibilidad de suturar dicha brecha y el despliegue de la contraposición violencia/noviolencia.

La brecha Jesús/iglesia

Una primera movilización textual de la tradición cristiana realizada por D'Escoto puede plasmarse en la siguiente proposición simplificada: Jesús fue (es) radicalmente *noviolento*, lo que marca de manera indeleble todo su mensaje/propuesta. Siendo el *imperialismo* el epítome de la violencia, la exigencia de seguimiento de Jesús conlleva necesariamente una postura *anti imperialista* coherente con lo anterior. Pero, en la aparente simplicidad de este encadenamiento, estalla una tensión de fondo como fruto de una contrastación histórica insoslayable: “Mi iglesia, desde Constantino, apoyó a los imperios y avaló su violencia; más aún, ella misma durante muchos siglos, hasta hace solo 136 años, tuvo su propio ejército e hizo uso de la violencia para defender sus intereses” (D'Escoto, 2009: 13).

Para afrontar esta contradicción, D'Escoto pone en marcha un dispositivo argumental que se mueve entre el reconocimiento y la interpretación. Ante todo, se trata de asumir la existencia de una *brecha*, *distorsión*, *silenciamiento*, *desvío*, *desfiguración* y hasta de una traición. Dicho sintéticamente, es cuestión de aceptar que entre Jesús y la iglesia no hay una continuidad transparente sino un hiato problemático. Para comprender el origen, el devenir histórico y la significación de esta grieta, el autor recurre a una dilatada tradición interpretativa en el seno del cristianismo, que postula la existencia del giro *constantiniano*. Es decir, la aparición de una cesura histórica de gran escala como fruto de la tolerancia/reconocimiento/oficialización del cristianismo en el seno del imperio romano en el siglo IV. D'Escoto hace referencia explícita al trabajo de Jean-Michel Hornus (Hornus, 2009) en el que se analiza el “antes” de la transformación, lo que le permite intensificar el contraste. Pero, su anclaje más inmediato tiene que ver con un capítulo particular de esta vertiente, desarrollado en el marco de la celebración y recepción del Concilio Vaticano II en la segunda mitad del siglo XX. Entonces, connotados intelectuales cristianos propusieron leer el acontecimiento conciliar como el “fin de la era constantiniana”, como el cierre de una secular plasmación del cristianismo en la que el régimen creyente cristiano se identificó con el orden público y con la arquitectura jurídica del Estado; de modo que la formulación de la fe se

vinculó con un aparato de sanciones estatalmente respaldadas y con la legitimación de una estructura política divinamente sancionada. Con variantes significativas, este complejo simbólico político habría tenido la potencia como para inspirar 1700 años de la vida de Occidente¹.

Reactivada por D'Escoto, esta explicación adopta la forma de un pasaje de una primera iglesia fiel al Jesús no violento (cuyo indicador estratégico fue la negación de los cristianos a participar en el ejército imperial) a otra que convergió con los patrones violentos del imperio romano. Así, la joven iglesia habría terminado por capitular ante un régimen de funcionamiento que no tenía en el mensaje evangélico su criterio.

Esta interpretación es posteriormente sofisticada en orden a dar cuenta de la situación presente. ¿Por qué es tan difícil, hasta hoy, que la iglesia reconozca a este Jesús? D'Escoto se inclina por una explicación que tramita la idea de una *naturalización de la brecha*. Lo que comenzó siendo el resultado de una opción histórica fallida, se habría extendido en el tiempo, adoptando el rango de normalidad naturalizada. La desembocadura de esta historia larga habría sido una autonomía de agenda por parte de la iglesia respecto de Jesús, y una puesta en primacía de sus intereses institucionales. El autor sugiere que esta normalización creó una suerte de capa espesa, de pantalla oscura, que habría tornado cada vez más difíctiloso el encuentro con el Jesús no violento y antiimperialista de los comienzos.

Un potente dispositivo de socialización e interiorización completó el panorama. De allí que, para las generaciones actuales de cristianos educados en los ambientes confesionales, el tomar conciencia del hiato y el quedar en condiciones de encarar su superación sean considerados por D'Escoto como instancias prácticamente imposibles en ausencia de una mediación de otros factores. El resultado de este procedimiento de inculcación/invisibilización es esquematizado por D'Escoto como la “canonización” de un cristiano “bueno” a costa de su mordiente transformadora y crítica; para quien la prioridad consiste en mantener comportamientos políticamente correctos según los patrones de la sociedad burguesa. En un marco así, el contacto con un Jesús capaz de enfrentar la oposición y la muerte por fidelidad a la misión, queda prácticamente elidido.

Sutura de la brecha y nuevas tensiones

Una segunda movilización textual busca responder a la pregunta básica que surge del diagnóstico anterior: ¿qué posibilidades hay de superar el abismo Jesús/iglesia? Miguel D'Escoto responde construyendo un relato inspirado en su propia experiencia que puede sistematizarse en dos pasos. El peldaño inicial consistió en atravesar un *despertar*, una *conversión*, una *toma de conciencia* radical y dolorosa de la distancia. En su caso particular esto se produjo por la intervención de tres mediadores cuya peculiaridad acentuaba la radicalidad de la alteridad a la que debió someterse para que el cambio fuera posible. El primero de ellos fue un predicador afroamericano:

“Fue Martin Luther King Jr. y no mi iglesia quien me ayudó a entender la radical *noviolencia* de Jesús. Concretamente, fue su testimonio en la lucha activa noviolentista y su pequeño libro *Strength to Love*, publicado en 1963, dos años después de mi ordenación sacerdotal, lo que me hizo ver con mayor claridad lo que en toda una vida de colegios católicos no había logrado descubrir: el Jesús del Sermón de la Montaña” (D'Escoto, 2009: 18-19; énfasis original).

El segundo, aludido algo misteriosamente como un “amigo norteamericano”, es mantenido en el anonimato por su condición de funcionario de la administración de John F. Kennedy. A su influjo D'Escoto atribuye la superación de la inocencia y la liberación de la mirada en orden a comprender el carácter imperialista de la política de los Estados Unidos. Hecho retenido como particularmente difícil para quien, como el autor, fuera socializado en una tradición cristiana para la que el cuestionamiento de la autoridad era visto como sinónimo de arrogancia y presunción. Una paráfrasis rememorante de sus diálogos expresa con claridad esta instancia:

“No cometas el error de subestimar la inteligencia del adversario o de los que actúan mal. Estados Unidos sabe bien lo que hace, no somos estúpidos, todo lo que se hace se hace sabiendo que con esos medios no se alcanzarán los objetivos publicados. Lo que se dice sobre la motivación de nuestra política exterior es muchas veces mentira, solamente propaganda para engañar al pueblo americano y al mundo” (D'Escoto, 2009: 20).

El tercer mediador es aún más disruptivo. Es el *Frente Sandinista de Liberación Nacional*, interpretado como canal de un llamado de Dios para involucrarse en la lucha de su pueblo, desde la particular función de ministro de relaciones exteriores. Esta inicial superación de la brecha, como es obvio, crearía al mismo tiempo otras tensiones: el itinerario de Miguel D'Escoto es el de un católico estadounidense que despierta a la noviolencia antiimperialista como núcleo del cristianismo por la mediación de dos estadounidenses y de un movimiento político-militar nicaragüense, y no a partir de las redes de su propia comunidad eclesial.

El peldaño siguiente en el devenir construido por D'Escoto consiste en la explicitación de esta “conversión” a partir de la concepción de una “iglesia otra”; esta vez sí, íntimamente vinculada con el Jesús antiimperialista y no violento. Su perfil es dibujado con base en la puesta de relieve de un conjunto de rasgos básicos. Ante todo, se trata de un *estilo irreconciliable* con el que la ha venido caracterizando y que la involucra en las grandes luchas epocales:

“Ha llegado ya la hora de que el modelo de iglesia imperial-dictatorial desaparezca para siempre y que la iglesia siga el camino de servicio y humildad que Jesús nos enseñó y defienda la biodiversidad, la diversidad cultural, el derecho de los pobres, condene las guerras y deje, de una vez por todas, de seguir avalando activamente, o por silencio cómplice, golpes de Estado militares promovidos por el imperio genocida contra el derecho a la autodeterminación de nuestros pueblos, como hasta hace poco sucedió en Venezuela, Ecuador y en Honduras y promueva, más bien, el bien común de la Madre Tierra y de la humanidad para que la vida no desaparezca y sigamos, por mucho tiempo más, alabando al Creador, viviendo todos y todas en fraterna armonía y solidaridad” (D'Escoto, 2011: 10).

Un segundo rasgo es su *descentramiento*. La iglesia, en esta lógica, no ocupará ya el centro del cristianismo. Su foco principal es el *Reino de Dios*, entendido como espacio de justicia, libertad y liberación. Las consecuencias de este desplazamiento son numerosas. Ante todo, supone reconocer la presencia de eclesialidad en todos aquellos lugares, personas y colectivos donde los valores del reino son centrales; donde se lucha contra la injusticia, la esclavitud y la opresión. Esta iglesia

no coincide, sin más, con la iglesia institucional, y tiene en su seno a compañeros de camino que no se consideran cristianos. Hay para ella la exigencia de escucha, alianza y compromiso con todo movimiento social, político, económico o cultural que emerja como luchador en la lógica “reinocéntrica”. Por fin, todo aquello que lleve el nombre “iglesia” (instituciones, funciones, doctrinas, celebraciones) deberá evaluarse desde estas coordenadas y no desde criterios autocentradost; con lo que, todo lo que se muestre fuera de su sintonía habrá de “convertirse”. Este aspecto de la cuestión fue especialmente elaborado en el marco del despliegue y recepción del Concilio Vaticano II y fue particularmente asumido por personas y colectivos que ensayaron críticas radicales “desde adentro”².

Un tercer rasgo consiste en ser una iglesia *popular*. La experiencia de Nicaragua es puesta como plasmación de lo que toda iglesia cristiana está llamada a ser:

“Lo popular, lo colectivo, lo masivo, marca la experiencia nicaragüense. Se habla mucho de la participación de los cristianos en la lucha por la liberación en Nicaragua, quisiera decir que la participación más importante se dio a nivel popular. Hubo participación cristiana porque hubo un proceso popular y porque nuestro pueblo es cristiano [...] La experiencia del pueblo nicaragüense es la de un pueblo explotado que lucha por su liberación, pero también la de un pueblo cristiano que en el corazón de esa lucha vive, y canta en la misa campesina, su fe en el Dios de los pobres” (D’Escoto, 1980: 91).

La incorporación de un criterio así está impregnada de consecuencias. En un sentido, se pone en cuestión la legitimidad de hablar de *iglesia cristiana*, cuando en cualquier asamblea que invoque este nombre tengan lugar opciones, prácticas o plasmaciones institucionales que no converjan con las alegrías, luchas y sufrimientos de los pueblos pobres en búsqueda de liberación y vida digna. Mucho menos, por lo tanto, cuando sus deseos de figuración, comodidad o defensa de privilegios la lleven a defender los intereses de la burguesía o las clases dominantes.

Violencias/Noviolencia

La conjunción del antiimperialismo con la noviolencia trae aparezadas una serie de tensiones de difícil gestión. Proponer una opción de este tipo, ¿no conlleva deslegitimar la lucha por la liberación de los pueblos oprimidos y entrar en conflicto con el carácter militar del proceso revolucionario nicaragüense al que adhiere?, ¿no implica una ingenuidad ante la masiva y contundente violencia del imperialismo, a la que el autor denuncia sin cesar? ¿No termina acaso por privilegiar una posición de retirada de los conflictos y una huida hacia espacios armónicos de élite?

D'Escoto ensambla un dispositivo de respuesta a estas tensiones en el cual cabe distinguir tres fases. En un primer movimiento, busca desmarcarse de ciertas interpretaciones de la noviolencia que la hacen sinónimo de quietismo y de retirada de la conflictividad. La defiende, por el contrario, como una forma radical, activa y militante de lucha. En su óptica, el dilema para un cristiano no se pone nunca en términos de combatir o no combatir, sino entre las distintas formas de hacerlo. El conformismo con el orden establecido injusto no está entre sus opciones éticas, y la vocación de transformar el mundo es la línea directriz.

La segunda fase es más compleja. En un andarivel, el autor sostiene la incompatibilidad de la violencia con el cristianismo. La ruptura que Jesús instaura traería consigo una nueva forma de afrontar los conflictos desde la lógica de la cruz, de la que brotarían nuevos y originales métodos de lucha. La noviolencia es vista, desde este ángulo, como intrínsecamente creativa. Su asunción y perfeccionamiento, no obstante, están en sus inicios; mucho más cuando las iglesias cristianas no han preparado a sus miembros para ella y no la han irradiado. Pero, en otro sendero, hay que reconocer que lo que prima desde hace siglos no es esta dinámica. Por eso, para D'Escoto, hay que asumir que se está en una etapa de *transición*, en la que rige una ética provisoria que no coincide con las enseñanzas de Jesús. En este marco, hay que simultanear *una concesión a un mundo en proceso de evangelización* y un esfuerzo creador de novedad auténticamente cristiana. El autor pone su propia experiencia como ejemplo de esta difícil

encrucijada. Invitado por el Frente Sandinista a sumarse a la lucha reconoce, al mismo tiempo, la justicia del frente militar y la inadecuación de los métodos violentos para con la nueva sociedad a construir:

“Yo me involucro en la lucha de nuestro pueblo con gran admiración por todos los hermanos y hermanas que han tomado las armas para defender los derechos de los pobres y la soberanía de la Patria, pero veo todo esto con gran dolor porque me digo: a estas alturas, a dos mil años de cristianismo, ya tendría que haberse creado una manera diferente de luchar... Esto lo decía consciente de que si la iglesia hubiera sido consecuente, aquí nunca hubiera ocurrido ese fenómeno espantoso del somocismo, porque se hubiese derrotado antes y no hubiese sido necesaria una guerra tan cruenta y dolorosa para quitarnos ese cáncer” (D’Escoto, 1985: 102).

Fue la apertura del Frente Sandinista a tal posición la que, según su relato, hizo posible que se sumara a la causa con plena adhesión de conciencia. D’Escoto tendió a verse a sí mismo como el traccionador de la lucha antiimperialista hacia el polo noviolento, y como vigía de la gestación de una nueva sociedad en la que tales dinámicas puedan ser prioritarias. Mientras tanto, en la ética de transición, su compromiso se inclina con decisión hacia quienes se oponen al imperialismo en todos sus frentes.

Movilización de prácticas. El caso del ayuno

La movilización textual recién analizada entró en una fase particularmente aguda de radicalización con el auge de la contrarrevolución nicaragüense y el apoyo financiero, militar y político de los Estados Unidos a la misma. Entonces, los repertorios cristianos fueron activados pública y conflictivamente por la casi totalidad de los actores de la disputa. Por un lado, las declaraciones del entonces presidente estadounidense Ronald Reagan comenzaron a involucrar explícitamente la simbólica y la textualidad cristianas en la fundamentación de la escalada contra Nicaragua, y el activismo de la derecha religiosa estadounidense se hizo intenso en diversos frentes. Por otro, se produ-

jo un endurecimiento de los enfrentamientos públicos entre el gobierno sandinista y la jerarquía católica nicaragüense, particularmente con el arzobispo de Managua, devenido cardenal. Se multiplicaron los pronunciamientos críticos y las acusaciones mutuas. El gobierno de Nicaragua expulsó del país a varios sacerdotes, impidió la reentrada de un obispo, y decidió el cierre de una publicación y una estación de radio dependientes de la iglesia católica por actividades antirrevolucionarias. En esta encrucijada, la movilización de la tradición cristiana llevada adelante por Miguel D'Escoto se radicalizó por partida doble: anclándose abiertamente en la legitimidad y representatividad derivadas de su condición de canciller de Nicaragua y adquiriendo un fuerte tono simbólico vía la puesta en acción prácticas del repertorio cristiano en clave antiimperialista y noviolenta.

Una de las prácticas cristianas movilizadas por D' Escoto en este marco fue el *Ayuno por la paz, en defensa de la vida y contra el terrorismo*, desarrollado entre el 7 de julio y el 6 de agosto de 1985. La elección es justificada por el autor de tres modos. Ante todo, por su calidad de gesto dramático en el que se pone en juego lo más básico del vivir. Además por su misma condición gestual, es decir, por su superior capacidad de denuncia y resistencia en un momento donde el ataque deja las palabras y pasa a los hechos. Por fin, por su íntima relación con la tradición profética judeocristiana:

“Pienso en los profetas, cuando en momentos de graves crisis nacionales, en Israel, ayunaban. En saco y ceniza, en ayuno, expresaban así su clamor ante Dios para que hiciera justicia al pueblo. Así, con gestos dramáticos, querían señalar a los gobernantes sus denuncias o sus pecados. Estos gestos subrayan las palabras, lo que aquí está ocurriendo. Yo quiero con el ayuno subrayar todo el trabajo diplomático que Nicaragua ha hecho en favor de la vida, de la paz y del diálogo. Quiero también denunciar la política terrorista contra nuestro pueblo. Quiero, sobre todo, pedir a los hombres de buena voluntad de Estados Unidos, de todo el mundo, y de Nicaragua, que tomen conciencia de que en esta guerra desigual nos jugamos todo, para que actúen; para que los creyentes puedan ocupar la trinchera y podamos detener la invasión y podemos ganar la paz y vivir” (D'Escoto, 1985: 114).

D' Escoto se instaló en una parroquia de un barrio popular de Managua, puso en funcionamiento muchas de sus redes nacionales e internacionales y fue explicitando el gesto a través de comunicados. A partir de allí, este espacio de práctica comenzó a funcionar como centro de irradiación y recepción de una red de adhesiones. En una dirección, la práctica se expandió partir de las celebraciones del sexto aniversario de la revolución, donde el ayuno adquirió un protagonismo masivo. En la ciudad de León, seis mil cristianos de todo el país realizaron un gesto multiplicador, asumiendo el compromiso público de expandir a todo el país la “chispa de la insurrección”. En Managua, el discurso oficial del presidente Ortega ante 300.000 personas lo tomó como eje y se decretó la celebración de un *Día Nacional de Ayuno*, al que se sumaron muy distintos espacios sociales e ideológicos de Nicaragua. En otra línea, la práctica irradió hacia el mundo, a partir de las adhesiones internacionales. La iglesia católica de Brasil se hizo presente enviando un delegado de la diócesis de San Pablo y con la visita a Nicaragua de uno de los protagonistas-símbolo del cristianismo liberacionista, el obispo brasileño Don Pedro Casaldáliga, que recorrió el país tomando contacto con las Comunidades Cristianas Populares. Además, se recibieron adhesiones de colectivos cristianos de Japón, Alemania, Estados Unidos, México, España, Italia y Holanda. Fue desde este tejido de acciones que Miguel D' Escoto propuso hablar de una *insurrección evangélica*:

“En nombre de Cristo, Nuestro Señor, como cristiano y sacerdote, llamo a todos mis hermanas y hermanos en la fe para que este acto de ayuno y oración encienda en toda Nicaragua una insurrección evangélica con métodos de lucha que emanen del evangelio y que es imprescindible comenzar a utilizar para el advenimiento del Reino. Pedimos al Señor que multiplique el compromiso de resistencia del pueblo norTEAMERICANO para detener los planes agresivos de su gobierno y renueve las energías de todos los que en el mundo luchan por la justicia, por la paz y contra el terrorismo” (D'Escoto, 1985: 6).

Esta práctica insurreccional fue, al mismo tiempo, una ocasión para que D'Escoto explicitara, desde la urgencia y excepcionalidad del momento, otras vertientes del antiimperialismo y la noviolencia.

La más elaborada de estas intervenciones fue la “teoría de las cinco trincheras”. Según esta clave de lectura, Estados Unidos había planteado una guerra contra Nicaragua basada en una agresión desde cuatro trincheras; en todas ellas el saldo para el imperio había resultado netamente negativo. Para D’Escoto, en la trinchera *militar*, la guerra contrarrevolucionaria estaría comenzando a ser derrotada; en la *diplomática*, la estrategia de aislar a Nicaragua y de bloquearla económico no estaría logrando la aceptación internacional buscada; en la *económica*, la solidaridad y el esfuerzo de la revolución estarían dando los primeros resultados; en la *jurídica*, en un logro sobresaliente, la Corte Internacional de La Haya acababa de convalidar el juicio promovido por Nicaragua contra los Estados Unidos por violación de los derechos a la autodeterminación de los pueblos.

Partiendo de este diagnóstico, D’Escoto concluía que el próximo paso sería la invasión lisa y llana de Nicaragua por las tropas de los Estados Unidos. Este movimiento tenía, para el autor, dos requisitos previos: el forzamiento de un pretexto de guerra en las fronteras nicaragüenses y la sensibilización de la opinión pública estadounidense en orden a obtener su apoyo. Es en esta dirección que el plan norteamericano habría abierto una quinta trinchera, la *teológica*. El presidente Reagan era visto como su cultor más visible. La estrategia consistía en involucrar argumentos, interpretaciones y símbolos de la tradición cristiana en la caracterización de la lucha y de sus contendientes. Establecido el carácter apocalíptico del enfrentamiento, y aclarada por tanto su urgencia, no cabían más que dos opciones: se estaba con los Estados Unidos, autoproclamados abanderados del polo del bien, o se estaba con los terroristas –en este caso Nicaragua–, arrojados al polo del mal. El mismo planteo traía aparejado el resultado: el triunfo por aniquilamiento del mal por el bien.

Planteadas así las cosas, D’Escoto consideraba que el combate en la trinchera teológica era decisivo, y que debía pelearse desde su singular lógica. Ante la tematización de un involucramiento imperialista y violento de Dios, era menester contraponerle una visión opuesta del compromiso divino en la historia. La ocupación de este frente de guerra se volvía aún más urgente cuanto que los ocupantes “naturales”, las jerarquías eclesiásticas de Nicaragua y Estados Unidos, habrían

desertado del mismo. El ayuno era, a juicio del autor, una manera privilegiada de dar esta batalla, dado el abanico de conmociones que era capaz de suscitar en su potencia gestual: denuncia radical de la idolatría del uso imperialista de Dios, urgencia de una respuesta dada la peligrosidad vital implicada, despertar del poder de resistencia de la noviolencia cristiana, solidaridad de todos los sufrientes y oprimidos por las violencias promovidas por el gobierno de los Estados Unidos. D'Escoto subrayaba la particular pertinencia del ayuno para activar la solidaridad del propio pueblo de Estados Unidos. En primer lugar, como agente de desenmascaramiento de la profanación de sus creencias cristianas por parte de su gobierno. Pero también, como poseedor de una larga experiencia de movilización colectiva de la noviolencia evangélica.

Una mirada compleja a la movilización de textos y prácticas

La acción de movilizar en el espacio público/político latinoamericano/estadounidense un abanico de textos y prácticas vinculados de diversos modos con la tradición cristiana es capaz de concitar reacciones diversas en colectivos y personas que tienen sobre lo movilizado pretensiones aquilatadas por diversas legitimidades. Al poner en juego su particular repertorio de un cristianismo antiimperialista y noviolento, Miguel D'Escoto queda irremediablemente inscrito en un espacio fuertemente connotado y en una compleja red de alianzas y antagonismos. Es desde la constatación de esta inscripción que ensayo una lectura compleja de las dinámicas puestas en juego por D'Escoto, lectura que cabe sintetizar en tres proposiciones.

- a) Las diversas movilizaciones analizadas están atravesadas por una dinámica transversal que podría conceptualizarse como una *apuesta por la continuidad en la máxima discontinuidad*. La gravedad de la inadecuación de la iglesia al mensaje de Jesús, la radicalidad de las denuncias por sus actuaciones históricas y contemporáneas y la deslegitimación de la jerarquía católica no llevan a D'Escoto a un abandono de la pertenencia eclesial, ni a cejar en la pretensión de alcanzar la conversión de todo lo que está desviado; mu-

chos menos se acepta salir de la lógica del “juego”, sustrayéndose de los compromisos de fidelidad que emergen de su vida religiosa y sacerdotal. ¿Cómo entender esa persistencia de la vinculación en la hondura de las rupturas? Propongo responder a estos interrogantes apelando a un aspecto clave del repertorio cristiano. En efecto, la tradición que se remite a Jesús reivindica, de modo propio, la centralidad de un polo de alteridad trascendente, al que podríamos llamar el “motivo dios”. Éste ejerce un potente efecto de relativización. En su nombre, bajo su legitimidad y so pena de una deslealtad de proporciones, es posible desactivar la validez de poderes, personas e instituciones basados en cualesquiera fundamentos que no sean él mismo. De allí que el repertorio cristiano disponga de una capacidad de cuestionamiento de los propios poderes, instancias, representantes y opciones que es de una inusual penetración. En efecto, dicha tradición, anclada de manera particular en el profetismo judío, puede ejercitar sobre sí misma desmarques y rupturas extremadamente graves, sin que esto implique un apartamiento ni una interrupción de la adhesión. Miguel D'Escoto se mueve con comodidad en este campo.

- b) Una segunda dinámica es detectable en lo analizado, a la que podría denominarse *preocupación indeclinable por la totalidad*. La propuesta antiimperialista y noviolenta de D'Escoto es ambiciosa. Busca releer la historia en la larga duración y propone la construcción de un nuevo orden mundial, tarea para la cual se cree poseer claves en la mayoría de sus ámbitos. Apela a los poderes internacionales y a las redes globales, y es capaz de exponerse en una charla ante militantes, en un ayuno o en una asamblea de la ONU. Cuando se refiere a la iglesia, la escala de crítica/interpretación no es menor. ¿Cómo interpretar la activación sistemática de esta tendencia hacia lo macro? La respuesta puede buscarse, en este caso, en la poderosa afinidad de la tradición cristiana con la *totalidad*. Sus repertorios genesíacos, escatológicos, mesiánicos y misioneros están prontos a activarse. Por un lado, tienden a movilizarse ante otras concepciones que reivindican alcances integrales o globales. Alianzas, oposiciones o subsunciones entran en liza respecto a fenómenos políticos, económicos, culturales o

cosmovisionales con pretensión abarcadora. Por otro lado, decir algo a favor o en contra de lo cristiano conlleva referirse a una larga duración que, hacia el pasado, supondrá asumir una cadencia de, al menos, dos milenios, y que, en dirección futura, abarcará todo el rango de mañana que se vislumbre como viable. Aliados y adversarios de la movilización que se proponga trabajarán sobre estas magnitudes y habrán de estar preparados para asumirlas. También en este caso el autor se mueve a sus anchas.

- c) Una tercera dinámica desentrañable en el conjunto bajo estudio, es la del cruce de *movilizaciones* y *contramovilizaciones*. Las activaciones provocadas por D'Escoto generan tanto alianzas como oposiciones. Sostengo que una interpretación plausible de estos cruces tiene que ver con que la tradición cristiana, particularmente en su vertiente católico-romana, es especialmente sensible a toda movilización pública de repertorios a los que reclama como propios, y ante los cuales se auto-adjudica la obligación/posibilidad de intervenir toda vez que considere que sus direccionamientos no se encuadran en sus regulaciones. Estas reacciones constituyen un campo privilegiado de emergencia de las distintas instancias de la iglesia católica que asumen la agencia, según quien sea el interlocutor. Hay casos donde ella actúa invocando su condición de Estado Vaticano, con un estatuto reconocido en los foros internaciones y por los demás Estados. Hay otros donde se presenta como institución religiosa con una misión que conlleva el derecho y el deber de intervenir en y ante todas las instancias que se consideren necesarias. Hay otros, por fin, donde reclama como colectivo organizado desde su propia lógica, con jurisdicción legislativa y judicial sobre sus miembros en todo el mundo. El caso de D'Escoto es un buen ejemplo de esta agencia cruzada. A sus movilizaciones de textos y prácticas se le contraponen otras que enfatizan alternativamente su condición de sacerdote católico, su rol de canciller de un Estado, o su carácter de cristiano que afirma su pertenencia a la iglesia institucional.

Vaya una última cita de Miguel D'Escoto como recapitulación conclusiva de la originalidad, complejidad y problemática de su propuesta de movilización de la tradición cristiana:

“Ante el Imperio Terrorista y sus amigos, lo único que cabe es luchar. Pero para hacerlo de manera efectiva y contribuir a la paz, nuestra lucha debe ser noviolentista, firme, inocludicable, pero impulsada única y exclusivamente por el amor a la patria y a todos nuestros conciudadanos, incluidos los serviles por quienes debemos orar para que Dios les ayude a liberarse de la cobardía” (D’Escoto, 2005: 340).

Notas

- 1 Para un panorama introductorio al tema se pueden ver las precisiones históricas de Cameron (2006), y el análisis de algunos intelectuales que jalonaron el debate durante y después del Concilio: Chenu (1966), Fries (1973), Alberigo (2008), Hünermann (2005) y Schickendantz (2005 y 2012).
- 2 Para una introducción a esta vertiente se pueden ver: Ellacuría (1984), Sobrino (1990), Ruggieri (2002), Zolezzi (2004).

Intervenciones de Miguel D’Escoto

- a) Incluidas en la compilación de 2009 *Antiimperialismo y noviolencia* (México DF: Ocean Sur):
 - 1980 “Una Iglesia desde la fe y la esperanza de los pobres en lucha”. Ponencia presentada en el Encuentro de Teólogos del Tercer Mundo.
 - 1985 “Mis razones para ayunar por la paz” en *Amanecer* (Managua) agosto/septiembre.
 - 2005 “Odio, guerrerismo y terrorismo imperialista, contraterrorismo, servilismo y noviolencia”.
 - 2009 “Introducción”.
- b) Otras intervenciones:
 - 1985 “Testimonio leído por el P. Miguel D’Escoto al iniciar su ayuno por la paz, en defensa de la vida y contra el terrorismo el domingo 7 de julio de 1985” en Envío (Managua) N° 49, julio.
 - 2011 “Mis cincuenta años de sacerdote. Palabras pronunciadas en la celebración de sus bodas de oro” en <<http://tortillaconsal.com/tortilla/es/node/8765>>.

Bibliografía

- Alberigo, Giuseppe 2008 “La transición hacia una nueva era” en Alberigo, Giuseppe (dir.) *Historia del Vaticano II* (Salamanca: Sígueme). Vol. V: El Concilio y la transición. El cuarto período y el final del Concilio (septiembre-diciembre 1965).
- Cameron, Averil 2006 “Constantine and the ‘peace of the church’” en Mitchell, Margarita y Young, Frances (eds.) *The Cambridge History of Christianity* (Cambridge: Cambridge University Press). Vol. 1: Origins to Constantine.
- Chenu, Marie-Dominique 1996 “El fin de la era constantiniana” en Chenu, M. D. (ed.) *El evangelio en el tiempo* (Barcelona: Estela).
- Ellacurria, Ignacio 1984 *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la Historia* (Santander: Sal Terrae).
- Fries, Heinrich 1973 “Cambios en la imagen dela Iglesia y desarrollo histórico-dogmático” en Feiner, Johannes y Löhrer, Magnus (dirs.) *Mysterium Salutis. Manual de teología como historia de la salvación* (Madrid: Cristiandad). Vol. IV/1: La Iglesia: el acontecimiento salvífico en la comunidad cristiana.
- Hornus, Jean-Michel 2009 *“It is Not Lawful for Me to Fight”: Early Christian Attitudes toward War, Violence, and the State* (Eugene: Wipf & Stock Pub).
- Hünermann, Peter 2005 “El Vaticano II como acontecimiento y la cuestión acerca de su pragmática” en Schickendantz, Carlos (ed.) *A 40 años del Concilio Vaticano II. Lecturas e interpretaciones* (Córdoba: UCC).
- Ruggieri, Giuseppe 2002 “El difícil abandono de la eclesiología controversista” en Alberigo, Giuseppe (dir.) *Historia del Concilio Vaticano II* (Lovaina-Salamanca: Peeters-Sígueme). Vol. 2: La formación de la conciencia conciliar. El primer período y la primera intercesión (octubre 1962-septiembre 1963).
- Schickendantz, Carlos 2012 “Una revolución pacífica decisiva. En camino hacia nuevas formas históricas de la fe y de la vida eclesial” en *Palabra y Razón* (Universidad Católica del Maule) N° 2, diciembre.
- Schickendantz, Carlos 2005 *Cambio estructural de la Iglesia como tarea y oportunidad* (Córdoba: UCC).
- Sobrino, Jon 1990 “Centralidad del Reino de Dios en la Teología de la Liberación” en Ellacurria, Ignacio y Sobrino, Jon (dirs.) *Mysterium Liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación* (Madrid: Trotta) Vol. I.
- Zolezzi, Tibaldo 2004 “Reino e Iglesia en la enseñanza del Concilio Vaticano II” en *Teología y Vida* 45.



Emma Womyn

Y Fidel mandó a parar...

CUARTA PARTE

De Chávez a nuestros días

KRISTINA PIRKER*

Antiimperialismo y movilización social en Centroamérica después de la Guerra Fría

“La potencia unificadora de los imaginarios sociales está asegurada por la fusión entre verdad y normatividad, informaciones y valores, que se opera por y en el simbolismo.”

Bronislaw Baczko (2005)

En León, Nicaragua, cerca de la casa CUUN (Centro Universitario de la Universidad de Nicaragua) hay un mural de la década revolucionaria de 1980 que representa la lucha sandinista en contra del imperialismo. Una serpiente de dos cabezas con las estrellas y bandas blancas, que nace de un casco militar con las siglas de la CIA, es aplastada por figuras que simbolizan algunas de las principales iniciativas de la revolución: la alfabetización, las elecciones limpias y la defensa armada del proyecto revolucionario representado por la imagen de un joven miliciano. En esta pintura característica del discurso nacionalista y antiimperialista de la época, se expresan algunas de las principales imágenes que representaban el intervencionismo estadounidense, así como las principales estrategias de los movimientos revolucionarios para enfrentarlo, incluyendo la lucha armada.

Hace un cuarto de siglo, una combinación de acontecimientos regionales e internacionales –entre ellos, la derrota electoral del Sandinismo en 1990, los procesos de paz en la región, junto al

* Austríaca residente en México. Socióloga y politóloga. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Profesora-Investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México D.F. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

derrumbe del bloque soviético y el fin de la Guerra Fría—, pareció arrojar a esas imágenes fuera de la escena, recuerdos de un tiempo remoto sin significado político concreto, en un momento histórico caracterizado por el “fin de las grandes narrativas”. También en el campo de las izquierdas la noción de imperialismo pareció perder vigencia ante la difusión de otras como “imperio”, “multitud”, “altermundismo” y “movimiento de movimientos”, acuñadas para caracterizar a los nuevos sujetos políticos que, de acuerdo a autores como Michael Hardt y Antonio Negri, expresarían las nuevas lógicas de la confrontación sociopolítica. En este sentido, el prefacio de *Imperio* fue emblemático: “Estados Unidos no constituye —y, en realidad, ningún Estado-nación puede hoy constituir— el centro de un proyecto imperialista. *El imperialismo ha terminado*” (Hardt y Negri, 2002: 15; énfasis propio).

Como parte de ese *fin-de-siecle* despolitizado, categorías como capitalismo, dependencia o imperialismo, definido este último como el intervencionismo militar, económico, político y cultural de las grandes potencias –especialmente Estados Unidos– en los países del sur, caían en desuso. Incluso, actores políticos que en la década de 1970 y 1980 habían encabezado movimientos de liberación nacional tomaron distancia de la beligerancia antiimperialista de antaño. El intento de la dirección del FSLN de sustituir el himno partidista, con la frase emblemática “Luchamos contra el yanqui, enemigo de la humanidad”, por la *Oda a la Alegría* fue un ejemplo del pragmatismo imperante en el mundo unipolar de los noventa.

No obstante, durante la primera década del siglo XXI, el discurso e imaginario antiimperialistas de las izquierdas latinoamericanas se han revitalizado. En el caso particular de Centroamérica y México, esto tuvo lugar principalmente en el terreno de la movilización social y generalmente a contracorriente de la política exterior de las fuerzas partidistas que han buscado un realineamiento con el gobierno estadounidense. Factores que contribuyeron a la actualización de tópicos antiimperialistas fueron, sin duda, el impacto de las políticas de reestructuración neoliberal, la adhesión de los gobiernos centroamericanos a los proyectos hegemónicos de integración regional (Plan Puebla Panamá, Iniciativas Mesoame-

ricanas, CAFTA (*Centroamerican Free Trade Agreement*), Tratados de Libre Comercio con la Unión Europea, etc.), la impunidad de las empresas transnacionales en conflictos socioambientales y la atracción ejercida por la retórica combativa del presidente venezolano Hugo Chávez y su proyecto del Socialismo del Siglo XXI. Asimismo el apoyo velado del gobierno estadounidense a los golpistas hondureños en el 2009, confirmó la percepción de que los intereses y fuerzas imperialistas seguían operando en la región.

Pero la facilidad y rapidez con las que renació el discurso antiimperialista para pensar estos procesos y acontecimientos apunta a las profundas raíces de esta matriz interpretativa en el imaginario político de las izquierdas centroamericanas. En el fondo, se trata de una clave según la cual el atraso y subdesarrollo del continente, y el fracaso de proyectos políticos y económicos autónomos, se debe a las importantes asimetrías de poder político, militar y económico entre la región y los países imperialistas, pero también a la incapacidad y falta de voluntad de las élites regionales por enfrentarse a los intereses extranjeros (Pita Gonzalez y Marichal Salinas, 2012: 9). En tanto estrategia discursiva tiene el potencial de unificar diversas formas de acción colectiva a través de la inserción de experiencias sociales de agravios y conflictos en esquemas cognitivos más amplios. A partir de constatar este potencial, me he propuesto analizar la presencia del antiimperialismo en los discursos políticos presentes en las movilizaciones sociales centroamericanas de la última década, examinando específicamente dos redes de activismo social regional: el Movimiento Social Mesoamericano, una red de organizaciones y activistas que se reunió desde 2001 en los Foros Mesoamericanos, y el Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4 (a continuación M4), que desde el 2012 ha ido agrupando a organizaciones sociales e iniciativas locales de México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Panamá¹.

De los Foros Mesoamericanos al M4: momentos de transición

El lanzamiento público del llamado Plan Puebla Panamá (PPP) por el gobierno mexicano en 2001, concebido como un megaproyecto regional para unificar proyectos y estrategias gubernamentales y empresariales de explotación de recursos estratégicos del sur sureste mexicano y del istmo centroamericano, así como para preparar las condiciones para la implementación del ALCA, fue el impulso inicial para que organizaciones sociales mexicanas, como la Red Mexicana Frente al Libre Comercio (RMALC), buscaran de nuevo acercarse a organizaciones sociales y movimientos populares en Centroamérica con el objetivo de coordinar acciones de denuncia, información y resistencia a la iniciativa². En este sentido, el Plan Puebla Panamá sirvió como un catalizador para unificar agravios generados por las transformaciones capitalistas, las reformas neoliberales del Estado y la presencia de los megaproyectos bajo una sola imagen. Las organizaciones recuperaron la noción Mesoamérica para destacar raíces históricas y culturales comunes y, de esta manera, construir un referente común más allá de las identidades locales, sectoriales y nacionales específicas. Al mismo tiempo, el uso de este término, así como el catálogo de demandas –defensa del medio ambiente, protección de recursos estratégicos y modelos alternativos de desarrollo– evidenció la presencia central de organizaciones indígenas y campesinas en los espacios de construcción de esta red (Pirker, 2003).

Entre 2001 y 2011 se llevaron a cabo ocho Foros Mesoamericanos, dos en México (2001 en Tapachula y 2011 en Veracruz), dos en Managua, Nicaragua (2002 y 2008), y uno en Guatemala (noviembre de 2001), El Salvador (2004), Honduras (2003), y Costa Rica (2005). Desde el primer encuentro se acordó promover una red de organizaciones para enfrentar la globalización y al PPP, generar campañas de información y desarrollar un plan de movilizaciones a nivel local, nacional y regional. Desde estos primeros momentos los Foros también fueron considerados como espacios para que organizaciones de base –primordialmente indígenas y campesinas– expusieran sus experiencias y denuncias en torno al impacto negativo

de las reformas neoliberales en sus comunidades (De la Torres Oropeza, 2014: 192-193). Sin embargo, la heterogeneidad de la red –ONG financiadas con recursos externos y conformadas, de un lado, por profesionistas y académicos y, del otro, por organizaciones de base– llevó a desacuerdos respecto al alcance de la representatividad del Foro, lo cual provocó una primera separación en el 2002, de la cual surgió el Encuentro Campesino Mesoamericano.

El Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4 (a continuación M4), se formó en 2012 para articular y difundir luchas locales y comunitarias en contra de proyectos de extracción de recursos naturales, primordialmente mineros. La expansión del extractivismo minero en la última década –actualmente aproximadamente un 14 por ciento del territorio centroamericano está concedionado a empresas extranjeras y nacionales (IUF/UITA/IUL, 2014)–, afectando principalmente a Honduras, Guatemala y Nicaragua, contribuyó a que se formara esta red de activismo transnacional en 2012. Sus antecedentes inmediatos se encuentran en la Red Mexicana de Acción contra la Minería, fundada en 2008, y en las luchas de grupos guatemaltecos en contra de empresas mineras en su territorio. Los esfuerzos de unificación tomaron forma en diciembre de 2008 en el “Primer Encuentro Binacional contra la Minería y en Defensa de Nuestros Recursos, Derechos y Territorios”, realizado en el ejido Libertad Frontera (Municipio de Mazapa de Madero, Chiapas), donde participaron organizaciones de México y Guatemala. En marzo de 2009 se llevó a cabo un segundo encuentro, esta vez en Huehuetenango (Guatemala). Las reuniones binacionales dieron lugar a la conformación de la red regional M4, que se reunió por primera vez en enero de 2012, en el Valle de Siria (Honduras), con la presencia de organizaciones de Panamá, Costa Rica, Honduras, El Salvador, Guatemala y México, así como de representantes de organizaciones solidarias de Estados Unidos y Canadá. En abril de 2013 se realizó el segundo encuentro en el municipio de Aguacatán, Departamento de Huehuetenango (Paz, 2014: 21). De acuerdo a su Declaración de Principios, el M4 se reconoce a sí mismo como constructor de un movimiento social global, basado en un proyecto ético-político que respeta la “Madre

Tierra”, busca la sustentabilidad, democratización y participación real de los pueblos en la toma de decisiones.

Un eje central de la agenda del M4 es la recuperación del derecho y la capacidad de las poblaciones a participar en las decisiones sobre los territorios que habitan y detener el poder de las empresas extractivas de recursos naturales, acción que denomina “Declaración de territorios libres del Modelo Extractivo Minero”. Pero también se pretende combatir las “causas fundamentales” de la destrucción de territorios y de la sobreexplotación de bienes comunes naturales: la desigualdad, los desequilibrios de poder y el neocolonialismo (Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4, s/d). En este sentido, aunque no se lo señala explícitamente, un elemento importante para el marco cognitivo de esta red territorial es tanto el anticapitalismo como el anticolonialismo, tópicos claves del pensamiento antiimperialista latinoamericano.

Nosotros, los “condenados de la tierra”

Conectar las luchas anticapitalistas, antioligárquicas y nacional-revolucionarias, fusionar discursos antiimperialistas y antiintervencionistas con la reivindicación de las raíces campesino-populares, mestizas e indígenas ha sido una estrategia recurrente en una parte de los discursos antiimperialistas. En ocasiones ello permitió articular luchas particulares y proyectos nacionales con una “disposición latinoamericana” que reconoce la historia y la cultura continentales como elementos clave de “lo propio” y como barreras identitarias a la intervención externa. Pero las ideas antiimperialistas han servido también para unificar propuestas y discursos provenientes de diversas tradiciones intelectuales y políticas (desarrollismo, nacionalismo, socialismo y marxismo) en un horizonte y discurso político particular (Zapata, 1997: 16).

El análisis de declaraciones y comunicados de nuevos actores colectivos –en este caso los Foros Mesoamericanos y el M4– da cuenta de qué manera estas estrategias discursivas siguen operando como estructuras básicas lo suficientemente amplias para incorporar nuevas

temas y preocupaciones sociales³. Así, un comunicado del M4 redactado para difundir la resistencia de un municipio hondureño en contra de la explotación minera, se apoya en tópicos y temas que vinculan raíces e identidades indígenas con las tradiciones de lucha de los movimientos antisistémicos históricos: procesos particulares de movilización y protesta son descritos como manifestaciones de una sabiduría y compromiso histórico de pueblos que habitan un territorio amenazado por el modelo extractivo, a la vez que su lucha es colocada dentro de tradiciones amplias de resistencia cultural y movilización política, por medio de aludir a dos nociones clave: la identidad mesoamericana —para dar cuenta del vínculo con la cultura y las raíces históricas de los actores colectivos—, y la alusión a los “condenados de la tierra”, término que apunta no sólo al famoso escrito de Franz Fanón sobre la descolonización, sino también a la letra de “La Internacional” en su original francés (*“Debout! les damnés de la terre!”*). De esta manera, en pocas líneas, los anónimos autores de este comunicado logran ubicar la lucha —que a primera vista y para ojos externos podría parecer local y coyuntural— en una tradición histórica de movilizaciones que conecta las luchas por la emancipación obrera con las luchas de descolonización y liberación nacional.

Pero los comunicados y declaraciones cumplen también con otras funciones estratégicas para la acción colectiva, como por ejemplo la visibilización de grupos sociales movilizados o movilizables. La centralidad de la palabra escrita y difundida en el espacio virtual adquiere especial relevancia en el caso de redes de activismo regional como el Foro Mesoamericano y el M4, permanentemente obligadas a comprobar su existencia y eficiencia como voceros legítimos y autorizados de colectividades más amplias. Para confirmar su presencia en el espacio político los “portavoces” de un grupo o movimiento social tienen diversos recursos a su disposición: pueden hacer referencia al número de votos o afiliados de la organización, a la capacidad de convocatoria en marchas de personas movilizadas en una manifestación o un evento, o a la llamada *expertise*, es decir, al conocimiento detallado.

En el discurso de los Foros Mesoamericanos, un argumento principal para justificar la “voz” en nombre de los grupos sociales

excluidos es la capacidad de convocatoria de las organizaciones, reflejada en el número de organizaciones y personas participantes en los eventos regionales. La enumeración es acompañada con referencias a diversos rasgos de las organizaciones que permite delinear el carácter de este “sujeto mesoamericano”: popular, campesino e indígena, pero también diverso y plural, innovando de esta manera el sujeto histórico de las revoluciones centroamericanas. La diversidad y la no discriminación como nuevos valores y principios para diferenciar la nueva izquierda y el altermundismo de los discursos programáticos de la izquierda histórica se representan por medio de referencias a actores específicos: mujeres, niños/as, jóvenes y migrantes, pero también menciones a los derechos y demandas de las personas lesbianas, gay, trans y bisexuales, algunos de los representantes más paradigmáticos de las luchas por la diversidad y en contra de la discriminación. En cambio se menciona relativamente poco al movimiento obrero y sindical, actores clásicos de fases previas de movilización social y antisistémica. Por otra parte, la dimensión regional del sujeto mesoamericano está representada de manera clara, al especificar los países de origen de las organizaciones y redes de acción participantes en los Foros.

Lo que cohesiona, al menos discursivamente, a este sujeto heterogéneo no son sólo las raíces culturales compartidas, como la alusión a lo “mesoamericano” podría hacer suponer. Tampoco son aspectos socioeconómicos, aunque las alusiones a lo popular se usan para destacar el componente de clase y la oposición a unos grupos dominantes caracterizados como oligárquicos. El discurso político destaca como fuentes de identificación para constituir el grupo, por una parte, las diferentes experiencias de deterioro, precarización y marginación en la vida cotidiana, agravadas por la sensación de que la propia voz no cuenta en las tomas de decisión política que afectan la vida individual o comunitaria, y por otra parte, las experiencias de lucha y resistencia. La Declaración del VI Foro Mesoamericano apela a estos sentimientos de pertenencia a partir de experiencias compartidas de exclusión social, cuando señala de manera categórica: “nosotros representamos a millones de excluidos por el libre comercio y el neoliberalismo” (Foro Mesoamericano, 2005).

Un comunicado de la organización COPINH (Consejo Cívico de Organizaciones Populares e Indígenas de Honduras), miembro del Movimiento M4, permite ejemplificar estas fuentes de identificación de manera más precisa. Al relatar los procesos de movilización de un municipio hondureño con el significativo nombre “Montaña Verde”, amenazado por un proyecto minero, describe, primero, las prácticas de participación comunitaria para, después, contraponer este modelo ideal de democracia directa con los formalismos de los procesos de consulta llevados a cabo para simular el cumplimiento del derecho internacional (especialmente el Convenio 169 de la OIT respecto a los derechos colectivos de los pueblos indígenas):

“Montaña Verde es una comunidad ejemplo de tenacidad, dignidad y de construcción de procesos organizativos, de unidad territorial, enfrentando sus desafíos interno y externos, donde existen Consejos Indígenas Lencas, reglamentos internos comunitarios, donde se debate en práctica asamblearia delitos como el abuso sexual, la caza ilegal de la fauna, los límites en el uso e importancia del agua y del bosque, y su interrelación cósmica con quienes habitan esta zona, donde se debate sobre las relaciones de poder en todos los ámbitos, donde confrontan sus conflictos sobre violencia doméstica, la amenaza transnacional [...] Montaña Verde está cansada de la codicia de personas extrañas que apetecen sus territorios e insisten que son dueñas del lugar. Está cansada de que se la vea como botín, de que lleguen sin consultarle a la comunidad, de sentirse acechada, de que se violenten sus derechos individuales y colectivos, de que fácilmente sea acusada y vista desde el racismo y la arrogancia. Está cansada de que le recen el Convenio 169, sin que se haga una interpretación y compresión correcta, contextualizada y pertinente del mismo” (COPINH, 2013; énfasis propio).

Asimismo, la resistencia sirve de criterio para nombrar a los aliados de otras regiones y contextos culturales: movimientos y organizaciones, que defienden la soberanía nacional, y que luchan en contra de la privatización de los servicios públicos, los megaproyectos, los TLC, y el intervencionismo externo. En este sentido, las declaraciones hacen mención no solamente a alianzas y redes internacionales –el Foro Social Mundial o la Alianza Social Continental (2001)– sino a ejemplos emblemáticos de la resistencia nacional

y antiimperialista, como son Palestina, Puerto Rico, Venezuela, Cuba, Argentina, Bolivia, Brasil, Ecuador, Colombia o el pueblo iraquí afectado por la intervención estadounidense.

Los principios de oposición: el otro adversario

La mención de los adversarios o del adversario es un tema central en los discursos y declaraciones: en el caso de los Foros Mesoamericanos, en el plano económico, son los llamados “megaplanes” (PPP, ALCA, TLC), la “globalización corporativa neoliberal”, los organismos financieros, la Organización Mundial del Comercio (OMC) y las empresas transnacionales. En lo político, se menciona a los gobiernos estadounidense y canadiense, y en menor grado a la Unión Europea, como actores que imponen los intereses de las compañías transnacionales. Además, se hace referencia a actores locales: los grupos oligárquicos nacionales vinculados a los intereses extranjeros y ajenos a las demandas populares: “Los derechos de nuestros pueblos son pisoteados por oligarquías al servicio de las grandes corporaciones transnacionales (Foro Mesoamericano, 2011)”, los gobiernos “de derecha y de izquierda” que, en el mejor de los casos, son “débiles”, sin capacidad institucional, ni voluntad para hacer valer la soberanía y, en el peor, son “cómplices”. Por ejemplo, el Movimiento M4 en un comunicado sobre los TLC describe la actitud de los gobiernos latinoamericanos, y específicamente de México, de la siguiente manera: “...hay una clara tendencia a que los gobiernos dejen de ser útiles a la sociedad y se vuelvan utilitarios de los intereses de empresas transnacionales extranjeras y nacionales” (Movimiento en contra del Modelo Extractivo Minero M4, 2014b). En estas construcciones discursivas, la noción de imperialismo sirve para visibilizar la convergencia de actores, estrategias y mecanismos de control y dominación. También lo ejemplifica la siguiente cita:

“Observamos cómo las estrategias de dominación imperialista han experimentado en la década de los noventas un salto cualitativo que va de la definición e implementación de los paquetes de ajuste estructural

impulsados por la banca multilateral (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo) y que se imponen a través del marco de condicionamientos atados a los préstamos otorgados a los gobiernos; hasta el establecimiento de un conjunto de normas definidas por la Organización Mundial de Comercio, que modifican los marcos jurídicos de los Estados y que convierten los privilegios de las corporaciones transnacionales en plenos derechos para ellas, en un claro esfuerzo por disponer de una Constitución planetaria, desde la cual se privilegian los ‘derechos del capital’” (Foro Mesoamericano, 2004).

Por medio de la asignación de adjetivos específicos a los actores, se establecen los principios de oposición que permiten visibilizar y afirmar las identidades colectivas en juego. Categorías y nociones como integración y economía solidaria, sustentabilidad, anticapitalismo –para hablar de lo económico–; dignidad, multiculturalidad, no discriminación, diversidad y lo antipatriarcal –para hablar de lo cultural–; soberanía, inclusión, justicia, equidad, y participación –para hablar de lo político–; son algunos de los valores y demandas que el activismo mesoamericano reivindica, marcando la diferencia respecto a sus adversarios. En cambio, el proyecto contrario –y el adversario– son descritos como autoritarios, oligárquicos, opacos, excluyentes, militaristas y antidemocráticos; deshumanizan, mercantilizan la vida, la dignidad y la justicia; corrompen y dividen comunidades, subordinan las demandas y necesidades de las grandes mayorías a los intereses de una minoría. En otras palabras, representan un “proyecto de muerte”, por lo cual sería ingenuo esperar una disposición transformadora de estos actores y sus aliados: “Sabemos que este cambio de sistema, no vendrá de los grupos de poder que han capturado a los Estados, las legislaciones, la vida cotidiana de la gente, promoviendo el clientelismo, la corrupción política y económica, haciendo del capital un dios y del mercado su solución” (Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero M4, 2012).

El diagnóstico: imperialismo, dependencia y capitalismo

La idea según la cual Centroamérica sería una región rica y próspera si no fuera por la presencia de las potencias externas que depredan sus recursos ha sido parte constitutiva del imaginario social de la región, compartida y difundida por escritores, intelectuales, periodistas y activistas políticos. Por ello no sorprende que también los autores anónimos de las declaraciones y comunicados del activismo mesoamericano expresen esta convicción, cuando señalan que el interés de los países imperialistas y potencias extranjeras en la región se origina en la disputa por controlar unos recursos naturales que son escasos en sus propios territorios, por lo cual resulta necesario y funcional reproducir patrones de dependencia Norte-Sur, así como el intervencionismo militar.

“En la coyuntura actual, la guerra y la militarización están relacionadas con la necesidad de los Estados Unidos y otras potencias, de garantizar su acceso permanente a recursos energéticos estratégicos, con los cuales no cuentan en sus territorios (petróleo y gas natural), para sostener el ritmo de crecimiento de sus economías, así como la disputa por recursos como el agua y los de la biodiversidad. Es por ello que vemos en la reactivación de la IV Flota, en el despliegue de las operaciones continentales del Comando Sur, en el mantenimiento de bases militares por todo el territorio americano y en la adopción y aplicación, en muchos países, de legislaciones ‘antiterroristas’, hechos contundentes que demuestran que la militarización es parte central de la estrategia de expansión del capitalismo” (Foro Mesoamericano, 2008).

Una parte importante de los manifiestos está dedicada a la descripción de las expresiones y consecuencias de la dependencia. Temas centrales en el discurso de los Foros Mesoamericanos son la pérdida de control sobre recursos y biodiversidad, la falta de soberanía alimentaria y la desigualdad social que produce pobreza, concentración de ingresos y precarización laboral. En los comunicados del M4, la dependencia es descrita principalmente a través del poder que tienen las empresas mineras para operar en las comunidades afectadas sin preocuparse por los daños ambientales, de salud

y el deterioro de las relaciones intercomunitarias que provocan. Las empresas mineras son representadas como agentes “depredadores y manipuladores” que extraen los recursos naturales, perjudican el entorno ambiental y destruyen el tejido social para después abandonar la zona “vaciada”. La siguiente cita sobre la operación de la compañía canadiense *Gold Corp* ejemplifica esta imagen al contrastar las acciones perjudiciales de la empresa con el discurso de derechos humanos:

“Cientos de testimonios, evidencias científicas, denuncias ante tribunales, reportajes y pruebas de laboratorios demuestran cómo esta empresa violenta y viola recurrentemente derechos humanos de pueblos y comunidades: Derecho Humano al Agua y al Saneamiento: no les importa el uso de millones de litros de agua, su contaminación y el secado de fuentes alternas; Derecho a un Ambiente Sano y Saludable: no les importa que personas y animales consuman agua y respiren polvo lleno de metales pesados tóxicos a la salud y al medio ambiente; Derecho a la Salud: no les importan las quejas de la población de Honduras, Guatemala y México en donde se han observado un incremento de enfermedades respiratorias y de la piel desde que se han instalado las operaciones mineras de Goldcorp. No les importa tampoco que cada año aumenten los registros de niños y niñas que fallecen por abortos espontáneos o los que nacen con deformaciones físicas ni los que viven en condiciones de debilidad debido a nacimientos prematuros, situaciones todas estas que pueden ser ligadas a los efectos generados por el agua y el aire contaminados con metales pesados. La destrucción ambiental es tal que por cada onza de oro que se extrae de las entrañas de la tierra, se generan como 79 toneladas de desechos” (Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo M4, 2014c).

La dependencia es denunciada también por sus consecuencias en el plano político e institucional: las empresas cooptan a miembros de la clase política nacional para obtener permisos y concesiones, dividen a las comunidades por medio de la compra y corrupción, usan sus cuerpos privados de seguridad para que operen, a la vieja usanza, como guardias blancas y escuadrones de la muerte para desarticular la protesta. Por otra parte, se cuestiona el intervencionismo de los

países centrales que interceden ante los gobiernos centroamericanos para modificar legislaciones, influir en procesos judiciales e incidir en las decisiones de élites políticas nacionales. Es dentro de esta temática que la noción de imperialismo, entendido como intervencionismo político-militar e injerencia directa de los países centrales en los asuntos internos de los países centroamericanos, se actualiza:

“Observamos cómo las estrategias de dominación imperialista han experimentado en la década de los noventas un salto cualitativo que va de la definición e implementación de los paquetes de ajuste estructural impulsados por la banca multilateral (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo) y que se imponen a través del marco de condicionamientos atados a los préstamos otorgados a los gobiernos; hasta el establecimiento de un conjunto de normas definidas por la Organización Mundial de Comercio, que modifican los marcos jurídicos de los Estados y que convierten los privilegios de las corporaciones transnacionales en plenos derechos para ellas, en un claro esfuerzo por disponer de una Constitución planetaria, desde la cual se privilegian los derechos del capital. Es decir a transnacionales. No cabe duda que la apuesta del gobierno estadounidense por impulsar los tratados y acuerdos de libre comercio, constituye una pieza fundamental de la nueva estrategia de seguridad nacional de los Estados Unidos, la cual desde una opción militarista y basada en una visión unilateral justifica la represión de cualquier disenso que represente oposición a los proyectos de dominación transnacional. Además, el gobierno de los Estados Unidos utiliza el chantaje de los emigrantes ilegales como un arma para la obtención de sus objetivos estratégicos militares y comerciales” (Foro Mesoamericano, 2004).

En consecuencia, de acuerdo a las redes del activismo transnacional mesoamericano, la dependencia resulta en instituciones débiles, leyes inoperantes y políticas públicas nacionales diseñadas para facilitar el acceso de las empresas transnacionales a los recursos estratégicos, incluso al margen de la legislación internacional. Por ende, el intervencionismo extranjero en sus diversas expresiones políticas, económicas y militares sigue siendo una de las principales amenazas para la definición de proyectos nacionales y democráticos en la

región. Es en esta dimensión de análisis global que las denuncias antiimperialistas se vinculan con un cuestionamiento antisistémico y anticapitalista: para el “buen vivir”, rezan varios de los documentos, la solución tiene que ser integral: “Terminar con el capitalismo pasa a ser la esperanza de los pueblos y de la naturaleza, porque la esperanza es sobrevivir y vivir bien, con dignidad” (Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero M4, 2012).

A modo de conclusión

El debate sobre el imperialismo después de la Guerra Fría ha sido dominado por dos posturas. Una posición según la cual el concepto sigue siendo útil para explicar procesos y conflictos sociopolíticos en la región, debido a la vigencia del intervencionismo estadounidense en los asuntos internos de los países centroamericanos. Otra que relativiza esta perspectiva por simplificadora y conspiracionista. En este artículo se buscó abordar el tema desde un tercer ángulo: el imaginario antiimperialista como un marco interpretativo que permite incorporar tópicos y claves “altermundistas” dentro de una estructura cognitiva preexistente, capaz de integrar en el plano discursivo grupos heterogéneos en términos sociales y culturales, identificando enemigos y aliados, y elaborando claves para pensar los conflictos sociopolíticos dentro de una temporalidad histórica más amplia.

Los autores anónimos de los manifiestos, declaraciones y comunicados de las redes transnacionales del activismo mesoamericano analizados en este ensayo se enfrentan al mismo reto que otros agentes que persiguen la transformación del mundo social: para tener fuerza de movilización tienen que imponer sus principios de visión y división del espacio social (Bourdieu, 1991). El componente antiimperialista y antiintervencionista de las estrategias discursivas del activismo mesoamericano de principios del siglo XXI permite interpelar a actores históricos y a nuevos sujetos sociales combinando las denuncias de los agravios actuales con un mensaje que identifica al capitalismo y la presencia histórica de los intereses extranjeros

como principales causantes de los conflictos regionales. En este sentido hay que considerar que el antiimperialismo como discurso e imaginario es políticamente productivo, aunque en un plano académico podría parecer desactualizado para comprender una realidad sociopolítica compleja. Por una parte, es lo suficientemente amplio para actualizarse permanentemente en nuevos conflictos, tensiones y actores, por otra parte, funciona porque da sentido a experiencias sociales concretas –tanto individuales como colectivas– de deterioro de las condiciones de vida, de ausencia de efectivos mecanismos de consulta y participación y de la presencia de empresas extranjeras en el territorio nacional, fenómenos sociopolíticos y económicos que caracterizan hasta el día de hoy la vida y el trabajo cotidiano de un sector amplio de las sociedades centroamericanas.

Notas

- 1 El material analizado consiste en ocho declaraciones de los Foros Mesoamericanos publicadas entre 2001 y 2011, en <foromesoamericano.codigo.net>. También de 47 comunicados publicados en la página del Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4, en <www.movamientom4.org>, entre el 29 de enero de 2012 y 2 de mayo de 2014. El material se analizó usando el programa para análisis cualitativo de textos: Open Code 3.6 B1 © UMDAC and Epidemiology, Department of Public Health and Clinical Medicine (2009). Department of Public Health and Clinical Medicine at Umeå University, Sweden, en <www.phmed.umu.se/english/divisions/epidemiology/research/open-code/?languageId=1>.
- 2 Los primeros vínculos entre organizaciones sociales mexicanas y centroamericanas datan del periodo de las guerras civiles, cuando México fue un centro importante para el trabajo de solidaridad y de denuncia de las violaciones a los derechos humanos por los gobiernos autoritarios de la región (de la Torre Oropeza, 2014).
- 3 Generalmente, las declaraciones siguen el orden del “manifiesto”, género discursivo crucial para dar visibilidad, proyección y representación a los colectivos en el espacio político: una introducción sintética que presenta y caracteriza a los convocantes, seguido por un diagnóstico de la situación –señalando los principales problemas, agravios y denuncias– que desemboca en la presentación de un “pronóstico”, es decir, las soluciones percibidas como deseables y necesarias. Por lo general, las declaraciones terminan con la definición de futuras tareas –que permiten ejemplificar las principales estrategias de acción– y una o varias consignas que buscan condensar el mensaje.

Bibliografía

- Baczko, Bronislaw 2005 *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Bourdieu, Pierre 1991 “Identity and Representation. Elements for a Critical Reflection on the Idea of Region” en Bourdieu, Pierre *Language and Power* (Cambridge/Mass.: Harvard University Press).
- COPINH 2013 “Por el derecho territorial, libre determinación, derecho indígena y alternativo” en Comunicados. Movimiento en contra del Modelo Extractivo Minero M4, en <www.movamientom4.org/2013/01/copinh-por-el-derecho-territorial-libre-determinacion-derecho-indigena-y-alternativo/> acceso 11 de mayo de 2014.
- De la Torre Oropeza, Verónica 2014 “La acción colectiva en Centroamérica a comienzos del siglo XXI. De las luchas locales al activismo local” en Natal, Alejandro y Martín Álvarez, Alberto *La sociedad civil en Centroamérica a una generación del conflicto armado ¿Avances o retrocesos?* (Colima: Universidad de Colima).
- Devés Valdés, Eduardo 2000 *Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950). El pensamiento latinoamericano en el Siglo XX. Entre la modernización y la identidad* (Santiago de Chile: Biblos).
- Foro Mesoamericano 2004 “Declaración del IV Foro Mesoamericano” en Convocatorias. Foro Mesoamericano, en <<http://todo.honduraslaboral.org/leer.php/585>> acceso 11 de mayo de 2014.
- Foro Mesoamericano 2005 “VI Declaración Foro Mesoamericano de los Pueblos” en Convocatorias. Foro Mesoamericano, en <www.nacionmulticultural.unam.mx/movimientosindigenas/docs/decl_252.pdf> acceso 11 de mayo de 2014.
- Foro Mesoamericano 2008 “Declaración política del VII Foro Mesoamericano de los Pueblos” en Convocatorias. Foro Mesoamericano de los Pueblos, en <www.peacelink.it/latina/docs/2729.pdf> acceso 11 de mayo de 2014.
- Foro Mesoamericano 2011 “Declaración del VIII Foro Mesoamericano” en Boletines. Foro Mesoamericano de los Pueblos, en <foromesoamericano.codigoSUR.net/leer.php/7571445.html> acceso 11 de mayo de 2014
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- IUF/UITA/IUL 2014 *Minería en Centroamérica. Mitos, paradojas y realidades trágicas* (Montevideo: IUF/UITA/IUL), en <www.rel-uita.org/index.php/es/sectores/mineria/item/5579-mineria-en-centroamerica-mitos-paradojas-y-realidades-tragicas> acceso 15 de marzo de 2015.
- Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4 s/f

“Nuestros Principios” en Movimiento Mesoamericano contra el Modelo Extractivo Minero M4. Estrategias por la Defensa de la Tierra y el Territorio, en <movamientom4.org/principios/> acceso 15 de marzo de 2015.

Movimiento Mesoamericano en contra de la Minería M4 2014a “M4 abraza la victoria del primer municipio hondureño libre de minería” en Comunicados M4 Movimiento Mesoamericano en contra de la Minería, en <www.movamientom4.org/wp-content/docs/07042014-comunicado-honduras-por-el-negrito-libredemineria.pdf> acceso 12 de mayo de 2014.

Movimiento en contra del Modelo Extractivo Minero M4 2014b “El Fracaso de la política neoliberal circunscrita a los tratados de libre comercio” en Comunicados. Movimiento en contra del Modelo Extractivo Minero M4, en <www.movamientom4.org/wp-content/docs/02-2014-comunicado-obama-tpp-tlc.pdf> acceso 12 de mayo de 2014.

Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero M4 2014c “Acción de Denuncia: GoldCorp no merece premios” en Comunicados. Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero, en <www.movamientom4.org/2014/04/accion-de-denuncia-goldcorp-no-merece-premios-exigimos-justicia/> acceso 12 de mayo de 2014.

Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero M4 2012 “Declaración de San Salvador” en Comunicados. Movimiento Mesoamericano en contra del Modelo Extractivo Minero M4, en <www.movamientom4.org/2012/11/declaracion-de-san-salvador-conferencia-internacional-cambio-climatico-territorios-y-movimientos-sociales/> acceso 12 de mayo de 2014.

Paz, María Fernanda 2014 “Paisajes mineros, geografías de resistencia. Territorialidades en disputa en Guatemala y Chiapas, México” en *Latin American Encounters* (Toronto), 2.

Pirker, Kristina 2003 “La tensión entre lo local y lo global: modernización neoliberal y resistencias centroamericanas” en *Estudios Latinoamericanos* (México: UNAM), Año X, N° 19.

Pita Gonzalez, Alexandra y Marichal Salinas, Carlos 2012 “Introducción: Pensar el Antiimperialismo” en Pita Gonzalez, Alexandra y Marichal Salina, Carlos *Pensar el Antiimperialismo. Ensayo de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930* (México: COLMEX/Universidad de Colima).

Zapata, Francisco 1997 *Ideología y política en América Latina* (México: COLMEX).

LUIS WAINER*

Posneoliberalismo y antimperialismo en la primera etapa del proceso chavista

Introducción

El proceso iniciado en 1999 con la llegada de Hugo Chávez Frías a la presidencia de Venezuela fue uno de los principales motores de lo que llamamos *nueva época* en el subcontinente. En términos políticos, el final del ciclo neoliberal venezolano significó la caída de un modelo de democracia absolutamente singular, vigente desde fines de los años cincuenta, que tuvo la particularidad de haberse mantenido en pie mientras la mayoría de los régímenes democráticos de la región se derrumbaron. La institucionalidad venezolana había quedado marcada por el Pacto de Punto Fijo, suscrito entre las principales fuerzas políticas del país¹, y por las implicancias de las enormes reservas petroleras. En los años setenta, Venezuela no padeció las clásicas crisis del modelo sustitutivo de importaciones por el sencillo hecho de ser una nación petrolera en cuyo seno se definieron funciones, actores y acciones a partir de la renta derivada de las exportaciones de ese bien. La democracia venezolana fue

* Argentino. Lic. en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Candidato a Magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional de San Martín. Investigador del Centro Cultural de la Cooperación “Floreal Gorini”. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

ofrecida como “ejemplo” a la región durante largos años. Se trató, empero, de una modalidad de democracia excluyente que, al tamizarse a los valores neoliberales, acabó por eclosionar luego de una seguidilla de intensas crisis y revueltas sociales.

En el presente estudio nos preguntamos cómo caracterizar un período como *posneoliberal*, siendo que ésta es una categoría todavía en construcción y sometida a un fuerte debate tanto académico como político. Las dimensiones más ricas del concepto emergen de esa condición y de la disputa misma. En este caso, es difícil la decentración en una definición conceptual fija, sino que se va dando un análisis de carácter histórico en un contexto de situaciones que también son abiertas y cambiantes. Nos preguntamos por los modos discursivos asumidos por el temprano chavismo. Nos preguntamos a qué hitos remitía críticamente aquel Chávez y de qué modo los articuló en aquel momento de despunte de la alternativa posneoliberal. Dicho de otro modo: ¿sobre qué caracterización de la crisis neoliberal pudo gestarse tal alternativa? Revisar el derrotero venezolano desde finales del siglo pasado permite constatar que el antiimperialismo fue una condición decisiva para pensar la especificidad del período posneoliberal.

Sabemos que el chavismo radicalizó su accionar político y su discurso luego del golpe cívico-militar del año 2002. En esa encrucijada se tensaron las contradicciones a un punto tal que las formulaciones se desprendieron de las concepciones algo más zigzagueantes de la etapa previa, para asumirse como definitivamente antiestadounidenses y anticapitalistas, todo lo cual fue conformando el posteriormente nombrado “socialismo del siglo XXI”. Sin embargo, en el presente artículo nos detendremos en el análisis de los elementos sustanciales que han conformado el pensamiento y el discurso de Chávez en el período que va entre sus inicios en la política y los primeros años de su primer gobierno. Entendemos que allí cabe apreciar la conjunción entre su formación y experiencia política-militar inicial, su análisis de América Latina y del rol del imperio y su incipiente concepción proto-posneoliberal tras el agotamiento del pacto político y la profunda crisis y movilización social derivada.

Crisis neoliberal y antiimperialismo

El antiimperialismo es una dimensión central de la historia latinoamericana; dicha dimensión ha recobrado enorme presencia en el contexto de la crisis del neoliberalismo. Así, un vasto conjunto de hitos ligados a la “revitalización” del imaginario antiimperialista, encuentra en Hugo Chávez Frías un protagonista de significativa importancia (Kozel, 2014).

Nos proponemos trabajar sobre la relación que se establece entre un contexto crítico, unos hitos histórico-simbólicos que se reactivan y un programa político que se va creando como respuesta a la crisis, definida entonces por el propio Chávez como “crisis total”. El abrevar selectivamente en determinadas zonas del acervo ideológico, político y cultural es lo que permitió, por medio de la activación de una estrategia discursiva de creación constante, disputar exitosamente símbolos a una cultura neoliberal que había intentado clausurarlos, quitarlos de una historia que había llegado a pensarse como finalizada.

Así como un conjunto de autores dieron forma al primer antiimperialismo latinoamericano (denuncia del multifacético avance estadounidense aunada a una contrapropuesta defensiva, de resistencia y unión latinoamericanas), cabe sostener que a fines del siglo XX la “energía” antiimperialista se dispuso de un nuevo y específico modo, que es el posneoliberalismo como crítica al neoliberalismo. Se trata de un antiimperialismo posneoliberal que reactivó y recreó aspectos clave de las tradiciones antiimperialistas latinoamericanas con la finalidad de doblegar los anclajes neoliberales. En esto desempeñaron un papel importante ciertas características específicas de los líderes políticos que lo expresaron.

El antiimperialismo posneoliberal trató de conciliar la afirmación de un desarrollo nacional, de reconstruir la figura de un Estado autónomo en términos de soberanía política, económica y cultural, e intentó crear organismos regionales para formar parte de un mundo definido como multipolar. Este conjunto de acciones debía asociarse a la promoción de un cambio en el imaginario político,

introduciendo resortes concretos para la defensa y la construcción de un nuevo bloque de poder.

Si el desembarco de la matriz neoliberal en América Latina se caracterizó por algo fue por representar modelos teóricos cosmopolitas y eurocéntricos –en rigor, siendo su raíz tempranamente europea, se estableció después como el programa económico “sugerrido” por los Estados Unidos para la región–, que desautorizaban un conjunto de hitos históricos de los países de la región, así como los posicionamientos antiimperiales de su construcción identitaria, y la historia de un sinfín de movimientos sociales y revolucionarios de resistencia. Esta desautorización masiva se tradujo en programas de gobierno, en modelos económicos y en políticas públicas concretas para los países latinoamericanos. En relación con esto, en una fecha temprana Chávez planteaba la urgente búsqueda/reactualización de la bolivarianidad:

“No es entonces mera retórica nuestra bolivarianidad. No. Es una necesidad imperiosa para todos los venezolanos, para todos los latinoamericanos y los caribeños fundamentalmente, rebuscar atrás, rebuscar en las llaves o en las raíces de nuestra propia existencia, la fórmula para salir de este laberinto, terrible laberinto en que estamos todos, de una o de otra manera” (Chávez, 1999a: 6).

Posneoliberalismo y antiimperialismo en la Venezuela chavista

El 16 de febrero de 1989, en el comienzo de su segundo período presidencial, Carlos Andrés Pérez anunció el programa que se conoció como el “paquetazo económico”. El mismo presentaba un conjunto de medidas que incluían, entre otras, el endeudamiento externo con la supervisión del FMI, la liberalización del mercado, el incremento de tarifas de los servicios públicos, la privatización de empresas estatales, el aumento del precio del combustible. Se trataba de un plan de reestructuración neoliberal para la economía venezolana. Rápidamente, el 27 de febrero, como respuesta a tales medidas, pero también como producto del largo proceso de deslegitimación del sistema político e institucional vigente, estalló la revuelta popular conocida como

Caracazo. Fue un momento clave en la historia del puntofijismo; fue, también, y sobre todo, una expresión de la resistencia de la sociedad a un modelo excluyente. Si el Pacto de Punto Fijo había nacido en Nueva York, el Gran Viraje que subyacía al “paquetazo”² nació en Washington. Once días después de los anuncios de Pérez, y casi simultáneamente a la firma de una Carta de Intención con el FMI, explotó en las ciudades más importantes del país la protesta popular. No fue posible encauzarla dentro de los canales institucionales puntofijistas, fuertemente deslegitimados. Ante un escenario extremadamente delicado, la crisis social y los límites a la participación política hicieron imposible seguir sin cambiar. Necesariamente debían surgir nuevos liderazgos. Las características que los mismos pudieran tener condicionarían la potencial salida de las crisis acumuladas, en cuyo seno se registraba una puja por la irrupción de nuevas representaciones.

Modesto Guerrero (2013) se pregunta cómo pudo suceder que un hombre –Hugo Chávez– desafiará al imperio estadounidense justo cuando estaba teniendo lugar el avance neoliberal en la región y en el mundo. Se pregunta también cómo fue que Chávez acabó deviniendo nuevo símbolo del antiimperialismo en América Latina y el Caribe, y también más allá: en el mundo árabe, e incluso entre sectores juveniles de Europa y de los Estados Unidos. Siguiendo el razonamiento de Guerrero, nos preguntamos aquí cómo es que se fue conjugando aquel “árbol de las tres raíces”³, paradigma ideológico del líder venezolano, con la salida de la crisis neoliberal.

A los efectos de comprender la construcción ideológica posneoliberal del primer chavismo, tomamos de un modelo analítico –el esquema planteado por Biardeu (2009)– el señalamiento según el cual los puntos nodales del proyecto bolivariano, así como su alcance y su eficacia históricos, forman parte de una matriz ideológica que logra entrelazar fundamentalmente tres factores de la crisis neoliberal en Venezuela:

- a) En el plano político-jurídico, el quiebre de la dominación burguesa y del sistema político de “conciliación entre elites de poder” institucionalizado luego del Pacto de Punto Fijo, la Constitución de 1961 y las actuaciones del Ejecutivo nacional que limitaron su plena vigencia;

- b) En el plano económico-social, la profundización, en los años noventa, del agotamiento del patrón de acumulación, crecimiento y distribución del modelo petrolero capitalista-dependiente, misma que se patentiza con la aplicación de los programas neoliberales de ajuste y estabilización económica guiados por el FMI y el BM; y
- c) En el plano geo-cultural, el cuestionamiento al proyecto de “modernidad colonial periférica”, reconvertido de manera predominante a partir del imaginario de la modernización y el desarrollo euro-estadounidense, diseminado y sedimentado por los aparatos hegemónicos de las élites intelectuales, educativas y culturales del país.

En cuanto al modo en que se sustentaron ideológicamente las respuestas a esos tres puntos señalados por Biardeu, sostiene Blanco Muñoz:

“Chávez constituye un caso singular en el cuadro histórico reciente. Su aparición en la escena política está ligada a figuras heroicas que han sido relevantes en su hacer y trascendentales en la obra que le dieron. El movimiento que propugna y organiza tiene como fuente ideológica y política un *árbol de tres raíces*: Bolívar, Zamora y Simón Rodríguez [...] un contexto, en el cual tiene preeminencia el componente heroico mesiánico, como *fuente de inspiración y guía para el hacer*” (Blanco Muñoz, 1998: 16; énfasis original).

En relación al tercer punto planteado por Biardeu, habíamos resaltado que el antiimperialismo podría definirse como una modalidad de la resistencia política y cultural que contiene un conjunto de aspectos diversos, entre los que aparece un tipo de discurso, una retórica, una simbología. Desde allí es que intentaremos plasmar de qué modo son visualizadas por Chávez la historia de Venezuela y la del continente, poniendo de relieve la potencia de su discurso para redisponer ciertos conjuntos de significados y orientarlos a la acción política. En palabras del propio Chávez:

“Sigue teniendo vigencia, no textualmente, sino en un contexto histórico que hay que reconocer y que es una situación muy distinta a la

de hace 200 años. Hay cosas como ésta: la concepción bolivariana de la integración latinoamericana, el pensamiento antiimperialista. Elementos muy vigentes y actuales... y uno se pregunta, ¿es que aquellos eran tan valiosos o la realidad es la misma?" (Chávez, en Blanco Muñoz, 1998: 70).

La emergencia del nacionalismo popular revolucionario: el retorno al mito nacional

Existe una fuerte asociación entre imperialismo, neoliberalismo y globalización. Estas nociones nos conducen a reflexionar sobre el contexto de los años noventa, en cuyo seno el poder imperial neoliberal global amenazó con desintegrar las identidades nacionales. Según autores como Mignolo (2000), la globalización o mundialización posee una contracara, la "colonialidad global", que da cuenta de una condición desigual de poder,

"[...] una ausencia y un silencio respecto de producciones, historias, identidades y conocimientos que se generan en los márgenes de la economía y cultura-mundo; [por eso] para repensar el imperialismo en la era de la globalización hay que recuperar los borramientos que produce la globalización" (Mignolo, en Salvatore, 2005: 16).

El pensamiento de Hugo Chávez transitó esas mismas asociaciones en pos de construir su idea posneoliberal como resistencia y como programa político alternativo al neoliberalismo y al imperio. Dados los elementos antedichos, nos animamos a considerar las revueltas militares de 1992 como manifestaciones con componentes antiimperialistas permeadas por un pensamiento originado desde los años setenta en el seno de las Fuerzas Armadas, aunque no solo allí. De alguna manera, una serie de características del momento de la globalización parecen haber logrado exaltar la imaginación de la cultura popular en América Latina.

La insurgencia militar de 1992 representó el brote más radicalizado de una explosiva crisis social latente. Esto nos obliga a comprender a las Fuerzas Armadas como estructuras vivas de la sociedad; es

decir, a entender a la oficialidad como un segmento de la clase media venezolana. Como indica Guerrero (2013), las Fuerzas Armadas ya no podían quedarse inmóviles ante la situación: tanto Chávez como los otros jefes del golpe y los 2.367 suboficiales y soldados insurrectos vieron en su insurgencia una correspondencia con la dinámica social en un instante en que nada podía seguir siendo lo que era. Ni los oprimidos toleraban más sus condiciones de existencia ni los opresores podían sostener su sistema de poder.

Importa recordar que durante el gobierno de Rafael Caldera (1969-1974), se decidió realizar una apertura en las Fuerzas Armadas orientada a evitar un proceso de desestabilización por parte de las mismas. De tal manera que se profesionalizó la carrera militar, incorporándosela al sistema universitario. Conocida como “Plan de Estudios Andrés Bello”, esa reforma traería como consecuencia imprevista la formación de cuadros militares con contenidos teóricos y políticos inéditos para América Latina, desconectados del monopolio ejercido por la Escuela de las Américas, instancia usual de formación militar en la región. Chávez fue parte de la primera camada del nuevo proyecto educativo. Un segundo dato a considerar es la composición social de las Fuerzas Armadas venezolanas: la academia militar no se nutrió tanto de sectores medios ni altos como de sectores populares.

Estos elementos nos permiten comprender por qué la cruenta represión que recibió el Caracazo produjo un profundo rechazo en muchos militares que vieron su función social distorsionada en relación a los intereses del pueblo venezolano. De manera que, en pleno auge neoliberal, estos militares buscaron reconstruir una matriz autónoma de pensamiento. Esta matriz recogía banderas de importantes líderes de nuestra América (Nicanoff y Stratta, 2008), lo que acabó constituyendo un hito en cuanto a los aires de cambio que asomarían.

Las dos revueltas militares del año 1992 –febrero y noviembre– dieron cuenta del gran malestar social que empezaba a coincidir con la búsqueda de construir, por canales más amplios, un nuevo proyecto político y social. No se trató de un golpe de Estado tradicional. Se intentó avanzar hacia la consecución de un cambio social profundo.

El objetivo era revocar los mandatos del presidente, congresistas y magistrados mediante un referendo, al tiempo que acceder a una convocatoria de carácter constituyente, antesala de lo que sucedería una vez iniciado el gobierno de Chávez, es decir, la ampliación de la participación democrática como un modo de institucionalizar la salida definitiva del Pacto de Punto Fijo.

Desde la constitución del Movimiento Bolivariano Revolucionario-200 (MBR-200) en el año 1982, se venía apelando al legado del “nacionalismo popular revolucionario”, un proyecto político identificado con el “mito nacional” fundacional de la historia republicana, sobre todo con la exaltación de la figura de Simón Bolívar en esa clave. El contexto de crisis llevó a ligar esas formulaciones con el rechazo popular a las políticas neoliberales, el colonaje y la oposición a una oligarquía o élite del poder. La “Proclama a la Nación Venezolana”, del Frente Nacional Bolivariano (1993), indica:

“A partir del colapso de la Primera República Bolivariana de comienzos del siglo XIX [...] la cultura nacional ha sido diluida dentro de un constante y continuo proceso de transculturación dejando de lado nuestras expresiones y costumbres, para absorber una cultura importada, con la que se formaron grupos elitescos y privilegiados; y, así, sucumbió nuestra identidad bolivariana perdiéndose también la sensibilidad y la solidaridad nacionales. Esa sociedad venezolana no logró constituir una homogeneidad nacional, no se integraron sus valores y aquel proyecto de nación quedó frustrado. El concepto de Voluntad General dejó de existir y con ella su cualidad moral de búsqueda del Bien Común que perseguía y la obligación que se tenía de anteponer éste al interés particular, grupal o partidista” (en Parker, 2001: 28).

De manera que en la narrativa ideológica que enfrentó la crisis neoliberal, se entrecruzaron las tres raíces ya mencionadas, el concepto de voluntad general y la búsqueda del bien común, en contraposición a las nociones de voluntad e interés individuales.

Desde la década del ochenta, el país experimentó un conjunto de crisis muy bien referidas por Chávez en su histórico discurso inaugural de 1999. En aquella intervención Chávez desplegó el concepto de “crisis orgánica”, evitando así la caracterización desagregada de las crisis. Chávez se refirió a un complejo crítico donde se

entrelazaron crisis económicas, sociales, culturales, éticas y morales, y que como tal condujo al agotamiento de un bloque histórico, agotamiento que vino a significar la ruptura de la hegemonía neoliberal. Por eso es que irremediablemente debemos situarnos allí, en aquel momento de emergencia de la narrativa nacionalista, popular y revolucionaria, con base en la cual comenzó a estructurarse la salida posneoliberal.

Un punto decisivo para los intereses del presente artículo es que esa narrativa recuperó un conjunto de expresiones que remiten claramente a tradiciones del antiimperialismo latinoamericano. Entre esas expresiones aparece muy fuertemente la figura del pacto político cívico-militar, el cual va a ser ejemplificado aludiendo a distintas experiencias latinoamericanas. En efecto, Chávez resaltó la figura de líderes militares progresistas consustanciados con las necesidades de sus pueblos, como el caso del general Omar Torrijos y la Revolución Panameña, que había intentado la recuperación del Canal de Panamá. Las referencias al caso de Torrijos, pero también a los de Jacobo Árbenz, Juan José Torres y Juan Velasco Alvarado⁴ le permitieron a Chávez recuperar la expresión bolivariana sobre la misión militar. Esta misión no consiste en masacrar al pueblo sino en consustanciarse con él. Sobre Torres, manifestó:

“El pueblo conocía el carácter progresista del General Torres y se alzó junto con la Central Obrera Boliviana (COB) para evitar un golpe de Estado reaccionario [...] Esa insurrección popular llevó a Torres al poder. Su gobierno de izquierda se basó en lo que llamaba los cuatro pilares de la revolución: sindicatos de trabajadores, organizaciones campesinas, movimientos universitarios y oficiales progresistas” (en Ramonet, 2013: 320).

Así, de manera sistemática, Chávez señaló las ideas patrióticas que las fuerzas castrenses venezolanas debían y deben asumir en el marco de un pacto cívico-militar.

La Agenda Alternativa Bolivariana: un posneoliberalismo original

La Agenda Alternativa Bolivariana (AAB) comienza diciendo que el problema a solucionar no es estrictamente económico, ni político, ni social, sino que los abarca a todos⁵. Atacar por partes los problemas implicaría la derrota. Así, la estrategia bolivariana se plantea no solamente la reestructuración del Estado, sino de todo el sistema político, desde sus fundamentos filosóficos, sus componentes y las relaciones que los regulan:

“Venezuela está herida en el corazón; estamos al borde de un sepulcro [...] felizmente, por encima y más allá de toda esta catástrofe inmensa, hoy en Venezuela estamos presenciando una verdadera resurrección. Sí, en Venezuela se respiran vientos de resurrección [...] es el momento de salir de la tumba [...] nosotros tenemos un proyecto, que no es nuevo, ni es original, ni nuestro tampoco. Desde aquellos tiempos de la cárcel de Yare, de aquella escuela que fue Yare comenzábamos entonces a tratar de definir algunas líneas de un proyecto; pero no un plan de gobierno [...] le hemos planteado a los venezolanos un proyecto, le hemos dado varios nombres a lo largo de estos años, pero ya por 1995 lo llamábamos ‘Agenda Alternativa Bolivariana’, y lanzamos líneas para la discusión [...] es el mismo viejo sueño bolivariano: un proyecto de desarrollo integral para Venezuela [...] Afinemos el rumbo, démosle a nuestros hijos y a nuestros nietos una patria que hoy no tenemos. Nunca olvido el verso de Pedro Mire, ese gran poeta dominicano ‘Si alguien quiere saber cuál es su patria, no la busque, tendrá que pelear y luchar por ella’. Yo llamo a los venezolanos a luchar todos para que tengamos Patria, para que tengamos una Venezuela verdadera, una democracia verdadera” (Chávez, 1999a: 12-13).

En ese “no la busque, tendrá que pelear y luchar por ella” aparece la creación para la singularidad venezolana. La idea de un proyecto político que reedite un pensamiento latinoamericano para presentar una alternativa al neoliberalismo. Como hemos dicho, en las referencias de Chávez acerca de las tres raíces aparecen mencionadas la creación singular y la pedagogía emancipadora de Simón Rodríguez; el líder de la independencia y de la unidad de Hispanoamérica, y precursor del antiimperialismo, Simón Bolívar;

y Zamora, símbolo del protagonismo del campesinado pobre y el horizonte de ampliación de la vida política.

La experiencia discursiva de Chávez está atravesada por un sinfín de citas. Entre ellas, las de Simón Rodríguez asociadas a la búsqueda primera de la conformación de una matriz latinoamericana con raíces históricas, pero dispuesta a enfrentar los problemas actuales de la región y de Venezuela. Como decía Rodríguez y Chávez hace suyo: “¿Dónde iremos a buscar modelos? La América española es original. Originales han de ser sus instituciones y su gobierno. Y originales los medios de fundar unos y otros. O inventamos o erramos” (Rodríguez, 1988: 356).

En la recuperación que Chávez propone de la figura de Rodríguez aparecen claves para la invención de un proto-posneoliberalismo, configurado en el campo de batalla abierto hasta nuestros días. Simón Rodríguez asumía que, frente a la necesidad de construir un destino americano común, muchos querían reflejarse en Europa y Estados Unidos, vistos como modelos a imitar. Esa disposición equivocada acabaría, en su opinión, en el fracaso:

“La sabiduría de la Europa y la prosperidad de los Estados Unidos son dos enemigos de la libertad de pensar [...] en América. Nada quieren las nuevas Repúblicas admitir que no traiga el pase del Oriente o del Norte. Imiten la originalidad, ya que tratan de imitar todo [...] los estadistas de estas naciones no consultaron para sus instituciones sino la razón; y ésta la hallaron en su suelo, en la índole de sus gentes, en el estado de las costumbres y en el de los conocimientos con los que debían contar” (Rodríguez, 1988: 133).

A este respecto, en el marco de la campaña de 1998, Chávez planteó:

“No creemos en este paradigma del mundo capitalista occidental, democrático burgués. Tampoco creemos en el caído paradigma de la Unión Soviética: el comunismo, la sociedad sin clases, sin Estado, de igualdad absoluta. Eso no existe. Entonces ante esa realidad nosotros hemos planteado, después de pensarla y analizarla, la *necesidad de rescatar lo nuestro*” (en Blanco Muñoz, 1998: 95; énfasis propio).

Chávez construyó una narrativa ideológica donde articuló lo revolucionario, lo nacional, lo antineoliberal, lo cívico-militar y lo popular, así como una concepción de la democracia popular bolivariana que presenta líneas de fractura con la noción del consenso político liberal-democrático. Como dijera Biardeu, no se trata de un cuerpo doctrinario o filosófico, sino de una “plataforma simbólica, de valores, creencias e imaginarios que lograron movilizar la acción colectiva del MBR-200” (2009).

También se aprecia en sus intervenciones de ese tiempo una conciencia clara relativa a la necesidad de confluencia de las orientaciones cívica y militar:

“[...] las soluciones para América Latina pasan por la izquierda, tienen que transitar la izquierda, pero no pueden quedarse en el marco de la izquierda, tienen que ir más allá de la izquierda. Porque difícilmente [a] las fuerzas armadas latinoamericanas pudiéramos calificarlas de izquierda. Pretender empujarlas hacia la izquierda [...] yo creo que sería una utopía. *A las fuerzas armadas latinoamericanas, a muchos militares de América Latina, pudiéramos catalogarlos como nacionalistas, en este tiempo de desnacionalización neoliberal.* Bueno, hay que pasar por allí también. *La solución tiene que pasar por la izquierda, por el nacionalismo, por el patriotismo y lograr una gran alianza de todos estos sectores [...] El apoyo de los militares es vital para dar viabilidad a un programa de transformación en América Latina [...] Muchos intelectuales de izquierda en Venezuela no lo han comprendido [...] Sin embargo, nosotros hemos logrado estremecer el alma nacional, como decía Neruda, logramos poner a Bolívar en el tapete, *con otro signo*, con un signo revolucionario” (Chávez, en Parker, 2001; énfasis propio).*

Teoría de las catástrofes y crisis orgánica

Es interesante cómo Chávez, a partir de la “teoría de las catástrofes” de René Thom (1985), analiza la progresividad de las crisis acumuladas en Venezuela desde la década del setenta. En su opinión, dicha crisis acabó por convertirse, como consecuencia de su falta de regulación, en una crisis hegemónica:

“Venezuela pareciera que fue escogido por algún investigador especial para estudiar y aplicar un caso que es estudiado en la teoría política y social con aquel nombre de la teoría de las catástrofes, aquí en Venezuela se ha cumplido cabalmente la teoría de las catástrofes [...] la teoría de las catástrofes ocurre de manera progresiva. Cuando sucede alguna pequeña perturbación en un entorno, en un sistema determinado y no hay capacidad para regular esa pequeña perturbación que pudiera regularse a través de una pequeña acción. Pero cuando no hay capacidad o no hay voluntad para regular una pequeña perturbación, más adelante viene otra pequeña perturbación que tampoco fue regulada, y se van acumulando pequeñas perturbaciones, una sobre la otra y el sistema y el contorno va perdiendo la capacidad para regularlas, hasta que llega la catástrofe, la catástrofe es así la sumatoria de un conjunto de crisis o de perturbaciones” (Chávez, 1999a: 7).

De este mismo texto se desprende la periodización propuesta por Chávez para pensar la “crisis orgánica” venezolana en relación con la teoría de las catástrofes: primero, la crisis ética y moral de los años setenta (clara alusión a la Venezuela rentista); segundo, la crisis económica de los años ochenta; tercero, la crisis social, producto de la acumulación de las anteriores, y manifiesta en la explosión del 27 de febrero de 1989; cuarto, la rebelión militar venezolana de 1992, consecuencia “inevitable como lo es la erupción de los volcanes” (Chávez, 1999: 8).

Ya en la AAB, antecedente del discurso de asunción de 1999, se asociaba la serie de crisis acumuladas con la salida de las mismas y con la necesidad de un nuevo proyecto político que permitiera suturar las heridas de todas las crisis parciales sumadas, devenidas en crisis neoliberal. En la AAB se apela al “sueño bolivariano” de desarrollo integral para Venezuela, un desarrollo capaz de involucrar al pueblo activo venezolano. No se habla de programa de gobierno sino de proyecto político. En tanto proyecto político, la AAB aparece claramente contrapuesta al conjunto de los programas neoliberales.

En un documento de 1996, denominado “Pacto de Punto Fijo: el fin”, se planteaba una crítica férrea a los principales argumentos neoliberales traducidos en el conjunto de políticas específicas aplicadas sin éxito en Venezuela, y al mismo tiempo, en los alcances

limitados en una reforma del Estado que no reformulara el sistema político en su conjunto. El documento cuestionaba la búsqueda de soluciones políticas basadas en una “simplista” y cortoplacista “Reforma del Estado”:

“Con el mismo enfoque fragmentario aspiran los ahora flamantes neoliberales enfrentar la espeluznante situación social, agravada precisamente a raíz de la aplicación del ‘Shock Pérez’ y del ‘Ultrashock Caldera’ [Gran Viraje y Agenda Venezuela]. Con los degradantes programas de ayuda social como artificio, estos engendros prometen ir atenuando las tremendas convulsiones que azotan a la población venezolana. Es una nueva ‘Alianza para el Progreso’, en su momento igualmente fracasada, pero ahora en versión *calderiana*. Claro que el esfuerzo reduccionista les lleva a ignorar la fantástica desigualdad en la distribución del ingreso, cuya brecha se ensanchó en un 30% durante los tres años del primer shock. Para los cultores del Capitalismo Salvaje, estos indicadores no tienen la mayor importancia. Por encima de todo esto, avanza la Agenda Venezuela, aplaudida en los lujosos salones de Washington y Caracas, con el mismo rigor con que es sufrida por millones de hogares de la clase pobre venezolana” (Chávez, 2014).

Consideraciones finales: el germen posneoliberal venezolano

Es importante tener en cuenta que líderes como Chávez estructuran sus intervenciones discursivas a partir de la apelación a un conjunto de símbolos históricos convocados no sólo en su condición de meras enunciaciones ideológicas, sino asociadas a una experiencia redefinida al calor de construcciones políticas específicas. “La historia me absorberá” decía Chávez, definiendo su relación particular con la historia entendida como una experiencia constante de volver siempre a las raíces, para recuperarlas y alimentar lo viejo con lo nuevo, para, en clave dialéctica, nutrir aquellas raíces permanentemente.

En el momento de la rendición de la toma de Caracas, Chávez había sido detenido. En el tono propio de quien es capaz de mirar por encima de las circunstancias inmediatas dio un mensaje que no

pasó desapercibido para los amigos ni para los enemigos: además del “hemos fracasado por ahora” anunció, frente a buena parte de la población esperanzada, que “tiempos mejores vendrán”. Cuando Chávez salió de la prisión en 1994 se concretó un paso más en esa crisis total y profunda, quedando colocado el sistema político y económico del país en una situación de derrota casi infranqueable. De esa crisis nació la concepción de la AAB, consecuencia del diagnóstico sobre el fin del puntifijismo y la aguda crisis neoliberal. La AAB rompió el fundamento neoliberal y se rebeló contra él, derribando los muros de la visión unilateral, fragmentaria y reduccionista supuesta por el neoliberalismo para proclamar un nuevo fundamento, posneoliberal: “mirar en derredor y percibir la realidad en toda su magnitud, a través de un enfoque humanístico, integral, holístico, ecológico”. De este modo, la AAB institucionalizó el fin del puntifijismo y se abrió al desafío de inventar un programa político consustanciado con las tradiciones populares y antiimperialistas venezolanas y latinoamericanas.

Hemos intentado poner de relieve algunas dimensiones que permitan relacionar el pensamiento de Hugo Chávez con un conjunto de valores antiimperialistas en disposición, en el contexto de la crisis neoliberal. Hemos planteado, a modo de hipótesis, que con la crisis neoliberal advino una fase proto-posneoliberal abierta y signada por disputas, y que esa pugna implicó necesariamente una reactualización de las tradiciones antiimperialistas. También nos hemos preguntado, y lo seguiremos haciendo, cómo se fue produciendo esto en el caso que es tal vez el más emblemático de la América Latina posneoliberal: la Revolución Bolivariana.

En los discursos de Chávez pudimos ver fundamentalmente los modos por los cuales se fue reconstruyendo una trama histórica y política como soporte ideológico de un programa, no de gobierno, sino político. Centralmente, lo que una y otra vez se plantea allí es una respuesta al expansionismo neoliberal con bandera estadounidense y sus consecuencias. A las raíces de la crisis final, de la catástrofe, se le contrapone una concepción latinoamericana presente en un conjunto de biografías populares, con las cuales se reedita entonces parte importante de la tradición antiimperialista disponible.

Al considerar la matriz ideológica chavista puede observarse, desde los primeros años, de qué manera se fue conformando una narrativa específica cargada de identificaciones y pasiones que motorizaron la acción concreta en un tiempo de refundación. En ese marco apareció el concepto de alianza cívico-militar y la alusión a los militares progresistas que emergen dentro de una estrategia de poder integral, que para serlo debe construir hegemonía y revisarse críticamente al calor de los hechos, como sucedió con la revisión del proceso liderado por Velasco Alvarado en Perú. En esa matriz ideológica forjada en una específica interpretación de la historia pero también en las vicisitudes de su propio derrotero político, debemos descifrar el modo en que en esas respuestas —que buscan, todavía hoy, romper el orden neoliberal— se entrelazan componentes anti-neoliberales, posneoliberales, latinoamericanistas y antiimperialistas.

Notas

- 1 Suscrito entre las principales fuerzas políticas del país, con la exclusión del Partido Comunista, el Pacto de Punto Fijo tuvo por objeto asegurar la estabilidad democrática en el país. En los hechos significó un esquema bipartidista, en el que alternaron en el poder la Acción Democrática (AD) y el Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI). El acuerdo se firmó en la residencia de Rafael Caldera, llamada “Punto Fijo”, y comenzó a funcionar formalmente el 31 de octubre de 1958.
- 2 Ideado por economistas venezolanos residentes en Washington, el Gran Viraje se correspondía con la aplicación del paradigma neoliberal en la región. Sus líneas básicas fueron redactadas en las oficinas del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, el Banco Mundial y el FMI. El acuerdo con el FMI comprometía al gobierno venezolano a limitar las restricciones a las transacciones internacionales y a reestructurar la deuda externa, “evitando caer en nuevos atrasos en sus pagos”.
- 3 Fundamento ideológico de la revolución bolivariana, que recoge el pensamiento y la acción de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora.
- 4 Al referirse a Velasco Alvarado, Chávez puntualizó una diferencia importante: el gobierno no puede estar sólo constituido por militares progresistas sino que debe conformarse por una alianza cívico-militar que lo contenga y lo haga posible. Fue justamente dicho pacto el que sostuvo a Torrijos frente a los intentos golpistas de 1969.
- 5 La Agenda Alternativa Bolivariana (1996) fue un material utilizado por Chávez en su recorrido por Venezuela antes del lanzamiento de su candidatura a la presidencia. El responsable del folleto es seguramente el MBR-200, cuyas siglas se aprecian en la contraportada.

Bibliografía

- Blanco Muñoz, A. 1998 *Habla el Comandante Hugo Chávez Frías* (Caracas: Universidad Central de Venezuela).
- Biardeu, J. 2009 “Del Árbol de las Tres Raíces al “Socialismo bolivariano del siglo XXI”. ¿Una narrativa ideológica de emancipación?” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 2009 Vol. 15 N° 1, enero-abril.
- Chávez, H. 1999a “Discurso del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez Frías, con motivo de la toma de posesión” (Caracas) Palacio Federal Legislativo, 2 de febrero.
- Chavez, H. 1999b “Discurso del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez Frías, con motivo de la sesión inaugural de la XXX Conferencia General de la Unesco” (París) Sede UNESCO, 26 de octubre.
- Chávez, H. 2014 *Agenda Alternativa Bolivariana* (Caracas: Ediciones Correo del Orinoco).
- Guerrero, M. 2013 *Chávez, El hombre que desafió a la historia* (Buenos Aires: Ed. Continente).
- Kozel, A. 2014 “Vigencias del antiimperialismo latinoamericano” en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano* (Buenos Aires: CLACSO) N° 16.
- Mignolo, W. 2000 “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” en Lander, E. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. (Buenos Aires: Clacso).
- Nicanoff, S. y Stratta, F. 2008 “La Revolución Bolivariana. Notas sobre la relación entre Estado y movimientos sociales” en Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos (Mar del Plata).
- Parker, D. (2001) “El chavismo: populismo radical y potencial revolucionario” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas: Universidad Central de Venezuela) Vol. 7, N° 1.
- Ramonet, I. 2013 *Hugo Chávez, mi primera vida. Conversaciones con Ignacio Ramonet* (Buenos Aires: Ed. Debate).
- Rodríguez, S. 1988 *Obras Completas* (Caracas: Ediciones del Congreso de la República de Venezuela).
- Salvatore, R. 2005 *Culturas imperiales: experiencia y representación en América, Asia y África* (Rosario: Beatriz Viterbo).
- Thom, R. 1985 *Parábolas y catástrofes: entrevista sobre matemáticas, ciencia y filosofía* (Barcelona: Tusquets).

GUILLERMINA L. GENOVESE*

El antiimperialismo como componente discursivo del movimiento cocalero en Bolivia

El movimiento cocalero en Bolivia fue desde los años ochenta y durante toda la década del noventa el epicentro de una *lucha desde la resistencia* que, en torno al cultivo de la coca, adoptó un carácter identitario, cultural, étnico y nacionalista. La defensa de la hoja de coca potenció un discurso y un accionar radicalmente antiimperialistas que se vieron influenciados, por un lado, por la extensa tradición de lucha del sindicalismo campesino y minero boliviano y, por el otro, por el intervencionismo estadounidense que, en el marco de la “lucha contra el narcotráfico” y en complicidad con las distintas gestiones gubernamentales locales, promovió políticas de erradicación forzosa y de sustitución de los cultivos de la hoja de coca. Ambos factores –endógenos y exógenos– activaron una densa trama antiimperialista que se materializó en las lógicas de acción, en las prácticas dialógicas y en la simbología del movimiento cocalero.

El movimiento cocalero nuclea a los campesinos productores de la hoja de coca, localizados principalmente en los departamentos del Chapare y de los Yungas¹. Su emergencia como movimiento social se inscribe en el proceso de (re)organización de los campe-

* Argentina. Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina).

sinos durante las décadas del ochenta y del noventa, cuando el llamado “boom de la coca”² modificó las condiciones de vida en el Chapare, convirtiendo la región en una zona atractiva para muchos obreros-mineros, cuyas posiciones y subjetividades estaban siendo destruidas por las políticas neoliberales imperantes. A la migración proveniente de las zonas del Altiplano –compuesta principalmente por indígenas de origen quechua y aymara–, se le añadió durante la década del ochenta una migración masiva de mineros que habían sido despedidos de las minas en 1985³. Estos trabajadores fueron relocalizados en distintas zonas de colonización y producción, de modo tal que el cultivo de la coca operó como una solución al problema del desempleo a nivel nacional.

Si bien la migración creciente de ex mineros al trópico cochabambino “contribuyó a una concreta politización de los sindicatos cocaleros” (Iglesias Turrión *et al.*, 2014: 18), dada la extensa tradición de lucha que traían consigo, sería un análisis reduccionista y ahistórico atribuir la constitución del movimiento cocalero únicamente a la experiencia minera. Los cocaleros y sus organizaciones ya habían ido gestando en su seno un repertorio de lucha y de acción política y cultural para defender la economía de subsistencia de sus familias (Córdova Eguívar, 2005).

De tal manera que la cultura política de los campesinos del Chapare constituye una suerte de amalgama de diversas experiencias organizativas. Estos repertorios de lucha convivieron en el seno del movimiento cocalero y fueron definiéndolo como una fuerza política significativa dentro de la historia reciente de Bolivia. El contexto de crisis económica, de derrumbe de la experiencia populista de 1952⁴ y de imposición del libre mercado explica, en parte, el carácter étnico y antineoliberal del discurso y del accionar de las organizaciones cocaleras (Córdova Eguívar, 2005).

Ahora bien, la emergencia del movimiento cocalero como un actor social relevante en la historia reciente de Bolivia no puede dejar de explicarse sino en función de su oposición a las políticas de erradicación del cultivo de la hoja de coca, políticas que surgieron con fuerza a partir del intervencionismo de Estados Unidos en el territorio boliviano. Fue este escenario de injerencia, límite y represión a la

producción de la hoja de coca el que definió las estrategias de resistencia y los ritmos de lucha de los cocaleros. La centralidad del intervencionismo estadounidense en el proceso habilitó la posibilidad de articulación de dichas estrategias con el repertorio antiimperialista.

Bajo el impulso estadounidense y en consonancia con el ciclo de reforma neoliberal, la ofensiva contra el cultivo de la hoja de coca dio lugar a la implementación de distintas políticas y programas tendientes a eliminar al primer eslabón de la cadena productiva de la materia prima, esto es, los productores⁵. En este marco, el gobierno de Víctor Paz Estenssoro aprobó el Régimen de la coca y sustancias controladas –conocido como Ley 1008– que, vigente desde 1988, prohibió la plantación de coca nueva en el Chapare y significó la injerencia directa de la DEA (*Drug Enforcement Administration*) y sus bases militares en el territorio boliviano, así como también la criminalización de los campesinos cocaleros como narcotraficantes. Dicha ley respondía a los lineamientos de la política exterior estadounidense hacia la región andina, que promovía la erradicación de las plantaciones de coca, en el marco de la llamada “Guerra contra las Drogas”⁶. Todas las acciones gubernamentales del Estado boliviano fueron evaluadas con base en ese marco interpretativo.

El imperialismo se identificó entonces como el nudo principal de la problemática social que sufrían los cocaleros. Estados Unidos, a partir de su expansión militar en el territorio boliviano, fue visualizado por el movimiento cocalero como el enemigo político, económico y cultural, que dentro de su práctica política antagónica y de resistencia, constituía la fuente de odios, muertes, persecución, represión, militarización y pobreza en Bolivia, en general, y en el Chapare, en particular.

¿Cómo y desde dónde se manifestó este componente antiimperialista en el discurso del movimiento cocalero? El tríptico palabra/resistencia/movilización fue la forma que adoptó la oposición al imperialismo por parte de los cocaleros. Surgió un pensamiento-acción que cuestionó y resistió a las prácticas y políticas neoliberales. Se trató de un sistema de significados que emergió en la superficie social, cobrando visibilidad y sentido nacionales. Como ha señalado Eduardo Córdova Eguívar (2005),

“el discurso no es solamente la expresión de algo sino también la configuración de ese algo que se expresa. El discurso cocalero constituye al movimiento como víctima (de la represión), como agente de cambio y como pueblo, propietario legítimo del territorio nacional y sus recursos naturales” (Córdoba Eguívar, 2005: 17).

Esta configuración del sentir y el accionar antiimperialistas en el movimiento cocalero se tradujo en las luchas de resistencia, prácticas organizativas y horizontes políticos de los cocaleros del Chapare. Palabras, consignas, discursos, símbolos, sentidos, acciones colectivas, movilizaciones, huelgas de hambre, bloqueos de caminos, dieron movimiento a la densa dinámica antiimperialista del discurso cocalero.

En la construcción de este enemigo externo fueron reelaborándose elementos provenientes de la memoria larga de la colonización en Bolivia, de modo tal que la historia del país andino fue interpretada por los campesinos como una perpetuación de la dominación colonial (Stefanoni, 2002). A través de los documentos escritos y de las declaraciones de los principales dirigentes del movimiento podemos analizar e interpretar esta construcción antagónica:

“Nosotros no vamos a olvidar que aquí, en Villa Tunari, así como en otros lugares como Parotani, *los campesinos productores de coca ya hemos sido asesinados por órdenes de los norteamericanos a nombre de una hipócrita lucha contra el narcotráfico*” (Evo Morales, 1991, en Córdova Eguívar, 2005: 40; énfasis propio).

“Nosotros no defendemos sólo la coca, como bolivianos, y ustedes también como bolivianos, debemos defender nuestra patria, *están ingresando los americanos*. Entonces a ustedes qué les falta” (Agustín Arancibia, dirigente cocalero, 1991, en Córdova Eguívar, 2005: 39; énfasis propio).

“Lo que hacen los agentes de la DEA, ya rebasa todos los límites, sus acciones, es algo que está contra la soberanía nacional” (Evo Morales, 1994, en Córdova Eguívar, 2005: 40).

Con su oposición a la injerencia y al imperialismo, los cocaleros no sólo lucharon por legalizar plenamente el cultivo de la coca, sino que también promovieron la recuperación y la reafirmación

de la cosmovisión andina e indígena, representada en la defensa de la hoja de coca y su cultivo que –en una resignificación que no es apenas semántica– deja de ser vista como sinónimo de cocaína para constituirse en símbolo étnico y cultural. Así, en el marco de un discurso fuertemente culturalista, la hoja de coca fue (re)inventada en el imaginario social boliviano como una “herencia ancestral con una gran importancia ritual en la vida comunitaria y popular” (Gutiérrez Aguilar, 2008: 184).

La disputa por reivindicar las tradiciones andinas fue constitutiva de la identidad del movimiento cocalero. Mediante una operación de construcción (contra) hegemónica del sentido, el movimiento cocalero fue articulando distintas demandas sociales en contra de las políticas neoliberales. De este modo, la defensa de la hoja de coca quedó colocada en el centro de las luchas nacionalistas. Dejó de asociarse a la cocaína y a las prácticas ilícitas para ser resignificada como “la bandera de unidad y lucha de todos los explotados y oprimidos” de Bolivia (Asamblea por la Soberanía de los Pueblos, 1997, en Stefanoni, 2002: 21). A partir de entonces, la hoja de coca, en tanto hoja sagrada y símbolo de la cultura andina, fue tematizada por los cocaleros como un elemento propio de la cultura boliviana que estaba siendo agredido por el imperialismo yanqui. De alguna forma, se convirtió en sinónimo de defensa de la soberanía y la dignidad nacional frente al intervencionismo de Estados Unidos. Al decir de los cocaleros:

“Frente a la arremetida de la DEA norteamericana, frente a la arremetida del gobierno de los Estados Unidos para acabar con la hoja de coca, frente a las decisiones de las Naciones Unidas de acabar en 25 años la hoja de coca y el acullico, pues hoy la posición de los compañeros de asumir la defensa de la hoja de coca desde un punto de vista cultural e ideológico” (Dirigente cocalero, Blanes y Masilla, 1994, en Córdova Eguívar, 2005: 15).

“La coca ha sido, es y será siempre un asunto de dignidad nacional, de respeto a la cultura, de resistencia. La coca lleva siglos de resistencia y estos tiempos he sobrevivido a todos los planes para erradicarla. Lo hemos dicho siempre, nunca habrá coca cero en el Chapare porque coca cero es vida cero, y eso no es posible. Este gobierno dependiente de la Em-

bajada tendrá que encontrar la forma de respetar a la hoja de coca” (Evo Morales, 2003, en Córdoba Eguívar, 2005: 37; énfasis propio).

“La lucha contra el narcotráfico que alegaba los Estados Unidos a través de su embajada era sólo un pretexto, no era verdadera lucha contra el narcotráfico sino contra los movimientos, contra la gente pobre, para acaparar tierras y para asentar a las empresas” (Feliciano Mamani, dirigente de una de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba, en Colectivo Situaciones, 2005: 47).

“Ratificamos que la coca era nuestra identidad. Nos dimos cuenta además que los Estados Unidos, so pretexto de la lucha contra el narcotráfico, mandaba agentes uniformados y armados a reprimir, para acabar con nuestra cultura, con nuestra identidad, quería liquidarnos, anularnos, hacernos desaparecer. *La DEA tomó el mando en la Policía y las Fuerzas Armadas y eso nos obligó a identificar a los enemigos externos e internos*” (Morales Ayma, 2014: 113; énfasis propio).

El antiimperialismo y el antineoliberalismo se presentaron como sinónimos en la retórica discursiva del movimiento cocalero. Considerado como una imposición de Estados Unidos, el modelo económico neoliberal fue visto por los campesinos como el causante de la pauperización de sus condiciones de vida, que fue lo que en muchos casos los había llevado a buscar en el cultivo de la coca su modo de sobrevivencia. En la construcción de esta clave interpretativa hubo también una recuperación de la perspectiva de clase para pensar la problemática social de los cocaleros y su acción colectiva de resistencia. Las declaraciones de los cocaleros “condenan sin reparo el neoliberalismo como causante de la pobreza; interpretan las políticas económicas nacionales como ‘arremetidas’ de las instituciones financieras internacionales y las transnacionales, y usan estas referencias como percusores para la acción y fortalecer la organización y su instrumento político” (Córdoba Eguívar, 2005: 18).

“Por la defensa de la hoja de coca, hemos devuelto el coraje antiimperialista en nuestras clases medias y urbanas que por el dominio neoliberal se había extendido. En la lucha y los combates por la hoja de coca, hemos hecho conciencia que *estos combates también están ligados a la lucha contra la política neoliberal del gobierno norteamericano, del Banco Mundial y del*

Fondo Monetario Internacional” (Resoluciones de la Comisión Política, VII Congreso de las Seis Federaciones, 2003, en Córdova Eguívar, 2005: 31; énfasis propio).

“Los gobiernos neoliberales cuántas veces han militarizado el trópico de Cochabamba, y han cometido una serie de violaciones contra mis hermanos, sobre todo las mujeres y los niños, han violado los Derechos Humanos, asesinado gente, robaban, torturaban y toda con la directa participación de la DEA [...] Bajo esas circunstancias *hemos tenido que luchar no sólo contra los enemigos externos, los Estados Unidos, sino también los internos, los gobiernos neoliberales que estaban sometidos ideológica, programática y hasta militarmente a las instrucciones del embajador de los Estados Unidos*, que instruía todo lo que tenían que hacer. Por eso nosotros incluimos en nuestras luchas la soberanía y la dignidad, ya no sólo por la hoja de coca, tierra y territorio” (Morales Ayma, 2014: 114; énfasis propio).

El discurso nacionalista, que había sido articulado en la historia reciente boliviana por la ideología nacionalista revolucionaria de la experiencia populista del MNR, fue retomado y resignificado por los cocaleros, quienes lo adaptaron a su propio contexto de lucha. En esta nueva versión del clivaje nación/antinación, Estados Unidos encarnaba lo contrario a la patria y a la nación, representando precisamente aquello que agredía y subyugaba al ser boliviano, condensado en realidad en la hoja de coca:

“A rebelarse ante lo injusto a defender lo que hoy llamamos Bolivia, este suelo que los vende patria lo quieren desmantelar para entregarlo a las trasnacionales y a nuestros enemigos” (Evo Morales, 2002, en Barrientos Garrido, 2010: 38).

“Los gringos dicen que la coca es droga pura, pero vamos a demostrar que no es así. Nos vamos a quedar aquí por varias horas y vamos a ver si salimos drogados” (Alcira Pérez, esposa de un dirigente, 1993, en Morales Ayma, 2014: 158).

La defensa de la hoja de coca en tanto recurso natural estratégico para la economía nacional fue otro de los aspectos en los que se sustentó el imaginario antiimperialista. Erradicar la coca equivalía no sólo a la violación del derecho de los cocaleros a producirla y

comercializarla, sino además al saqueo de los recursos naturales de las tierras bolivianas por parte del capitalismo internacional:

“Convocamos a cerrar filas a todas las organizaciones sindicales en torno a la COB, la CSUTCB, Instituciones Cívicas, Parlamentarios identificados con el pueblo oprimido y militares progresistas; para la defensa de la hoja de coca ya que esto no es un problema regional, sino nacional por ser un *recurso natural* que posee nuestro país” (CEDOIN, 1988, en Viola Recasens, 2001: 24; énfasis propio).

En lo que respecta al constructo de representaciones simbólicas de un movimiento social, interesa destacar que esta articulación con la discursividad y la simbólica antiimperialistas fue recreada por los cocaleros en distintas consignas, las cuales fueron repetidas en las movilizaciones más importantes del Chapare, irrumpiendo con una fuerte carga expresiva en pintadas que se dejaron ver en las zonas productoras:

“¡Kawsachum coca, wañuchum yanquis!” (¡Viva la coca! ¡Mueran los yanquis!)

Esta frase, que luego se extendió a todo el movimiento indígena-campesino, fue una suerte de grito de guerra en quechua que resumía de algún modo la interpretación de la problemática de la coca en una clave nacionalista, antineoliberal y antiimperialista.

“Gringos, erradiquen sus narices”

Esta otra construcción, también repetida con insistencia, casi en tono humorístico, se enarbóló para significar que la guerra contra la drogas debía orientarse contra el uso de la cocaína en Estados Unidos y no contra los campesinos productores de la hoja.

También las marchas fueron concebidas por los cocaleros como un recurso de interpelación discursiva, de revelación de la propia colectividad y de denuncia contra el imperialismo yanqui. El deterioro en el cuerpo de los marchistas y los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad fueron construyendo alrededor de la acción colectiva una narrativa de lucha y de resistencia. La marcha “Por la Vida, la

Coca y la Soberanía Nacional” (1994) –primera gran marcha nacional en defensa de la coca, que tuvo lugar desde el Chapare hasta la capital del país y que terminó con la detención de varios dirigentes, entre ellos Evo Morales– y la marcha “Por la Vida y la Soberanía Nacional” (1995) –protagonizada por mujeres cocaleras– contenían en sus consignas y reclamos un fuerte componente antiimperialista. Entre sus demandas figuraban la suspensión de la militarización, la liberación de detenidos, el retiro de los efectivos de la DEA y la indemnización por los cocales erradicados.

Durante las décadas del ochenta y del noventa el movimiento cocalero fue construyéndose como un actor social relevante, pasando a ser uno de los emblemas de lo que en el ámbito de la producción académica sobre la historia política boliviana reciente se define como una Bolivia insurgente, caracterizada por un ciclo histórico de movilizaciones y levantamientos indígenas-populares que desafiaron las relaciones de dominación y el carácter excluyente de la estructura social, llegando a plantear una verdadera revolución política y simbólica. En una medida importante, el antiimperialismo y las distintas construcciones simbólicas y conceptuales a él asociadas caracterizaron la producción discursiva del movimiento cocalero, definiendo su orientación política a lo largo de la secuencia espacio-temporal de la historia boliviana contemporánea. Ante el consenso asociado a la erradicación del cultivo de la hoja de coca mediante la elaboración de políticas y programas diseñados y ejecutados conjuntamente con Estados Unidos, se fue extendiendo en el seno del movimiento cocalero una narrativa profundamente antiimperialista, que convirtió a la hoja de coca en el símbolo de la resistencia política contra el imperialismo yanqui.

A partir de distintas apelaciones discursivas y dialógicas, y de múltiples estrategias y acciones de resistencia, denuncia y participación en el campo político, los cocaleros del Trópico de Cochabamba denunciaron la intervención política, económica, cultural y militar de Estados Unidos en Bolivia y se opusieron a las políticas de erradicación forzosa del cultivo de la hoja de coca.

Esta narrativa antiimperialista, y la simbología que vehiculizó, impregnaron material e intelectualmente los resortes de la oleada

de insurrecciones populares, de modo tal que la hoja de coca y su defensa se convirtieron en un eje reivindicativo no sólo de los productores de coca sino del movimiento indígena-campesino en su totalidad y de algunos sectores de clase media urbana. En parte, esto explica la enorme proyección en la esfera política de los cocaleros y de su dirigente más emblemático, Evo Morales, electo presidente del país en 2005. El movimiento cocalero convirtió a la hoja de coca en un ícono de oposición al imperialismo yanqui y a las fracturas sociales y económicas provocadas por el neoliberalismo, uniendo en su discurso y en sus prácticas la etnicidad, el nacionalismo y el antiimperialismo.

Notas

- ¹ En Bolivia, la producción de coca se concentra en dos grandes zonas: la de los Yungas, en La Paz, y el Chapare, en Cochabamba. Si bien es en los Yungas donde se localiza el área de producción más “tradicional” y sus productores han desarrollado una extensa defensa del cultivo, es en el Chapare donde los campesinos han enfrentado las políticas más duras de erradicación y represión. El Chapare abarca el conjunto de la región selvática del departamento de Cochabamba, cubriendo una extensión total de 25 mil kilómetros cuadrados, que se reparten tanto en la Cordillera Oriental como en la llanura amazónica. Desde fines del siglo XIX, la región del Chapare ha sido objeto de sucesivos intentos de colonización territorial, mediante la instalación de colonias militares y de poblaciones extranjeras. La Revolución de 1952, conducida por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), implementó distintos programas de colonización tendientes a “modernizar” la región desde un punto de vista económico y cultural. Los resultados negativos de dichos programas explican, en parte, el desarrollo de una economía de subsistencia basada en la comercialización de la coca como único cultivo rentable. Para profundizar en este tema, véanse Viola Recasens (2001) y Salazar Ortúño (2008).
- ² Durante la década del ochenta se produjo un incremento exponencial del consumo de cocaína, principalmente en Estados Unidos, disparando el precio de venta en las calles por encima de 120 dólares el gramo. El “boom de la cocaína” repercutió sobre el cultivo y la producción de la hoja de coca en los países andinos, reacomodando las economías de la región. El incremento de la producción en el Trópico de Cochabamba implicó un crecimiento económico exponencial: si en 1971 había sido de 170 millones de dólares anuales, en 1982 era de 300 millones. Otro modo de visualizar el impacto del boom fue que en el Chapare el valor del tambor de coca superó el ingreso medio de una familia campesina en Bolivia (Salazar Ortúño, 2008; Viola Recasens, 2001).

- 3 En 1985, el gobierno de Víctor Paz Estenssoro (1985-1989) inauguró el ciclo de reformas neoliberales en Bolivia. De aplicación temprana en la región, estas reformas implicaron una transformación radical de la estructura económica y social del país, y golpearon duramente al movimiento obrero, principalmente a los mineros, a partir de la promulgación del decreto 21.060, el cual implicó el desmantelamiento de los principales centros mineros y el consecuente despido masivo de trabajadores. La empresa de bandera, la Corporación Minera Boliviana, sucumbió ante el derrumbe de los precios internacionales del estaño y las políticas privatizadoras. Junto con la desarticulación de los resortes de la producción minera, los mineros, que habían sido la base de sustentación del movimiento popular boliviano durante cuarenta años, dejaron de existir como fuerza social relevante. Este período de reformas estructurales tuvo su apogeo durante la década del noventa durante el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1997), caracterizado por la aplicación del neoliberalismo económico, la tecnocratización de la gestión gubernamental, la privatización de varias empresas estatales y el sometimiento a los organismos multilaterales de crédito (Svampa et al., 2010).
- 4 Conducida por el MNR, la Revolución de 1952 gobernó el país desde ese año hasta el golpe de Estado de 1964. El proyecto político del movimiento no significó una reivindicación de lo indio, sino que planteó una alianza de clases. La figura del indio fue reemplazada por la del campesino, pero el protagonista central de las luchas sociales y políticas fue el movimiento minero, cuya central sindical –la Central Obrera Boliviana (COB)– cogobernó el país durante esos años. En 1964, la era revolucionaria fue interrumpida en medio de una fuerte crisis política que dio lugar al regreso de las fuerzas armadas en la vida nacional (Do Alto, 2007).
- 5 La persecución al cultivo de la hoja de la coca se inició durante la Revolución de 1952 cuando, en el marco de la pretendida modernización de la región, se suscribió a la Convención Única sobre Estupefacientes de 1961, que comprometía al gobierno boliviano a eliminar la producción y el consumo de coca en un lapso de veinticinco años. En 1986, el gobierno boliviano, presionado por la administración estadounidense, autorizó el establecimiento de bases permanentes de UMOPAR (Unidades Móviles de Patrullaje Rural), entrenadas y financiadas por Estados Unidos, en el marco del “Plan Trienal”, que marcó el inicio de la política de eliminación de los cacaos. En 1994, se introdujo el “Programa Opción Cero”, que suponía la destrucción de todos los cultivos de coca en el Chapare y la transformación de la zona en Parque Nacional o en Zona Industrial. En 1997 el llamado “Plan Dignidad” implicó una nueva campaña de erradicación forzada y una mayor militarización de la región.
- 6 Si bien algunos autores sitúan el inicio de la “Guerra contra las Drogas”, en tanto eje rector de la política exterior estadounidense, en 1973, cuando se creó la DEA, los mayores esfuerzos en esta lucha contra el narcotráfico se dejaron sentir durante el gobierno de Reagan, cuando el narcotráfico se definió como amenaza contra la seguridad nacional (Gutiérrez Aguilar, 2008).

Bibliografía

- Barrientos Garrido, María Reneé 2010 “De las calles a las urnas. Discurso político y estrategias identitarias del movimiento cocalero y su instrumento político: MAS-IPSP”, Tesis de Maestría, Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca.
- Berniola González, Susana 2008 “El conflicto cocalero en Bolivia como resultado del imperialismo estadounidense” en *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias y Jurídicas* (Madrid), N° 17. En <<http://revistas.ucm.es/index.php/NOMA/article/view/NOMA0808120257A/26448>>.
- Castillo Gallardo, Mayari 2004 “Movimiento cocalero en Bolivia. Violencia, discurso y hegemonía” en *Gazeta de Antropología* (Santiago de Chile), N° 20. En <http://www.ugr.es/~pwlac/G20_35Mayari_Castillo_Gallardo.html>.
- Colectivo situaciones 2005 *Mal de altura. Viaje a la memoria insurgente* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Córdova Eguívar, Eduardo 2005 “Movimientos campesinos y dilemas de la democracia. El movimiento cocalero y el MAS-IPSP en los niveles local y nacional de la política boliviana, 1996-2004” en *Programa Regional de Becas CLACSO* (Buenos Aires: CLACSO). En <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/semi/2005/poder/cordova.pdf>>.
- Do Alto, Hervé 2007 “Cuando el nacionalismo se pone el poncho. Una mirada retrospectiva a la etnidad y la clase en el movimiento popular boliviano (1952-2007)” en Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (comp.) *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales* (Buenos Aires: CLACSO/OSAL/Editorial El Colectivo).
- García Linera, Álvaro 2006 “Lo nacional-popular en acción. El evismo” en *Osal* (Buenos Aires: CLACSO), N° 19, julio. En <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/osal/osal19/linera.pdf>>.
- Gutiérrez Aguilar, Raquel 2008 *Los ritmos del Pachakuti. Movilización y levantamiento indígena-popular en Bolivia* (Buenos Aires: Tinta Limón).
- Guzmán, Gustavo 2012 *La Marcha. Protesta social y libertad de expresión en América Latina* (La Paz: Editorial Gente Común).
- Iglesias Turrión, Pablo, Espadasin López, Jesús y Errejón Galván, Íñigo 2014 *Bolivia en movimiento. Movimientos sociales – Subalternidades - Hegemonías* (La Paz: Vicepresidencia del Estado, Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional).
- Malá Šárka 2009 “El movimiento cocalero en Bolivia durante los años 80 y 90: sus causas y su desarrollo” en *Revista Esboços* (Santa Catarina), N° 20. En <<http://www.periodicos.ufsc.br/index.php/esbocos/article/viewPDFInterstitial/10244/9539>>.

- Morales Ayma, Evo 2014 *Mi vida de Orinoca al Palacio Quemado* (Buenos Aires: Colihue).
- Pinto Ocampo, María Teresa 2004 “Entre la represión y la concertación: los cocaleros en el Chaparey en el Putumayo” en *Programa Regional de Becas CLACSO* (Buenos Aires: CLACSO). En <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/pinto.pdf>>.
- Salazar Ortúño, Fernando 2003 “El Plan Dignidad y el militarismo en Bolivia. El caso del Trópico de Cochabamba” en Seoane, José (comp.) *Movimientos Sociales y Conflicto en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO).
- Salazar Ortúño, Fernando 2008 *De la coca al poder: políticas públicas de sustitución de la economía de la coca y pobreza en Bolivia, 1975-2004* (Buenos Aires: CLACSO).
- Stefanoni, Pablo 2002 “El nacionalismo indígena como identidad política: La emergencia del MAS-IPSP (1995-2003)” en *Programa Regional de Becas CLACSO*, (Buenos Aires: CLACSO). En: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/stefanoni.pdf>>.
- Stefanoni, Pablo 2003 “Conflicto Social, crisis hegemónica e identidades políticas en Bolivia: La Emergencia del MAS-IPSP” en *Programa Regional de Becas CLACSO-ASDI* (Buenos Aires: CLACSO).
- Svampa, Maristella y Stefanoni, Pablo (comp.) 2007 *Bolivia: memoria, insurgencia y movimientos sociales* (Buenos Aires: CLACSO/OSAL/Editorial El Colectivo).
- Svampa, Maristella, Stefanoni, Pablo y Fornillo, Bruno 2010 *Debatir Bolivia. Los contornos de un proyecto de descolonización* (Buenos Aires: Taurus).
- Viola Recasens, Andreu 2001 “*¡Viva la coca, mueran los gringos!*”: *mobilizaciones campesinas y etnicidad en el Chapare (Bolivia)* (Barcelona: Universitat de Barcelona).
- Zabalaga Estrada, Carmen 2004 *La organización de mujeres del Chapare: El camino recorrido, sus luchas y liderazgos* (Cochabamba: COCAMTROP). En: <http://www.cepalforja.org/sistem/documentos/organizacion_de_mujeres_del_chapare.pdf>.

OMAR NÚÑEZ RODRÍGUEZ*

FERNANDO SINHUÉ DÍAZ**

Desacartonar el antiimperialismo. Discurso e imaginario geopolítico en Hugo Chávez Frías

“Obama vino, habló y salió por la puertita esta, esa puertita, una puerta camuflada ahí, me imagino que para el servicio, para la logística, las coordinaciones de la presidencia, y por ahí se fue, por la puerta de atrás, ¡es el imperio!, el imperio que llega a medianoche, y en la oscuridad.”

Hugo Chávez (2009b)

Aldo Marchesi escribió que, detrás de la categoría de antiimperialismo, “se han depositado variadas ideas acerca de cómo articular la tensión entre nación e imperio”. Sugirió también que a los enfoques que buscaron conceptualizar los significados del antiimperialismo cabría agregarles la noción de “comunidad imaginada”, acuñada por Benedict Anderson, útil para aproximarnos a la consideración de la problemática: “Así como Anderson entendió la nación como una comunidad limitada y soberana, la noción de antiimperialismo podría ser concebida como una suerte de extensión de la idea de nación”. En efecto, aun cuando los discursos antiimperialistas latinoamericanos surgieron en escenarios locales, en la mayoría de casos, “implicaron un sentimiento de pertenencia a una comunidad más amplia que se construía en oposición al imperio” (Marchesi, 2006).

* Chileno residente en México. Profesor Investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Integrante del GT-CLACSO: “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios”.

** Mexicano. Pasante de la Licenciatura de Historia y Sociedad Contemporánea, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

La publicación de estas ideas por parte de Marchesi coincidió con un momento de inflexión en los imaginarios políticos e ideológicos de América Latina. Resultado de un particular campo histórico de posibilidades, la reaparición de este tipo de narrativas en la primera década del presente siglo ha ido de la mano del centramiento de la más influyente figura latinoamericana de los últimos veinte años: Hugo Chávez Frías. Propietario de una militante e enciclopédica retórica, Chávez –presidente de Venezuela entre 1999 y 2013– tuvo la capacidad de recuperar y posicionar el uso de categorías como imperialismo, dependencia, subdesarrollo, socialismo y tercermundismo, todas desahuciadas por las clases políticas, desdeñadas al interior de las academias y olvidadas por buena parte de las izquierdas y movimientos nacionales populares.

Estos rasgos del discurso político de Chávez no supusieron, sin embargo, la mera reiteración literal de las ideas y de los tópicos de los discursos antiimperialistas de antaño. Desplegar una lectura de sus intervenciones permite observar aspectos novedosos en su articulación conceptual y en la forma en que es presentada, constatando así el carácter permeable y maleable del antiimperialismo latinoamericano. Ése es, precisamente, el propósito del presente artículo. Por medio del análisis de las alocuciones, documentos y escritos de Chávez, se busca caracterizar de qué modo se actualiza allí una tradición ideológico-política cuyos ejes son: a) la creencia en el carácter dependiente de las élites nacionales; b) la denuncia de las disposiciones intervencionistas y expliatorias del capitalismo estadounidense; c) la potencialidad redentora de los pueblos de la periferia y d) el carácter inevitable de la construcción de la unidad política y del socialismo en la región.

Bajo el signo del “fin de la historia”

La producción y actualización de un discurso antiimperialista por parte de Hugo Chávez surgió, paradójicamente, del adverso clima político, ideológico e intelectual de la época. Signado por el declive de las insurgencias armadas, de los pactos políticos transito-

lógicos, del debacle de los países comunistas, del ascenso de los enfoques académicos posmodernistas, de la crisis de los metarrelatos socialistas y de la hegemonía de los postulados (neo)liberales en lo político y económico, los años noventa del siglo XX se presentaron como el término de las luchas ideológicas y como el advenimiento de un tiempo histórico caracterizado por “el fin de la historia”.

La consecuencia ideológica más importante de este período fue la de cerrar un axioma heurístico de la modernidad: la posibilidad de proyectar y pensar realidades sociales alternas (Jofré, 2008: 103). Fue Francis Fukuyama quien popularizó la idea de que la crisis de los socialismos reales conducía al triunfo irreversible de los valores liberales y a la consumación de un único destino civilizatorio: la sociedad de mercado en clave neoconservadora y neoliberal. Por lo mismo, resulta llamativo y en cierto modo paradójico que en un país presentado por entonces como paradigma de estabilidad institucional, democracia consolidada y modernización social basada en imitar las pautas de vida estadounidense, surgiese una crítica sociopolítica capaz de articular una poderosa movilización nacional popular y de alimentar un influyente discurso antineoliberal, antiglobalización y antiimperialista.

Tal paradoja tiene sus explicaciones. A diferencia de otras sociedades que habían resentido los efectos de la crisis del desarrollismo y de las políticas nacional populares, “los venezolanos estaban alineados de manera muy particular a la idea de la intervención del Estado en la economía y al nacionalismo económico”. Además,

“[el] periodo venezolano de tendencias pro-izquierda de los años 70, que incluyó reformas sociales costosas y la nacionalización de las industrias claves, no produjo ni inflación incontrolable ni agitación social, y tampoco condujo a un golpe militar. De hecho, estas medidas no quedaron desacreditadas. [En consecuencia], Venezuela no se enfrentó a la secuencia que sirvió de argumento en contra del intervencionismo de Estado de estilo ‘populista’ y a favor de las políticas neoliberales implementadas en otros países del continente” (Ellner, 2004: 42).

El diagnóstico relegitimador de las aspiraciones programáticas desarrollistas y nacional populares fue correlativo a la configuración

de una sensibilidad ciudadana dispuesta a responsabilizar a la clase política local de los crecientes males.

La profunda crisis socioeconómica que afectó a Venezuela durante los años ochenta no fue interpretada como “un problema de solvencia” (de modelo) –como solía diagnosticarse desde los círculos neoliberales– ni tampoco como una oportunidad para el advenimiento de una época de prosperidad y democracia con base en los lineamientos del “consenso de Washington” y de la fuerza irradiadora de la denominada globalización –como no pocos intelectuales sosténían entonces–. Por el contrario, en las calles y en las barriadas, las vicisitudes fueron vistas como un problema de conducción política, consecuencia de un vicioso círculo de interés públicos y privados, y de perversas connivencias nacionales y extranjeras construidas al amparo del sistema político nacido en 1958. La pobreza creciente, la devaluación de la moneda, la inflación galopante, la corrupción endémica y la ausencia de rendición de cuentas y de transparencia, terminaron por ser vistos como consecuencias del irresponsable manejo de la “partidocracia puntifijista” del endeudamiento externo, de la aceptación acrítica de los condicionamientos financieros internacionales –la adopción insensible de los programas de ajuste– e, incluso, de la pérdida de influencia del país en el mercado petrolero mundial.

Este diagnóstico fue compartido por las fuerzas armadas. El grupo militar que abanderó los intentos de golpe de Estado en 1992 encarnaba, por un lado, el creciente cuestionamiento por parte de las instituciones militares a la calidad ética y a la dirección política de Estado de los integrantes del sistema bipartidista y, por el otro, el descontento interno por el relegado papel que cumplían los uniformados en el diseño de políticas públicas. Desde mediados de los años setenta y en particular a lo largo de los ochenta, los integrantes de estos organismos –incluido el clandestino Movimiento Revolucionario Bolivariano 200 encabezado por Chávez– debatieron la situación política nacional, el papel de las fuerzas armadas en el marco de la guerra fría y en materia de desarrollo nacional, así como el lugar que les asignaban el Departamento de Estado y el Pentágono de los Estados Unidos en la posguerra fría (Buttó, 2008).

A la inversa de sus pares andinos –que por esos años transitaban desde enfoques desarrollistas a posturas de mercado (Kruijt y Tello, 2003; Rospigliosi, 2000)–, los militares venezolanos concebían los problemas de seguridad como algo vinculado a los dilemas del desarrollo nacional. Y entendían ambas cuestiones ligándolas al tema de la autonomía de los países –y de sus ejércitos– en el campo de las relaciones internacionales. El uso por parte de los uniformados de categorías analíticas y de nociones políticas tales como desarrollo, subdesarrollo, vulnerabilidades, brecha, Tercer Mundo, autonomía, soberanía, seguridad o poder nacional, da cuenta de la pervivencia de un basamento ideológico conformado por elementos nacionalistas, desarrollistas y estatistas existentes desde los tiempos del general Isaías Medina Angarita.

Es sobre estas categorías, sentidos e ideas que emergerá la crítica antiimperialista del futuro presidente. Justamente, en tanto integrantes de un imaginario político “en disponibilidad”, las categorías y nociones referidas coadyuvaron a la conformación de un discurso capaz de proporcionar explicación a los males históricos, de entregar posibles salidas para la crisis y, sobre todo, de justificar la movilización política de los uniformados. La actualización y la resignificación de figuras históricas como Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora por parte de Chávez contribuyó a dotar de una estructura de interpellación nacional, popular y democrática a esa lectura (Biardeau, 2009). En particular, brindó un profundo sentido histórico al tratamiento de los problemas nacionales, responsabilizando a las élites del país de haberse subordinado a intereses extranjeros y de haber sepultado “el proyecto bolivariano” o, lo que es peor, de haberlo falsificado (Chávez, 2012).

Aquí comienza a configurarse un tópico distintivo del discurso de Chávez. En su opinión, el carácter colonial y dependiente de Venezuela es el resultado histórico de una empresa de “desnacionalización cultural” avalada por la propia oligarquía local. Producto de la “traición” a la figura de Simón Bolívar y a su proyecto –visto a la distancia como democrático, nacional y continental–, este proceso implicó abortar los valores autóctonos y combatir los principios colectivistas y republicanos para reemplazarlos por valores mercantili-

les, elitarios y extranjerizantes. La consecuencia de esa empresa habría sido la alienación del pueblo venezolano, patología que implica la desaparición de los conceptos de comunidad política, voluntad general y bien común, y la frustración de un inmanente proyecto de nación.

No obstante, este proceso de dominación externa, dependencia y transculturización no fue para Chávez algo lineal. A sus ojos, el proyecto democratizador y nacionalista bolivariano experimentó un resurgir durante los gobiernos militares de Eleazar López Contreras (1936-1941) e Isaías Medina Angarita (1941-1945). De acuerdo con Juan Eduardo Romero, el vínculo establecido entre Bolívar y los generales citados tuvo por propósito “[establecer] una reestructuración del tiempo histórico, en un intento de desmontar, de deslegitimar las creencias políticas generadas en el marco de la democracia populista (1958-1998) [...] una idea de democracia que no se ajustó a las expectativas del pueblo” (Romero, 2005: 367). Al rescatar el carácter civilista, democratizador y nacionalista de los gobiernos nombrados, Chávez buscó derribar “el mito de origen” de la democracia contemporánea venezolana formulado por Acción Democrática, según el cual el sistema representativo había nacido con el golpe cívico-militar de 1945 –inaugurador del llamado “Trienio”–, para tomar forma definitiva en 1958, con la caída del último dictador –general Marco Pérez Jiménez–. La finalidad de la operación fue doble: por un lado, “exaltar el carácter ilícito del orden político establecido por los Adecos” (Romero, 2005: 367); por el otro, destacar la legítima mancuerna e histórica simbiosis que existiría entre los militares y el pueblo venezolano, pensados como herederos y constructores del designio de Bolívar.

De manera que el manejo del tiempo en el discurso de Chávez se orientó a resaltar el carácter antihistórico del sistema político bipartidista, en tanto negador del proyecto nacional popular bolivariano. Los cuestionamientos a la elitista partidocracia –extensibles a la izquierda partidista y a la experiencia guerrillera de los años sesenta y setenta– parten de señalar su incapacidad para recrear una comunidad política histórica y de sembrar “en el alma popular, en el ente colectivo nacional, una idea que uniera [a las masas]” (Harnec-

ker, 2002: 51). En otras palabras, su incapacidad para comprender y recrear al bolívarismo, esencia misma de la nación¹. La “traición de los partidos políticos” (AD y COPEI) fue percibida como la versión remozada del programa desnacionalizador decimonónico, “[que] ha venido cambiando de ropaje y de nombres a lo largo de todo este tiempo” (Chávez, 2014: 8). Dicho programa alcanzó nuevos horizontes con la adopción de las políticas neoliberales bajo los gobiernos de Jaime Lusinchi, Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera (1984-1999) y por la acrítica adhesión de importantes sectores a los postulados de la globalización, “arma de manipulación que pretende condonarnos a la pasividad, ante un Orden Económico Mundial que excluye a nuestros países del sur y los condena al eterno papel de productores de riquezas y receptores de migajas” (Chávez, 2004).

Con la adopción de las medidas de ajuste y la activación de un programa de reformas neoliberales, el agravamiento de las condiciones de vida exacerbó los resentimientos, los malestares, la humillación y el descontento acumulados entre los venezolanos. La consecuencia política fue el debilitamiento, ruptura o pérdida del sentido de comunidad nacional. Fue de este particular clima sociopolítico que surgió en Venezuela un liderazgo nacional popular “[capaz de] elaborar y politizar el sentimiento de desintegración y desmembramiento y reformularlo en términos de déficit o ausencia de nación” (Aibar, 2008: 24 y 25).

La enunciación de un discurso antiimperialista por Hugo Chávez constituye, por lo tanto, un esfuerzo político de denuncia histórica y análisis contextual. Su interpelación se vio robustecida en virtud de su capacidad para situar en perspectiva internacional los males nacionales. El eterno endeudamiento de los países, la ineficacia de las políticas neoliberales, la concomitante expansión de la pobreza, la caída de las expectativas de vida, el carácter cada vez más procedural de los sistemas representativos, la fuerza cultural homogeneizante y homogenizadora de la globalización y la creciente injerencia de los Estados Unidos en los asuntos locales², contribuyeron a extender la idea que los problemas del hemisferio resultaban de lógicas, programas y políticas impuestas desde el exterior, siempre en connivencia con las élites nacionales. La crítica a la “burguesía

apátrida” (Chávez, 2010a) por apoyar la firma del ALCA –“la operación imperialista más perfecta y más acabada que se conozca en la historia de los imperios”– nació de la convicción de que el intento por establecer una zona de libre tránsito de mercancías y capitales en todo el hemisferio se proponía “terminar de arrollar, de triturar y de masacrar a nuestros pueblos” (Chávez, 2006a). Desde la óptica de Chávez, nada de esto carecía de fundamentos históricos:

“[si] algo ha caracterizado a la estrategia imperial es el debilitamiento y la disolución de cualquier tentativa que los pueblos han adelantado en la determinación de sus propios destinos. La historia antigua y reciente lo confirma: no hay dominación posible si previamente no se socavan los procesos de soberanía e independencia” (Chávez, 2009a).

Ésta y otras razones llevaron a Chávez a cuestionar el enfoque “fragmentario y simplificado” de la neoliberal Agenda Venezuela del presidente Rafael Caldera (1994-1999), aquella que se autoproclamaba como “la única vía disponible” para el futuro del país. A los ojos de Chávez, ese documento era “el ‘fin de la historia’ de Fukuyama tomando por asalto la tierra de Bolívar” y, en tanto tal, la negación de la inteligencia misma. “‘Muera la inteligencia’, pareciera ser el lema central de la ‘Agenda Venezuela’” (Chávez, 2014: 11). En consecuencia, la adhesión de la clase política, del empresariado y de los intelectuales al llamado “pensamiento único” no podía presentarse como el advenimiento de una era de democracia, prosperidad y libertad. Por el contrario, ella personificaba la continuación de un esquema estructural de inserción internacional subordinada y, sobre todo, la actualización de un secular e inducido programa dirigido a diluir la nacionalidad del pueblo venezolano para su alineación, desmembramiento y dominación. Por algo en el 2006 señaló: “Nos dividieron para dominarnos y aplicarnos el modelo de explotación, dependencia y colonaje” (Chávez, 2006b: 62).

Sin embargo, el origen y la pervivencia de tan espurio modelo emanaba de la ausencia en la sociedad venezolana de un principio asociativo moderno, propio de toda comunidad política: “[Es el] lazo ético del que hablaba Rousseau. El contrato social no existe [en Venezuela]” (Chávez en Dieterich et al., 2001: 78). Se comprenderá,

entonces, por qué el proceso electoral, constituyente y refundacional iniciado en 1999 se planteó para Chávez como un dilema ético-político que puso frente a frente, de un lado, a quienes promovían la continua desnacionalización, transculturización y dependencia del país y, del otro, a quienes buscaban contribuir a la promoción de un programa que defendiera la cultura, los valores democráticos y los intereses colectivos del “alma nacional”: “Aquí estamos nosotros, los verdaderos bolivarianos; y allá está la burguesía anti-bolivariana, enemiga de Bolívar y del proyecto bolivariano” (Chávez, 2012).

El antiimperialismo de Chávez nace, por lo tanto, del profundo rechazo generado por el accionar de los diversos programas “desnacionalizadores”. Pero, también, de la genuina convicción de que en la sociedad existe un componente popular y patriótico, capaz de luchar por la unidad, la soberanía y la liberación nacionales. “Todos estos planes –ayer ‘El Gran Viraje’; hoy ‘La Agenda Venezuela’– se basan en la tradicional visión fragmentaria y simplificadora que pretende dividir en partes una realidad que ha demostrado con creces no tolerar tal descuartizamiento” (Chávez, 2014: 9). Esta narrativa se asienta en un enfoque esencialista de los pueblos latinoamericanos. Como ha sido usual en los liderazgos nacional populares, Chávez percibe al heterogéneo “bajo pueblo” venezolano como depositario de la “auténtica identidad nacional” y como poseedor genuino de la soberanía política. Sin embargo, a diferencia de los enfoques nacionalistas excluyentes, Chávez inscribe la identidad local dentro de un código de pertenencia regional, convocando al pueblo venezolano a abanderar el destino bolivariano de la integración latinoamericana.

No debería extrañar, entonces, que el ciclo político inaugurado con la protesta social de 1989 y culminado en la movilización electoral de 1998, fuese interpretado como el despertar nacional (en Harnecker, 2002: 76) de un amanecer continental (y mundial) nacional-popular (Chávez, 2006c); como el parte aguas de una época que anunciaba –contrariamente a lo sustentado por los promotores del “fin de la historia”– la crisis definitiva del “modelo económico dependiente” y el resurgir del proyecto hemisférico formulado por los próceres de la independencia regional:

“Ante la ofensiva neoliberal, entonces, surge aquí y ahora un arma para la contraofensiva total. Se comprenderá que nuestra agenda es alternativa porque presenta no sólo una opción opuesta a la del actual gobierno transnacionalizado; sino que va mucho más allá, pues pretende constituirse en el puente por donde transitaremos hacia el territorio de la utopía concreta, el sueño posible. Es decir, la AAB ofrece una salida y echa las bases del Proyecto de Transición Bolivariano. Aquella, en el corto plazo; y éste, en el mediano, serán los motores para el despegue hacia el Proyecto Nacional Simón Bolívar, cuyos objetivos se ubican a largo plazo. Y es bolivariana no solamente por ubicarse en esta perspectiva del futuro nacional a construir, porque también enfoca la realidad internacional y se inscribe en el nuevo despertar continental que levanta esperanzas de justicia, igualdad y libertad desde México hasta Argentina. Al decir de Simón Bolívar, ‘Para nosotros, la Patria es América’” (Chávez, 2014: 13 y 14).

El espíritu de los tiempos

Nuestra hipótesis es que, si bien el antiimperialismo como tópico estuvo presente en los discursos de Chávez desde su emergencia como figura pública, el mismo careció, en un principio, de la centralidad que adquirió después. El punto de inflexión en tal sentido fue el golpe cívico-militar de abril de 2002, evento que indudablemente debe inscribirse en un contexto geopolítico más vasto, entre cuyos rasgos salientes destacan el unilateralismo político y la agresividad militar de la política exterior estadounidense en un sentido general –Plan Colombia, nueva intervención en Irak, apoyo a los golpistas venezolanos, etcétera–. Desde el ángulo que aquí interesa, la principal incidencia del episodio fue la radicalización de las posturas de Chávez. En efecto, tras un coqueteo con los postulados de la “tercera vía”, promovida durante un tiempo por reconocidas figuras académicas y políticas, Chávez evolucionó rápidamente hacia posiciones antisistémicas más definidas³.

Emblemáticos en este desplazamiento ideológico y categorial fueron los discursos que pronunciara en la Cumbre Climática celebrada en Copenhague en diciembre de 2009; en la Asamblea

General de las Naciones Unidas de los años 2005, 2006 y 2009; en el estadio Gigantinho de Porto Alegre en el marco del V Foro Social Mundial realizado en enero de 2005; en una concentración popular en Mar del Plata el 4 de noviembre del mismo año y en la *XII Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno del Grupo de los Quince, acaecida en marzo de 2004*. El común denominador de las alocuciones fue, en primer lugar, la denuncia de “la cara áspera y dura del orden económico mundial”; en segundo, el enjuiciamiento la tentativa de los Estados Unidos por establecer una “dictadura imperial” en el planeta; finalmente, la proclama sobre el resurgimiento “de la conciencia del sur”, es decir, sobre el inicio de un nuevo ciclo político emancipador y liberacionista centrado en los pueblos de la periferia y de alcance global.

En una medida importante, su permanente denuncia del carácter continuo, desigual y expliador del sistema capitalista –causal del subdesarrollo y la dependencia de los países de la periferia– constituye una actualización discursiva del modelo argumentativo formulado por André Gunder Frank. Empero, por razones de pedagogía política de masas, el acento que imprime su crítica se centra en enjuiciar el carácter irracional, lacerante y “suicida” que signaría a la fase actual del capitalismo:

“La globalización no ha traído la supuesta interdependencia, sino una acentuación de la dependencia. Lejos de globalizarse la riqueza, se ha extendido la pobreza [...] el abismo entre el Norte y el Sur se ha hecho tan gigantesco que es evidente lo insostenible del orden económico actual y la ceguera de los que pretenden justificarlo para continuar disfrutando de la opulencia y el despilfarro. El rostro de este orden económico mundial de la globalización con signo neoliberal, no es solo el de la internet, la realidad virtual o la exploración del espacio exterior. Ese rostro es también y con dramatismo mucho mayor en los países del Sur, el de 790 de millones personas que sufren hambre, el de 800 millones de adultos analfabetos, el de 654 millones de seres humanos que hoy viven en el Sur y que no sobrevivirán los 40 años de edad. *Es la cara áspera y dura del orden económico mundial* dominado por el Neoliberalismo, que exhibe cada año en el Sur, la muerte, por causa de enfermedades casi siempre prevenibles y curables, de más de once millones de niños y niñas menores de cinco años, a un

ritmo espantoso de más de 30 mil cada día, 21 cada minuto, 10 cada 30 segundos. En el Sur la proporción de niños que sufre mal nutrición es de hasta 50% en no pocos países, mientras que un niño que habita en el Primer Mundo consumirá en toda su vida, según la FAO, lo que consumen 50 niños en un país subdesarrollado [...] La tragedia del subdesarrollo y la pobreza del África, que tiene sus raíces históricas en el colonialismo y la esclavización de millones de sus hijos, ahora se ha reforzado con el neoliberalismo [...] En esa región la tasa de mortalidad infantil de menores de un año es de 107 por mil nacidos vivos, mientras en los países desarrollados es de seis por mil nacidos vivos y la esperanza de vida es de 48 años, treinta años menos que en los países del Norte” (Chávez, 2004; énfasis propio).

El uso de datos duros, de golpes de efecto y de elementos simbólicos seleccionados ciertamente recuerda los objetivos trazados y el estilo narrativo seguido por Eduardo Galeano en su más emblemático libro. En este sentido, Chávez procuró trasmitir de manera pedagógica y comprensiva la hipocresía que caracteriza a los promotores del “fin de la historia”, como los males que fueron capaces de engendrar con su homogéneo programa universalista –“la fórmula del Suicidio” (Chávez, 2004)– y su estrecha mirada primermundista⁴. Este tipo de operación, dirigida claramente a interesar e informar a un público amplio, se encuentra en casi todas sus alocuciones públicas, siendo emblemática de ello una intervención orientada a ilustrar la naturaleza absurda de la lógica del capital:

“Quiero decirles, y esto que les voy a decir es un dato absolutamente cierto y verificable: cada vaca que pasta en tierras de la Unión Europea, recibe en sus cuatro estómagos 2,20 dólares diarios como subsidio, teniendo mejor suerte, esa vaca, que unos 2.500 millones de pobres de los países del Sur, quienes apenas sobreviven con menos de 2 dólares diarios de ingreso. Afortunada la vaca” (Chávez, 2004).

La necesidad de combatir “la funesta categoría de pensamiento único” que alcanzaron las ideas del libre mercado, condujo a Chávez a encabezar una activa campaña internacional para denunciar las arbitrariedades y los atropellos cometidos por el capitalismo desregulado (Castro, Chávez y Morales, 2012). Los graves efectos

ocasionados sobre los ecosistemas y los pueblos respondían, a su juicio, al “egoísmo” y a la falta de voluntad política de los países centrales, “comenzando por Estados Unidos [...], sobre todo por los patrones irracionales de producción y de consumo de su capitalismo hiper-desarrollado” (Chávez, 2009b). La insensatez y la mezquindad de la lógica del capital, “que sólo deja muerte y destrucción a su paso cada vez más acelerado”, surgen de la hegemónica presencia de una “civilización mercantil y utilitaria”, es decir, de esos “civilizados”, que “desde hace mucho tiempo se olvidaron del ser, para apostar ciegamente a un tener, cada vez más insaciable” (Chávez, 2009c). La pervivencia de tan infiusto modelo, “[el cual] amenaza con acabar definitivamente con la especie humana” (Chávez, 2009d) brota de la falta de compromiso de los propios habitantes de los países ricos, “[pues ellos] no toman las medidas que deben tomar, porque eso, sencillamente, los obligaría a cambiar radicalmente su voraz modelo de vida, signado por el confort egoísta y eso no habita en sus fríos corazones, que sólo palpitán al ritmo del dinero” (Chávez, 2009c).

Este sombrío diagnóstico sobre la naturaleza social del orden económico mundial le permite decretar que la globalización neoliberal constituye “el camino al infierno”. El no reconocimiento del componente destructivo de esta dinámica es lo que torna improbable que los gobiernos enfrenten los decisivos dilemas que aquejan al planeta y a la humanidad. “Es práctica y éticamente inadmisible –señaló en las Naciones Unidas– sacrificar a la especie humana invocando de manera demencial la vigencia de un modelo socioeconómico con una galopante capacidad destructiva. Es suicida insistir en diseminarlo e imponerlo como remedio infalible para los males de los cuales es, precisamente, el principal causante” (Chávez, 2005a). En su opinión, las graves consecuencias medioambientales ocasionadas por este expansivo “desarrollismo infinito” e insaciable modelo de consumo –“[que] supera los umbrales de la sostenibilidad” (Chávez, 2009d)– terminan por manifestarse en la rebelión apocalíptica de la naturaleza con respecto a las sociedades contemporáneas. Se trata de una “furia endemoniada” (Chávez, 2005b), simbolizada en las peligrosas propiedades que adquieren y en las mortales secuelas que ocasionan, en la actualidad, los maremotos,

los terremotos y los huracanes. “[Como Katrina], doloroso ejemplo de las consecuencias que puede traer al hombre ignorar estas realidades” (Chávez, 2005a).

Iniciada con la “oleada macabra” que habrían sido los ajustes estructurales (“la orgía privatizadora”) (Chávez, 2005b) y profundizada con la extensión de un modelo predatorio “que hoy amenaza la existencia de la Madre Tierra” (Chávez, 2010b), la globalización neoliberal es vista, entonces, como una infernal receta autodestructiva de la propia civilización. “El capitalismo –dijo en una concentración en Argentina– destroza las sociedades. El capitalismo siembra los anti-valores del individualismo, del egoísmo, de la destrucción de unos contra otros, y es la causa de las guerras, de la miseria, del hambre, de las grandes desigualdades sociales que azotan a nuestros pueblos” (Chávez, 2006a). En Dinamarca, recordó a un conjunto de representantes gubernamentales, con la teatralidad que le caracterizaba, dónde residía el problema medular: “Un fantasma recorre las calles de Copenhague, y creo que ese fantasma anda en silencio por esta sala, por ahí anda entre nosotros, se mete por los pasillos, sale por debajo, sube. Ese fantasma es un fantasma espantoso, casi nadie quiere nombrarlo. ¡El capitalismo es el fantasma!; casi nadie quiere nombrarlo, es el capitalismo” (Chávez, 2009d).

Estas declaraciones se inscriben al interior de una creciente sensibilidad planetaria preocupada por la dinámica autodestructiva del mundo moderno. En los últimos años diversos movimientos antisistémicos fueron incorporando esta problemática a su arsenal político e ideológico, responsabilizando al “capitalismo deshumanizado” (Harneker, 2002: 57) y al imperialismo estadounidense como las principales causas de la crisis medioambiental. El ataque de Chávez al poder militar de los Estados Unidos –“la más grande amenaza que se cierne sobre nuestro planeta” (Chávez, 2006c)– brota del convencimiento de que la especie humana se encuentra al borde de la extinción, dada la inaceptable pretensión de la primera potencia por preservar, “a punta de invasiones, de guerras y de amenazas, de asesinatos y hasta de genocidios” su estilo de vida (Chávez, 2009b). La exhortación final es dramática: “[la] supervivencia de nuestra especie martilla en la conciencia de la humanidad” (Chávez, 2009d).

En este sentido, la tentativa estadounidense de establecer una “dictadura imperial” que salvaguarde sus objetivos estratégicos (Chávez, 2009d) —sea violentando el derecho internacional (“entronizado como doctrina después del 11 de septiembre”) (Chávez, 2005a), sea aprobando “por la puerta de atrás” o “por debajo de la puerta” documentos multilaterales de dudosa legitimidad (Chávez, 2009b), sea respaldando procesos electorales para revestir de legalidad a gobiernos surgidos desde la ilegitimidad (“lo que a todas luces es la segunda etapa de un golpe de Estado. Este es el flamante modelo hondureño: la nueva técnica del imperio, el ‘golpe legal’”) (Chávez, 2009e), promoviendo en todo el planeta “un modelo de democracia muy original, impuesto a bombazos, a bombardeos y a punta de invasiones”—, representa la hipócrita expresión política de un poder que precisa, para su propia supervivencia, alienar a los pueblos de la periferia y hundir a sus integrantes “en la quinta paila del infierno” (Chávez, 2006a).

Categoría profundamente anclada en el imaginario popular, la imagen del infierno es empleada en sentido alegórico para significar, por un lado, la naturaleza deshumanizante y autodestructiva del capitalismo y, por el otro, la condición antimoral del poder imperial. La alusión le permite a Chávez concluir que “el fin de la historia” no es más que “el intento de controlarlo todo” por parte de la primera potencia (Chávez, 2006c). Es decir, se trata de la cristalización de un proyecto totalitario de dominación y explotación de alcance mundial —“¡y posiblemente inter-planetario!” (Chávez, 2005c)— hecho en nombre de la democracia, del derecho, del mercado y de la libertad. Al enjuiciar las bases doctrinales de la política exterior de este país, afirmó: “Juan Jacobo Rousseau —siempre hay que recordarlo— decía aquello: ‘Entre el fuerte y el débil la libertad opprime.’ Por eso es que el imperio habla de libertad, es la libertad para oprimir, para invadir, para asesinar, para aniquilar, para explotar, ésa es su libertad” (Chávez, 2009d). Desenmascarar esta ambigua postura en política internacional lo encaminará a develar “el verdadero rostro” del imperialismo actual (Chávez, 2009e):

“Ayer vino el Diablo aquí, ayer estuvo el Diablo aquí, en este mismo lugar. Huele a azufre todavía esta mesa donde me ha tocado hablar.

Ayer señoras, señores, desde esta misma tribuna el Señor Presidente de los Estados Unidos, a quien yo llamo ‘El Diablo’, vino aquí hablando como dueño del mundo. Un psiquiatra no estaría de más para analizar el discurso de ayer del Presidente de los Estados Unidos. Como vocero del Imperialismo vino a dar sus recetas para tratar de mantener el actual esquema de dominación, de explotación y de saqueo a los pueblos del mundo. Para una película de Alfred Hitchcock estaría buena, incluso yo propondría un título: ‘La receta del Diablo’” (Chávez, 2006c).

Según Chávez, el ex presidente George W. Bush también encarnaba la figura de Míster Danger, mítico personaje de la novela *Doña Bárbara*, que representaba el poder del capitalismo y del imperialismo estadounidense: “Míster Danger –aseveró Chávez– no es una persona, es un sistema imperial, un sistema hegemónico que va personificándose de época en época, en nombres, en figuras, en individualidades [...] Yo vengo, señor presidente, por tanto, no a acusar a una persona, sino a la lógica imperial estadounidense” (Chávez, 2006d: 11-13).

La crítica dirigida a los “pueblos mercaderes” –la expresión es de Werner Sombart– contiene un dejo antimaterialista y espiritualista que remite a las perspectivas de importantes pensadores del antiimperialismo de comienzos del siglo pasado en la región. Guarda además cierto parecido con lo destacado por Jean Paul Sartre en su prólogo a *Los Condenados de la Tierra*: Chávez no duda en señalar que la salvación del planeta provendrá de una revolución propiciada desde la periferia (Chávez, 2005c). Sin embargo, en Chávez, el ciclo político en cierres no se caracterizará por la presencia de un activo “internacionalismo proletario” –aun menos por una nueva ola insurgente armada–, sino más bien con lo que él denomina la (re) emergencia de la “conciencia del sur” congelada por el “diluvio neoliberal” de los últimos treinta años.

De hecho, dejando aparte el caso cubano y a sus figuras centrales, un aspecto polémico del discurso de Chávez es su explícita toma de distancia con respecto a las tradiciones armadas y partidistas de raigambre marxista. Chávez tendió a destacar, más bien, el papel de los liderazgos nacionales populares –las más de las veces militares–,

destacando su afinidad con ellos, y la de éstos con las luchas independentistas. A este respecto resulta emblemático su discurso en Porto Alegre, en el cual destacó el antiimperialismo de figuras como Juan Velasco Alvarado, Omar Torrijos, Augusto César Sandino, Emiliano Zapata, incluso Túpac Amaru y Jesucristo –“uno de los más grandes luchadores antiimperialistas de la historia”–, al tiempo que deslizó una calculada crítica al guevarismo, omitió las contribuciones realizadas por las organizaciones políticas y militares de izquierda y diluyó referentes ideológicos emblemáticos de algunas figuras por él nombradas, como es el caso –por ejemplo– de Luís Carlos Prestes.

Chávez considera que las naciones del Tercer Mundo son el sujeto revolucionario por excelencia. La convicción se asienta sobre la certeza de estar viviendo una época signada por un despertar político de los pueblos, fruto del hundimiento de las expectativas creadas por la propia globalización y del descrédito del neoliberalismo en los países del sur. Se asienta, también, sobre la convicción según la cual “[no] hay solución para este problema del colonialismo y la dependencia dentro de las fronteras de ningún país, el imperialismo es un problema internacional y la solución al imperialismo es también internacional” (Chávez, 2006a). “[Para] salvar al mundo –recordó a la audiencia en el Foro Social Mundial– necesitamos muchas cosas, una de las primeras es la conciencia del Sur, relanzar la conciencia del Sur, de que el Sur también existe” (Chávez, 2005c).

Ante el fracaso del Consenso de Washington, esto es, del “neocolonialismo vestido de una tesis [...] el neoliberalismo” (Chávez, 2005c), Chávez propone devolverle centralidad al “Espíritu del Sur” (Chávez, 2004), emanado de la Conferencia de Bandung de 1955. Desde su punto de vista, recuperar “las ideas del 55” permitiría a gobiernos, movimientos políticos y organizaciones altermundistas de los países subdesarrollados “[articular] una orientación histórica clara: la necesidad del Sur de tomar conciencia de sí mismo y de actuar conjuntamente en una realidad planetaria caracterizada por el desequilibrio y el intercambio desigual” (Chávez, 2004). Precisamente, para enfrentar la amenaza que significa el imperialismo norteamericano y para romper con el dañino orden económico global,

los actores de la periferia necesitan tanto erigir un “Movimiento de Integración del Sur” capaz de incidir en el desigual tablero geopolítico internacional como fortalecer los procesos de integración regional en pos de viabilizar la conformación de un mundo multipolar (Chávez, 2009f).

“América Latina tiene todo para ser un gran polo de fuerzas a nivel mundial. América Latina, nosotros tenemos todo lo que requiere para conformar un polo de poder mundial. No aspiramos la hegemonía de nada ni de nadie, el mundo que necesitamos es el mundo pluripolar no el mundo unipolar ni bipolar, es multipolar. ¡Norteamérica!, siempre será una fuerza ¿quién lo puede negar?, sólo que llegará el día en que no sea el imperio que hoy es. La Europa unida otro polo de fuerza, el Asia, la Eurasia, el África y nosotros los latinoamericanos, los caribeños, este gran territorio que viene desde México, desde Cuba hasta aquí hasta la Patagonia” (Chávez, 2006a).

En esta línea se inscriben iniciativas regionales como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), considerada por Chávez como “urgencia histórica [y] vía inexorable para hacerle frente a la crisis estructural del capitalismo” (Chávez, 2009g), “urgencia suprema que se impone a los pueblos que compartimos una historia, una memoria y una esperanza” (Chávez, 2009a), “el proyecto de la gran potencia sudamericana” (Chávez, 2009h). En consecuencia, “retomar la tesis que tantos años fueron impulsando la esperanza del Sur”, no sólo significa avanzar en el objetivo estratégico formulado por el Movimiento de Países No Aliados en 1973 –el de crear un Nuevo Orden Económico Mundial que permita modificar la arquitectura política internacional que rige desde tiempos de Bretton Woods– sino que equivale a avanzar, también, en la enmienda de la vasta problemática histórica generada por el capitalismo y por el imperialismo occidental. Se trata ni más ni menos que de “reequilibrar cinco siglos de desequilibrio” entre las regiones del mundo (Chávez, 2005a)⁵.

“Estamos viviendo –afirmó en julio de 2006– un momento sumamente importante, uno pudiera decir un momento crucial en la historia de nuestros pueblos, creo que como nunca antes en 100 años y más se

presentan hoy condiciones de una gran fuerza, de un gran potencial para lograr los cambios que durante tanto tiempo se han estado buscando” (Chávez, 2006a)⁶.

La percepción de estar viviendo un “cambio de época” (Chávez, 2009k) ancla en la visualización y valorización de una serie de acontecimientos-signos. El establecimiento del ALBA, el fortalecimiento del MERCOSUR, la creación de la UNASUR, la irrupción de los BRICS, la puesta en marcha de instrumentos multilaterales (Petrocaribe, Sistema Único de Compensación Regional, Tele Sur) y de proyectos conjuntos de inversión productiva, son interpretados en tanto signos que dan cuenta tanto del declive estadounidense como del advenimiento de una época nueva. La creciente agresividad mostrada por Estados Unidos no constituye en dicho discurso la expresión de un poder incuestionable, sino que representa la cara amarga de un imperialismo senil en etapa terminal: “[El] imperio norteamericano, lo creo de verdad, se acerca inexorablemente a aquella figura que dibujaba Mao Tse Tung cuando hablaba del imperio como un gigante o como un tigre de papel” (Chávez, 2006a). En abril de 2009 señaló que, “[aun cuando] el dólar no esté en bancarrota como divisa sin lugar a dudas en lo político y lo moral hace rato que está quebrado y en bancarrota. Tiene la moral hipotecada” (Chávez, 2009k). En 2005, había indicado que el fracaso de Estados Unidos en concretar un área de libre comercio constituía una prueba tangible del retroceso político experimentado por la Unión Americana en el hemisferio. “*Where is the ALCA, mister?* –preguntó a la multitud en Porto Alegre– *The ALCA is dead, el Alca no existe*, lo que existe por ahí son alquitas” (Chávez, 2005c, énfasis original). En definitiva, la referencia a hitos como los reseñados le permitieron esgrimir que “los días del colonialismo se terminaron. El imperio se quedó sin colonias y la funesta OEA ha pasado a ser un ‘cadáver insepulto’. Ésa es la verdad de este tiempo, de esta nueva época” (Chávez, 2009k).

Si bien Chávez estima que “[hoy] hay más conciencia en el mundo acerca de la necesidad de cambios urgentes, rápidos y profundos”

(Chávez, 2005c), es América Latina la región del mundo en la cual los pueblos están a la vanguardia de los cambios políticos. Caracterizada por una subjetividad que pone en cuestión tanto el unilateralismo estadounidense como la globalización neoliberal y la hegemonía del llamado “pensamiento único”, América Latina, con su irrupción de movilizaciones sociales y de gobiernos críticos del mercado, es, a sus ojos, el símbolo del nuevo “espíritu de los tiempos” (Chávez, 2009k). Esta noción, que remite a una concepción de la época provista de un significado trascendente y de un propósito ineluctable, supone por fuerza abanderar un nuevo ciclo revolucionario, “[porque] sólo por el camino de la revolución podremos salir del atolladero histórico en que estamos desde hace siglos” (Chávez, 2005c).

“[Hay] una Revolución –declaró en la ONU– hay una Revolución en Suramérica, en América Latina, en el Caribe y es necesario que el mundo lo vea, lo asuma y lo acepte porque es una realidad que no va a cambiar. Además, es una Revolución que trasciende lo ideológico; es geográfica, geopolítica; es una Revolución de los tiempos, una Revolución moral; es una Revolución necesaria. Es grande esa Revolución y va a seguir creciendo a medida que pasen los días y los meses. Es grande por el tiempo [que] carga por dentro” (Chávez, 2005a).

No obstante –y pese proclamar en tono incendiario: “¡Ha sido la candela bolivariana la que ha incendiado el seco pajonal de la oligarquía!” (Chávez, 2009k)– Chávez considera que esta dinámica insurgente “no es aquella de las columnas guerrilleras heroicas de la Sierra Maestra [...] esta es otra, ahora brota de las ciudades, de las masas; es una Revolución de masas, pacífica y quiere seguir siendo pacífica; es democrática, profundamente democrática” (Chávez, 2009i). En efecto, en su elaboración política, el carácter ciudadano de esta movilización personifica una naciente “doctrina constitucional” que se extendería crecientemente por la región. Los procesos constituyentes en Bolivia, Ecuador y Venezuela revelan “[que] la historia de nuestros pueblos ahora la escriben aquellos que tenían prohibido [redactarla]”. Esta situación emana de un “cambio de espíritu” al interior de las sociedades, ya que el problema actual de la región se asemeja al que percibiera Martí: “no era el cambio de

formas, sino el cambio de espíritu [...] el falso espíritu de la competencia debe ser radicalmente desplazado por el espíritu fraternal” (Chávez, 2009k).

En esta perspectiva, sus reiterados triunfos electorales, sumados a los de Evo Morales, Néstor Kirchner, Cristina Fernández, Rafael Correa, Daniel Ortega, Mauricio Funes, Manuel Zelaya, José Mujica, Fernando Lugo e, incluso, Luiz Inácio da Silva y Dilma Rousseff, no sólo anuncian el inicio “de un nuevo tiempo histórico” en cada país –“el tiempo de la Revolución hecha Gobierno”–. También parecen presagiar el deber de los pueblos de América Latina y el Caribe de cumplir una doble tarea: “enterrar el ALCA y el modelo económico, imperialista, capitalista” y “ser los parteros del nuevo tiempo, los parteros de la nueva historia, los parteros de la nueva integración, los parteros del ALBA” (Chávez, 2005b). En síntesis, para Chávez, había llegado la hora “[de obedecer] la voz de nuestro tiempo”, por lo cual convocó a los gobiernos, agraviados y “ninguneados” que anidan en esta franja del planeta, a prepararse en conjunto “a ocupar –en definitiva– nuestro puesto en la historia” (Chávez, 2009k).

Notas

- 1 Para Chávez, el problema de los partidos políticos venezolanos radicaba en su adhesión a concepciones ideológicas universalistas (liberalismo, comunismo), es decir, no nacionales. Esto impedía que primara en ellos “un amor por la patria”, y los cegaba a la hora de identificar y movilizar la oculta “conciencia nacional”. Así, los partidos constituyan una fragmentación ideológica del imaginario colectivo. Por el contrario, el bolivarianismo es la esencia de la nación, es decir, el principio rector –simbólico, histórico y ético– que da forma al auténtico consenso nacional.
- 2 Para la conformación de un imaginario antiimperialista entre los militares venezolanos en los años noventa, resultó clave el uso unilateral por los Estados Unidos del mecanismo de “certificación” hacia Bolivia, Colombia y Perú; la intención de las autoridades de la potencia por reconvertir los ejércitos latinoamericanos a tareas policiales y de seguridad y, sobre todo, la invasión a Panamá de 1989, que significó el desmontaje del ejército local por parte de las tropas de ocupación.
- 3 Fue largo el camino recorrido por Chávez en este sentido. La literatura política y académica, así como sus propios señalamientos retrospectivos, indican un proceso gradual, no exento de contradicciones. En un intento por proyectar su adscripción al socialismo revolucionario desde que era cadete –de cara a legitimar la cons-

trucción del PSUV en 2006– señaló: “a pesar de que estaba en un puesto anti-guerrillero, [...] andaba leyendo en esos días a Jorge Plejanov, por ejemplo, y ya en mis manos andaba el libro de Vladimir Ilich Ulianov, *Qué hacer*; o el otro que se llama *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. ” Esto no debería causar extrañeza si no fuera por lo contradictorio que resulta con una declaración publicada en 2001: “Yo no soy marxista, sencillamente porque para sentirse marxista o socialista o de cualquier ‘ismo’, es necesario que uno conozca a fondo esta doctrina. No puede ser tomado a la ligera. Y yo de verdad nunca estudié a fondo, ni he estudiado y no creo que estudie lo que es el marxismo [...] Ahora, no soy antimarxista porque nunca caí en el juego de que el marxismo es el diablo” (en Dieterich et al., 2001: 89).

- 4 En su discurso sobre el cambio climático, Chávez hizo suya una consigna aparecida en las calles de Copenhague, la cual, con meridiana claridad, exponía la ambigua postura de los gobiernos centrales hacia el Protocolo de Kyoto: “Si el clima fuera un banco ya lo habrían salvado”.
- 5 Si bien Chávez reconoce que se podría “[alcanzar] el equilibrio del universo” (Chávez, 2010b) por caminos múltiples, juzga que la única ruta para conseguir “el equilibrio de las sociedades [...] de obtener niveles superiores de vida [...] es a través del socialismo” (Chávez, 2009d). Aun cuando esta noción fuera vaga en sus formulaciones e, incluso, remitiera a constelaciones de significados diferentes – como se visibiliza en el siguiente comentario vertido en las Naciones Unidas: “[necesitamos para América latina] un socialismo indoamericano, martiano, bolivariano [...] un socialismo nuevo” (Chávez, 2009i)– la fe en este proyecto civilizatorio brota del horizonte histórico de posibilidades abierto con la crisis de legitimidad del capitalismo global y por los crecientes cuestionamientos a los sistemas políticos procedimentales. Chávez incluso llegó a sugerirle a Obama que se sumase al “mandato histórico de nuestros pueblos cuya unidad espiritual trasciende las fronteras” (Chávez, 2009j): “Obama dijo ayer que necesitamos economía al servicio del ser humano, eso se llama socialismo, Obama vente para el socialismo, te invitamos al eje del mal” (Chávez, 2009i).
- 6 Cabe reparar en los silencios de esta cita, en su notable subvaloración de las oleadas revolucionarias de 1960 y 1980.

Intervenciones de Hugo Chávez Frías

Disponibles en Correo del Orinoco <www.correodelorinoco.gob.ve>

- 2005a. “La ONU no sirve”
- 2006a. “La integración es nuestra bandera antiimperialista”
- 2009a. “¡Bariloche: Buen Boche!”
- 2009b. “El Imperio llega a media noche y cocina un documento que no aceptaremos”
- 2009c. “Las líneas de Chávez: La batalla de Copenhague”
- 2009d. “Discurso en Copenhague: No cambien el clima, cambien el sistema”
- 2009f. “Intervención de Chávez en la V Cumbre de las Américas”

- 2009g. “El ALBA y la hora de los hornos”
- 2009h. “Aló, el Sur también existe”
- 2009i. “Chávez en la ONU: Nada podrá detener la Revolución en América Latina”
- 2009j. “Las Líneas de Chávez: Del Mercosur al Alba”
- 2009k. “Trinidad y el imperio sin colonias”
- 2010a. “¡27 de Noviembre!”

Disponibles en Cuba Debate <www.cubadebate.cu>

- 2004 “Chávez en el G-15: El neoliberalismo prometió riqueza y ha multiplicado la pobreza”
- 2009e. “Campeones bolivarianos”
- 2010b. “Manifiesto Bicentenario de Caracas, consolidando la Nueva Independencia”

Disponibles en Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información <www.minci.gob.ve>

- 2012. “Radicalmente bolivariano, antiimperialista y revolucionario”
- 2014 (1996). *Agenda Alternativa Bolivariana* (Caracas Venezuela: Ediciones Correo del Orinoco)

Disponibles en otras fuentes

- 2005b. “Discurso de Hugo Chávez, Presidente de Venezuela, Mar del Plata”, en <http://old.forlagetcolumbus.dk/dk/bogens_hjemmeside/international_politik/latinamerika/kapitel_5/discurso_de_hugo_chavez/>
- 2005c. “Foro Social Mundial: El Sur, Norte de Nuestros Pueblos”, en <http://www.forumsocialmundial.org.br/download/chavez_speech_at_Porto_Alegre.pdf>
- 2006b. “Acto de Acuerdo Marco de Corresponsabilidad para la Transformación Industrial”. En: Hugo Chávez Frías, *Frases I. Enero-Marzo 2006*, Caracas, Ministerio de Comunicación e Información, en <<http://www.vive.gob.ve/sites/default/files/frasesiweb3.pdf>>
- 2006c. “Discurso de Hugo Chávez ante la ONU”, en <<http://www.alterinfos.org/spip.php?article536>>
- 2006d. “Vengo a denunciar 200 años de agresión”, *Colección Discursos Presidenciales*, en <http://www.alopresidente.gob.ve/material_alo/12/1429/?visual=vengoadenunciar.pdf>

Bibliografía

- Aibar, Julio 2008 “Cardenismo y peronismo. La comunidad políticamente organizada” en Aibar, Julio y Vázquez, Luis (coords.) *Política y sociedad en México. Entre el desencuentro y la ruptura* (México: FLACSO).
- Biardeau, Javier 2009 “Del árbol de las tres raíces al socialismo bolivariano del siglo XXI ¿Una nueva narración ideológica de emancipación?” en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* (Caracas: FACES) Vol. 15, N° 1, enero-abril.
- Buttó, Luis Alberto 2008 “Venezuela 1992: Bases ideológicas de las insurrecciones militares” en *Asian Journal of Latin America Studies* (Daegu: LASAK) Vol. 21, N° 2.
- Castro, Fidel, Chávez, Hugo y Morales, Evo 2012 *Ecocidio, crimen capitalista*, (Caracas: Correo del Orinoco).
- Dieterich, Heinz et al. 2001 *La cuarta vía al poder: Venezuela-Colombia-Ecuador*. (México: Quimera).
- Ellner, Steve 2004 “Respuestas al debilitamiento del Estado y la sociedad venezolana en la época de Hugo Chávez” en *Política* (Santiago de Chile) N° 42, otoño.
- Harnecker, Marta 2002 *Hugo Chávez Frías. Un hombre, un pueblo* en <<http://www.rebelion.org/docs/97068.pdf>>.
- Jofré, José Luis 2008 “Una lectura, desde la semiótica como filosofía lúcida, de los decires de Hugo Chávez para la reconstrucción de una idea de América” en *Revista electrónica de psicología política* (San Luis: Facultad de Psicología) Año 6, N° 18, noviembre-diciembre.
- Kruijt, Dirk y Tello, María del Pilar 2003 “De los reformistas militares a la dictadura civil. La política militar peruana desde los años sesenta hasta el presente” en Kruijt, Dirk y Koonings, Kees (coords.) *Ejércitos Políticos. Las Fuerzas Armadas y la Construcción de la Nación en la Era de la Democracia* (Lima: IEP).
- Marchesi, Aldo 2006 “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta” en *Estudios Interdisciplinarios de América latina y el Caribe* (Tel Aviv: EIAL) Vol. 17.
- Romero, Juan Eduardo 2005 “Discurso político, comunicación política e historia en Hugo Chávez” en *Ámbitos Revista Internacional de Comunicación* (Sevilla) N° 13-14.
- Rospigliosi, Fernando 2000 *Montesinos y las Fuerzas Armadas. Cómo controló durante una década las instituciones militares* (Lima: IEP).

MARÍA LUISA ESCHENHAGEN*

Imaginarios antiimperialistas, imaginarios de la naturaleza. Algunas reflexiones desde el pensamiento ambiental

Mostrar la intersección entre el imaginario antiimperialista y los imaginarios de la naturaleza no es una tarea que se realice con frecuencia. Sin embargo, es posible observar una serie de conexiones que se reflejan en imágenes acerca del poder, la resistencia, la utopía. En el presente texto se quiere evidenciar que existe una concepción específica de la relación ser humano - naturaleza que, siendo inherente a la cosmovisión moderna judeocristiana, está marcada por la pretensión de creer poder dominar la naturaleza, y tiene su máxima y secularizada expresión en el capitalismo y, más en particular, en la idea de desarrollo. En América Latina, y también en otras partes del mundo, esta concepción ha sido impuesta a lo largo de los siglos por poderes imperialistas. Aparte de haber sometido naciones y pueblos enteros, el poder imperialista implicó, en su despliegue, una visión de la naturaleza en términos de dominación y explotación de la misma, lo cual a su vez ha generado serios problemas ambientales. Dicha visión y la resistencia a la misma fueron alimentando un imaginario específico¹, el cual ha

* Colombiana. Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora investigadora de la Escuela de Ciencias sociales de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín). Coordinadora del Grupo de investigación “Territorio”. Integrante del GT-CLACSO “El antiimperialismo en América Latina. Discursos, prácticas, imaginarios.”

encontrado expresión en distintos tipos de representaciones –elaboraciones discursivas, pinturas, grafitis, publicidades, caricaturas, etc.–. Dentro de estas representaciones, cabe distinguir aquellas que justifican y apoyan la visión antropocéntrica de dominación de la naturaleza de aquellas que la cuestionan. En ocasiones, las representaciones críticas empalman con las tradiciones antiimperialistas, a veces simplemente porque cuestionan el imperialismo –hoy, visible en el extractivismo, la agroindustria y los “estilos de vida”–; otras veces, porque intentan ir más allá, proponiendo visiones utópicas, que promueven otras formas de pensar la relación ser humano - naturaleza. La lectura y revisión de estas representaciones se realizará a partir del pensamiento ambiental y del saber ambiental, siguiendo la propuesta de Enrique Leff².

El pensamiento ambiental viene desarrollando una serie de aproximaciones críticas para aproximarse a estas cuestiones. Entre ellas, el intento de construir una definición precisa de problemática ambiental. Según Héctor Sejenovich,

“La problemática ambiental surge cuando una formación económica y social transforma la naturaleza con el fin de elevar la calidad de vida de la población. Actualmente, la sociedad realiza este proceso según la racionalidad económica prevaleciente: la que privilegia el corto plazo y el beneficio privado y que, en muchos casos, incumple con la legislación ambiental y genera una contradicción entre los costos privados y sociales que se expresa tanto en el deterioro de la naturaleza como en la insatisfacción de las necesidades esenciales” (Sejenovich, s/f: 1).

En esta lógica, el conocimiento –la racionalidad instrumental– desempeña un papel central. Para Enrique Leff, cabe entender el problema ambiental como “el efecto que produce la racionalidad formal, instrumental y económica como formas de conocimiento y en su voluntad de dominación, control, eficacia y economización del mundo” (Leff, 2004: 339).

Para el pensamiento ambiental es indispensable evidenciar cuál es la concepción de la relación ser humano - naturaleza propia de la cosmovisión occidental judeocristiana moderna. Significa hablar

de una relación muy *sui generis*, en comparación con la gran mayoría de otras culturas/cosmovisiones en el planeta. Como bien lo plantea Phillippe Descola (2012), Occidente siempre ha estado preocupado por diferenciar a los seres humanos de los animales, ya sea argumentando la existencia del alma o de la razón, ambas negadas a los animales. Ello se puede observar en innumerables disertaciones filosóficas, religiosas, científicas. La diferenciación conlleva una cosmovisión y unas epistemologías y ontologías específicas, caracterizadas en primera instancia por el dualismo y la fragmentación, todo lo cual fue cristalizando en la creencia de poder dominar la naturaleza y de tener un derecho inherente a su dominación y explotación.

Esta creencia se puede apreciar en una gran cantidad de manifestaciones culturales, elaboradas incluso por artistas críticos y, en muchos sentidos, visionarios, como Diego Rivera. Tal es el caso de su mural “El hombre controlador del universo” (1934), ubicado en el Palacio de Bellas Artes de México tras el conocido episodio que tuvo lugar en el Rockefeller Center en Nueva York. En el contexto en que fue pintada esta obra, poco antes de iniciar la Segunda Guerra Mundial, y tomando en cuenta las intenciones del autor y las interpretaciones disponibles, puede indicarse que la misma representa una idealización del mundo socialista. En efecto, se representan, de una parte (lado derecho del hombre sentado en el centro), las guerras que ha provocado el capitalismo y, de otra (lado izquierdo visto desde el hombre sentado), el mundo sano, el socialista. Precisamente por esta contraposición la obra ha sido interpretada como el “cruce de caminos” de las dos ideologías opuestas. Sin embargo, en el mural también queda muy claro cómo el conocimiento científico es el instrumento que permite dominar la naturaleza y a los seres humanos. El conocimiento científico es representado en la pintura en las máscaras de gas de los soldados –defendiéndose de los gases químicos y biológicos mortales, ya utilizados en la primera guerra mundial–, en la imagen radiográfica de un cráneo, en la máquina central que domina desde arriba la pintura, en los cuatro ejes/hélices que parecen representar el conocimiento en torno a lo micro y lo macroscópico, en los cultivos agrícolas de la base, símbolo de una naturaleza domesticada. En el centro de la pintura se encuentra un

ser humano –hombre, blanco–, ubicado a la vez en el centro de una hélice situada entre el micro y el macrocosmos, aspecto que también se puede interpretar como representación de quien tiene el control de la máquina, el dominio de ambos niveles y, con ello, del resto de los seres humanos, quienes permanecen sentados en torno suyo, mirándolo devotamente.

También Juan O’Gorman en 1959 pintó, desde otra perspectiva, la ciudad de México. Su obra “La Ciudad de México desde lo alto del Monumento a la Revolución” (1947) es una “minuciosa representación de una urbe que se jacta de su crecimiento moderno y cosmopolita, así como de los modernos automóviles que transitan por sus calles” (Prieto González, 2012). En el primer plano se observa un mapa de la ciudad prehispánica, en manos de un observador oculto que, al parecer, desea identificar los cambios recientes asociados a la modernización. Se trata de cambios sustanciales, que resultan de una concepción, la moderna, que tiene la capacidad considerable de transformar el territorio a través de los avances constantes del conocimiento, en combinación con la planificación. En la obra se reflejan los cambios sucedidos en la ciudad desde los tiempos prehispánicos y coloniales hasta los modernos. Hoy cabe señalar que esos cambios se impusieron sin tomar en cuenta los ecosistemas. En la actualidad, la ciudad tiene serios problemas de contaminación atmosférica y de acceso al agua potable, debidos justamente a esas transformaciones, varias de las cuales tuvieron lugar durante el siglo XX.

Señalar esto de ninguna manera significa desconocer el contenido crítico y revolucionario de la obra de O’Gorman; mucho menos subestimar pinturas suyas de alto contenido anticapitalista como “Monumento fúnebre al capitalismo industrial”, “Nuestra maravillosa civilización” o “Ruinas de las Torres de Babel”. Pero sí se quisiera destacar que, en las mencionadas obras de estos dos artistas admirables –Rivera y O’Gorman–, la naturaleza queda claramente objetivada y cosificada, lo cual denota un distanciamiento con respecto a ella. Esta objetivación está asociada al método científico, fundado en una concepción dualista ser humano - naturaleza, que fragmentó y luego especializó el conocimiento, hecho que se aprecia claramente en las pinturas. El dualismo y

la fragmentación impiden comprender la complejidad ambiental³. Desde el punto de vista del pensamiento ambiental, esta limitación epistemológica es crucial y es conceptuada, incluso, como una de las causas primordiales de los problemas ambientales actuales, lo cual sin embargo no es reconocido y/o aceptado por las corrientes ambientales hegemónicas.

Ahora, si algo han logrado las cumbres ambientales mundiales (1971, 1992, 2002 y 2012), es el haber promovido la presencia, aunque sea en cierta medida superficial y/o instrumental, del tema ambiental en todos los ámbitos de las sociedades. El concepto de desarrollo sostenible aparece en casi todos los programas políticos y planes económicos de desarrollo; a través de la propaganda y el consumo se vende ahora todo como bio-eco-natural-verde, hasta se habla de un turismo “ecológico”; en las ofertas educativas de distintos tipos de posgrados se le anexa el adjetivo ambiental a muchas asignaturas y disciplinas, etc. Todo esto deja sospechar que la naturaleza definitivamente “entró” en el sistema capitalista, donde todo puede ser mercantilizado y por ende transado, bajo el más que dudoso supuesto según el cual así se le da solución a los problemas ambientales. Es decir, se ha pasado muy rápido de una preocupación ambiental, que reconoció una problemática que amenaza seriamente el proyecto hegemónico de Occidente –el desarrollo–, a una mercantilización y banalización de la naturaleza, como bien lo ha señalado Horacio Machado (2010a).

Se trata de un proyecto que sigue reproduciendo las mismas estrategias de apropiación y explotación de recursos naturales que requiere para poder existir, imponiendo formas de producción y de consumo. En épocas anteriores, bajo el nombre del colonialismo, el objetivo fue primero “evangelizar” y luego “civilizar”; en épocas recientes, el objetivo es “desarrollar” en los tres casos acompañado por el despliegue de estructuras y formas de dominación imperialistas. Para América Latina esto ha significado que su economía quedara basada en la explotación de materias primas –minerales y agrícolas–, para exportarlas en bruto, sin valor agregado, al exterior, lo cual históricamente no ha llevado al desarrollo, sino al subdesarrollo. En la fase actual, América Latina vive un fuerte auge de

reprimarización de su economía a lo largo y ancho del continente (Galeano, 1990; Machado, 2010b).

Esta reprimarización de la economía, que se está llevando a cabo de manera sistemática a través de las corporaciones transnacionales del Norte –ya sean mineras, agroindustriales u otras– y con el apoyo efectivo de los gobiernos locales, se puede leer como una nueva forma de imperialismo. Se trata de una dinámica que está generando serios problemas ambientales y con ello también un sinfín de conflictos socioambientales⁴.

Desde otra perspectiva, se trataría de la expresión máxima del imperialismo ecológico. Según Katz (1995), todo lo que se refiere a poder, fuerza y dominación, es decir la idea misma de imperialismo, debe ser entendida como una metáfora para comprender la relación del ser humano con la naturaleza. En este sentido, señala: “imperialismo es una forma de dominación [...] donde una entidad utiliza o toma ventaja sobre otra entidad para su auto-engrandecimiento, para incrementar su poder, su vida, su bienestar”. Dentro de este contexto, plantea cuatro posibilidades:

1. Humanos imperialistas ejercen poder sobre otros humanos; por ejemplo, la colonización de América;
2. Humanos imperialistas ejercen poder sobre la naturaleza; por ejemplo, la práctica de la agricultura;
3. Naturaleza imperialista ejerce poder sobre humanos; por ejemplo, la destrucción de las casas de la costa en diciembre de 1992 por una tormenta;
4. Naturaleza imperialista ejerce poder sobre otra naturaleza; por ejemplo, procesos de sucesión forestal (Katz, 1995: 273-274; traducción propia).

En cada una de estas posibilidades se juegan distintos tipos de imperialismo ecológico. No se trata de una problemática nueva. En el caso latinoamericano, esto se puede observar en el ejercicio del poder desplegado sobre la naturaleza desde una perspectiva imperialista, al imponer tecnologías europeas en la agricultura, ya desde épocas de la Colonia –como bien dice Alfred Crosby (1988), se da una “europeización” de las tierras especialmente en el Cono Sur–,

hasta épocas presentes, como ha sucedido con las políticas para el desarrollo, por ejemplo con la mal llamada “Revolución Verde”, de alguna manera prolongada hoy en día con las semillas transgénicas en manos de grandes multinacionales.

Revisando caricaturas y pinturas expresivas de disposiciones críticas ante este renovado ejercicio del poder, cabe apreciar unas que lo visualizan como un nuevo tipo de colonialismo, acudiendo a fórmulas del estilo:

“¡NO a la nueva colonización! ¡Patente a la vista!
¡MARCHA MUNDIAL CONTRA MONSANTO!”

Esta fue la cláusula con la cual se convocó a la marcha contra la empresa transnacional Monsanto y su monopolio sobre las semillas realizada el 12 de octubre de 2013 en la Plaza Italia de Santiago de Chile. El anuncio estuvo acompañado de una ilustración donde un individuo cuyos rasgos presentan innegables similitudes con las figuras tradicionales del capitalista explotador –sombrero con el signo \$; gesto claro de avaricia– pisa suelo americano, blandiendo una bandera con el nombre de la empresa. Al fondo se ve una carabela, desde la cual un marinero grita “Patente a la vista!” Seguramente, en este caso particular, el vínculo simbólico “Monsanto/colonialismo” funcionó de este modo tan directo, dada la fecha de la marcha, que se realizó un 12 de octubre⁵.

Sin embargo, el mismo vínculo es trabajado en otras representaciones simbólicas, como sucede en una imagen de las tres carabelas donde los velámenes llevan impresos los logos de empresas multinacionales de origen europeo –Nestlé, Volkswagen, Shell, Bayer, Ikea, etc. (todos ligeramente modificados, aunque perfectamente identificables)–, así como el símbolo de la unidad monetaria de la Unión Europea⁶.

En otros casos, la relación con la imaginería y la simbólica antiimperialista del siglo XX es muy clara, aun cuando se produzca, previsiblemente, un esfuerzo de adaptación a las peculiaridades de la nueva situación. Es el caso, por ejemplo, de un par de imágenes que acompañan los movimientos de oposición al proyecto minero

denominado Pascua Lama, ubicado en una zona de glaciares entre Argentina y Chile, a cargo de la empresa multinacional Barrick Gold, originaria de Estados Unidos y Canadá. En dichas imágenes, que circularon y todavía circulan por Internet, se aprecia el águila de cabeza blanca –símbolo patrio de Estados Unidos– engalanada con los colores de las banderas de los dos países mencionados, posando las garras sobre el territorio, ante la mirada atónita de los pobladores. El invasor zoomorfizado a la vieja usanza aterriza sobre unas tierras fértils para dejar a su paso muerte, aridez y contaminación. En este caso, la conexión entre la crítica al extractivismo y la imaginería antiimperialista clásica se deja apreciar con absoluta nitidez⁷.

Pero no sólo en consignas y en caricaturas críticas se encuentra este tipo de referencias. También se las identifica en pinturas, como por ejemplo en las del llanero colombiano Nelson Barragán. Una de las obras de Barragán, denominada *El Juicio*, muestra cuatro personajes principales. En el banquillo de acusado, un hombre blanco, de ojos azules. En el lugar del juez está la lechuza. En el del acusador, la cigüeña. En el de abogado defensor, el perro. La cigüeña acusadora sostiene un libro titulado *El código del universo* y tiene sobre su mesa varias pruebas: dos libros, uno denominado *Sea alguien: gane más dinero*, otro titulado *Manual: cómo calentar más rápido el planeta*, un frasco con agua contaminada, una bolsa con “basura a la lata”, así como también un marfil, cueros de anaconda y de jaguar, plumas, una bolsa de cocodrilo y una vasija con huevos que dice “tráfico ilegal huevos iguana”. Por su parte, el perro, defensor del hombre, sostiene el libro *Defensa del hombre* y tiene sobre su mesa un *Manual de reforestación* y otro sobre *Energía solar*, junto a las canecas de “reciclaje”, un ventilador que dice “energía eólica y arbolitos para la reforestación”. Alrededor de estos cuatro personajes está el resto de los animales, testigos del juicio. En su gran mayoría se trata de animales característicos de los llanos orientales colombianos. La pintura recoge muy bien la figura del colonialista, blanco y de ojos azules. Sobre la mesa de la defensa se encuentran los mecanismos del “desarrollo sostenible”, fruto del conocimiento moderno y de la racionalidad instrumentalista, que ha demostrado no ser capaz de lograr cambios ni mejoras sustantivas. La puesta en evidencia del

recurso a la recreación de una situación de juicio por medio de una alegoría zoomorfizada para cuestionar un sistema injusto e insustentable autoriza a situar esta pintura dentro de la tradición cultural crítica latinoamericana, muy próxima, más allá de sus especificidades, a la simbólica antiimperialista clásica.

Pero también hay formas extremadamente sutiles de “invadir” los imaginarios, de “trabajar” sobre ellos. Un lugar privilegiado para observar esto son los concursos de “pinturas ambientales” de niños, promovidos por el Programa de las Naciones para el Medio Ambiente (PNUMA) con el auspicio de la empresa transnacional Bayer. Esta empresa transnacional Bayer difícilmente pueda considerarse ajena a la generación de distintos tipos de problemas ambientales. Existen muchas denuncias en su contra a lo largo y ancho de América Latina y otras regiones. Por ejemplo, señalando los daños sociales y ambientales ocasionados por la minería del carbón; los niños muertos a causa del uso de plaguicidas en Perú, en particular en la comunidad de Tauccamarca; la experimentación animal en Colombia⁸.

Evidentemente, por medio de su apoyo a iniciativas del estilo de la que se comenta, estas empresas pretenden cumplir con su “responsabilidad socioambiental” y de alguna manera “lavar su imagen” (Eschenhagen, 2011). En muchas de estas pinturas de niños, enviadas desde innumerables lugares del planeta, llama altamente la atención, además del colorido y la ternura de las representaciones, hasta qué punto los niños relacionan “lo ambiental” con animales de África –león, jirafa, elefante, orca, etc.–, desconociendo casi por completo a los animales nativos de sus propios países, como sucedió con los ganadores de las ediciones 2012 y 2013 del concurso, filipina y colombiano, respectivamente⁹. Posiblemente esto sea consecuencia de la programación de canales televisivos hegemónicos como Animal Planet, de las campañas conservacionistas de grandes ONG como Greenpeace, UICN o WWF y de los contenidos de películas de Dreamworks Animation como *Madagascar*. En todos estos casos, los animales africanos son emblemáticos y monopolizan la escena. Es más difícil “ver” otros tipos de animales en esos medios de comunicación. El caso del niño colombiano es tal vez más llamativo,

en la medida que Colombia es, y presume ser, uno de los países con mayor biodiversidad en el mundo: la mayor parte de su población no conoce esa diversidad.

La “contaminación de la imaginación” de los niños, como diría Greenpeace, tiene lugar en múltiples niveles y espacios. Recientemente esta organización ha denunciado el acuerdo de colaboración entre dos multinacionales como Shell y Lego. Lego reprodujo en sus piezas de juguete clásicas, toda una estación de perforación petrolera en el Polo Norte, con el logo y banderas de Shell en las casas de refugio, los carro-tanques y en la propia plataforma petrolera. La denuncia de Greenpeace –que incluye un logrado videoclip– fue recogida en medios latinoamericanos¹⁰. De esta manera se van educando generaciones completas, casi mundialmente, dentro de un “mismo” imaginario, simplificado y tipificado, que no permite realmente conocer ni comprender la complejidad ambiental y mucho menos relacionar la cotidianidad y el estilo de vida predominante con los impactos y problemas ambientales.

En las últimas dos décadas han ido surgiendo en América Latina otras perspectivas y propuestas que tienen presente la problemática ambiental y que la recuperan y potencian desde un tratamiento iconográfico y simbólico. Un ejemplo claro de esto es el movimiento neozapatista mexicano –salido a la luz en 1994 en oposición a la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, TLCAN–. Igualmente, los movimientos indígenas en Ecuador y Bolivia lograron incorporar en sus respectivas constituciones la idea del buen vivir y con ello otras concepciones de naturaleza, especialmente Ecuador, con el concepto de la “naturaleza como sujeto de derecho”.

En la producción discursiva y simbólica de estos movimientos aparece claramente una dimensión utópica expresiva de una percepción distinta acerca de la relación ser humano - naturaleza. Esto puede apreciarse con claridad en las obras de Beatriz Aurora y Mamani Mamani. En sus pinturas Beatriz Aurora se sueña en una relación perfecta con la naturaleza, representada como abundante y generosa, altamente diversa y accesible a todos los miembros de la comunidad, que cumplen las más diversas tareas. Una pintura como “Granjas integrales zapatistas”¹¹ está indudablemente muy

alejada de las representaciones dominantes de la naturaleza en el Occidente tecnologista, industrialista y desarrollista. A la vez, está alejada de la imaginería antiimperialista clásica, la cual no había incursionado con tanta determinación en la exploración de horizontes utópicos. Sin embargo, este sueño que reivindica la vida en su máxima expresión, al parecer tiene que ser custodiado y protegido, por lo que se observan zapatistas armados alrededor de la granja integral. En esta pintura se recogen muchos elementos afines al pensamiento ambiental: economía ecológica (entropía / reciprocidad); agroecología (diversidad de cultivos, alelopatía, no uso de pesticidas, etc.); respeto a la diversidad ecosistémica, prácticas comunitarias.

En la pintura de Mamani Mamani titulada “Tesoro de las montañas”¹², se observa una mujer andina, con sus características trenzas, realizando una ofrenda de papas, rodeada de sacos de colores vivos, a su vez pletóricos de papas, sobre un fondo de montañas y un astro azul flotando en un cielo anaranjado, marrón y fucsia. Como es sabido, el mundo andino es la cuna y el origen de la mayor diversidad de papas que existen en el mundo¹³. La pintura de Mamani Mamani capta magistralmente la profunda significación histórico-cultural y espiritual de ese cultivo.

Otro tipo muy distinto de propuestas se pueden encontrar en las calles, expresadas por ejemplo a través de grafitis, como en el caso siguiente, fotografiado en Cuenca, Ecuador, en 2011, el cual dice, en letras verdes sobre fondo blanco:

“Ecología no es vivir sin petróleo sino sin codicia”.

Un llamado tal vez sensato. Al tiempo que reconoce la necesidad de la producción minera, pone en cuestión la codicia, expresión central y problemática del capitalismo, que va completamente en contra de la racionalidad ambiental. Sin embargo, un lustro después, el fracaso del intento de Ecuador de hacerle una propuesta al mundo –que éste pague para poder dejar el crudo en la tierra, una iniciativa de no explotación (ver Acosta et al. 2009)– demuestra que estamos lejos de conseguir una explotación minera razonable y sus-

tentable, ya que se sigue codiciando, mientras que el estilo de vida del mundo desarrollado incentiva un consumo sin límites.

Desde la perspectiva del pensamiento ambiental, específicamente desde las propuestas de Leff, se constata a través de la consideración de estos imaginarios y sus intersecciones, y de la puesta de relieve de los contextos específicos en que se expresan, que las sociedades modernas actuales están aún muy lejos de lograr formas de vida y de producción sustentables a largo plazo. Aunque haya algunas luces de esperanza por el camino, éste es largo y culebrero, como dicen.

Notas

- 1 “Lo imaginario es el espacio de la representación simbólica a partir del cual se consolida la realidad socialmente establecida, es el recurso al que apela la hegemonía política, pero, al mismo tiempo, es la instancia desde la que se despliega una ensueñación reactiva al poder” (Carretero, 2003: 87).
- 2 Durante más de veinte años, a lo largo de toda su obra, Leff fue consolidando la propuesta sobre el saber ambiental. Es casi imposible señalar un texto específico en el que Leff postule una definición rotunda de lo que entiende por saber ambiental. Al respecto, véase Eschenhagen (2012).
- 3 “Para el pensamiento crítico, la complejidad ambiental no se limita a la comprensión de la evolución ‘natural’ de la materia y del hombre hacia el mundo tecnificado, economizado [...] La complejidad ambiental no es la ecologización del mundo [...] La complejidad ambiental es el entrelazamiento del orden físico, biológico y cultural; la hibridación entre la economía, la tecnología, la vida y lo simbólico. [...] La complejidad ambiental conlleva un reposicionamiento del ser a través del saber; emerge como potencialidad desde la potencia de lo real, la fuerza de la diferencia y la movilización del deseo que trasciende al mundo totalitario. El ambiente es el otro complejo en el orden de lo real y lo simbólico, que trasgrede la realidad unidimensional y su globalidad homogeneizante, para dar curso al porvenir de un futuro sustentable, jalado por la relación con lo otro y abierto a un proceso infinito de creación y diversificación” (Leff, 2000: 2, 7 y 8).
- 4 Para obtener un mejor panorama al respecto pueden consultarse el Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales: <http://www.olca.cl/oca/index.htm> y el Observatorio de Conflictos Mineros en América Latina: <http://www.conflictosmineros.net/>
- 5 Véase la imagen en: <http://movimientoantinwo.wordpress.com/2013/10/> (consultado 20.4.14).
- 6 Véase la imagen en http://www.ecoportal.net/Eco-Noticias/Campana_Global_Desmantelemos_el_Poder_Corporativo (consultado 20.4.14).

- 7 Véanse las imágenes en: <http://www.veoverde.com/2011/10/berrick-gold-por-sobre-el-imperio-de-la-ley/> http://ecoterritorios.blogspot.com/2009_08_01_archive.html (consultado 18.5.14).
- 8 Cf. “Los daños sociales y ambientales causados por la Minería del Carbón, BAYER: Las importaciones de carbón de Rusia, Colombia, China y los EE.UU”: <http://www.fundavida.org.ar/web2.0/2013/06/05/11514/#.U3lnTECqEuI>; “Familiares de niños muertos con plaguicida de Bayer se movilizan en Lima”: http://www6.rel-uita.org/agricultura/agrotoxicos/familiares_ninios_muertos_peru.htm; “Violencia, experimentación animal y soberanía nacional: plantón contra Bayer en Colombia”: <http://colombiainforma.info/index.php/politicas/1009-violencia-experimentacion-animal-y-soberania-nacional-planton-contra-bayer-en-colombia>; “La comunidad de Tauccamarca clama por justicia en Perú: plaguicida de Bayer mató 24 niños indígenas”: http://www.enlazandoalternativas.org/IMG/html/Bayer_es.html (todos los links consultados el 18.5.14)
- 9 Véanse las pinturas ganadoras en <http://bayerinnovacion.wordpress.com/2013/06/10/colombiano-gana-concurso-internacional-de-pintura-medioambiente/> y en <http://www.natura-medioambiental.com/2012/01/conoce-el-mejor-dibujo-sobre-medio.html>.
- 10 Véanse, para esto, tanto los artículos de prensa que salieron en El Espectador (Colombia) <http://www.elespectador.com/noticias/actualidad/greenpeace-realiza-peculiar-campana-contra-asociacion-s-video-504821> como en *The Huffington Post*: http://www.huffingtonpost.com/2014/07/08/greenpeace-lego-video-shell_n_5567541.html y, sobre todo, el video titulado: “LEGO: Everything is NOT awesome”, en https://www.youtube.com/watch?v=qhbliUq0_r4 (todas las páginas consultadas el 17.07.2014).
- 11 Véase en <http://www.todocoleccion.net/lamina-beatriz-aurora-granjas-integrales-zapatistas-mide-28x21cms~x26775661> (consultado 19.2.2015).
- 12 Véase en <http://letrastuyuseras.blogspot.com/2009/06/tesoro-de-las-montanas-mamani-mamani.html> (consultado 10.6.14).
- 13 Ver una presentación bellísima de Perla Chávez: “La papa, tesoro de los Andes”, en http://fci.uib.es/digitalAssets/177/177040_peru.pdf (consultado 15.4.15), así como una pequeña muestra de la variedad de papa en Perú, “Variedades de papas nativas y conocimientos campesinos”, http://www.academia.edu/3567411/Variedades_de_papas_nativas_y_conocimientos_campesinos (consultado 15.4.15). En el caso de la presentación de Chávez cabe llamar la atención sobre el hecho de que el Centro Internacional de la Papa, al cual se dedican las últimas diapositivas, es un centro de investigación que reivindica la manipulación genética de la papa, con lo cual puede poner en riesgo seriamente la misma diversidad que reivindica: ver información crítica sobre transgénicos: <http://www.rapaluruguay.org/transgenicos/Prensa/> y ver también Bota Arqué (2003).

Bibliografía

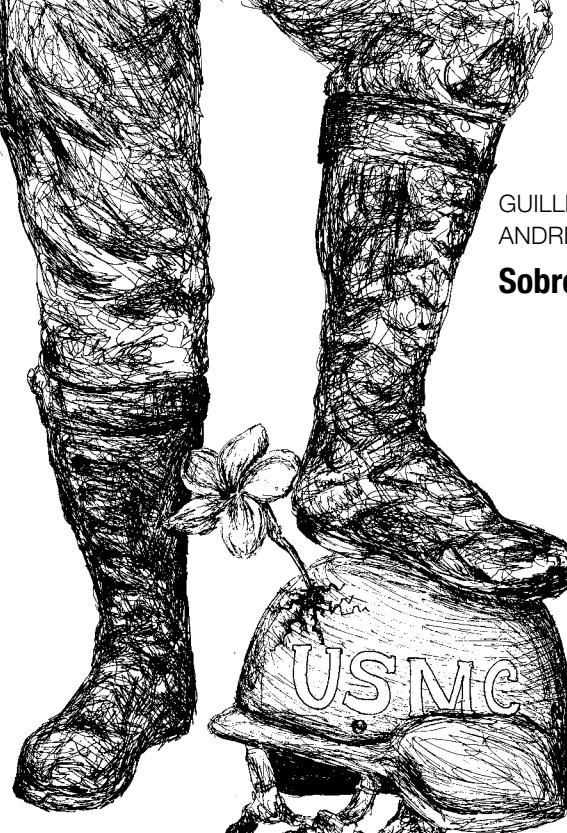
- Acosta, Alberto; Gudynas, Eduardo; Martínez, Esperanza y Vogel, Joseph 2009 “Dejar el crudo en tierra o la búsqueda del paraíso perdido. Elementos para una propuesta política y económica para la Iniciativa de no explotación del crudo del ITT” en *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Vol. 8, N° 23. En <<http://www.scielo.cl/pdf/polis/v8n23/art19.pdf>> acceso 15 de abril de 2015.
- Bota Arqué, Alexandre 2003 “O impacto da biotecnología na América Latina: espaços de participação social” en *Acta bioethica*, Vol. 9 (1). En <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1726-569X200300100003&lng=es&tlang=pt> 10.4067/S1726-569X2003000100003> acceso 27 de abril de 2015.
- Carretero, Ángel Enrique 2003 “Postmodernidad e imaginario. Una aproximación teórica” en *Foro Interno*, N° 3, diciembre.
- Chávez, Perla (s/f) “La papa, tesoro de los Andes” <http://fci.uib.es/digitalAssets/177/177040_peru.pdf> acceso 15 de abril de 2015.
- Colombia informa “Violencia, experimentación animal y soberanía nacional: plantón contra Bayer en Colombia” en <<http://colombiainforma.info/index.php/politicas/1009-violencia-experimentacion-animal-y-soberania-nacional-planton-contra-bayer-en-colombia>> acceso 18 de mayo de 2014.
- Crosby, Alfred W. 1988 *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa*, 900-1900 (Barcelona: Crítica).
- Descola, Philippe 2012 *Más allá de naturaleza y cultura* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Enlazando alternativas “La comunidad de Tauccamarca clama por justicia en Perú: plaguicida de Bayer mató 24 niños indígenas” en <http://www.enlazandoalternativas.org/IMG/html/Bayer_es.html> acceso 18 de mayo de 2014.
- Eschenhagen, María Luisa 2011 “Algunas consideraciones desde el pensamiento ambiental para pensar la responsabilidad ambiental”, Ponencia presentada en el 1er Simposio Internacional en Responsabilidad Social Ambiental, Secretaría Distrital de Ambiente, Bogotá, en <<http://pensamientoambiental.de/wp-content/uploads/2014/10/ algunas-consideraciones.pdf>> acceso 15 de abril de 2015.
- Eschenhagen, María Luisa 2012 “Aproximaciones al pensamiento de Enrique Leff” en *Environmental Ethics* (University of North Texas), Vol. 34, N° 54.
- FundaVida “Los daños sociales y ambientales causados por la Minería del Carbón, BAYER: Las importaciones de carbón de Rusia, Colombia, China y los EE.UU” en <<http://www.fundavida.org.ar/>>

- web2.0/2013/06/05/11514/#.U3lnTECqEuI> acceso 18 de mayo de 2014.
- Galeano, Eduardo 1990 (1971) *Las venas abiertas de América Latina* (México: Siglo Veintiuno).
- Katz, Eric 1995 “Imperialism and Environmentalism” en *Social Theory and Practice*, N° 21.
- La Rel “Familiares de niños muertos con plaguicida de Bayer se movilizan en Lima” en <[http://www6.rel-uita.org/agricultura/agrotoxicos/familiares_ninos_muertos_peru.htm](http://www6.rel-uита.org/agricultura/agrotoxicos/familiares_ninos_muertos_peru.htm)> acceso 18 de mayo de 2014.
- Leff, Enrique 2000 “Globalización y complejidad ambiental” <https://www.google.com/search?q=%22GLOBALIZACI%C3%93N+Y+COMPLEJIDAD+AMBIENTAL%22&ie=utf-8&oe=utf-8> (consultado 11.5.2014)
- Leff, Enrique 2004 *Racionalidad ambiental, la reappropriación social de la naturaleza* (México: Siglo Veintiuno).
- Machado, Horacio 2010a “La ‘Naturaleza’ como objeto colonial. Una mirada desde la condición eco-bio-política del colonialismo contemporáneo” en <http://therightsofnature.org/wp-content/uploads/pdfs/Espanol/Machado_Naturaleza_objeto_colonial_2010.pdf> acceso 15 de mayo de 2015.
- Machado, Horacio 2010b “Imperialismo ecológico y racismo ambiental, una lectura eco-biopolítica sobre las industrias extractivas en el Sur” en *Aportes Científicos desde Humanidades* en <http://www.estudiosecologistas.org/docs/ecopolitica/intro/racismo_ambiental.pdf> acceso 11 de mayo de 2014.
- Prieto González, José Manuel 2012 “El estridentismo mexicano y su construcción de la ciudad moderna a través de la poesía y la pintura” en *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* (Universidad de Barcelona), Vol. XVI, N° 398, abril.
- Programa Regional Bioandes “Variedades de papas nativas y conocimientos campesinos” en <http://www.academia.edu/3567411/Variedades_de_papas_nativas_y_conocimientos_campesinos> acceso 15 de abril de 2015.
- Sejenovich, Héctor (s/f) “Criterios para evaluar la administración del Estado en el desarrollo sustentable” en <http://www.asociacionag.org.ar/pdfaportes/12/a12_12.pdf> acceso 15 de abril de 2015.





Y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha...



GUILLERMO FERNÁNDEZ AMPIÉ
ANDRÉS KOZEL

Sobre las ilustraciones

“La desangrada ceiba de Nuestra América” (tapa)

Ningún texto muestra con mayor claridad el expolio a que ha sido sometido el territorio que hoy es América

Latina que el ensayo *Las venas abiertas de América Latina*, del escritor uruguayo Eduardo Galeano. Una de las principales consecuencias del expolio fue la aniquilación de las culturas prehispánicas, representadas por la Ceiba, árbol considerado sagrado por la cultura Maya. La tragedia se liga asimismo con el saqueo continuo de recursos y con la destrucción del ambiente.

“Mapa de las verdaderas amenazas imperialistas a América Latina” (contratapa)

A mediados del siglo XVI los cartógrafos Diego Gutiérrez y Hieronymus Cock, publicaron un mapa al que titularon, en latín: “Una nueva y más exacta descripción de América o la cuarta parte del mundo”. En el mapa aparecían representados algunos de los monstruos marinos que conformaban la imaginería europea de la época. La viñeta refiere otras amenazas que se ciernen sobre América Latina, más reales y más contemporáneas.

“La garra imperial” (página 7)

En 1904, después de la “toma” de Panamá por Estados Unidos, Rubén Darío escribió su célebre “Oda a Roosevelt”. En la última estrofa, señala: “Se necesitaría, Roosevelt, ser, por Dios mismo/el Riflero terrible y el fuerte Cazador/para poder tenernos en vuestras férreas garras”.

“El tiburón contra las sardinas” (página 22)

Una de las obras más famosas de la tradición antiimperialista centroamericana es *El tiburón y las sardinas*. Escrita por el ex-presidente guatemalteco Juan José Arévalo, la obra, dispuesta en forma de fábula, alude a una supuesta instancia que funcionaría en el mar para que tiburones y sardinas puedan dirimir sus conflictos en un diálogo igualitario. La referencia crítica a la Organización de Estados Americanos es evidente: el tiburón representa al gobierno estadounidense; las sardinas, a las débiles naciones centroamericanas.

“I took Panamá” (página 122)

La expresión habría sido utilizada por el presidente estadounidense Theodore Roosevelt para “explicar” la separación de Panamá de Colombia. Décadas después, bajo el título *I took Panamá*, la cultura colombiana consiguió dramatizar eficazmente en una obra de considerable repercusión el trágico y vergonzoso proceso que llevó a la independencia de Panamá y a la construcción del canal interoceánico controlado por Estados Unidos.

“La presencia del Che en América Latina” (página 204)

Tras ser asesinado en Bolivia en 1967, Ernesto Che Guevara se convirtió en ícono revolucionario antiimperialista. Su figura y su accionar es uno de los emblemas más fuertes y vivos de esta tradición. Muchos poemas y canciones le rinden homenaje. Uno de los más reconocidos fue escrito por Roque Dalton, poeta y guerrillero salvadoreño. Con el tono irónico que caracteriza su poesía, Dalton expresa: “El comandante Ernesto Che

Guevara/ llamado por los pacifistas/ “*el gran aventurero de la lucha armada*”/ fue y aplicó sus concepciones revolucionarias/ a Bolivia./ En la prueba se perdió su vida y la de un puñado de héroes./ Los grandes pacifistas de la vía prudente/ también probaron sus propias concepciones en Chile:/los muertos pasan ya de 30 mil.” Entre las canciones más conocidas figura “Hasta siempre comandante”, del cantautor cubano Carlos Puebla: “Aquí se queda la clara/ la entrañable transparencia/ de tu querida presencia/comandante Che Guevara.”

“Y Fidel mandó a parar...” (página 322)

No puede negarse que si la Revolución Cubana ha resistido tanto asedio de los distintos gobiernos estadounidenses en las últimas décadas, se debe a la entereza y carisma de su líder, Fidel Castro, y de los cubanos y cubanas que le han apoyado. Su barba es otro de los símbolos del antiimperialismo latinoamericano. Cuando tuvo lugar la invasión a Playa Girón, parte de los mercenarios salieron de Nicaragua. Llegó a ser vox populi que en su arenga a los contrarrevolucionarios, el dictador nicaragüense Anastasio Somoza Debayle habría dicho: –“Y me traen por lo menos un pelo de la barba de Fidel”. Casi veinte años después, en 1980, Fidel Castro viajó a Nicaragua con motivo de la celebración del primer año del triunfo de la revolución sandinista. En su intervención evocó aquella anécdota y agregó: –“Dícese que el tirano Somoza, al despedir a las fuerzas mercenarias de Girón, les pidió que le trajeran al menos un pelo de la barba de Castro. Y yo he venido aquí, con toda mi barba, para ofrecérsela al pueblo victorioso de Nicaragua”.

“Y alumbrando el camino de la fácil conquista, la Libertad levanta su antorcha...” (página 415)

A partir de 1994 la Universidad Nacional Autónoma de México comenzó a publicar los tres tomos de la obra magna del periodista e historiador Gregorio Selser, en la que recogió cronológicamente las agresiones políticas, diplomáticas, económicas y militares que sufrió América Latina desde 1776

hasta 1992 por parte de los distintos países antíperialistas. En el 2006 el Archivo Martha y Gregorio Selser, de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, reeditó la obra y publicó el último tomo, que permanecía inédito. En la “Oda a Roosevelt”, de Rubén Darío, se lee el verso del que proviene el título de esta viñeta.

“Sandino y la derrota de los marines” (página 417)

Estados Unidos intervino en los asuntos nicaragüenses en numerosas ocasiones, ocupando militarmente el país en 1909, 1912, 1916, 1924 y entre 1926 y 1931. En la última ocasión el patriota Augusto C. Sandino dirigió una fuerza de campesinos guerrilleros que, tras siete años de resistencia, consiguió que los marines se retiraran. Consciente de la superioridad numérica y militar de los marines, Sandino expresó en 1927: “Podrá morir el último de mis soldados, que son los soldados de la libertad de Nicaragua, pero antes, más de un batallón de los vuestros, invasor rubio, habrá mordido el polvo de mis agrestes montañas”.